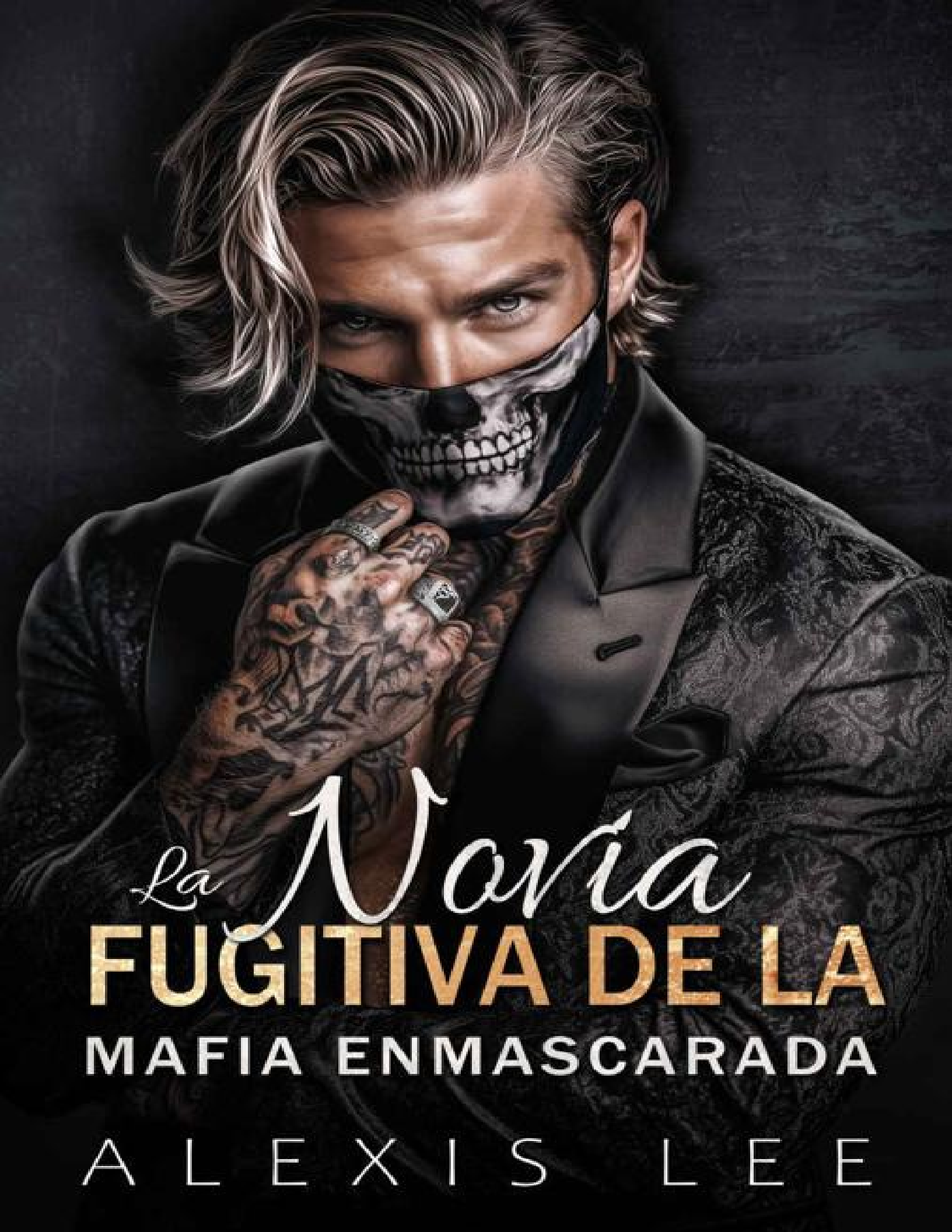

La Novia
FUGITIVA DE LA
MAFIA ENMASCARADA
ALEXIS LEE

La novia fugitiva de la mafia enmascarada

Un romance oscuro de mafia con matrimonio forzado

(Serie Pasión Ilícita)

Alexis Lee

Copyright © 2025 by Alexis Lee

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

CAP Í TULO UNO
CAP Í TULO DOS
CAP Í TULO TRES
CAP Í TULO CUATRO
CAP Í TULO CINCO
CAP Í TULO SEIS
CAP Í TULO SIETE
CAP Í TULO OCHO
CAP Í TULO NUEVE
CAP Í TULO DIEZ
CAP Í TULO ONCE
CAP Í TULO DOCE
CAP Í TULO TRECE
CAP Í TULO CATORCE
CAP Í TULO QUINCE
CAP Í TULO DIECIS É IS
CAP Í TULO DIECISIETE
CAP Í TULO DIECIOCHO
CAP Í TULO DIECINUEVE
CAP Í TULO VEINTE
CAP Í TULO VEINTIUNO
CAP Í TULO VEINTID Ó S
CAP Í TULO VEINTITR É S
CAP Í TULO VEINTICUATRO
CAP Í TULO VEINTICINCO
CAP Í TULO VEINTIS É IS
CAP Í TULO VEINTISIETE
CAP Í TULO VEINTIOCHO
CAP Í TULO VEINTINUEVE
EP Í LOGO

CAPÍTULO UNO

MIRELLA

—¿Tal vez debería huir o suicidarme?

Palabras graciosas, pero ¿quién iba a apretar el gatillo? Lo pensé por un momento antes de desechar la idea.

Voy a hacer esto. No tenía elección. Mi padre contaba conmigo.

El vestido se sentía pesado, pero no tanto como mi corazón. Me encontraba en el altar, con las manos temblorosas mientras sujetaba el ramo. El velo ocultaba mi rostro, pero no podía esconder las lágrimas que amenazaban con derramarse.

Forcé mi mirada hacia él, mi futuro esposo, el mejor amigo de mi padre, el hombre con quien me casaba por deber, no por amor. Sus ojos reflejaban orgullo; los míos, nada.

Esto no era un cuento de hadas.

Era una fusión disfrazada de boda, y por el bien de mi padre, yo era el cordero sacrificial.

Las últimas semanas previas a este momento habían sido los peores días de mi vida. El negocio de mi padre había tocado fondo, obligándolo a declararse en quiebra. Era un momento que, aunque lo temía, habíamos visto venir desde lejos. Todo comenzó con una decisión financiera imprudente que había tomado. Su grave adicción al juego después de que mi madre muriera de cáncer había jugado un papel vital en ello, y ahora me había costado la vida. Hace dos semanas, Don Carlos, su socio comercial y mejor amigo, se había ofrecido a ayudar. Tenía una sola condición.

Yo sería su esposa.

Eso era todo. Casarme con el viejo y despiadado Don de la Mafia, y todos nuestros problemas desaparecerían. No habría sido tan terrible, pero odiaba a Don Carlos hasta los huesos. Lo detestaba, aborrecía y despreciaba.

Y, por supuesto, estaba lo de anoche, la única noche en que me había sentido real en semanas.

Me había alejado de mi propia fiesta de compromiso de última hora como un fantasma, invisible en un mar de rostros enmascarados; la ironía en su máxima expresión, realmente.

Todos los demás llevaban una máscara, y yo era a quien nadie notaba. Me había bebido una copa de champán, o tres. Lo recordaba a él, el desconocido, un hombre con esmoquin negro que estaba justo fuera de la luz, observándome con ojos que me parecían familiares. Era familiar de una manera que me dolía, removiendo algo desde las profundidades.

Fue como si en el momento en que nuestras miradas se cruzaron, la habitación se desvaneciera a mi alrededor. Tal vez era solo el champán, pero su mirada era cautivadora. Demasiado cautivadora.

—¿Está perdida? —preguntó, con una voz tan suave como el whisky que hubiera preferido al champán.

Arqueé una ceja. —Podría preguntarle lo mismo.

Él se rio, con una risa grave y rica. —Sin máscara —observó, señalando hacia mi rostro descubierto—. Un movimiento arriesgado.

—Tal vez me guste un poco de riesgo —respondí, sintiéndome inusualmente audaz. Culpa del vino excesivamente caro.

Su sonrisa se ensanchó. Era una sonrisa que derretía mi alma de una manera que nunca antes había experimentado. Penetraba profundamente en mí, desnudándome. —O tal vez solo estés cansada de ocultarte.

Parpadeé, y por un segundo, su mirada se suavizó, como si pudiera ver a través de mí, a través de todas las apariencias y directamente hasta el dolor debajo. Luego, casualmente apartó la mirada como si no me hubiera dejado al descubierto en una sola frase. Se pasó una mano por el cabello, el traje a medida le quedaba tan bien que era casi criminal.

—¿Qué hace una mujer como usted, sola en su propia fiesta? —preguntó, con los ojos brillando de picardía.

—Oh, ¿se dio cuenta de eso? —Me reí un poco amargamente—. Felicidades. Es oficialmente la primera persona aquí que se da cuenta de que existo.

—Bueno, tengo un don para detectar joyas ocultas —respondió, acercándose un poco más. Pude

oler su colonia que flotaba en el aire, un aroma amaderado y almizclado que me cautivaba y me tenía en un puño. Pero no era solo la colonia.

Era la forma en que me miraba; hacía que mi pulso se acelerara, una emoción peligrosa reemplazando el vacío en mi pecho. Levantó su copa, inclinándose. No pude evitar preguntarme quién era detrás de la máscara y por qué esos ojos parecían unos que hubiera conocido toda mi vida.

—Ahora dígame. Tengo curiosidad. ¿Por qué la mujer más hermosa de la sala parece que preferiría estar en cualquier otro lugar?

Ahí estaba de nuevo, algo en su tono que atravesaba mis defensas. La forma en que me llamó hermosa, como si fuera un hecho, no un cumplido. Y yo, con toda mi obstinada dignidad, sentí que un rubor subía por mis mejillas.

—Bueno —comencé, con la voz un poco temblorosa—, para empezar, no tengo idea de quiénes son la mitad de estas personas.

Él se rio, y fue un sonido tan genuino que me sobresaltó. —Entonces, si me ofreciera a llevarte lejos de todo esto, de estos "extraños" por un momento, ¿aceptarías?

—¿Llevarme lejos? —Entrecerré los ojos, escéptica pero intrigada—. ¿Es esa una frase que usa con todas las mujeres en un baile de máscaras?

—No —dijo, bajando la voz a un tono suave, casi serio—. Solo con la que no puedo dejar de mirar.

Por un segundo, me quedé sin palabras y perdida en la forma en que me miraba como si fuera la única persona en la habitación. Era inquietante y emocionante a la vez. Su mano se extendió, una invitación silenciosa, y a pesar de que cada parte lógica de mi mente gritaba que no confiara en él, me encontré deslizando mi mano en la suya.

Me llevó a una parte más tranquila de la sala, donde la música se desvanecía hasta convertirse en un murmullo. El mundo exterior parecía desaparecer. Su mano estaba cálida contra la mía, anclándome de una manera que no había sentido en años. Sus manos se demoraron en las mías, sus palmas protectoras de las mías de una manera que casi podría jurar que gritaba: "Eres mía".

—Dígame —murmuró, su voz una suave caricia en mis oídos, enviando una sensación a través

de cada nervio y neurona de mi cuerpo—, ¿es costumbre que las futuras novias pasen sus compromisos acechando en las sombras?

—Depende de la novia, supongo —respondí, encontrando mi voz y sintiendo el impulso de alejarme, pero mi cuerpo me traicionó al acomodarse perfectamente en su tacto—. Además, ¿qué sabe usted de compromisos de todos modos?

—Lo suficiente para saber cuándo el corazón de alguien no está en ello —respondió, observándome de cerca—. ¿O hay otra razón por la que está aquí conmigo en lugar de celebrar con su prometido?

Mi respiración se entrecortó ante la pregunta. La palabra "prometido" se sentía como una etiqueta extraña, distante y fría.

—Podría preguntarle lo mismo —repliqué—. ¿Por qué alguien como usted no está bailando con alguna misteriosa mujer enmascarada?

—Tal vez porque la estaba esperando a usted —dijo con un brillo en los ojos, esa misma mirada que parecía ver demasiado—. Es una lástima, sin embargo. Tanta belleza merece más que melancolía.

—¿Ah, sí? —Incliné la cabeza, con una sonrisa burlona tirando de mis labios—. ¿Y crees que tú eres el remedio perfecto?

—Tal vez —dijo encogiéndose de hombros, con voz juguetona pero sincera—. Pero probemos la teoría. ¿Qué haría falta para hacerte sonreír, sonreír de verdad?

Solté un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. No había pensado en eso en... bueno, ni lo recordaba. Sacudí la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. Este hombre, este desconocido, se estaba acercando demasiado a la verdad, y me aterraba. Pero al mismo tiempo, no podía apartar la mirada.

—¿Es por eso que estás aquí? —pregunté, tratando de desviar la atención con un poco de sarcasmo—. ¿Para rescatar a novias tristes?

—Si ella merece ser rescatada —respondió con tanta sinceridad que me tomó por sorpresa.

Su mirada se suavizó, y sentí su pulgar acariciar suavemente el dorso de mi mano. El toque era tan pequeño, tan delicado, pero me envió escalofríos por la espalda. De repente, fui muy

consciente de la cercanía entre nosotros, del calor de su mano, de la profundidad de sus intensos ojos marrones que me miraban desde arriba mientras su corpulenta figura se cernía sobre mí.

—Escucha —comencé, con la voz apenas un susurro—. ¿Acaso sabes quién soy?

Por un momento, su expresión vaciló, casi dudosa. Luego se inclinó, sus labios flotando cerca de mi oído.

—No me importa —murmuró, con voz baja e íntima—. Estoy aquí por ti, no por nadie más.

Las palabras se derritieron sobre mí, llenando un vacío que ni siquiera sabía que existía. Tragué saliva, dándome cuenta de que mi mano seguía en la suya, dándome cuenta de que ni siquiera había querido apartarla.

—¿Siempre haces esto? —pregunté, tratando de sacudirme la intensidad—. ¿Encantar a las mujeres para que abandonen sus vidas?

—A las que parecen desesperadas por escapar —bromeó, con la picardía de vuelta en sus ojos—. Además, no estoy tratando de encantarte. Nuestros corazones ya están entrelazados. ¿No lo ves? Esto estaba destinado a ser.

Me reí a pesar de mí misma. El sonido fue sorprendente, incluso para mí. —Bueno, ciertamente eres... persistente.

—¿Es eso un problema? —preguntó, arqueando una ceja.

—No —dije, sintiendo un escalofrío recorrerme—. Solo... inesperado.

—Bueno, dime. Si tuvieras un deseo, ¿cuál sería? —hizo una mueca, sus ojos bajando a mis labios por un fugaz segundo antes de volver a mi mirada.

Cerré los ojos, permitiendo que mi corazón tomara la iniciativa por primera vez en semanas, y las palabras que salieron de mi boca desafiaron toda lógica que había conocido. —Desearía desaparecer.

—Di la palabra, y lo haré realidad.

Respiré profundamente. —Llévame lejos.

Y en ese momento, el peso de todo lo demás —mi padre, el acuerdo, el hecho de que esta era mi fiesta de compromiso— se desvaneció. Todo lo que importaba era cómo se sentía su mano en la mía, el calor de su mirada y la sensación temeraria que crecía en mi pecho mientras me llevaba lejos.

Me detuve en la entrada cuando él abrió la puerta de lo que parecía ser un apartamento, y me dio una sonrisa alentadora.

—¿Estás segura? —preguntó, atrayéndome ligeramente hacia él, sus manos descansando en la parte baja de mi espalda.

Me sentía bastante ligera. Parecía que el licor que había tomado antes estaba haciendo efecto.

—Mi cabeza quiere que diga que no —confesé. Él permaneció en silencio—. Pero mi corazón quiere saber a qué sabes —añadí, y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero hacerte el amor en la oscuridad —habló con una confianza que mataría por tener. Sabía lo que quería, y en ese momento, supe que me quería a mí.

—Pero quiero ver cómo te ves —murmuré, mis manos alcanzando su máscara, pero las suyas atraparon las mías a medio camino. Puse los ojos en blanco, sabiendo que no podía luchar contra el fuego que ardía dentro de mí. No ayudaba que sus palabras me hubieran excitado más de lo que quería admitir y hubieran debilitado mis rodillas.

—Ahora no, Cherry —le oí decir justo antes de que me hiciera girar, su boca estrellándose contra la mía.

Quería enorgullecerme del hecho de que lo había rechazado con todas mis fuerzas, pero no lo hice. Me derretí contra él, sus labios explorando los míos de una manera que nadie lo había hecho antes, sus manos acariciando suavemente mi rostro mientras entrábamos en la habitación. No presté atención a mi entorno. Estaba oscuro, pero él conocía el camino. Era casi mecánico para él.

Dejé que me besara, y le devolví el beso con el mismo fervor.

—Sabes a pecado, pecado mezclado con manzanas —bromeé, y él tiró de mí, acariciando mi cabello y echándolo hacia atrás con un movimiento de sus dedos.

—Tú sabes a cerezas, mi Cherry —la idea de ser suya se sentía extrañamente reconfortante.

Sus ojos estaban oscuros en la habitación, pero el marrón en ellos aún se abría paso hacia la luz que penetraba los míos, y sus labios estaban rojos de besarme. Su mirada entornada permaneció en mi rostro, y luego alcanzó mi vestido.

Lo oí rasgarse, deslizándose para amontonarse alrededor de mis pies.

—Eres todo lo que siempre quise. Esperé este momento toda mi vida —dijo arrastrando las palabras, sus ojos en mis pechos. Quería preguntar qué quería decir, pero su boca tocó las puntas de mis pezones, y jadeé de placer. Su lengua húmeda los provocó un poco más, pareciendo disfrutar del sonido de mis gemidos ante el placer crudo que proporcionaba.

Mi garganta se cerró, y mi pecho se agitó con esfuerzo.

—¿Quién... quién... tú...? —intenté preguntar, pero las palabras me fallaron.

No pude terminar mi frase antes de que me volcara sobre un hombro, llevándome a lo que distinguí en la oscuridad como una cama.

Me dejó caer de espaldas, abriendo mis piernas más ampliamente para su inspección.

—Voy a tomar cada parte de ti ahora, Cherry —declaró en ese tono bajo, quemándome con una mirada antes de que su cabeza bajara, y un fuerte jadeo escapó de mi garganta.

Me tapé la boca con una mano para evitar gritar mientras las sensaciones de su lengua rebotaban por mi columna y bajaban por mis piernas, asentándose en mis dedos de los pies, que se curvaron de placer.

Se levantó después de unos minutos, alcanzó sus pantalones, que arrojó al extremo más alejado de la habitación, y luego me dio la vuelta poniéndome de rodillas, con una mano rodeando mi garganta.

—Tu palabra de seguridad es Cereza —susurró, pero no pude pronunciar una sola palabra coherente hasta que terminamos. Después de alcanzar el clímax, fue cuando vi un tatuaje de dragón ligeramente debajo de su codo. Me intrigó porque, debajo del tatuaje, había un nombre caligráfico, Jacqueline. ¿Quién era ella para él? ¿Acaba de tener sexo con alguien que tenía a otra persona en su vida, alguien tan importante que tatuó su nombre en él?

Ahora, estaba de pie ante el altar, ahogándome en la miseria, atrapada entre votos que nunca quise hacer y una vida que no elegí. Mi cabeza aún palpitaba por el sexo alucinante de anoche, y casi podía oler la colonia del desconocido persistiendo en mi memoria. Lo había dejado al amanecer, deslizándome de vuelta a la vida que pensé que podía controlar.

—Mirella Gallo, ¿acepta usted a Don Carlos como su legítimo esposo?

Parpadeé, devuelta a la realidad por la voz del sacerdote. Me miraba expectante, esperando mi respuesta. Mi mirada se desplazó hacia Don Carlos, de pie con su postura rígida y su cabello gris peinado hacia atrás. Me miraba con tanta confianza, tan seguro de que esta era la solución a los problemas de todos: los suyos, los míos, los de mi padre. La última vez que me sentí tan atrapada fue probablemente en una detención escolar.

Deber, me recordé a mí misma, por mi padre, que apretaba su sombrero con fuerza en la primera fila como si fuera lo único que lo mantenía en pie. Él confiaba en mí, contaba conmigo. Y Don Carlos, bueno, ¿no estaba aquí para salvarnos de la ruina financiera?

Tomé un respiro profundo, miré por última vez los ojos suplicantes de mi padre, y finalmente asentí.

—Sí, acepto.

Salió más débil de lo que pretendía, apenas un susurro, pero lo había dicho. Hubo un suspiro colectivo de los invitados, un murmullo de alivio en los bancos. Mi padre se relajó visiblemente, y casi pude sentir el peso levantándose de sus hombros.

El sacerdote se volvió hacia Don Carlos, y sentí una extraña sensación de finalidad, de algo que no podía deshacerse. Ahora estaba atada a un hombre al que, apenas ayer, apenas podía mirar a los ojos sin un escalofrío de temor.

—¿Acepta usted, Don Carlos, a Mirella Gallo como su legítima esposa?

Lo observé, conteniendo la respiración mientras me miraba. Algo en su expresión cambió, y por un momento, ya no era el pulido y generoso salvador que había accedido a casarse conmigo. Parecía divertido. Sus labios se curvaron, formando lentamente una sonrisa que me heló hasta los huesos. No era una sonrisa de afecto ni siquiera de respeto. Era el tipo de sonrisa que podrías dar a un enemigo derrotado.

—¿Por qué debería tomar a esta... zorra como mi esposa?

Sus palabras me golpearon como agua helada. Un jadeo recorrió a los invitados, una ola de conmoción que podía sentir presionándome. El sacerdote se quedó paralizado, sus ojos moviéndose entre nosotros en total confusión, y mi padre parecía como si acabara de ser apuñalado.

¿Pero yo? Mi corazón... se detuvo.

¿Cómo me acababa de llamar?

CAPÍTULO DOS

MIRELLA

De pie ante el altar, casi podía sentir las manos del desconocido en mi espalda, el recuerdo de anoche era un calor tentador al que me había aferrado, aunque solo fuera por un momento. Incluso ahora, el tenue aroma de su colonia se aferraba a mí, recordándome la suavidad de su tacto, la manera en que me miraba, me hablaba, me hacía el amor y me hacía sentir... viva.

—*Eres tan celestial.*

Me había reído de él.

—¿Celestial? ¿Hablas en serio? Apenas nos conocemos hace una hora o dos.

Me había mirado entonces con tanta intensidad, sus ojos marrones penetrando los míos, y dijo:

—Una hora o una eternidad, sé lo que sé. Eres un ángel enviado desde arriba —hizo una pausa y añadió—: Un ángel que necesita que la rescate.

—¿Rescatarme? —Arqueé una ceja, mitad divertida, mitad intrigada—. No soy una damisela en apuros.

—Nunca dije que lo fueras —respondió, suavizando su mirada—. Pero incluso las personas más fuertes a veces necesitan que las salven. —Hizo una pausa, sus dedos recorriendo mi brazo—. A veces, solo necesitan que alguien les diga que hay otra manera.

Su voz había sido como un salvavidas, pero me reí como si no me importara.

—Bueno, señor "Rescátame", ¿cómo debería llamarte?

Se había inclinado cerca, su boca a centímetros de la mía, su aliento cálido en mi piel.

—Llámame tuyo.

Esa frase aún me provocaba un escalofrío, incluso estando aquí ahora, con mis ojos fijos en el hombre que creía poseerme. Un hombre lo suficientemente mayor para ser mi padre, que había

decidido que yo era suya.

—¿Por qué debería tomar a esta... puta como mi esposa? —escupió Don Carlos.

La palabra me golpeó con fuerza, dejando un sabor amargo en mi boca, y por un momento, no pude respirar. Mi corazón latía más rápido, el calor de la vergüenza subiendo por mi rostro mientras veía cabezas girándose con miradas de asombro en mi dirección. Me recompuse, conteniendo la ira que burbujaba dentro de mí.

—No te atrevas a llamarme puta.

Mi padre se levantó de su asiento, con el rostro pálido y suplicante.

—Por favor, amigo, no hagas esto —pero los ojos de Don Carlos estaban fijos en mí con esa expresión fría y arrogante que había llegado a conocer demasiado bien.

—Entonces dime, Mirella —sonrió con desprecio, su voz destilando veneno—, ¿cómo deberíamos llamar a una mujer que se escabulle con un desconocido enmascarado en su propia fiesta de compromiso para que se la folle?

Los murmullos crecieron con el juicio en sus susurros. Y entonces, para mi horror, escuché un clic. Miré hacia la pantalla donde se suponía que debían mostrarse nuestros himnos de boda. Mi estómago se revolvió cuando la imagen parpadeó y cambió, el fondo sereno reemplazado por un video granulado tomado desde un rincón oscuro, claramente grabado con un teléfono. Parpadeé incrédula, sintiendo que el mundo a mi alrededor se inclinaba.

En la pantalla, era yo. Yo y *él*, el desconocido. Podía vernos de pie junto a la puerta de la habitación anoche, él acunando mi rostro, su máscara torcida, mi mano descansando en su pecho mientras dudábamos, a centímetros de distancia. Él se había inclinado, y luego nos besamos. Un beso que se había sentido tan prohibido y tan correcto, que no pude evitar derretirme en él.

Tragué saliva, tratando de mantener mi voz firme, pero todo lo que pude lograr fue un susurro.

—Tú... ¿me hiciste seguir?

Don Carlos me miró, imperturbable y despiadado, como si no acabara de prender fuego a mi dignidad frente a todos.

—Por supuesto. Uno de mis hombres te vio salir con él, pensando que habías desaparecido. Así

que le pedí que investigara y mira lo que encontró. —Hizo un gesto hacia la pantalla como si estuviera mostrando alguna posesión preciada.

La congregación miraba fijamente, sus ojos yendo de mí a Don Carlos y luego al video donde el desconocido y yo nos habíamos deslizado en la habitación, la puerta cerrándose detrás de nosotros. Quería gritar, correr, desaparecer.

Don Carlos se inclinó, su voz baja y goteando malicia.

—Dime, Mirella. ¿Quién era él? ¿Quién es el hombre con el que te escabulliste? —Inclinó la cabeza, una sonrisa cruel deslizándose en su rostro mientras continuaba—: Tienes un minuto para responder.

Miré a mi padre, esperando algún tipo de ayuda, alguna forma de escapar, pero él solo estaba allí, congelado por el shock, como si alguien hubiera sacado el suelo de debajo de sus pies. *Quizás él no lo sabía*, mi rostro ardiendo de ira.

La mano de Don Carlos se deslizó en el bolsillo de su abrigo, y un destello de metal captó mi atención. Sacó una pistola, apuntando casualmente hacia mi padre como si esto no fuera más que una actividad después de la cena.

La iglesia jadeó, algunas personas levantándose de sus asientos, otras congeladas en su lugar. Sentí mi pulso martilleando en mis oídos, más fuerte que los murmullos que resonaban por la sala.

El tono de Don Carlos era casi aburrido.

—Te daré hasta que cuente cinco, Mirella. O me dices quién era el hombre, o aprieto el gatillo. —Me miró con una calma escalofriante, del tipo que solo alguien completamente vacío de empatía podría manejar—. Uno.

Abrí la boca, pero no salieron palabras. Mi mente corría, pero todo en lo que podía pensar era en el desconocido, en la forma en que me había mirado con esos ojos marrones cálidos, en la forma en que me había pedido que me quedara, que huyera con él.

—Dos.

Cerré los ojos, forzándome a respirar. *Piensa, Mirella. ¡Piensa!* Pero todo lo que podía sentir era el frío metal en la mano de Don Carlos, apuntando directamente al corazón de mi padre.

—Tres.

Cada célula de mi cuerpo me gritaba que corriera, que luchara, que hiciera algo, pero estaba clavada en el lugar, paralizada por la situación en la que me había metido follando. Mi padre seguía de pie, sus ojos abiertos de terror, y podía ver sus labios moviéndose, susurrando algo, quizás una oración, quizás una disculpa. Pero, ¿de qué serviría? Don Carlos no era un hombre de misericordia.

—Cuatro.

Mis ojos se clavaron en Don Carlos, la retorcida satisfacción en su mirada, el destello de triunfo mientras saboreaba cada segundo de mi silencio. Sabía que me tenía atrapada. Sabía que no había nada que pudiera hacer, ninguna palabra que pudiera decir, ningún secreto que pudiera revelar que deshiciera la pesadilla que se desarrollaba ante mí.

—Cinco...

Escuché el disparo antes de que pudiera pronunciar una palabra.

Fue como si el mundo entero contuviera la respiración, y entonces el caos explotó a mi alrededor. Oí jadeos y gritos, y de repente, ahí estaba él, el desconocido, con el rostro oculto por esa misma máscara, avanzando por el pasillo con un arma apuntando directamente a Don Carlos. Mi estómago dio un vuelco cuando me golpeó la realización: estaba aquí. Había vuelto por mí.

Don Carlos apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que el disparo resonara, agudo y fuerte, y la bala le alcanzara justo en el pecho. Don Carlos trastabilló, extendiendo la mano con sorpresa antes de desplomarse en el suelo. Y en ese momento, todo en lo que pude pensar fue en esa mirada en sus ojos: fría y despiadada.

El desconocido no dudó. Se volvió hacia mí y extendió su mano, y mi corazón dio un vuelco. Pero no fueron sus ojos ni la máscara lo que me hizo extender la mano. Fue el tatuaje, un dragón enroscado justo debajo de su codo. Un tatuaje que había recorrido con mis dedos la noche anterior. Era realmente él. Estaba aquí para rescatarme.

—Ven conmigo —dijo, con voz baja y autoritaria, sacándome de mi aturdimiento. Su agarre era cálido y familiar, y sin pensarlo, tomé su mano.

Entonces se desató el infierno.

Los hombres de Don Carlos, sus supuestos guardias leales, se abalanzaron, gritando órdenes y sacando sus armas. Sonaron disparos, rebotando en las paredes. Mi corazón latía con fuerza y apenas podía pensar con claridad. Nunca había sentido este nivel de miedo, y sin embargo, había algo liberador en la mano del desconocido, arrastrándome a través de los disparos.

—¡Por aquí! —Me empujó detrás de una columna, protegiéndome mientras las balas pasaban silbando, golpeando sillas y astillando paredes. Estaba sin aliento, con el pecho agitado. Se inclinó cerca, y pude ver la intensidad en sus ojos, incluso a través de la máscara—. Vamos a salir de aquí.

Levanté la mirada, casi mareada por la adrenalina, apenas capaz de formar palabras.

—Pero... mi padre. No puedo irme sin él.

La expresión del desconocido se suavizó, pero solo por un segundo. Escaneó la habitación, evaluando el peligro, y luego me acercó más.

—No hay tiempo. Él querría que estuvieras a salvo. Tenemos que irnos.

Negué con la cabeza, luchando contra las lágrimas.

—No. No puedo simplemente dejarlo morir aquí.

Más disparos. Esta vez, uno de ellos golpeó la pared a centímetros de nosotros, e instintivamente, me atrajo hacia su pecho, rodeándome con sus brazos protectoramente. Se sentía como un refugio que no sabía que necesitaba. Un escalofrío me recorrió, y cuando levanté la mirada, él me observaba intensamente.

—No he venido hasta aquí para perderte —susurró.

Por un breve momento, la habitación pareció desvanecerse. Solo existía su voz.

—De acuerdo —logré decir, con voz apenas audible, pero antes de que pudiera decir algo más, sonó una explosión, y el desconocido gruñó. Se agarró el hombro, con sangre filtrándose entre sus dedos. Se tambaleó ligeramente, y mi corazón se desplomó.

—No, no. Estás herido —mi voz se quebró. Intenté sostenerlo, pero él negó con la cabeza, empujándome hacia atrás.

—Ve, Mirella. Corre. Sal de esta ciudad y no mires atrás.

—No puedo... No puedo simplemente dejarte.

—Tienes que hacerlo —respiró, luchando por mantenerse en pie, con el dolor grabado en su rostro. Forzó una sonrisa, casi tierna, y por un momento aterrador, pensé que iba a caer—. Te encontraré. Lo prometo.

—Pero... estás herido. Ni siquiera sé tu nombre.

Una pequeña risa se le escapó, dolorida pero llena de calidez.

—Los nombres están sobrevalorados. Ahora, ve. Vive. Por los dos.

Levantó la mano, limpiando suavemente una lágrima perdida de mi mejilla. Y entonces sonó otro disparo, tan cerca que me estremecí, pero no me atreví a voltear para ver dónde había impactado en su cuerpo. Me dio una última mirada firme, luego me empujó hacia la puerta, con voz baja y áspera.

—Corre, Mirella. Ahora.

Dudé por un latido, y en ese momento, todo se difuminó: los gritos, el sonido de mi propio pulso retumbando en mis oídos, la mirada adolorida del desconocido, suplicándome que me fuera antes de cerrar la puerta detrás de mí, seguido por el estallido de disparos. Me giré sobre mis talones, mis piernas llevándome hacia adelante, fuera de la iglesia y hacia las calles de la ciudad. Apenas podía respirar mientras corría por la ciudad.

Las calles se sentían extrañas, frías y distantes. Mis pies estaban ampollados, mis pulmones ardían, y aun así, no podía sacudirme la imagen de él parado allí, sangrando, listo para enfrentar solo la ira de los hombres de Don Carlos, todo por mí.

Corrí hasta que mis piernas dolieron y mi respiración se volvió entrecortada. Las últimas palabras del desconocido resonaban en mi mente, atormentándome: *"Vive. Por los dos"*. Pero ¿cómo podría, sabiendo que lo había dejado atrás para morir?

Encontré refugio en un callejón estrecho, presionándome contra la pared como si pudiera ocultarme de la vergüenza y la culpa que desgarraban mi corazón.

El viento se sentía más frío ahora, mordiendo mi piel. Pero todo lo que podía hacer era aferrarme

a ese último recuerdo: la calidez de su mano en la mía y su rostro tan cerca como si me hubiera conocido desde siempre. Un desconocido, y sin embargo, de alguna manera, no lo era.

****

Pasaron dos meses dolorosos y terribles, y me mantuve oculta, vagando de pueblo en pueblo, una sombra de la persona que alguna vez fui. Me decía a mí misma que sobrevivía por él y por el padre que había dejado atrás. Pero cada noche, su rostro me perseguía, atormentándome con lo que podría haber sido. Y entonces, un día, todo cambió.

Estaba sentada sola en una pequeña cabaña cuando la realidad me golpeó en un momento tranquilo y estremecedor. Mis manos temblaban mientras sostenía la prueba frente a mí.

Embarazada.

Estaba embarazada de su hijo, del desconocido, el hombre que apenas conocía y que sin embargo nunca podría olvidar. La tristeza y la alegría brotaron dentro de mí. No sabía dónde terminaba una emoción y comenzaba la otra. Presioné mi mano contra mi vientre, con el corazón latiendo con fuerza mientras pensaba en él, en aquella noche, en sus palabras, cuando me llamó Cherry, en su sabor.

Él era celestial.

—Oh, pequeño —murmuré, con la voz quebrada—. Eres todo lo que me queda de él.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla, pero no la limpié. Había una extraña fuerza en el conocimiento de que una parte de él vivía y que nuestro breve amor había creado algo hermoso. La vida creciendo dentro de mí era prueba de él, prueba de que me había amado breve pero apasionadamente.

Pero ese amor, ese breve e inolvidable amor, era suficiente para impulsarme a seguir adelante.

Presioné ambas manos contra mi vientre, sintiendo el débil latido imaginario de la vida dentro de mí, y juré en voz alta.

—Vengaré a tu padre y a tu abuelo por cualquier medio necesario.

Ya fuera en vida o en muerte, les haría pagar.

CAPÍTULO TRES

MIRELLA

—La ciudad está demasiado silenciosa —murmuré para mí misma, detestando cómo mi voz resonaba entre las paredes.

Han pasado cinco buenos años, y aún no me acostumbraba al inquietante silencio que traía la ciudad. Como una chica que creció en Nueva York y estaba acostumbrada a que la ciudad fuera vibrante y ruidosa, siempre anhelaba maldecir y jurar como forma de distracción. En esta ciudad, donde se podía escuchar la caída de un alfiler a kilómetros de distancia, cien pensamientos daban vueltas en mi mente: fuertes, aterradores e inciertos. Pero había una constante clara: mi hijo, Alex. Dulce Alex, con los tranquilos ojos marrones de su padre y mi terco mentón. Ese niño era mi vida. Mi único vínculo con un futuro que una vez pensé que se había esfumado.

Estaba en la habitación de al lado, probablemente dormido ya, con su pequeño conejo de peluche acurrucado junto a él. Miré hacia la puerta, sintiendo ese familiar dolor tirar de mi pecho. ¿Cómo había tenido tanta suerte con él? Moriría por él; no, haría algo peor. Viviría por él cada día, asegurándome de que ningún daño lo tocara jamás.

Alex me hizo ver el mundo de manera diferente. Cada risa, cada paso tambaleante e incluso sus dibujos desordenados lo significaban todo para mí. Aún no lo entendía, pero él era la razón por la que me esforzaba tanto, por la que construí esta nueva vida. Todo esto era por él, y quizás, un poco por el hombre que me lo dio. No podía olvidar a ese hombre. No podía sacudirme su imagen oculta detrás de esa máscara.

Lo había buscado sin cesar para al menos saber quién era, revisando todo lo que pude encontrar sobre los asociados de Don Carlos, pero no apareció nada. Ni siquiera tenía un nombre, solo el recuerdo de un tatuaje justo debajo de su codo y la forma en que me había mirado por ese único momento. Era un fantasma, una sombra, y tal vez él lo había querido así. Pero eso no me detuvo. Quería saber quién era. Quería mirarlo a los ojos y... ¿qué? ¿Agradecerle? ¿Acusarlo? No estaba segura. Solo saber, eso es todo. Pero me había quedado con las manos vacías, una y otra vez. Entonces, ¿por qué estaba buscando a un hombre muerto?

Don Carlos ciertamente había sobrevivido, eso lo sabía. Lo había visto plasmar en las portadas de los tabloides, sonriendo a las cámaras como si fuera un ciudadano modelo. Todos creían su

historia: que era solo un hombre de negocios, un propietario de clubes. Mientras tanto, su verdadero imperio de armas, drogas y quién sabe qué más quedaba intacto, oculto en las sombras. Se rumoreaba que incluso se metía en el tráfico de personas, aunque nadie podía probarlo. Era como el vapor, nunca dejando suficiente rastro para ser rastreado.

Me daba náuseas.

Pero sabía, justo en ese momento, que tenía que superarlo en su juego. No podía enfrentarlo sola. No, primero tenía que ser intocable. Así es como nació Raven. La había construido desde cero, aquí mismo en la ciudad, envuelta en sombras. Mirella Gallo había desaparecido el día que me fui, dejando solo a Raven en su lugar. Nadie sabía que eran la misma persona, solo Dahlia, mi brillante asistente, y Enzo, mi mano derecha. No lo sabían todo, pero sabían lo suficiente para confiar en mí, y eso era todo lo que necesitaba.

Levanté la mirada cuando Enzo entró por la puerta, su habitual rostro serio traicionando un indicio de algo más. ¿Emoción, tal vez?

—Tienes esa mirada otra vez, Enzo. Dime, ¿qué sabes?

Cruzó los brazos, su expresión tan ilegible como siempre. —Esta vez, es grande.

Arqueé una ceja, sin estar segura de si le creía. La idea de Enzo de 'grandes noticias' generalmente significaba que alguien se había declarado en bancarrota o que algún socio había hecho un trato turbio. Pero le hice un gesto para que continuara.

—Se rumorea que... —Hizo una pausa, y pude sentir cómo se me aceleraba el pulso.

—¿Sí?

—Se rumorea que tu padre está vivo.

Parpadeé, tratando de procesar sus palabras. ¿Mi padre? ¿Vivo? No parecía real, pero tenía sentido de una manera retorcida. Después del caos de aquel día, su cuerpo nunca fue encontrado. Mi corazón se aceleró.

—¿Vivo? —repetí—. ¿Y me lo estás diciendo solo ahora?

Enzo se encogió de hombros, aunque había una ligera sonrisa en su rostro. —Nunca dijiste que informara sobre rumores. Pero este, Mirella... tiene fundamento. La gente en el círculo de Don

Carlos dice que está reteniendo a tu padre en algún lugar, usándolo como palanca.

Mis puños se cerraron, mis uñas clavándose en las palmas. —¿Palanca para qué?

—Para todo, por lo que puedo decir. La riqueza de tu padre, sus conexiones. Los hombres de Don Carlos susurran que está exprimiendo el nombre de tu padre hasta la última gota.

El impulso de golpear algo me invadió. Por supuesto que Don Carlos mantendría a mi padre cautivo. El hombre era un buitre. Y sabía que retener a mi padre significaba mantener todo lo que nos había robado.

Me levanté de mi silla y caminé por la habitación. Era demasiado para procesar. Pero una cosa era cierta: no podía dejar a mi padre allí. Si realmente estaba vivo, le debía eso.

—¿Qué tan seguro estás, Enzo?

—Ochenta por ciento.

Sonreí con suficiencia ante su certeza. —¿Ochenta por ciento, eh?

—Lo suficiente como para apostar por ello —agregó, su rostro imperturbable—. Por eso te lo traje ahora. Si quieres seguir adelante, estoy listo.

Encontré su mirada, considerándolo. Enzo había estado conmigo durante años y había demostrado su lealtad más veces de las que podía contar. Si estaba confiado, confiaba en él.

—¿Y si es una trampa? —pregunté.

—Entonces, la desactivamos. Además, no te veo retrocediendo ahora.

No se equivocaba. No había llegado tan lejos para detenerme solo porque había un riesgo. Había construido el imperio de Raven desde la nada. Ahora tenía los medios, el poder y la influencia. Podía hacer esto. Había logrado mantenerme en el anonimato todos estos años como Raven, tratando solo en las sombras. Enzo siempre estaba al frente. Tenía este encanto implacable en su atractivo que lo hacía adorable y aterrador al mismo tiempo. La gente le temía, lo cual era perfecto. Para el mundo, Raven era solo un cuento mítico. No era real. Aunque me había mostrado en una o dos ocasiones con un disfraz de ropa completamente negra, seguía siendo invisible. Justo como aquel día en la fiesta de compromiso, justo antes de que él me viera y me llevara.

—Si vamos a ir tras Don Carlos, necesitaremos más que solo un plan —dije—. Necesitaremos estrategia y aliados.

Enzo asintió.

—Por eso me tomé la libertad de reunir una lista de posibles amigos. Aquellos que estarían muy interesados en ver caer a Don Carlos.

No pude evitar sonreír ante su previsión.

—Piensas en todo.

—Alguien tiene que mantenerte a raya.

Compartimos una rápida y rara risa, una liberación de la pesadez que flotaba en el aire. Pero entonces, la realidad se asentó de nuevo, dura y fría. Esto no era solo un negocio o una jugada de poder. Era mi familia, mi padre. Y el hecho de que Don Carlos lo tuviera retenido, usándolo para su propio beneficio, me llenó de una furia silenciosa.

—Reúne todo lo que necesitemos —ordené—. Dinero, recursos, ubicaciones. Quiero estar preparada para cada posibilidad.

Enzo asintió brevemente.

—Entendido. ¿Algo más?

—Sí. —Lo miré directamente a los ojos—. Nadie debe saber de esto, ni Dahlia, ni Alex. No hasta que sepa que es seguro.

—Por supuesto.

Cuando Enzo se fue, me senté de nuevo, exhalando lentamente. Si mi padre estaba vivo, eso lo cambiaba todo. Pero también significaba que tenía más en juego que nunca. Don Carlos no era solo un rival; era una amenaza para todo lo que apreciaba.

Y mientras miraba por la ventana, con las luces de la ciudad parpadeando en la distancia, un pensamiento me ancló. Recuperaría todo lo que Don Carlos había tomado, cada centavo y gota de poder. Mi padre, la riqueza de mi familia, todo. Me infiltraría en el imperio de Don Carlos si eso era lo que se necesitaba.

Por Alex, por mi padre, por cada promesa que aún tenía que cumplir.

*****

Al bajar del avión, el ruido de la ciudad de Nueva York me recibió como un viejo amigo. El sonido de los coches tocando el claxon y el bullicio de las calles concurridas, algo en todo ello me hacía sentir con los pies en la tierra y viva. Había pasado demasiado tiempo escondida, construyendo mi imperio en silencio, siempre observando pero nunca vista. Pero ahora, era el momento de mostrarle al mundo que Mirella Gallo había vuelto, más fuerte que nunca.

Miré a Enzo, quien me dio una mirada de complicidad.

—La gala comienza en una hora. Justo a tiempo —sonrió con satisfacción—. ¿Debo preparar un equipo?

Sonreí, ya imaginando la escena.

—Oh, sí. Asegúrate de que esté impecable. Si voy a salir de las sombras, quiero que toda la ciudad lo sepa.

Una hora después, estaba frente a un espejo, admirando la transformación. Mi vestido abrazaba cada curva, un rico azul medianoche con un brillo que parecía bailar bajo las luces. El escote se hundía atrevidamente, y la tela fluía hasta el suelo como líquido. Mi cabello estaba recogido hacia atrás, liso y elegante, sin dejar nada que distrajera del fuego desafiante en mis ojos.

Los maquilladores se ocupaban de los últimos detalles: labial oscuro, un toque de plata en los párpados y una mirada ahumada que desafiaba a cualquiera a apartar la vista. Esto no era solo un vestido o maquillaje; era una armadura, y cada centímetro estaba destinado a hacer girar cabezas y hacerlas susurrar.

Esta noche, la reina había vuelto.

****

La gala estaba en pleno apogeo cuando llegué. Sentí todas las miradas sobre mí al entrar. Las conversaciones se detuvieron y las copas se quedaron a medio camino. Todos los ojos estaban puestos en mí. Era un tipo delicioso de poder. Los observé mientras me observaban, disfrutando del shock y los murmullos.

Me abrí paso entre la multitud. Podía sentirlos apartándose como el agua. Y entonces, al otro extremo de la sala, lo vi. Don Carlos estaba de pie en su caro traje, sosteniendo una copa de algo oscuro. Su expresión cambió de sorpresa a una sonrisa torcida mientras me observaba.

Casi podía escuchar sus pensamientos. *Vaya, vaya. Mira quién finalmente salió de su escondite.*

Sin decir una palabra, me hizo un gesto para que me acercara. Me aproximé a él, con pasos lentos y deliberados. No merecía la satisfacción de verme apresurarme.

—Así que —se burló, con su voz teñida de un tono burlón—, mi pequeña novia fugitiva finalmente decidió regresar.

Sostuve su mirada sin pestañear.

—Estoy aquí para hacer negocios, Don Carlos. No hay necesidad de problemas.

Él se rió, el sonido cortando el aire de la habitación.

—¿Negocios? ¿Qué sabes tú de negocios, Mirella? —Su tono era tan condescendiente que casi pongo los ojos en blanco allí mismo. En su lugar, mantuve mi expresión tranquila e imperturbable.

—Sé lo suficiente —respondí con frialdad, manteniendo mi voz firme—. No estoy aquí para desenterrar el pasado o saldar viejas cuentas.

Carlos se rió entre dientes, bebiendo su copa con una exagerada tranquilidad.

—Atrevido de tu parte mostrar tu cara, sin embargo. Después de todo, te fugaste con algún hombre el día de nuestra boda.

—¿Se suponía que eso era un insulto? —Levanté una ceja—. Era joven, Don Carlos. Ingenua. Pensaba que el amor verdadero podía triunfar y que la vida era justa.

Él sonrió con suficiencia.

—¿Y ahora? ¿La vida te ha enseñado algo útil?

Desvié la mirada, fingiendo una amargura que no sentía.

—Me enseñó que el amor es basura. Un cuento de hadas destinado a hacernos tontos a todos.

Ahora, estoy aquí por una sola cosa: lo que mi padre me dejó.

Un destello de sorpresa cruzó su rostro, rápidamente reemplazado por sospecha. Se inclinó más cerca, su voz baja.

—¿Y por qué debería creer que eso es todo lo que buscas?

Lo miré a los ojos, sin vacilar.

—Porque no me queda nada más, Don Carlos. Te llevaste a mi familia. Todo lo que quiero es lo que es mío. No necesito ni quiero tu lástima. Ni tus mentiras.

Me miró por un largo y tenso momento antes de reír de nuevo.

—La audacia. Apareciendo aquí como si fueras una hija afligida después de huir como lo hiciste. ¿Realmente crees que te entregaría algo sin un precio?

Me obligué a mantener la calma, mi voz un susurro cuidadosamente elaborado de indiferencia.

—Nómbralo.

Carlos se reclinó, tan arrogante como siempre.

—Es simple. Te casas conmigo.

Las palabras me golpearon como agua helada, pero solo dejé que el más mínimo atisbo de disgusto brillara en mis ojos. *¿Casarme con él?* Era casi gracioso, en realidad. La idea era repulsiva, pero era exactamente lo que esperaba que propusiera. El matrimonio me pondría justo donde necesitaba estar. En su casa. En su negocio. Y, eventualmente, en control.

—¿Casarme contigo? —Me burlé, fingiendo considerarlo—. Don Carlos, sé razonable. Eso sería un último recurso.

—Negocio o no, ese es el precio —respondió con suavidad, su expresión oscureciéndose—. ¿De verdad crees que estás en posición de negociar?

—Supongo que no —murmuré, mordiéndome el labio con fingida renuencia—. Solo... solo pensé que tal vez habría alguna otra manera.

Él rio, claramente disfrutando del momento. —La única forma en que conseguirás algo es

atándote a mí. Permanentemente.

Suspiré, permitiéndome parecer cansada y derrotada. —De acuerdo. Pero no pienses ni por un segundo que esto será fácil para mí.

La sonrisa de Carlos se ensanchó, satisfecho. —Esa es la Mirella que recuerdo. Siempre supe que volverías arrastrándote. Un movimiento audaz, venir aquí y dar la cara. Pero supongo que en tiempos desesperados se requieren medidas desesperadas.

—Medidas desesperadas, en efecto —repetí, manteniendo mi tono bajo y amargo—. Pero si significa recuperar lo que mi padre dejó atrás, interpretaré el papel. Solo no esperes que lo disfrute.

Su risa me crispó los nervios. Se acercó, su voz de repente un susurro. —Bienvenida a la familia. De nuevo.

Mientras se giraba, Don Carlos hizo un gesto hacia una figura al otro lado de la habitación. —Recuerdas a mi hijo, ¿verdad? —Su voz goteaba diversión—. Sergio.

Mi corazón dio un vuelco. *¿Sergio?* No había pensado en él en años, no desde que éramos niños, corriendo por los jardines, retándonos mutuamente a trepar árboles y colarnos en habitaciones prohibidas. Todavía podía recordar cómo sonaba su risa, brillante y traviesa. Y esa mirada cálida y constante que siempre parecía entender más de lo que yo decía.

Pero eso fue hace años. ¿Cómo sería ahora?

Entonces, apareció, entrando en mi campo de visión, y sentí que la habitación se inclinaba. Era impresionante. Se erguía por encima de la mayoría de las personas, fácilmente un metro ochenta y ocho, con una constitución musculosa que sugería que no había pasado su vida simplemente holgazaneando en el lujo. Su cabello era oscuro, cortado corto, y su rostro mostraba la sombra de una ligera barba incipiente. Pero fueron sus ojos los que me cautivaron. Eran de un marrón oscuro, intensos y agudos, como si me estuviera evaluando, analizándome antes de que pudiera decir una palabra.

La voz de Carlos interrumpió mis pensamientos. —Mirella, te presento a mi hijo, Sergio. Estoy seguro de que lo recuerdas de aquellos días de infancia.

El recuerdo volvió de golpe: el enamoramiento que había albergado, los interminables veranos

de juegos infantiles. Y ahora, aquí estaba, ya no el niño que recordaba, sino un hombre.

Nuestras miradas se encontraron, y hubo una chispa de algo entre nosotros. Reconocimiento. Esos ojos... ya había visto esos ojos.

CAPÍTULO CUATRO

SERGIO

En el momento en que entró, todo se detuvo. Fue como si la sala entera se desvaneciera en un susurro. Cada invitado y cada sonido fueron ahogados por su presencia. Mirella. Se había convertido en toda la belleza que solía vislumbrar bajo su timidez y esas espesas pestañas oscuras. En ese instante, me sentí de nuevo como si tuviera diecisiete años, lanzando miradas furtivas a la chica con brackets y acné que de alguna manera siempre lograba brillar a pesar de todo. Ahora, ese brillo se había transformado en algo magnético y atraía todas las miradas de la sala, especialmente la mía.

No podía apartar la mirada de ella. Parecía que el lugar le perteneciera, con ese delicado levantamiento de barbilla y los hombros erguidos en ese vestido suave y sedoso. Era un vestido hecho para el movimiento, pero ella lo llevaba como una armadura, y era imposible no notarla. Había pasado tanto tiempo creyendo que era invisible, oculta bajo la sombra de su padre, bajo esas inseguridades que solía cargar con tanto peso. Pero eso nunca fue cierto, no para mí. Ella siempre fue una joya escondida. Esta noche, sin embargo, no se escondía de nadie. Ni siquiera estaba seguro de que pudiera aunque lo intentara.

Una joya escondida. Eso es lo que siempre había sido, aunque nunca lo creyó. Mirella se había considerado invisible, alguien que podía fundirse con la multitud. Pero la verdad es que nunca pudo. Siempre había sido lo más brillante de la sala, y ahora, lo era más que nunca.

Cuando mi padre nos presentó, la vi dudar antes de extender su mano, sus ojos escrutando los míos. ¿Lo sabía? ¿Lo recordaba?

Me ajusté las mangas, en parte para ganar un segundo y en parte para centrarme. El ejército me había enseñado muchas cosas, pero no me había preparado para la vertiginosa atracción de encontrarme con ella así: Mirella, justo frente a mí después de todos estos años. Alcancé su mano, y cuando nuestros dedos se tocaron, sentí un dolor agudo e innegable.

—Un placer volver a conocerte, Mirella.

Había ensayado esas palabras cientos de veces desde que volví del despliegue. Había practicado cómo podría actuar si alguna vez la volvía a ver. Sin embargo, nada podría haberme preparado

para la realidad. El tacto de su mano en la mía era cálido y tan familiar, especialmente sin la máscara.

La última vez que nos habíamos visto, yo llevaba una máscara. Era yo quien se escondía.

Ella no lo sabía, por supuesto. No tenía idea de que yo era el hombre detrás de la máscara, el de la noche en que ella huyó, el que intentó salvarla. No podía saberlo. Era un secreto que estaba dispuesto a llevarme a la tumba.

La voz de mi padre rompió el momento, devolviéndome al presente. *El hijo de Don Carlos*. Un título que había llegado a odiar, uno que no podía quitarme de encima sin importar cuán lejos huyera. "El deber de un hijo con su padre", diría él. Y yo había querido ser un buen hijo una vez. Quería ser lo que él deseaba, incluso si eso significaba perder partes de mí mismo. Pero él había roto esa fe hace mucho tiempo. Empezó con mi madre y con el frío desapego que usó para mantenerme a raya después de que ella se fuera. Afirmaba que era para hacerme un hombre. Decía que era una lección y un camino hacia el control. Pero yo vi la verdad: solo quería tener control sobre mí.

Me fui por eso. El ejército fue mi escape y una forma de probarme a mí mismo que no lo necesitaba y que podía construir algo propio. Pensé que me haría lo suficientemente fuerte como para enfrentarme a él. Pero cuando regresé, me arrastró de vuelta a su órbita, alegando que había estado ausente el tiempo suficiente. Todo el tiempo, yo sabía que nunca se detendría. Estaba demasiado acostumbrado al poder y a controlar cada uno de mis movimientos.

Así que, aquí estaba, de vuelta en su mundo, y ahora Mirella también había regresado. Pero esto era diferente. Ella no estaba aquí por él. Eso era obvio. Estaba aquí por sí misma. Y vi esa determinación en sus ojos, algo feroz y ardiente.

Mi padre se rio como si la visión de nosotros juntos fuera alguna victoria personal para él. La miró con el mismo brillo frío y evaluador que había usado conmigo tantas veces.

—Ah, Mirella, mi hijo puede ser audaz, pero veo que tú tampoco has perdido tu filo. Qué interesante.

Me tensé, resistiendo el impulso de interrumpirlo. Cada palabra que pronunciaba parecía una trampa.

La vi mirarme de reojo, tal vez para ver si la defendería. Pero no quería darle a mi padre la

satisfacción de saber que estaba metiéndose bajo mi piel. Se volvió hacia mí, señalando a Mirella con una sonrisa petulante y conocedora.

—¿Recuerdas a nuestra querida Mirella, verdad? Aunque ha recorrido un largo camino desde esos pequeños días de la infancia —sus palabras llevaban un tono condescendiente, como si ella todavía fuera la chica de hace años, la que él pensaba que podía controlar.

—Sí, padre —respondí, dirigiéndole una mirada propia. Las mismas palabras que había usado para aplacarlo durante años. Pero esta vez, las decía de manera diferente. Mirella no era una chica cualquiera, y él no tenía idea de quién era ella—. Es inolvidable.

Un atisbo de sorpresa cruzó su rostro, pero lo enmascaró rápidamente, mirándolo de nuevo con la misma expresión serena que tenía cuando entró.

La risa de mi padre me irritaba, un sonido que una vez tuvo poder pero ahora solo se sentía hueco. Podía verlo: la forma en que ella se crispaba ante él. Esa vieja chispa de rebeldía que solía tener en los ojos había vuelto y era más feroz que antes. Él la estaba poniendo a prueba, evaluando hasta dónde podía presionar, pero ella ya no era la chica que se lo permitiría. Yo sabía eso, y solo podía adivinar lo que ella estaba planeando.

Durante mucho tiempo, había intentado mantenerme en guardia. Intenté evitar sentir lo que una vez sentí por ella. Pero verla enfrentarse a mi padre con esa fuerza constante me recordó por qué la había amado y por qué aún lo hacía, sin importar cuánto hubiera intentado olvidar.

Él siguió hablando y haciendo comentarios burlones sobre su ausencia y su "huida como una chica ingenua". Era una declaración destinada a humillarla y recordarle quién creía él que era ella.

Ella no se inmutó, pero su voz era suave cuando habló, y pude notar que había un filo oculto bajo sus palabras.

—Quizás era ingenua entonces. Quizás creía que el amor era suficiente —me miró brevemente, una mirada tan rápida que casi la perdí—. Pero la vida te enseña cosas. Me enseñó que algunas personas es mejor dejarlas en el pasado.

Quise preguntarle, en ese momento, sobre los años entre nosotros, sobre esa noche en que llevé una máscara y la vi de nuevo. Pero no era el momento adecuado.

—Tu audacia me divierte, Mirella —interrumpió mi padre, riendo como si ella estuviera allí meramente para entretenerlo. Dio un paso más cerca de ella, estudiándola con esa mirada oscura y calculadora—. Aun así, con toda esa audacia, aceptaste mi condición. ¿No tan audaz, supongo?

Ella levantó la barbilla, tratando de ocultar la inquietud en su mirada. Pero la vi allí, un atisbo de lo que podría haber sido miedo.

—¿Qué condición?

Y me preparé, sabiendo lo que diría a continuación, sabiendo que lo cambiaría todo.

—Hijo, olvidé mencionar que Mirella ha aceptado casarse conmigo —declaró, sus palabras frías y decisivas.

Observé cómo la conmoción me recorría. Y sin embargo, por mucho que doliera pensar en ella atada a él, parte de mí sabía que había algo más. Después de todo lo que ella había sacrificado, esto no podía ser todo. Sus ojos se encontraron con los míos, y desearía poder leer sus pensamientos y compartir los míos con ella.

Desearía poder contarle todo sobre aquella noche.

*****

La noche en que Mirella se escapó seguía grabada en mi mente, nítida y viva. El recuerdo de ella, envuelta en sábanas de seda, su risa, apagada pero sincera, me había mantenido despierto durante meses. Y esa mirada en sus ojos, la forma en que se aferraba a algún secreto, algún sentido del deber, incluso cuando le supliqué que se fuera conmigo, me hirió más profundamente que cualquier bala que hubiera recibido por ella.

—Ven conmigo —le había dicho, mi voz apenas un susurro. Mi corazón latía contra mis costillas, las palabras saliendo rápidamente como si de alguna manera pudiera atarla a mí antes de que la realidad se asentara—. Podemos simplemente irnos y marcharnos a un lugar donde nadie nos encuentre.

Sus ojos se suavizaron con un destello de dolor que casi me hizo creer que diría que sí, pero en su lugar, sus labios se curvaron en esa triste y terca sonrisa que siempre había conocido.

—No puedo —dijo finalmente—. Le debo esto a mi familia. Tengo que quedarme.

Esa era Mirella, leal hasta la médula. Sabía que el sentido del deber que cargaba era una carga, pero también era lo que la hacía ser ella misma. Era lo que la retenía entonces, y de alguna manera, la trajo de vuelta esta noche, unos años mayor y más sabia, y aún más impresionante de lo que recordaba.

Cuando entró en la gala, fue como si toda la sala se detuviera para mirarla. Yo no era diferente, pero mis ojos veían cosas que nadie más captaría.

Pero lo que Mirella no sabía era que yo no había olvidado ni una sola cosa. Cada búsqueda nocturna en internet, cada vez que buscaba alguna pista sobre su vida actual, cada recuerdo: los brackets, el acné, su transformación en una mujer impresionante... todo ello, vívido y presente en mi mente. No había olvidado el recuerdo de aquella noche y cómo me besó. O cómo le hice el amor en la oscuridad, acariciando cada centímetro y curva de su cuerpo, dominando y tomando fotos mentales de sus rasgos.

Esa noche cambió mi vida. Volví a casa porque me informaron del compromiso de mi padre, solo para descubrir que ella estaba siendo obligada a casarse con mi padre, un hombre al que despreciaba con cada hueso de mi cuerpo.

Don Carlos la exhibía con orgullo. Su brazo la rodeaba como si fuera un premio que hubiera ganado, y la bilis me subió a la garganta. Pero la mirada de Mirella se desvió hacia mí, y por un momento, la habitación se desvaneció, y éramos solo nosotros, como en los viejos tiempos.

Hoy, estaba de vuelta en ese ciclo. Él estaba haciendo lo mismo. Tan pronto como mi padre dirigió su atención a otra parte, me deslicé a su lado, y pude ver la chispa de reconocimiento en su mirada, algo más profundo que solo un recuerdo de la infancia.

—¿Te importa si te llevo aparte un momento? —pregunté, y ella asintió secamente. Estaba en silencio. Apenas dijo una palabra hasta que estuvimos fuera de la vista.

Nos escabullimos afuera, lejos del calor sofocante de la multitud, hacia el fresco aire nocturno. Mirella dejó escapar un suave suspiro, rodeándose con sus brazos. Me miró con esos ojos que habían perseguido mis sueños durante años.

—Te ves diferente —murmuró, estudiándome con una curiosidad que no pude descifrar del todo.

Me apoyé en la barandilla del balcón, formándose una sonrisa irónica.

—¿Diferente para bien o para mal?

—Diferente... de una buena manera —admitió, bajando la mirada, sus dedos moviéndose ligeramente—. Aunque no puedo quitarme la sensación de que he visto esos ojos en otro lugar recientemente.

Mi corazón se saltó un latido, pero lo disimulé, dejando escapar una sonrisa juguetona.

—Supongo que los reconocerías. Después de todo, crecimos juntos.

Ella negó con la cabeza.

—No, es más que eso. Hace unos años, yo... conocí a alguien con tus ojos —su voz se apagó, una leve sonrisa tirando de las comisuras de sus labios como si estuviera aferrándose a algún recuerdo precioso.

Me reí, encogiéndome de hombros.

—Créeme, recordaría si nos hubiéramos conocido antes de esta noche —me incliné más cerca, bajando la voz—. Aunque, estaría mintiendo si dijera que no desearía que así fuera.

Sus mejillas se sonrojaron más, escapándosele una risa nerviosa.

—Entonces, debo estar equivocada. Lo siento, solo estaba... yo... solo desearía que fuera él.

Solté una pequeña risa, fingiendo casualidad, aunque cada fibra de mi ser quería acercarla y contarle todo. Pero en su lugar, me recliné y atrapé su mirada.

—Cuando se trata de los ojos, no hay confusión —dije suavemente.

Su risa fue suave, avergonzada, pero genuina. Me encontré aferrándome al sonido, deseando más y saboreando cada nota. Ella miró hacia el cielo nocturno, su expresión volviéndose distante y pensativa.

—¿Y tú, Sergio? —su voz era apenas un murmullo ahora, del tipo que tendrías que inclinarte cerca para escuchar—. ¿Qué te trajo de vuelta? Han pasado años.

Me encogí de hombros, metiendo las manos en los bolsillos.

—El ejército, de hecho. Pasé cerca de diez años sirviendo en el ejército. Volví recientemente,

justo a tiempo para el último "compromiso" de mi padre.

Su expresión cambió, una mezcla de sorpresa y alivio.

—¿El ejército? No lo sabía. Es decir, no había oído nada.

Una sonrisa amarga se dibujó en mi rostro.

—No es que estuviera enviando postales precisamente —capté su mirada y la forma en que su ceño se suavizó. Era casi como si entendiera el peso que cargaba—. Mi padre, sin embargo... bueno, se aseguró de que volviera, y bueno, todo por una buena causa. Se comprometió hoy de nuevo.

Ella no respondió de inmediato, pero la mirada en sus ojos me dijo que entendía mucho más de lo que había dicho. Forcé una sonrisa, aligerando el ambiente, buscando algo que decir, cualquier cosa para evitar que el momento se escapara.

—¿Y tú, Mirella? —pregunté, inclinándome más cerca—. ¿Mi padre te tiene bajo algún tipo de hechizo ahora, o eres como los cócteles de élite?

Su risa, rápida y genuina, llenó el aire.

—Más bien un deber del que no puedo escapar —admitió, desviando la mirada—. Es complicado.

—Complicado —repetí, asintiendo—. Parece ser el tema de la noche.

Ambos nos quedamos en silencio, una tensión persistía en el aire, algo que los dos éramos demasiado orgullosos —o demasiado temerosos— para decir. Podía sentir su latido, firme e inquebrantable, casi como si estuviera sincronizado con el mío.

Entonces, vi a mi padre por el rabillo del ojo, dirigiéndose hacia nosotros, sus ojos escudriñando la sala. Antes de que pudiera decir algo, ya estaba a nuestro lado, su mano extendida para tomar el brazo de Mirella.

—Ah, Mirella —sonrió Carlos, deslizando su mirada hacia mí, su sonrisa nunca llegando realmente a sus ojos—. Veo que tienes mucho de qué ponerte al día con Sergio. Bien. Pero ven ahora, querida. Hay alguien a quien me gustaría que conocieras.

Di un paso atrás, sintiendo el tirón de la realidad y el dolor de verla en su agarre. Por una fracción de segundo, ella me miró, su expresión indescifrable.

Antes de que se diera la vuelta, capturé su mirada y la sostuve, esperando que entendiera la promesa en mis ojos, esa que no podía expresar en voz alta. Solo espera. Solo espera un poco más.

Mi padre la condujo de vuelta a la multitud, su brazo posesivo alrededor de ella, ajeno a la tormenta que estaba alimentando en mí.

No iba a dejar que la tuviera, no esta vez. No me importa ponerle otra bala, y esta vez, apuntaría más alto.

Te protegeré, Mirella.

CAPÍTULO CINCO

SERGIO

No podía apartar los ojos de ella. Mirella, de nuevo bajo el yugo de mi padre, el mismo hombre del que una vez intenté rescatarla. Era un misterio, envuelta en elegancia y fortaleza, de pie a su lado como si nada hubiera pasado jamás. ¿Por qué había vuelto? ¿Por qué ahora y para qué? Podía sentir la ira hirviendo bajo mi fachada de calma, pero la confusión golpeaba con la misma fuerza.

No pasó mucho tiempo antes de que escuchara la voz familiar de Ryan detrás de mí, dándome ese suspiro exasperado que siempre tenía cuando pensaba que estaba haciendo algo tonto. Ryan había sido mi compañero de batalla durante dos misiones y me había curado más veces de las que me gustaría admitir. Ahora, estaba justo a mi lado en este infierno empresarial que llamábamos "trabajo". Su voz tenía ese tono casual y conocedor en el que había llegado a confiar.

—¿Así que es ella? —Alzó una ceja, cruzando los brazos, mirándome con esa misma expresión que me daba cuando hacía algo estúpido en el campo.

No necesitaba preguntar a qué se refería. —Sí —murmuré, con un tono seco y amargo en mis palabras—. Es ella.

Dejó escapar un silbido bajo. —¿La chica por la que literalmente recibiste una bala?

Una risa sin humor se me escapó. —La misma.

Ryan la miró, su rostro volviéndose serio. —¿Estás realmente seguro de que quieres volver a recorrer ese camino? La última vez no salió precisamente bien.

—Lo sé —dije, pasándome una mano por el pelo, sin apartar la mirada de ella—. Pero algo es diferente ahora. Lo siento. Hay más en juego aquí de lo que parece.

Ryan negó con la cabeza, dándome esa mirada que reservaba para las causas perdidas. —Vamos, Sergio. Ya intentaste salvarla, y mira dónde terminó: justo de vuelta con él. Ella tomó su decisión.

Apreté la mandíbula, negándome a aceptar eso tan fácilmente. —Tal vez lo hizo. Pero no se siente correcto, Ryan. Ya sabes, a veces la gente no tiene elección. No cuando se trata de mi padre.

Suspiró, mirándola de reojo. —Sergio, escúchame. No puedes seguir tratando de luchar sus batallas por todos. Mirella es inteligente, sabe quién es tu padre y de lo que es capaz. No es una damisela en apuros.

—Tal vez no —admití, sintiendo el peso del pasado presionándome—. Pero si existe la mínima posibilidad de que él tenga algo contra ella o que esté aquí contra su voluntad, no puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que la lastime.

Ryan me miró larga y duramente, y luego apartó la mirada con un movimiento resignado de cabeza. —Todavía estás obsesionado con ella, ¿verdad? O tal vez sea algo más.

Hubo un momento de silencio entre nosotros, del tipo que solo Ryan podía romper. —Mira, Sergio, lo entiendo. Parece que no puedes dejar ir esto. Pero tienes muchísimas más cosas en juego que la trágica historia de amor de Mirella.

Ryan tenía razón. Esto no se trataba solo de Mirella. Tomé una respiración profunda, mis ojos desviándose hacia el tatuaje en mi brazo. Una palabra. *Jacqueline*. El nombre de mi madre.

Sabía a qué se refería. Nunca podría olvidarla; mi padre se había asegurado de eso. Jacqueline había sido hermosa, con un espíritu que nadie podía contener, ciertamente no un monstruo como mi padre. Él había convertido ese amor en cenizas, y yo llevaba su nombre en mi piel como un recordatorio de todo lo que había perdido y todo lo que había llegado a odiar de él.

—Sabes por qué no puedo dejar esto, Ryan —dije, con voz baja—. No dejaré que mi padre destruya a otra mujer como la destruyó a ella.

La expresión de Ryan se suavizó, un destello de simpatía cruzando su rostro. —Sergio...

Mi mente divagó hacia recuerdos que había intentado enterrar con tanto empeño. Yo era un niño entonces, ni siquiera lo suficientemente mayor para entender completamente, pero lo suficiente para recordar. Mi madre, Jacqueline, había estado llena de vida, bondad y risa. Ella era todo lo bueno en mi mundo, y mi padre la había apagado tan fácilmente como si hubiera soplado una vela.

Ryan me observaba en silencio como siempre lo hacía cuando me sumergía en el pasado. Él conocía las historias. Sabía sobre los "accidentes" de mi padre, los supuestos "incidentes" que dejaban a la gente herida o misteriosamente desaparecida. Sabía lo que yo había sospechado durante años pero nunca pude probar: que mi padre había sido responsable de su muerte y que lo había hecho tan fría y calculadamente como había hecho todo lo demás en su vida.

Jacqueline. Mi madre, mi corazón, mi promesa. Había tomado ese nombre como un juramento, algo para mantenerla cerca incluso cuando estaba a miles de kilómetros de distancia al otro lado del mundo.

—Ella merecía algo mejor —murmuré, casi para mí mismo—. Mejor que él. Mejor de lo que yo podía darle, también.

La mano de Ryan aterrizó en mi hombro, pesada con el peso de cien batallas compartidas. —Sergio, ella estaría orgullosa de ti. No le debes nada, y no necesitas seguir cargando con esto.

Pero no podía dejarlo ir. Podía sentir su presencia conmigo en los momentos de silencio y en las pesadillas que me atormentaban cuando cerraba los ojos. Ella era mi fuerza y la razón por la que seguía adelante y seguía luchando. Y cada vez que pensaba en Mirella cerca de ese hombre, la rabia en mí ardía más fuerte que nunca.

—No voy a dejar que la lastime, Ryan —dije, finalmente rompiendo el silencio—. Nadie merece pasar por lo que pasó mi madre.

Ryan negó con la cabeza otra vez, su voz resignada pero conocedora. —Eres tan terco como siempre, amigo mío. Pero recuerda, Mirella no es Jacqueline. No es alguien a quien puedas simplemente salvar. Te estás enfrentando a tu padre. Esa es una guerra de la que podrías no salir con vida.

Me encogí de hombros, ofreciendo una sonrisa oscura. —No sería la primera vez que me meto en una pelea que no me favorece.

Se rio, un sonido tanto divertido como exasperado. —Y yo que pensaba que todos esos momentos críticos en el campo finalmente te habían hecho valorar tu propio pellejo.

Levanté una ceja, mirándolo de reojo. —Me conoces mejor que eso, Ryan. Mi pellejo nunca ha sido el problema.

Él se rio, negando con la cabeza otra vez. —Bien, ve tras ella. Juega al héroe. Solo no te hagas matar, ¿de acuerdo?

Le lancé una sonrisa. —Ni lo soñaría.

Pero mi mirada volvió a Mirella, y la sonrisa se desvaneció. Esto no era un enamoramiento pasajero o un amor infantil. No, era una promesa, una que le había hecho a mi madre, a la mujer que merecía todo y no obtuvo nada más que traición y dolor. No dejaría que otra mujer fuera víctima de él, no mientras pudiera hacer algo al respecto.

La observé. Ryan podía decirme que me alejara todo lo que quisiera. Podía recordarme mi deber, mis responsabilidades y los riesgos. Pero nada de eso importaba. Esto era personal, y no iba a dar marcha atrás.

Ryan me lanzó una mirada, con un destello de advertencia en sus ojos. —Solo recuerda lo que tenemos en juego aquí, ¿de acuerdo? No quiero perder a mi compañero por una maldita vendetta.

Asentí, dedicándole una sonrisa tranquilizadora, aunque sabía que él veía a través de ella. —Relájate, Ryan. Sé exactamente lo que estoy haciendo.

Ryan puso los ojos en blanco, refunfuñando entre dientes, pero apenas lo escuché. Mi mirada se había vuelto hacia Mirella justo cuando ella se giraba, sus ojos encontrándose con los míos al otro lado de la sala. La mirada que me dio era suave y vulnerable, como si estuviera esperando algo, alguien que la alejara de todo esto. Se alejó de mi padre, y esta vez, no la seguí solo con la mirada. Mis pies fueron tras los suyos.

Mirella estaba junto a la mesa del ponche, haciendo girar su copa de la manera en que siempre lo hacía cuando estaba lista para desaparecer en cualquier segundo. Sus ojos recorrían la sala, cautos pero tranquilos, como si estuviera viendo el mundo a través de un cristal. Así era Mirella, siempre queriendo estar en cualquier lugar menos donde estaba.

—Me sorprende verte aquí —dije, acercándome a su lado y apoyándome casualmente contra la mesa—. Pensé que odiabas estas reuniones.

Ella levantó la mirada, y un toque de sorpresa cruzó su rostro antes de sonreír, con ese familiar destello de desafío en sus ojos. —Pensaste bien. Preferiría estar casi en cualquier otro lugar.

—Veo que sigues evitando la charla trivial —sonreí con suficiencia, sirviéndome un vaso de

ponche. Recordé cómo, cuando éramos niños, nos escabullíamos tan pronto como alguien intentaba acorralarnos con preguntas—. ¿Recuerdas cómo nos escapábamos y hacíamos un juego de calificar a los invitados?

Un destello de diversión iluminó su rostro. —Y cuando nos quedábamos sin ideas, elegíamos personas al azar para leer y adivinar toda su historia de vida basándonos en nada.

—¿Crees que he perdido mi toque? —Arqueé una ceja, sonriendo.

—Demuéstralo —me desafió, cruzando los brazos mientras sus ojos se dirigían hacia un hombre alto cerca de la mesa del buffet—. Muy bien, veamos qué tienes. Él.

Examiné al tipo. —Hmm... ex atleta, alcanzó su punto máximo en la secundaria, gasta la mitad de su salario en un coche deportivo que apenas puede permitirse. Probablemente está aquí porque escuchó que el anfitrión tiene conexiones, y cree que va a "hacer networking hasta la grandeza".

Su risa burbujeó, suave y genuina. No podía recordar la última vez que la había oído reír así. —Bueno, eso fue un calentamiento decente. Intenta con ella —señaló a una mujer de pie junto a la ventana, tecleando en su teléfono.

La estudié por un momento, inclinándome más cerca de Mirella con un susurro conspiratorio. —Su jefe la ha arrastrado a esto, está enviando mensajes a su novio sobre lo aburrido que es y pensando en excusas para escaparse temprano. Pero apuesto a que también le está enviando mensajes a su cita de respaldo, por si acaso el novio la deja plantada. Tiene opciones.

La sonrisa de Mirella se ensanchó. —Impresionante. No has perdido tu toque.

—Aún me sorprendo a mí mismo —me encogí de hombros, y por un momento, me permití disfrutar simplemente de verla feliz. Su risa se sentía como una especie de logro. No pude evitar sonreírle—. ¿Sabes? He echado de menos esa risa.

Su sonrisa vaciló por una fracción de segundo, y pude ver algo detrás de sus ojos, algo que no quería admitir. —Es que hace tiempo que no tenía nada por lo que valiera la pena reír.

—Qué curioso. Recuerdo una época en la que te reías de casi cualquier cosa.

Ella inclinó la cabeza, desafiándome con los ojos. —Bueno, la gente cambia, ¿no?

—Tal vez. Pero algunas cosas permanecen iguales. —Me incliné más cerca, dejando que mi tono se volviera serio—. Como tu terrible cara de póker. Estás ocultando algo, Mirella.

Ella se tensó ligeramente, su sonrisa volviéndose cautelosa. —¿Ah, sí? ¿Crees que puedes leerme tan bien?

—Oh, no lo creo —sonreí con suficiencia—. Lo sé. Lo que significa que cualquier historia que estés a punto de contarme, ya sé que es una mentira.

Ella puso los ojos en blanco, pero había un atisbo de sonrisa como si estuviera siguiendo el juego. —Muy bien, genio, si ya sabes que estoy mintiendo, ¿por qué molestarse en preguntar?

—Porque la verdad es más interesante. Pero vamos, diviérteme con la historia falsa de todos modos.

Hizo una pausa, con una ligera sonrisa tirando de la comisura de su boca. —Está bien, allá voy. Me fui porque... no sabía lo que quería.

Asentí, fingiendo creerlo, dejándola tejer su cuento. —Por supuesto, la clásica razón de "estoy encontrándome a mí misma". Entonces, ¿cómo te fue? ¿Te encontraste?

Me dirigió una larga mirada, algo ilegible en su expresión. —No realmente. Supongo que seguí perdiéndome en su lugar.

—Impresionante. Se necesita un verdadero talento para perderse tantas veces —repliqué, sonriendo mientras ella me fulminaba con la mirada—. Pero en serio, ¿"no sabía lo que quería"? —Negué con la cabeza, chasqueando la lengua—. Esperaba algo con un poco más de chispa.

Ella resopló, pero había un destello de diversión en sus ojos. —Muy bien, señor sabelotodo. ¿Cómo sonaría la "verdad" según tú?

Fingí pensar profundamente, golpeando mi barbilla con exagerada deliberación. —Veamos. Te fuiste porque... tenías miedo. Miedo de lo que podrías significar para la gente o de lo que la gente podría significar para ti. O tal vez tenías miedo de perderte a ti misma si te quedabas.

Me observó durante un largo rato, su mirada volviéndose más suave, casi vulnerable. —Tal vez eso se acerca demasiado a la realidad —dijo, bajando la voz lo suficiente como para que tuviera que inclinarme para escucharla.

Por un momento, nos quedamos allí de pie. Podía sentir esa vieja atracción entre nosotros, como había sido cuando éramos niños, cuando éramos amigos, antes de que mi padre se convirtiera en la cuña que nos separaba. Pero antes de que pudiera decir algo, ella se aclaró la garganta, volviendo a colocarse la máscara.

—¿Y qué hay de ti, Sergio? —Se apoyó contra la mesa, observándome con un brillo burlón—. ¿Cuál es tu verdad?

—TÚ —confesé.

Ella se rio, negando con la cabeza, y por un segundo, la Mirella que conocía tan bien estaba justo frente a mí de nuevo.

—Veo que sigues siendo bueno viendo lo que quieres ver.

Suspiré, acercándome más, mirando alrededor para asegurarme de que nadie estuviera observando antes de tomar su mano y llevarla detrás de una de las columnas decorativas. Ella me miró, mitad sorprendida, mitad divertida.

—Escucha, Mirella —mantuve mi voz baja, toda broma había desaparecido ahora—. Esto no es un juego. No tienes que hacer esto. Lo que sea que mi padre tenga contra ti, no vale la pena. Puedes irte, irte ahora mientras aún tienes la oportunidad.

Ella me miró fijamente, sus ojos escrutando los míos, y por un segundo, creí ver una grieta en esa armadura que llevaba puesta. Pero luego retiró su mano, cruzando los brazos como para protegerse.

—No es asunto tuyo, Sergio.

Su voz era fría y distante, y me golpeó como un puñetazo en el estómago. Se dio la vuelta y se alejó sin decir una palabra más, dejándome allí, solo con el ponche y un dolor en el pecho que no podía quitarme de encima.

CAPÍTULO SEIS

MIRELLA

En el momento en que salí de esa fiesta, supe que necesitaba mantenerme alejada de Sergio. La forma en que me miraba —como si estuviera despojando cada capa de armadura cuidadosamente construida que había erigido a lo largo de los años— se sentía peligrosamente cerca de... bueno, peligroso. Y no era el tipo de peligro al que me había acostumbrado. No era el brillo hambriento de poder en la mirada de Don Carlos ni el cálculo frío de los hombres de traje oscuro. No, la mirada de Sergio era algo completamente diferente. Era algo que tiraba de recuerdos que creía haber enterrado hace mucho tiempo.

La advertencia de Sergio seguía resonando en mi mente, terca e insistente. *Vete mientras aún puedas.* ¿Qué creía que sabía? Era casi divertido, en realidad. Pero había algo en la forma en que me miraba —tan intenso, tan enfocado— que me decía que sabía exactamente lo que estaba diciendo.

Era casi como si me conociera o tal vez viera a través de mí, más allá de mis capas de sonrisas educadas y asentimientos cordiales. Ese tipo de familiaridad era inquietante, especialmente porque Sergio no era cualquiera. Él era el peligro personificado, y lo llevaba tan naturalmente como esa sonrisa irritante suya. Pero esto no se trataba de su padre o su posición. No, esto era diferente. Esto era Sergio mismo.

Y para empeorar las cosas, de alguna manera se había vuelto aún más devastadoramente guapo. Había cambiado de aquel chico que solía lanzar piedrecitas a mi ventana a un hombre con bordes que podían cortar a través de la armadura. Era un juego peligroso, y uno que no podía permitirme jugar, especialmente ahora. Tenía una misión, y Sergio era lo último que necesitaba para distraerme de ella.

Después de regresar a la finca, la antigua casa de mi padre, que afortunadamente había quedado a mi nombre, razón por la cual Don Carlos no la había robado entre otras, apenas tuve tiempo de ordenar mis pensamientos antes de que Enzo apareciera en el estudio, luciendo como si estuviera conteniendo una docena de preguntas. Típico de Enzo. No indagaba, pero sus ojos me decían que estaba listo para ofrecer consejo si lo necesitaba. Lo cual, en este punto, no era el caso.

—Enzo —comencé, tratando de ignorar la familiar atracción de pensamientos sobre Sergio—,

¿has encontrado algo? ¿Aunque sea una pequeña pista?

Negó con la cabeza, casi disculpándose.

—Nada. Tu padre sigue completamente fuera del radar. No hay avistamientos ni pistas. Lo ha hecho desaparecer, y lo ha hecho bien. Incluso mi fuente no parece encontrar nada más allá del punto que ya conocemos.

Mi corazón se hundió un poco, pero me obligué a mantener mi rostro neutral. No podía dejar que la emoción me dominara ahora.

—Entonces, tendremos que cavar más profundo.

La mirada de Enzo se endureció, su mandíbula se tensó.

—Estamos haciendo todo lo que podemos. Tengo hombres trabajando en todos los ángulos.

—No es suficiente —murmuré, casi para mí misma—. Está ahí fuera en alguna parte, y no dejaré que desaparezca. —Tomando un respiro, continué—: No sé cuánto tiempo más puedo mantener esta actuación con Don Carlos. Está presionando por el matrimonio.

Un ligero destello de disgusto cruzó el rostro de Enzo antes de recomponerse.

—Se está tomando libertades que no tiene derecho a tomar.

—Eso es quedarse corto —respondí, manteniendo mi voz firme—. Pero mientras piense que soy la novia perfecta, bajará la guardia. Y eso es todo lo que necesito para averiguar lo que necesito saber. Pero no puedo permitirme distracciones. Ni siquiera Sergio. —La última parte se me escapó antes de que pudiera detenerla, y las cejas de Enzo se alzaron ligeramente.

—¿Quién es Sergio? ¿Te refieres al heredero de Don Carlos? ¿Cómo es una distracción?

Le di una mirada fría, esperando desviar la conversación.

—Concentrémonos en lo que importa. ¿Cómo va nuestro otro negocio?

La atención de Enzo cambió, sus hombros se enderezaron.

—Los envíos están llegando según lo programado. Hay uno de Colombia que debe llegar en cualquier momento, y creo que estarás complacida. Nuestra distribución ha alcanzado nuevas

alturas.

—No —interrumpí—. Pausa todo. Envíos, transacciones, todo. Necesito que te enfoques en encontrar a mi padre, y si es posible, quiero una forma de derribar a Don Carlos.

Hubo un momento de silencio antes de que Enzo respondiera, su tono bordeando la frustración.

—Puedo equilibrar ambas cosas. Estamos funcionando sin problemas. No tienes que preocuparte.

Crucé los brazos, sosteniendo su mirada.

—Esta vez no. Todos los esfuerzos se dirigen a encontrar a mi padre. No más envíos.

Enzo exhaló pesadamente, cruzando sus propios brazos mientras miraba hacia el suelo, claramente descontento.

—Si nos detenemos ahora, no será fácil retomar donde lo dejamos. Este negocio no se queda esperando, Raven.

Era su apodo para mí, uno que había usado desde que nos conocimos durante mi primera operación cuando aún estaba construyendo mi imperio. Decía que era por mi naturaleza inteligente y majestuosa. Así que, cuando buscaba un alias, lo encontré apropiado. Pero ahora me hizo pausar, recordándome quién era antes de todo esto. Esa chica no tenía miedo de mantenerse firme, y no iba a empezar ahora.

—Esa es la decisión, Enzo. Confía en mí, conozco los riesgos —respondí firmemente—. Y por mucho que respete tu trabajo, encontrar a mi padre tiene prioridad. Además, cuanto más rápido actuemos contra él, más rápido terminaremos esta pesadilla con Don Carlos.

Enzo cambió su peso, pareciendo que estaba a punto de lanzar una refutación bien preparada. Pero lo interrumpí.

—Escucha, sé que eres capaz de equilibrar ambas cosas. Lo has demostrado más veces de las que puedo contar. Pero esto no se trata de capacidad. Se trata de enfoque. Todo va hacia mi padre ahora. Tenemos que estar dispuestos a hacer sacrificios.

Me miró a los ojos, claramente frustrado. Pero también vio la determinación en mi mirada.

—Te das cuenta de lo que estás pidiendo. Será una pérdida. Significativa.

Me encogí de hombros.

—Asumiré la pérdida. Cuanto antes derribemos a Don Carlos, antes lo compensaremos. Además, te necesito más que nunca ahora mismo, y confío en que lo resolverás. Concéntrate, Enzo. Sin distracciones.

Refunfuñó, mirando hacia otro lado como si buscara las palabras adecuadas para argumentar. No lo hizo.

—Puedes contar conmigo, Raven —cedió, dándome una media sonrisa.

—Sé que puedo hacerlo.

Cerré la puerta suavemente detrás de mí después de desearle buenas noches a Enzo. Una mirada por el pasillo me llevó a la habitación de Alex, donde escuché las risas familiares y a Dahlia rascando una pata imaginaria en el suelo y haciendo sonidos graciosos de ladridos. Era un juego donde él y Dahlia fingían ser diferentes animales, y supongo que hoy, ella fingía ser un cachorro. Una sonrisa se extendió por mi rostro mientras me apoyaba en el marco de la puerta, observando la escena. Allí estaba Alex, agachado en el suelo, cara a cara con Dahlia, y estaba absolutamente radiante. Era raro verlo así, tan animado, y cada vez que lo hacía, mi corazón se hinchaba.

Alex se giró, y su rostro se iluminó aún más cuando me vio.

—¡Mamá! —Se levantó de un salto, corriendo hacia mí y agarrando mi mano con sus pequeños dedos—. ¿Puedes contarme la historia otra vez?

Era su favorita, el cuento de hadas con el que prácticamente había crecido. Era la historia sobre su padre, el extraño enmascarado que me había salvado del "monstruo malo". Y cada vez que me lo pedía, no podía negarme, sin importar cuántas veces la hubiera contado.

—Está bien, ponte cómodo —dije, apretando suavemente su mano. Ambos nos subimos a su cama, con Dahlia acurrucándose a los pies, sus grandes ojos marrones mirándonos como si ella también quisiera escuchar la historia, pero me dio una sonrisa justo antes de irse.

Miré a Alex, sus ojos abiertos de anticipación. —Érase una vez —comencé, viendo cómo se iluminaba su rostro—, había una hermosa y valiente chica...

—¿Eras tú, mamá?

—Sí, era yo —respondí con una pequeña risa—. Y esta chica estaba en un lugar muy oscuro, donde nadie podía encontrarla. Se sentía sola y atrapada. Pero entonces, un día, apareció un misterioso extraño. Llevaba una máscara para ocultar su identidad, pero sus ojos... —hice una pausa, pasando mis dedos por el suave cabello de Alex—. Sus ojos eran cálidos y amables, justo como los tuyos, y le dio un regalo: una oportunidad de escapar.

Alex inclinó la cabeza. —¿Pero por qué tuvo que irse?

Suspiré, sintiendo el familiar dolor en mi pecho. —Tenía que ir a salvar a otros, Alex. No podía quedarse. Lo necesitaban en otro lugar. —Sonreí, aunque el recuerdo se sentía agridulce—. Pero siempre prometió que nos cuidaría, incluso desde lejos. Justo como lo hacen las estrellas por la noche.

Alex se quedó callado, pero sus ojos brillaban. —¿Crees que nos está mirando ahora mismo, mamá?

Asentí. —Absolutamente. Está observando y asegurándose de que estés sano y salvo. Y probablemente esté muy orgulloso de lo fuerte y valiente que eres, igual que él.

Alex sonrió, acurrucándose a mi lado. —Desearía que pudiera volver —susurró, con un destello de tristeza en su voz.

Sentí que se me encogía el corazón y le besé la frente, atrayéndolo más cerca. —A veces, las personas que más nos aman tienen que ir a otro lugar para hacer cosas importantes. Pero eso no significa que no estén con nosotros. Él está aquí. —Le di un suave toque en el pecho, justo encima de su corazón—. Y aquí, cada vez que miras las estrellas.

Alex se quedó en silencio por unos momentos, absorbiendo las palabras de esa manera que tenía, serio y reflexivo más allá de sus años. Luego, se tocó la mejilla y me miró, con una expresión de incertidumbre en sus ojos.

—Mamá, ¿me parezco a él?

La pregunta me tomó por sorpresa. Lo miré, viéndolo realmente por primera vez de una manera que no había hecho antes: su pequeño rostro, sus ojos, esos rasgos que parecían haber estado ahí siempre pero que de alguna manera habían crecido justo frente a mí. Una sonrisa se dibujó en

mis labios mientras miraba sus cálidos y profundos ojos marrones, del mismo color que los de su padre.

—Sí, te pareces —respondí, sintiendo que se me cerraba un poco la garganta—. Tienes sus ojos, muy parecidos a los suyos. Cálidos, amables... —Mi voz se apagó mientras una imagen flotaba en mi mente: los ojos del extraño. Y luego, extrañamente, los de Sergio. Eran del mismo color e intensidad. Un pensamiento peculiar se me vino a la mente, uno que intenté apartar. *¿Estaba viendo solo lo que quería ver? ¿Estaba creando conexiones que no existían?*

Parpadeé, despejando el pensamiento. Volví a mirar a Alex, que tenía una pequeña sonrisa en su rostro, como si estuviera orgulloso de algo que aún no podía expresar con palabras.

—Tienes sus ojos —susurré.

CAPÍTULO SIETE

MIRELLA

Cerré la puerta de Alex suavemente tras de mí, aún sintiendo el calor de su pequeña mano en la mía y el peso de sus inocentes preguntas persistiendo en mi mente. Una parte de mí se sentía más ligera después de contarle esa historia, pero la otra parte... se sentía más pesada.

El pensamiento de Sergio volvió a colarse, inoportuno e inquietante. *¿Por qué siquiera estoy pensando en él?* Sacudí la cabeza como si pudiera despejar la idea con un simple gesto. Tenía demasiadas cosas en mi plato como para distraerme con el pasado.

Me volví hacia el pasillo, y la esbelta figura de Dahlia apareció, dirigiéndose hacia mí. Era más que solo mi asistente. Había sido mi salvavidas desde que nació Alex, casi como una hermana, y no había nadie más en quien pudiera confiar para estar con él.

—Dahlia —susurré, cuidando de no despertar a Alex—, ¿cómo se ha estado adaptando aquí?

Ella cruzó los brazos, dirigiéndome una sonrisa tranquilizadora.

—Ya lo conoces, Mirella: tranquilo pero resiliente. Está manejando la mudanza muy bien. Te preocupas demasiado.

Asentí, suspirando, mientras el alivio se extendía sobre mí.

—No puedo evitarlo. Sabes lo reservado que es. Pero se está adaptando bien, ¿verdad?

—Mejor que la mayoría de los niños, diría yo —dijo ella, con tono confiado—. Alex siempre se ha adaptado al cambio. Está en su naturaleza, igual que en la tuya.

Una calidez creció en mi pecho mientras miraba por el pasillo, imaginando a Alex profundamente dormido en su cama. Pero la culpa no estaba lejos, arrastrándose por los bordes de esa calidez, recordándome que cuanto más tiempo pasaba aquí, menos tiempo tenía para él. Volví a mirar a Dahlia, bajando la voz.

—Vigílalo. Todo el tiempo. Quiero una actualización cada seis horas, aunque sea solo un "está bien".

Dahlia sonrió con un leve asentimiento.

—Considéralo hecho. No tienes que preocuparte por él mientras te ocupas de los negocios. Nosotros nos encargamos de todo aquí.

Forcé una sonrisa, aunque mi mente persistía en el plan que tenía por delante, los riesgos y el tiempo que llevaría.

—Gracias, Dahlia. Es solo temporal —susurré, más para mí misma que para ella—. Algún día, nos sacaré a ambos de esto.

La cálida mirada de Dahlia se detuvo en mí, y supe que entendía. Dándole un rápido apretón en el hombro, me di la vuelta y me dirigí hacia mi habitación, esperando sumergirme en el trabajo y la estrategia. Pero tan pronto como la puerta se cerró detrás de mí, el rostro de Sergio volvió a mi mente.

¿Por qué tenía que advertirme así? ¿Y por qué tenía que venir de él?

Me dejé caer en la cama, mirando al techo. Sergio. Era imposible, eso era seguro. No lo había visto en años, pero una mirada suya esta noche me había sacudido de una manera que no esperaba. No era solo porque ahora fuera el hijo del enemigo o por la advertencia que me había lanzado. No, era algo más, algo que tiraba de viejos recuerdos que hacía tiempo había enterrado. Recuerdos de dos niños que solían retarse mutuamente a trepar al árbol más alto del parque y que solían correr por la plaza central riendo y bromeando.

Mi mano se deslizó hacia mis labios, un viejo hábito que había desarrollado cuando estaba sumida en mis pensamientos, y una sonrisa irónica se dibujó en mi rostro.

Mi primer beso.

Sergio había sido mi primer beso. El pensamiento era casi gracioso ahora, la forma en que nos habíamos escondido detrás del gran cerezo de su familia, riendo como dos tontos. La emoción fue demasiado para dos niños. Todavía podía recordar cómo me había mirado, con esos mismos ojos marrones oscuros, serios, incluso entonces. Tenía esa forma de sostener mi mirada que me hacía sentir como la única chica en el mundo.

Basta, Mirella.

Me reprendí, poniendo los ojos en blanco. No tenía por qué romantizar recuerdos de algún amor

de la infancia. Esas cosas eran inocentes y sin sentido. Sergio probablemente ni siquiera recordaba nada de eso. Ambos habíamos crecido y seguido adelante. Sin embargo, los sentimientos que había despertado en mí esta noche se sentían todo menos infantiles.

Me incorporé, frotándome las sienes. Tal vez me había advertido porque estaba... ¿qué? ¿Tratando de asustarme? O tal vez solo estaba siendo el mismo chico imprudente que solía conocer, intentando jugar algún juego. No debería darle más vueltas. Era peligro envuelto en ese atractivo exterior, y yo era lo suficientemente inteligente como para saberlo.

Pero no quieres ignorarlo, ¿verdad?

El pensamiento me pilló desprevenida, y dejé escapar un gruñido frustrado. Esto no era como había planeado las cosas. Sergio debía ser solo otra cara en la jerarquía de la mafia, otro eslabón en una cadena que tenía que apretar.

Con un resoplido, me quité los zapatos y me acerqué a la ventana, mirando hacia la tranquila noche. Tenía suficientes monstruos que enfrentar sin añadir a este hombre a la lista. Pero era difícil no pensar en él. Había crecido, igual que yo. Ya no estaba el chico que me retaba a robar una cesta de naranjas de la tienda. En su lugar había un hombre, uno cuya presencia ahora venía con un tipo diferente de emoción: una advertencia.

Pero a pesar de mi mejor juicio, aún podía ver esos ojos marrones oscuros, la forma en que me habían mirado esta noche. Odiaba el pequeño destello de calidez que surgía cuando lo hacía. Era ridícula. Ya no era una chica ingenua. Estaba aquí con un plan, y no iba a dejar que el pasado lo arruinara.

Y sin embargo, el recuerdo de su mano extendiéndose hacia mí, de la misma manera que solía hacerlo, permanecía conmigo.

Estás haciendo conexiones que no existen, me recordé firmemente, sacudiendo la cabeza como si pudiera sacarlo de ella. Sergio y yo ya no éramos niños. Lo que fuimos alguna vez era solo una historia de otra vida.

***

De pie fuera de la pesada puerta de roble de la oficina de Don Carlos, me apoyé contra la pared, medio oculta en la sombra. Quería entrar directamente, pero los fuertes ecos me habían detenido. El bajo rumor de voces se filtraba por la rendija de la puerta, lo suficiente como para captar

fragmentos de una discusión que se estaba gestando dentro. No debería estar escuchando a escondidas, pero, de nuevo, la curiosidad siempre había sido mi defecto fatal. Especialmente cuando se trataba de Don Carlos y, bueno, Sergio.

La voz de Sergio se elevó por encima de la de su padre, áspera y acusadora.

—¡No tenías derecho a ir tras él, y lo sabes! ¡Estaba desarmado, no era una amenaza!

Alcé una ceja. ¿Sergio cuestionando a su padre? Este era un lado que no esperaba.

La risa de Don Carlos fue oscura y hueca.

—Te estás ablandando, muchacho. ¿Crees que alguien en nuestro mundo puede jugar según las reglas? Haces lo que es necesario, sin importar el costo. Así es como sobrevives.

Hubo una pausa, y luego la voz de Sergio se endureció.

—Eso no es supervivencia. Es una masacre. Y está mal. Hay líneas, y tú las cruzaste.

El viejo se burló.

—¿Moral? ¿Estás perdiendo mi tiempo con moral ahora, Sergio? Esto es más que tú, más que yo... esto es sobre nuestro legado.

Sus voces se solapaban y mi pulso se aceleró. Esto no era solo una pelea. Era un desafío. Sergio no se estaba echando atrás, y me incliné más cerca, conteniendo la respiración.

—¿Y qué clase de legado es si solo estás masacrando a la gente que se interpone en tu camino? —replicó Sergio, su tono destilando desprecio—. Si así es como estás manejando las cosas, quizás sea hora de cuestionar para quién lo estás haciendo.

—¡Cuida tu boca! —la voz de Don Carlos salió en un gruñido, y me estremecí, incluso desde mi escondite—. Estos son los precios que pagamos por el poder, por el respeto, por el control. Lo que es débil, Sergio, es ser demasiado blando para pagarlos. Y ahora mismo, eso es exactamente lo que me estás mostrando: debilidad.

Conocía a Don Carlos lo suficiente como para reconocer el desprecio en su tono y el mismo orgullo retorcido que tenía al quebrar a cualquiera que se atreviera a desafiarlo. Nunca hubiera imaginado que Sergio, de todas las personas, estaría en el extremo receptor. Pensaba que era

igual que su padre.

Aunque, en realidad, no sabía mucho sobre Sergio en estos días, ¿verdad?

—¿Crees que soy débil por señalar tus errores? ¿Por negarme a hacer la vista gorda cuando cruzas una línea? —la voz de Sergio era fría, desafiante—. No soy un cobarde. Simplemente no estoy cegado por la codicia.

Un pesado silencio cayó, y esperé, conteniendo la respiración, la respuesta de Don Carlos.

—¿Crees que eres noble, que eres mejor que yo porque tienes principios? —la voz de Don Carlos era baja y calculadora—. Bueno, los principios son para las personas que no saben lo que quieren. Cuando lo descubras, ven a hablar conmigo. Hasta entonces, guárdate tus pequeñas ideas sobre moralidad para ti mismo.

Sentí una emoción cercana a la admiración mientras escuchaba a Sergio mantenerse firme, incluso cuando Don Carlos intentaba derribarlo. Tal vez no era tanto el títere de su padre después de todo.

Enderezándome, decidí que ahora era el momento de hacer mi entrada. No tenía sentido fingir que no había escuchado la mayor parte del intercambio, aunque mi expresión se mantuvo cuidadosamente neutral. Toqué, luego abrí la puerta y entré, encontrándome primero con la mirada de Don Carlos. Sus ojos brillaron con un destello ilegible: disgusto, sospecha o tal vez incluso diversión. Pero fue la mirada acerada de Sergio la que me mantuvo cautiva. Esos ojos marrones oscuros ardían de desafío.

Don Carlos me hizo señas para que entrara más, su mano se posó pesadamente sobre su escritorio como si me desafiara a acercarme más. —Mirella —comenzó, su tono peligrosamente suave—, es bueno que estés aquí. Justo le estaba diciendo a mi hijo que hay un límite en la confianza que puedo extender, especialmente a aquellos que la han traicionado antes.

Un toque de calor subió por mi cuello, pero mantuve mi rostro tranquilo. —Don Carlos, si hay alguna forma en que pueda probarme, estoy aquí para hacerlo. Lo que pasó la última vez fue un error de juicio.

Él soltó una pequeña risa sin humor. —Un error. Sí, y qué costoso fue. Entenderás si ya no puedo tomar tu palabra al pie de la letra, Mirella. —Miró a Sergio, quien apartó la vista, con la mandíbula apretada, claramente luchando con cualquier tormenta que su padre había provocado

en él.

Interpreté el papel de la chica ingenua: ojos grandes, casi herida. —Sé que tiene todas las razones para dudar de mí, Don Carlos. Pero estoy aquí para arreglar las cosas. No tenía idea... No quise decir...

Él levantó una mano, deteniéndome a mitad de la frase, su expresión volviéndose aguda. —Basta de excusas. Las palabras no valen nada, Mirella. Son las acciones las que me interesan ahora.

Mi estómago se retorció, pero forcé una sonrisa esperanzada. —Entonces dígame qué puedo hacer. Lo probaré.

La mirada de Don Carlos se volvió calculadora mientras me consideraba. —Probarlo... eso es exactamente lo que tendrás que hacer. Te asignaré tareas, cosas que espero que manejes como si tu vida dependiera de ello. Lo cual bien podría ser así.

Asentí, preparándome. —Entiendo.

—Bien. Y resulta que Sergio aquí es el mejor maestro que podrías esperar. —Hizo un gesto hacia su hijo, con un brillo cruel en los ojos—. Él te vigilará, asegurándose de que no... te resbales.

La boca de Sergio se torció en una sonrisa irónica, y el placer en su mirada era inconfundible. Era como si me estuviera evaluando, ya decidiendo cuántos problemas le causaría. Maravilloso.

De todas las personas, ¿por qué tenía que ser él?

Tragué saliva, luchando por mantener un tono respetuoso. —Aprenderé rápido, lo prometo.

—Oh, no lo dudo —respondió Don Carlos con suavidad, reclinándose con un aire de satisfacción —. Para tu primera tarea, acompañarás a Sergio. Deja que te muestre cómo es la verdadera dedicación.

Sergio se volvió, con los ojos fijos en mí, y la expresión en su rostro se torció en algo casi divertido.

Por supuesto, él disfrutaría esto.

Le dio a su padre un breve asentimiento. Luego, me miró de nuevo con una ceja levantada como

si me desafiara a protestar. No le daría esa satisfacción.

Mientras caminábamos hacia la puerta, me lanzó una mirada de reojo. —Parece que estás atrapada conmigo, princesa.

Forcé una sonrisa, decidida a no dejar que se metiera bajo mi piel. Si pensaba que podía hacer esto incómodo, estaba muy equivocado. Pero por dentro, mi mente corría con preguntas, todas ellas dirigidas al hombre que caminaba a mi lado.

Sergio.

CAPÍTULO OCHO

SERGIO

Mirella

—*Vaya, es tan hermosa.*

El coche zumbaba suavemente mientras conducíamos, las luces de la ciudad se reflejaban en el rostro inexpresivo de Mirella a mi lado. Miraba por la ventana, con la mandíbula apretada como si no tuviera intención de hablar. Me recliné, tamborileando con los dedos en el volante, echándole un vistazo de vez en cuando. Tenía esa belleza sin esfuerzo, como si acabara de salir de una de esas películas italianas clásicas. Aunque llevaba el pelo recogido, algunos mechones le caían alrededor de la cara, captando la luz de una manera que los hacía casi brillar. Había algo diferente en ella desde la última vez que nos vimos. Una especie de fuerza tranquila y una elegancia que no dependía de ningún encanto o palabras. Era... intrigante.

Aclarándome la garganta, intenté romper el silencio.

—Entonces, ¿estás emocionada por tu primera "misión"? —Mi tono era ligero, un poco juguetón. Ni siquiera me miró.

—Emocionadísima, no tengo palabras.

Vale, esto iba a ser más difícil de lo que pensaba. Volví a mirar de reojo, captando cómo ponía los ojos en blanco ligeramente, lo que, de alguna manera, era aún más cautivador.

Sonreí con suficiencia.

—Escucha, Mirella, si vamos a trabajar juntos, tal vez podríamos... no sé... ¿intentar soportarnos?

Por fin se giró, con una ceja levantada en señal de incredulidad.

—¿Trabajar juntos? Estás aquí para cuidarme, Sergio. No hay trabajo en equipo en eso.

Me reí, negando con la cabeza.

—Piensa en ello como un programa de mentores. Como, ya sabes, una de esas pasantías.

Resopló, sus labios contrayéndose en la más pequeña de las sonrisas, como si no pudiera evitarlo.

—Claro, ¿y tú eres qué? ¿El empleado estrella?

Me encogí de hombros, reclinándome en mi asiento.

—Me gusta pensar que sí. No te dejes engañar por el ceño fruncido. Soy un encanto. Te encantará.

Se quedó callada, y dejé pasar un momento antes de preguntar:

—Entonces... ¿planeas darme la ley del hielo todo el tiempo?

Me miró con esa mirada aguda y conocedora suya.

—No puedo decir que esté encantada de trabajar con alguien que creció con privilegios, mimado y sin idea del mundo real.

—¿Ah, sí? —repliqué, fingiendo ofensa—. Ahórrame el discurso de los harapos a las riquezas. Tú creciste tan acomodada como yo, ¿recuerdas?

Los ojos de Mirella se oscurecieron, con una pequeña chispa de ira.

—Sí, y hace cinco años, lo perdí todo. Me lo arrebataron, hasta la última cosa. Tuve que empezar de cero y sobrevivir por mi cuenta. Sin apoyo familiar. Sin conexiones. Sin red de seguridad. —Desvió la mirada hacia adelante, con un tono frío—. Así que quizás no nos compares.

Sus palabras me impactaron, por la cruda honestidad que transmitían. Me recliné, genuinamente curioso.

—¿Y lo lograste? ¿Sobreviviste a todo?

Me dedicó una pequeña sonrisa sin humor.

—Si no lo hubiera hecho, no estaría aquí.

El silencio cayó entre nosotros. Esta versión de Mirella era mucho más compleja que la chica

rica, mimada e indefensa que recordaba. Había subestimado su fuerza, y tenía que admitir que la respetaba más por ello. Intenté no dejar que se notara, pero era difícil cuando ella llevaba su fuerza como una armadura, esa resolución inquebrantable que era extrañamente atractiva.

Cuando llegamos al almacén, la tensión se había asentado y fue reemplazada por algo más cercano a una tregua incómoda. El almacén tenía paredes de ladrillo viejas y desgastadas y un tenue resplandor de luz que se derramaba desde las ventanas altas. En el interior, era un espacio cavernoso lleno de cajas, estanterías y equipos dispersos. El zumbido distante de las máquinas y las voces amortiguadas resonaban a nuestro alrededor.

—Este lugar —empecé, señalando alrededor—, es una de las operaciones más tranquilas. Manejamos envíos y distribución y gestionamos algunas cosas por aquí y por allá: clubes nocturnos y casinos. Cosas legales.

Mirella alzó una ceja.

—¿Y las partes ilegales? ¿O esas también se mantienen "tranquilas"?

Me reí entre dientes, impresionado.

—Guardaré esa parte para la clase avanzada. La lección de hoy es estrictamente legal.

Me lanzó una mirada que sugería que no se creía ni por un segundo mi explicación "legal", y honestamente, tampoco me estaba esforzando mucho por convencerla. Mientras nos movíamos por el almacén, me encontré observándola más de cerca. Tenía esa forma de moverse, de saber exactamente dónde pisar sin dudar, como si estuviera en casa incluso en un lugar como este. Para alguien fuera del juego, no había perdido su destreza.

—Sabes moverte bastante bien por aquí, ¿verdad? —pregunté, viéndola captar cada detalle.

—Digamos que aprendí una cosa o dos de mi padre —respondió, manteniendo su expresión neutral pero con los ojos vivos de desafío.

Me apoyé contra una caja, cruzando los brazos, dejando que mi mirada se demorara.

—Entonces, ¿qué esperas conseguir exactamente con este pequeño "trabajo"?

Me dio una larga mirada evaluadora.

—Estoy aquí para demostrarle a tu padre que soy digna de confianza. Que puedo valerme por mí misma.

Me reí un poco demasiado fuerte, ganándome una mirada punzante de ella.

—¿Digna de confianza? ¿En esta familia? Buena suerte con eso.

Se encogió de hombros, imperturbable.

—Tal vez simplemente me gusta el desafío. Además, no es como si tuviera muchas opciones.

Sus palabras eran ciertas, pero había algo más en ellas, algo no dicho.

—Y aun así, aquí estás, fingiendo que eres solo otra empleada. Tengo que decir que nunca te imaginé siendo del tipo trabajadora.

Suspiró, y por un breve momento, capté un destello de vulnerabilidad antes de que apartara la mirada.

—La gente cambia, Sergio. A veces, no tienen otra opción.

Quise responder, decirle que no tenía que poner esta fachada conmigo. Pero sabía que sería inútil. Mirella había construido gruesos muros, y con razón. No iba a derribarlos por nadie, y menos por mí.

Aclarándome la garganta, me aparté de la caja.

—Bueno, sobre esos clubes que mencioné. Son bastante sencillos, grandes generadores de dinero, no hay sorpresas ahí. Te daré un resumen de cómo los manejamos. Solo ignora cualquier cosa que parezca demasiado turbia.

Sonrió con ironía, mirando alrededor.

—Claro. Porque este lugar es la viva imagen de la inocencia.

Su sarcasmo no pasó desapercibido.

—Sabes, el sarcasmo no te sienta bien.

Su sonrisa se hizo más profunda, e inclinó la cabeza, desafiándome.

—Bueno, no es como si estuviera tratando de impresionarte.

No pude evitar sonreír ante su desafío. Tenía ese fuego que faltaba en la mayoría de las personas que había conocido, y era refrescante, aunque viniera con una buena dosis de irritación.

—Créeme, estás haciendo un gran trabajo en no preocuparte.

Cruzó los brazos, mirándome de arriba a abajo con el mismo escepticismo que le había dado al almacén.

—¿Y qué se supone que debo aprender aquí además de tu singular marca de cinismo?

Levanté las manos en fingida derrota.

—De acuerdo, bien, te daré el tour oficial. Vamos, acabemos con esto.

Mientras nos movíamos entre las filas de estanterías, no dejaba de lanzarle miradas furtivas, mi mente debatiéndose entre concentrarse en los negocios y la innegable presencia a mi lado. Era extraño. Mirella tenía esa manera de llamar la atención sin siquiera intentarlo, y me encontraba intrigado por ella a pesar de todo.

Entramos en el almacén, y el intenso olor a aceite y metal me golpeó, un aroma al que me había acostumbrado en lugares como este. Filas y filas de armas perfectamente apiladas cubrían las paredes, cada pieza pulida y lista. Mirella examinó la habitación, sus ojos agudos, captando cada detalle con una mezcla de curiosidad e interés cauteloso.

Me miró de reojo, con una sonrisa traviesa tirando de sus labios. —Entonces, Sergio, ¿realmente sabes disparar o solo eres el que exhibe las armas?

Me reí, cruzando los brazos. —¿Estás bromeando? Soy el mejor tirador aquí.

Su ceja se arqueó en un gesto poco impresionado, y no pude resistirme. Me recliné un poco, el fantasma de un recuerdo cruzando por mi mente. —He estado disparando desde que podía caminar y tuve una etapa militar justo después de la secundaria. Hice dos giras, de hecho.

Su sonrisa se suavizó ligeramente, la curiosidad reemplazando el desafío. Hice una pausa, sintiendo que la vieja amargura surgía, pero la aparté. —Mi madre murió cuando era joven, como recordarás. Me alisté para evitar... —Me encogí de hombros, dejando las palabras en el aire. No era algo de lo que hablara, no usualmente.

El rostro de Mirella se suavizó, sus ojos se detuvieron en mí, y por primera vez, vi algo más allá de la máscara fría que solía llevar. Fue inesperado, intrigante, incluso.

—También tengo esto —añadí, mirándola con media sonrisa y tocando el lugar sobre mi corazón donde solía llevar mi insignia de honor después de ser herido en combate—, Corazón Púrpura. No es que signifique mucho en este tipo de trabajo. Pero bueno, por lo que vale, no soy exactamente un privilegiado.

Ella mantuvo mi mirada, su expresión cambiando de curiosidad a algo más profundo. —Impresionante —murmuró, casi para sí misma. Luego, sus ojos se iluminaron de nuevo, reapareciendo ese toque juguetón—. Bueno, entonces, señor Corazón Púrpura, ¿te importaría enseñarme a disparar?

Mi ceja se elevó. —¿Quieres que te enseñe? ¿Crees que podrás manejarlo?

Mirella se rió, poniendo los ojos en blanco. —¿Solo vas a hablar o me vas a mostrar cómo?

Negué con la cabeza, sonriendo. —Está bien. Pero si eres terrible, no digas que no te lo advertí. —Le entregué una de las armas, una pieza pequeña, suficiente para una principiante—. Bien, agárrala así.

La tomó, pero su agarre era demasiado flojo y su postura estaba completamente mal. Reprimiendo una sonrisa, me moví detrás de ella, extendiendo la mano para ajustar las suyas, guiando sus dedos sobre la empuñadura de metal. —Aquí, así —murmuré, mi voz baja, y ella se quedó quieta, sus ojos fijos en los míos.

Hubo una repentina cercanía entre nosotros, una especie de tensión silenciosa, y sentí que su respiración se entrecortaba ligeramente. Moví sus manos a la posición correcta, mis propios dedos demorándose quizás un segundo de más. Su perfume era ligero y fresco. Olía a cerezas y de alguna manera fuera de lugar en este polvoriento almacén. El aroma persistía en el aire, y me encontré inclinándome más cerca, lo suficiente para sentir el calor que irradiaba de ella. Quería darle la vuelta, que mis manos la rodearan con más fuerza.

—No necesitas hacer demasiado al sostener un arma —susurré, su mirada se movió y se fijó en la mía.

—No creo que exista algo como demasiado —susurró ella, su aliento entrecortado y mezclándose con el mío. Me estaba desafiando. Sabía cuánto me volvía loco su vista. Sabía que

era el objeto de mi deseo, y sus ojos contaban la misma historia que los míos.

Te deseo.

Lo hacía. Quería sentir mi lengua entrelazada con la suya con cada aliento en mí. Como aquella noche, quería tocar cada centímetro y curva de ella.

—¿Qué sigue, profesor? —preguntó, su voz no solo burlándose de mí, sino desafiándome.

No había nada que quisiera hacer más ahora que apretarla contra uno de esos barriles, contra las cajas, tener mi cara enterrada en su cuello, besándolo, recorriendo todo el camino hasta sus hombros, que estaban descubiertos debido al vestido sin mangas que llevaba sin esfuerzo.

—Ahora, mantén los hombros firmes —susurré, observando cómo tomaba un respiro lento, su mirada sin apartarse del objetivo. Pero mi mirada estaba en ella. Se mantuvo compuesta, aunque podía sentir su corazón latiendo un poco más rápido. No estaba seguro si era por el arma en sus dedos o mis manos en su cuerpo.

—¿Así? —Su voz era apenas audible, más un murmullo que una pregunta.

Ajusté su postura, mis manos ahora en sus hombros, guiándola con cuidado. —Justo así. Pero mantén tu enfoque constante. —Su cabello rozó mi mejilla cuando giró ligeramente la cabeza, y tuve que aclarar mi garganta, apartando lo que fuera que estuviera agitándose en el aire entre nosotros—. ¿Lista?

Ella asintió, estrechando los ojos hacia el objetivo, y apretó el gatillo. El disparo salió desviado, fallando completamente, y ella se rió con demasiada facilidad, inclinando la cabeza para mirarme. —Nervios de principiante.

Me reí entre dientes, negando con la cabeza. —Bueno, no esperaba un tiro al centro, pero vamos. Pensé que al menos le darías al objetivo.

Me dio un empujón juguetón. —¿Te atreves a apostar por el siguiente?

—De acuerdo —dije, siguiéndole el juego—. ¿Qué apostamos?

Se encogió de hombros, con una sonrisa jugando en sus labios. —Si tú ganas, admitiré que no eres solo otro niño mimado y privilegiado. Si yo gano, tienes que admitir que soy mejor tiradora.

Levanté una ceja, aceptando el desafío con una sonrisa. —Trato hecho. Buena suerte, novata.

Tomó otro disparo, esta vez apuntando con más concentración. La bala cortó el aire y, para mi sorpresa, dio en el centro. Mirella bajó el arma, lanzándome una mirada triunfante. —Supongo que es suerte de principiante.

Me reí, incapaz de ocultar mi sorpresa. —¿Suerte de principiante, eh? Bueno, me has impresionado.

Ella se encogió de hombros con aire casual, sus ojos brillando. —Parece que tengo talentos ocultos.

—Joyas escondidas —murmuré.

—¿Qué dices? —preguntó, sus ojos se agrandaron.

En ese momento, Ryan entró, sus pasos haciendo eco en el espacio. Me dio un rápido asentimiento, su expresión tensa. —El cargamento está listo, Sergio.

Me enderecé, el toque de juego desapareciendo de mi rostro. —Bien. Mirella, prepárate. Mañana saldremos en un pequeño viaje por carretera. Espero que estés a la altura de la tarea.

Ella me lanzó una sonrisa, pareciendo imperturbable. —Estoy lista. Veamos si puedes seguir el ritmo.

Se fue, el eco de sus pasos desvaneciéndose, y Ryan me dio una mirada dura, levantando las cejas. —Cuidado, Sergio. Ella es... bueno, va a ser la esposa de tu padre.

Forcé una risa, descartando su preocupación. —Es solo trabajo, Ryan. Nada más.

Pero incluso mientras lo decía, sabía que sonaba hueco. Había algo en Mirella, algo que persistía mucho después de que se hubiera ido.

Ella iba a ser mi perdición.

CAPÍTULO NUEVE

MIRELLA

Las luces de la ciudad se difuminaban mientras aceleraba por la autopista. Nueva York siempre ha tenido un camino hacia mi corazón y podía distraerme con su vitalidad. Pero hoy, no podía. El suave zumbido del motor era el único sonido en el coche. Mi mente era un caos de imágenes y sensaciones: el aliento cálido de Sergio contra mi piel, el peso de sus manos guiando las mías, la forma en que su voz bajaba cuando susurraba instrucciones. Por un breve momento, se sintió como si fuéramos las únicas dos personas en el mundo.

Y entonces, casi sin pensarlo, había inclinado la cabeza. Él se había acercado lo suficiente para que captara su aroma, boscoso y penetrante, como el peligro envuelto en encanto. Fue estúpido, imprudente y demasiado tentador. Un beso estaba a un paso, y apenas me contuve.

Apreté el volante con más fuerza, sacudiendo la cabeza. Sergio era una bomba de tiempo, y sería una tonta si me dejara atrapar en su radio de explosión. Yo sabía mejor. *Tenía* que saber mejor. Mi corazón ya había sido masticado y escupido por un hombre que puso mi mundo al revés. Aquel desconocido de hace años me dejó destrozada cuando murió intentando salvarme, una muerte que aún me persigue hoy. Si le hubiera dicho que no, él seguiría vivo y ahora. No tenía nada que mostrar excepto un dolor hueco y un padre que se había esfumado.

El amor no era solo una debilidad. Era una responsabilidad. En nuestro mundo, no te puedes permitir responsabilidades. Me repetí eso, una y otra vez, mientras la ciudad pasaba borrosa ante mí.

Pero no importaba cuánto intentara sacar a Sergio de mi mente, él seguía colándose de nuevo. Había algo en él, algo que no podía ignorar. No era solo peligro. Era algo más, algo familiar. No confiaba en ello, pero tampoco podía evitar sentirme atraída.

Para cuando entré en mi camino de entrada, estaba más agotada por mis pensamientos que por el día en sí. Entré en mi casa, me quité los tacones y me dirigí directamente a mi estudio. El tenue resplandor de la lámpara del escritorio proyectaba largas sombras por la habitación mientras me sentaba y abría mi portátil.

Raven. Eso es lo que era ahora. No Mirella, la chica que amaba los cuentos de hadas y soñaba

con días más simples. Raven no tenía tiempo para sueños. Tenía objetivos, una reputación y un territorio que proteger. Y ahora mismo, ese territorio estaba a punto de ser amenazado.

Durante meses, Enzo y yo habíamos estado monitoreando el cargamento del que Ryan había hablado. Sería uno de los envíos más grandes que han recibido en años: armas, drogas, de todo. Era casi como si Don Carlos se estuviera preparando para una maldita guerra, una guerra que iba a ganar si yo no lo detenía.

Hice clic en mis archivos encriptados hasta que encontré la confirmación que necesitaba. Soho. Mañana. Don Carlos estaba moviendo su preciosa carga justo a una zona que yo había estado vigilando durante meses. Era la oportunidad perfecta, y no iba a dejar que se me escapara.

Cogí mi teléfono y llamé a Enzo.

Entró unos minutos después, su sonrisa ya me decía que estaba a punto de causar problemas.

—Solo me llamas a esta oficina cuando estás tramando algo grande. ¿Debería preocuparme?

Puse los ojos en blanco, haciéndole un gesto para que se sentara.

—Don Carlos está moviendo un cargamento por Soho mañana. Acabo de confirmarlo.

Su sonrisa se ensanchó.

—Y yo que pensaba que me habías dicho que me centrara únicamente en tu padre. ¿Ahora me arrastras a asuntos de cargamentos?

—Todo está conectado —sonreí con suficiencia, tratando de ocultar mi derrota. Aunque la verdad era que odiaba cuando él tenía razón.

Enzo se reclinó en su silla, cruzando los brazos.

—¿Todo conectado, eh? Suenas sospechosamente como yo. Y yo que pensaba que no querías ensuciarte las manos con sus operaciones.

—Esto no se trata de él —dije, pero ni siquiera yo estaba convencida—. Se trata de territorio. Si interceptamos ese cargamento, podemos debilitar su posición en Soho. Has visto los números. Esa pérdida le golpearía donde duele.

Enzo alzó una ceja.

—¿Y Sergio? ¿Dónde encaja en este bonito plan tuyo? Sí, investigué sobre él. Es el hijo de Don Carlos con formación militar. De alguna manera, parece que ustedes dos fueron amigos cercanos.

Mi estómago se retorció al mencionar su nombre. Mantuve mi expresión neutral.

—Es solo un daño colateral. Está trabajando para su padre. Así que no es nada personal.

Enzo no se lo creyó ni por un segundo.

—¿Nada personal? Mirella, tienes esa mirada. La misma que tenías cuando estabas a punto de meterte en algún lío. ¿Cómo sabemos que Sergio no es tan malo, o peor, que su padre?

Suspiré, reclinándome en mi silla.

—Lo conozco, Enzo. Fuimos niños juntos. Crecimos juntos. No es como Don Carlos.

—Lo *conocías* —corrigió Enzo, su tono afilado—. La gente cambia, especialmente en este tipo de trabajo. No puedes permitirte ponerte sentimental.

Sus palabras me golpearon más fuerte de lo que quería admitir. Miré fijamente mi escritorio, el peso de todo presionándome.

—No soy sentimental —murmuré—. Estoy concentrada.

—¿Concentrada? —Enzo se inclinó hacia adelante, bajando la voz—. Entonces explica por qué estás dudando. Si fuera cualquier otra persona, ni siquiera pestañearías. Estaríamos hablando de cómo hacer que el maldito suelo se derrumbe. Tenemos los hombres para hacer llover el infierno sobre ellos.

Tenía razón, y lo odiaba. Odiaba el nudo en mi pecho cada vez que se mencionaba el nombre de Sergio. Odiaba la forma en que mi mente reproducía la manera en que me miraba, como si fuera alguien que valía la pena conocer.

Enzo suspiró, reclinándose de nuevo.

—Escucha. Sabes lo que hace la debilidad en nuestro mundo. Cuando las balas empiezan a volar, no tienes tiempo para pensar en sentimientos. Tienes que actuar.

Encontré su mirada, forzándome a parecer calmada.

—No soy débil, Enzo. Tengo esto bajo control.

—Más te vale —dijo, su tono suavizándose ligeramente—. Porque en el momento en que dejes que alguien se meta bajo tu piel, se acabó el juego. Tú, más que nadie, deberías saber esto, pero necesitamos planear. Esta no será una operación fácil.

Pasamos la siguiente hora estrategizando. Enzo trazó rutas y planes de contingencia, su mente aguda convirtiendo los planes en algo casi infalible. Todo el tiempo, una pequeña voz en el fondo de mi cabeza susurraba que estaba traicionando a Sergio. Pero la silencié. Esto era negocios. Nada personal.

Para cuando terminamos, estaba agotada. Enzo se puso de pie, estirándose antes de dirigirse a la puerta. Se detuvo, mirándome.

—¿Estás segura de que estás lista para esto?

Asentí.

—Estoy lista.

Sonrió con suficiencia, sacudiendo la cabeza.

—Si tú lo dices, Raven.

Cuando la puerta se cerró, me recliné en mi silla, mirando al techo. Raven estaba lista. Raven estaba concentrada. ¿Mirella? Ella era otra historia completamente diferente. Necesitaba darme una ducha y lavar todos estos pensamientos intrusivos.

El agua caliente golpeó mis hombros, lavando la suciedad del día, pero no hizo nada para aclarar mi mente. El roce de Sergio persistía como un fantasma, imposible de sacudir. Cerré los ojos y el recuerdo de sus manos guiando las mías volvió de golpe. Su voz había sido firme, su tono bajo y casi burlón. Y la forma en que se inclinó... era enloquecedora. Había estado tan cerca, su aliento cálido contra mi oreja. Por un momento, pareció que el mundo se había detenido.

Giré el grifo al agua fría, estremeciéndome cuando el frío me devolvió a la realidad. Este no era el momento de perder el enfoque. Las palabras de Enzo resonaban en mi mente: *No puedes permitirte debilidades. Cuando las balas vuelen, necesitas actuar.*

Tenía razón. No podía dejarme distraer por un hombre, aunque ese hombre fuera Sergio... especialmente porque ese hombre era Sergio. Era una complicación que no podía permitirme.

Envolviendo una toalla a mi alrededor, salí de la ducha y tomé mi teléfono de la mesita de noche. Un mensaje iluminó la pantalla.

—*¿Estás despierta?*

Mi corazón dio un vuelco cuando vi el ID y la foto que confirmaron mi pensamiento más oscuro. Sergio. ¿Cómo había conseguido siquiera mi número? Entonces recordé: cuando regresé a Nueva York, lo había anotado en los registros de la dirección de mi padre, tratando de mezclarme y parecer normal... una hija normal de un hombre poderoso, no alguien con secretos enterrados más profundamente de lo que la mayoría de la gente podría imaginar.

Dudé, con el pulgar flotando sobre el teclado. Antes de que pudiera responder, mi teléfono vibró de nuevo. Esta vez era una llamada. ¿Por qué me estaba llamando? No quería hablar con él. Eso era una mentira, sí quería. Quería escuchar cómo sonaba su voz a través de los ecos de un teléfono. ¿Tendría aún el mismo efecto en mí que cuando estaba a un centímetro de distancia?

Contesté, manteniendo mi voz firme.

—¿Qué quieres, Sergio? —No pretendía sonar tan aprensiva, pero ya estaba frustrada por la forma en que los pensamientos sobre él nublaban todos mis pensamientos racionales.

—No podía dormir —dijo, su tono ligero pero con un trasfondo más profundo—. Pensé que tú también podrías estar despierta.

Me recosté contra las almohadas, tratando de mantener mi voz casual.

—¿Y eso por qué?

—Porque nunca podías estar tranquila la noche antes de algo importante —respondió, con una sonrisa en sus palabras—. Siempre estabas despierta, caminando de un lado a otro o planeando algún esquema elaborado.

—Eso fue hace mucho tiempo —dije, aunque no pude evitar la pequeña sonrisa que tiraba de mis labios—. No soy la misma persona que era entonces.

—Yo tampoco —admitió, suavizando su voz—. Pero algunas cosas no cambian. Como que

siempre te echas más responsabilidades de las que deberías.

Puse los ojos en blanco, aunque él no podía verlo.

—Puedo cuidarme sola.

—Sé que puedes —dijo, dejando escapar una nota de preocupación—. Pero esto no es solo otro día en el parque. No tienes que ir mañana, Mirella. Déjame manejarlo a mí.

Sus palabras me tomaron por sorpresa. Había un cuidado en su voz que no esperaba, y me desarmó de una manera para la que no estaba preparada.

—¿Estás preocupado por mí?

—No eres invencible —dijo llanamente—. Sé que te gusta actuar como si lo fueras, pero... ten cuidado. No vale la pena demostrarle nada a mi padre.

Un momento de silencio pasó entre nosotros. No sabía qué decir, y Sergio, sorprendentemente, no insistió. En su lugar, su tono cambió, más ligero, burlón.

—¿Recuerdas aquella vez que intentaste trepar a ese árbol en tu patio trasero?

Me reí, el recuerdo volviendo de golpe.

—¿Te refieres a la vez que *logré* treparlo? No recuerdo que me ayudaras mucho.

—Eso es porque no me dejaste. Estabas muy ocupada gritando que no necesitabas la ayuda de nadie —me devolvió—. Y luego te quedaste atascada.

Gemí, la vergüenza aún fresca.

—No me quedé atascada. Solo hice una pausa para apreciar la vista.

—Claro —dijo, claramente sonriendo—. ¿Y quién fue el que tuvo que subir y ayudarte a bajar cuando empezaste a llorar?

—No lloré —protesté, aunque no pude dejar de sonreír—. Y no me ayudaste exactamente. Te burlaste de mí todo el camino de bajada.

—Tenía diez años —dijo, riendo—. Dame un respiro.

Caímos en un ritmo fácil, intercambiando historias del pasado. Me recordó la vez que lo reté a robar galletas de la cocina de mi padre, y yo mencioné la vez que se tropezó y cayó en una fuente tratando de impresionar a una chica en una fiesta. Se sentía natural, como ponerse un par de zapatos viejos. Por un momento, la tensión entre nosotros no existía.

Pero entonces la risa se desvaneció, y su voz se suavizó de nuevo.

—Siempre he querido protegerte, ¿sabes?

Las palabras tocaron algo profundo dentro de mí, y no supe cómo responder. ¿Protegerme? ¿De qué? ¿De él mismo? ¿Del mundo en el que ambos estábamos enredados?

Forcé una sonrisa en mi voz, tratando de mantener las cosas ligeras.

—No necesito protección, Sergio. Ni entonces, ni ahora.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Pero eso no impide que quiera hacerlo.

El silencio que siguió fue pesado, y por una vez, no supe cómo romperlo. Mis muros se sentían más delgados de lo que habían sido en años, y Sergio estaba demasiado cerca. Estaba peligrosamente cerca de dejarlo entrar, y no podía permitirme eso. No ahora.

—Sergio —comencé, pero las palabras se atascaron en mi garganta. En su lugar, elegí huir. Presioné el botón rojo, terminando la llamada y dejando escapar un suspiro exasperado.

Estos sentimientos eran imprudentes, y cuando las balas empezaran a volar, estos sentimientos iban a matarme.

CAPÍTULO DIEZ

SERGIO

Don Carlos se erguía en medio de la habitación como si estuviera presidiendo una audiencia. No me atreví a llamarlo padre. No era ningún padre para mí. Lo único que hago es tratar de aguantar y evitar apuntar más alto la próxima vez que tenga un arma en mis manos y él esté frente a mí. Sus manos descansaban en el respaldo de su silla, y su voz era lo suficientemente fría como para congelar el fuego.

—Sabes lo que está en juego, Sergio. Si fallas, traerás vergüenza a esta familia, y la vergüenza es algo que no perdono.

Casi me reí ante la idea de avergonzar a una familia que preferiría cortar en pedazos, un apellido que extinguiría si tuviera la oportunidad. Era casi risible. Pero me contuve.

Me apoyé contra la pared, con los brazos cruzados, dejándolo despotricar. Le encantaba su teatralidad. Su voz llevaba el peso de años de amenazas, pero no me inmutaba. Ya lo había oído todo antes.

—¿Ha terminado? —pregunté, con un tono más afilado que una cuchilla.

Sus ojos se entrecerraron.

—No me pongas a prueba, muchacho.

Muchacho. Esa palabra me crispaba los nervios. Me enderecé, acercándome.

—No tiene que recordarme lo que está en juego. Lo sé mejor que nadie.

—Actúas como si fueras intocable —entrecerró los ojos, elevando la voz—. Un desliz, y...

—Un desliz, y lo arreglaré —lo interrumpí—. He estado limpiando los desastres de esta familia mucho antes de que usted se diera cuenta.

Su mandíbula se tensó, pero no discutió. Sabía que era mejor no hacerlo. Me di la vuelta para irme antes de que pudiera soltar otra charla. Detrás de mí, lo oí murmurar algo sobre mi actitud,

pero lo dejé pasar... por ahora.

El viaje fue largo, pero la compañía era interesante. Mirella iba sentada en el asiento del copiloto. Su mirada estaba fija en la carretera. Pero de vez en cuando, me miraba de reojo. La pillé una vez, y rápidamente desvió la mirada, fingiendo estar fascinada por el paisaje.

No pude evitar sonreír. Era terrible ocultando las cosas.

Ryan iba sentado atrás, tarareando alguna vieja canción de rock que sonaba en la radio.

—Esto es un cambio agradable —dijo—. Normalmente, estos viajes son solo tú y yo, Sergio. Silencio miserable y tu mala música.

—Oye, mi música es genial —repliqué con un toque de diversión en mi tono, subiendo el volumen solo para molestarlo.

Mirella se rió suavemente, y eso hizo que todo el coche se sintiera más ligero.

—Mala música es quedarse corto —bromeó y soltó una risita.

Fingí ofenderme.

—¿Tú también? Pensé que tenías mejor gusto, Mirella.

Ella sonrió con sorna.

—Lo tengo. Por eso sé que esto es terrible.

Ryan se inclinó hacia adelante, sonriendo.

—Por fin, alguien que lo entiende. Mirella, puede que ahora seas mi persona favorita.

—Me alegra saber que tengo a alguien de mi lado —bromeó ella, con voz casi burlona y los ojos brillando de diversión.

Negué con la cabeza, fingiendo estar herido.

—Traidores. Los dos.

Para cuando llegamos al hotel, el sol ya se estaba poniendo. Normalmente aprovechamos la

carretera durante viajes como este, tratando de no levantar sospechas. Pero también era agotador y llevaba más tiempo, y ahora, la noche ya pintaba el cielo de tonos naranjas y morados. Nos registramos rápidamente, cada uno tomando una habitación. Pero en lugar de retirarnos a descansar, terminamos en la habitación de Ryan, compartiendo historias sobre los aperitivos baratos que siempre lograba empacar.

Ryan estaba a mitad de una frase sobre una misión en la que habíamos estado hace años cuando se detuvo, señalando a Mirella.

—¿Sergio alguna vez te contó cómo me salvó la vida?

Mirella ladeó la cabeza, curiosa.

—No, no lo hizo.

Gemí, ya arrepintiéndome de estar aquí.

—Ryan, no...

—Oh, voy a contárselo —declaró Ryan, ignorándome—. Así que ahí estábamos, inmovilizados por el fuego enemigo...

—No fue tan dramático —interrumpí.

—Déjame tener esto —gruñó Ryan en un tono juguetón, haciéndome un gesto para que me callara—. En fin, estábamos inmovilizados. Me había quedado sin munición, y este idiota corre directamente al descubierto, con las balas volando por todas partes, solo para sacarme de allí.

Los ojos de Mirella se abrieron de par en par, una mezcla de admiración e incredulidad.

—¿Hiciste eso?

Me encogí de hombros, incómodo bajo su mirada.

—Él habría hecho lo mismo por mí.

Ryan resopló.

—No estoy tan loco como tú. Pero sí, es la razón por la que estoy aquí hoy.

Mirella sonrió suavemente, su mirada se detuvo en mí.

—Eso es... impresionante.

—Fue imprudente —dije, tratando de restarle importancia—. No dejes que lo haga sonar como si fuera una especie de héroe.

Ryan se recostó, cruzando los brazos.

—Nunca lo admitirás, pero lo eres.

La habitación quedó en silencio por un momento, el peso de sus palabras persistía. Nunca me había sentido como un héroe. Era algo que hice sin pensar, y aunque el resultado hubiera sido diferente, lo habría hecho de todos modos. Mirella parecía querer decir algo, pero en su lugar, simplemente asintió, con expresión pensativa.

La conversación cambió. No pude evitar seguir mirando a Mirella. Estaba sentada en el borde de la cama, con las piernas cruzadas, su postura relajada. Cada vez que se reía o sonreía, parecía que la habitación se iluminaba un poco más.

Me pilló mirándola una vez, alzando una ceja.

—¿Qué?

—Nada —dije rápidamente, apartando la mirada.

Ryan se dio cuenta y sonrió con suficiencia, pero afortunadamente, no dijo nada. Por una vez, decidió dejarlo pasar.

Más tarde, cuando finalmente decidimos llamarlo noche, me quedé en el pasillo mientras Mirella abría su puerta.

—¿Estás bien? —pregunté, con la voz más baja de lo habitual.

Ella me miró, su expresión indescifrable.

—Sí. ¿Por qué no habría de estarlo?

Me encogí de hombros, tratando de parecer despreocupado.

—Solo... mañana es un gran día. Si estás nerviosa o algo...

—No lo estoy —me interrumpió, su tono firme pero no poco amable—. Te lo dije. Puedo cuidarme sola. No tienes que ser un héroe todo el tiempo.

Asentí, pero algo en su tono me hizo detenerme.

—Sé que puedes. Solo... ten cuidado, Mirella.

Sonrió débilmente, el tipo de sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Buenas noches, Sergio.

—Buenas noches —dije, retrocediendo mientras ella cerraba la puerta.

De vuelta en mi habitación, me tumbé en la cama, mirando fijamente al techo. Las palabras de Don Carlos resonaban en mi mente, pero no eran lo que me mantenía despierto. Era Mirella. Su risa, su sonrisa, la forma en que se comportaba. Era una tormenta que no podía ignorar, y no estaba seguro de querer hacerlo.

Al día siguiente, me encontré frente a la puerta de Mirella, con la mano suspendida sobre la madera por un momento antes de llamar. El pasillo estaba demasiado silencioso, y cada sonido parecía amplificado: el suave zumbido del aire acondicionado, el murmullo distante de alguien hablando. No estaba seguro de por qué estaba allí tan temprano, pero algo en la idea de compartir el desayuno con ella antes del caos me parecía necesario.

Tres golpes secos. Cambié el peso de un pie a otro, esperando. Unos segundos después, la puerta se abrió, y allí estaba ella: envuelta en una toalla, con el pelo húmedo cayendo sobre sus hombros, la piel brillante como si acabara de salir de un sueño.

Me quedé paralizado.

Mirella pareció igualmente sorprendida, con los ojos muy abiertos.

—¿Sergio? ¿Qué estás...?

—Pensé que era el servicio de habitaciones —terminó rápidamente, aferrando la toalla con más fuerza alrededor de su cuerpo.

Intenté apartar la mirada, pero mis ojos me traicionaron. La curva de su hombro, la gota de agua que se deslizaba por su cuello, deteniéndose justo en su pecho, el pequeño destello de su seno redondo siendo cubierto a medias por la toalla... todo me trajo recuerdos que había enterrado demasiado profundo, recuerdos de su piel contra la mía, su aliento mezclándose con el mío, su sabor. Había pasado mucho tiempo, pero el recuerdo de aquella noche aún me perseguía de maneras que no podía explicar.

Ella se aclaró la garganta, sacándome de mi aturdimiento.

—Lo siento —murmuré, retrocediendo—. Debería haber...

Ella rió suavemente, rompiendo la tensión.

—Está bien, Sergio. ¿Qué quieres?

—Desayunar —solté de golpe, con la voz más firme de lo que esperaba—. Pensé que podríamos comer antes de que llegue el cargamento más tarde. Ya sabes, para calmar los nervios.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa, y por un segundo, pensé que podría rechazarme. En cambio, asintió.

—Dame cinco minutos. Espera aquí.

Volvió a entrar en la habitación, dejando la puerta ligeramente entreabierta. Dudé, luego me asomé, vislumbrándola mientras desaparecía detrás de un biombo. La habitación olía ligeramente a ella: cerezas, cítricos y algo floral que no pude identificar.

—Date la vuelta —me llamó desde detrás del biombo.

Me giré, concentrándome en la pared, aunque poco hizo para acallar mis pensamientos.

—¿No confías en mí?

—Ni un poquito —bromeó, con el sonido de la tela moviéndose de fondo.

Reí suavemente, sacudiendo la cabeza.

—Es justo.

Un momento después, su voz volvió a llegar.

—Necesito una mano.

Me giré a medias, cauteloso.

—¿Con qué?

—Mi vestido —dijo, saliendo de detrás del biombo.

Sostenía los lados del vestido verde oscuro que se había puesto, de espaldas a mí. La cremallera estaba atascada a mitad de camino, exponiendo la suave extensión de su columna. Mis pies se movieron antes de que pudiera pensar, acortando la distancia entre nosotros.

—No te muevas —dije, con la voz más baja de lo que pretendía.

Se quedó perfectamente quieta mientras alcanzaba la cremallera, mis dedos rozando su piel. Era cálida, suave y familiar. El aroma de su champú flotaba en el aire, y por un breve momento, olvidé por qué estábamos allí. Todo en lo que podía pensar era en lo cerca que estaba y en cómo su respiración se entrecortó ligeramente cuando mis dedos se demoraron demasiado.

Subí la cremallera lentamente, casi con renuencia. Cuando llegó arriba, dejé que mi mano descansara allí, solo por un segundo. Su piel estaba bajo mi palma, y ella no se movió. Yo tampoco.

—Ya está —murmuré, aunque no me aparté de inmediato.

Su cabeza se giró ligeramente, lo suficiente para que captara la suave curva de su perfil.

—Gracias —dijo suavemente.

El momento se alargó y el ambiente se centró entre nosotros. Mi mirada bajó a la curva de su cuello, y me incliné hacia adelante sin pensar. Mi mano permaneció en su espalda, y la sentí acercarse un poco más, apenas. Habría sido tan fácil cerrar la distancia, perderme en ella por un momento más.

Pero entonces recordé por qué estábamos allí. El cargamento. Lo que estaba en juego. Las amenazas de Don Carlos.

Me aparté bruscamente, dejando caer mi mano a un lado.

—Deberíamos irnos —susurré, aclarándome la garganta.

Ella se giró completamente para mirarme, con una expresión indescifrable. Por un segundo, pensé que podría decir algo, pero simplemente asintió.

—Vamos.

El viaje en ascensor hasta el vestíbulo fue silencioso, pero aún podía sentir el peso de su presencia a mi lado. De vez en cuando, nuestros brazos se rozaban, y cada vez me producía una sacudida. Metí las manos en los bolsillos, tratando de mantener mis pensamientos bajo control.

—¿Qué hay en el menú? —preguntó, rompiendo el silencio mientras salíamos.

—Lo que quieras —le guiñé un ojo, bromeando—. Tú eliges.

Ella arqueó una ceja.

—Qué generoso.

—Solo no elijas nada demasiado caro. Me dejé la cartera arriba —bromeé, ganándome una risa de su parte.

Esa risa... valía más de lo que admitiría. Ella vale la pena luchar. Sé que dijo que no debería protegerla, pero estaré allí para protegerla cuando me necesite. Mi existencia, todo mi ser, vivo y respiro por Mirella ahora. Ella es la única que me importa, la única. No estoy jugando a ser un héroe, pero cuando empiecen a volar las balas, no lo pensaré dos veces antes de recibir una por ella.

—Mirella —susurré. Ella se giró para mirarme y nuestros ojos se encontraron.

—Pase lo que pase hoy, sabe que estaré ahí para ti. Nunca dejaré que te pase nada. Preferiría morir.

Me miró en silencio. Lo decía en serio.

CAPÍTULO ONCE

MIRELLA

El restaurante estaba tranquilo, escondido en un rincón acogedor del hotel, con una iluminación suave y una tenue melodía de música clásica sonando de fondo. Sergio había elegido una mesa cerca de la ventana, con vistas a una fuente. Se sentía íntimo, demasiado íntimo para lo que se suponía que era este desayuno: una simple comida antes de que se desatara el caos. Sin embargo, sentada frente a él, no pude evitar sentir el peso de su presencia.

Sus manos se demoraban en mí más de lo necesario, y sabía que debería haber dicho algo, haber hecho algo para establecer límites. Pero a decir verdad, me gustaba la forma en que me miraba y cómo sus manos descansaban sobre mi piel como si yo fuera la única persona en la habitación. Hacía mucho tiempo que nadie me miraba así, desde el desconocido, desde aquella noche. Pero hoy, sentía cada una de las emociones.

El restaurante estaba más silencioso de lo que esperaba. Una mesa en la esquina junto a la ventana ofrecía una vista perfecta de la calle de abajo, pero apenas lo noté. Mi atención estaba completamente en Sergio.

Estaba sentado frente a mí, con los hombros relajados pero su mirada intensa. Era el tipo de intensidad que podía hacer que una persona se sintiera vista e inquieta al mismo tiempo.

El camarero se fue después de tomar nuestros pedidos, y el silencio se instaló entre nosotros. Jugueteé con el borde de mi servilleta, lanzándole miradas furtivas. La forma en que su mandíbula se tensaba, el ligero movimiento de sus dedos contra la mesa... estaba pensando intensamente en algo.

—No pensé que te quedarías callado tanto tiempo —bromeé, rompiendo el silencio—. ¿No es esta la parte donde haces algún comentario sarcástico?

Sonrió con suficiencia, reclinándose en su silla. —Estaba tratando de darte la oportunidad de empezar. Pensé que apreciarías el gesto.

—Muy considerado de tu parte.

Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por algo más suave. —Sigues siendo la misma, ¿sabes? Ese fuego. Esa veta terca.

—Y tú sigues siendo tan molesto como siempre —respondí, aunque mi tono carecía de mordacidad.

Se rio, pero el sonido llevaba un toque de algo más pesado. Su mirada bajó a la mesa antes de encontrarse con la mía de nuevo. —No siempre fui así. Una vez fui un cachorro tranquilo. —Levantó la cabeza, y su mirada se encontró con la mía.

—¿Por qué me miras fijamente? —pregunté, fingiendo molestia mientras picoteaba el pan de la mesa.

—Has cambiado —dijo simplemente, reclinándose en su silla.

—¿Se supone que eso es un cumplido?

Sonrió con esa sonrisa que me hacía sentir un apretón en el pecho. —Es una observación. Eres diferente. Más fuerte. Pero todavía hay algo familiar en ti.

No supe qué decir a eso. Sus palabras se sentían como una espada de doble filo, cortando a través de mi armadura cuidadosamente construida mientras simultáneamente me acercaban más a él.

—¿Y tú? —contraataqué—. Tú también has cambiado. Te fuiste. Desapareciste. El Sergio que yo conocía de niña nunca habría hecho eso.

Su expresión cambió, la sonrisa desvaneciéndose. Por un momento, miró hacia otro lado, con la mirada fija en la fuente de afuera. —No quería irme, Mirella. Pero después de que mi madre muriera... —Su voz se apagó, y tomó una respiración profunda antes de continuar—. No pude quedarme.

Escucharlo hablar de su madre era como pelar una capa que pensé que había desaparecido hace mucho. La recordaba: una mujer amable con una cálida sonrisa que solía traernos galletas cuando jugábamos en el jardín. Su muerte había sido repentina y brutal. Nos sacudió a todos, pero a Sergio más que a nadie.

Me incliné ligeramente hacia adelante, curiosa. —Sé que fue difícil para ti, pero intenté acercarme a ti, Sergio. Me apartaste. No devolviste mis llamadas ni mis mensajes. Simplemente te aislaste de todos.

Exhaló profundamente, pasándose una mano por el pelo. —Después de que mi madre muriera, todo cambió. Ya no era el mismo chico. Perderla... me destrozó. No podía comprender mis sentimientos. Pensé en acabar con todo más veces de las que quisiera admitir. Podría haberla salvado, pero no lo hice. Eso me rompió, y me aferré a esa culpa durante mucho tiempo.

Parpadeé, sorprendida por su honestidad. —Sergio, no tenía idea. Nunca dijiste nada.

—¿Habría importado? —Su voz era baja, casi amarga—. Ella se había ido. Mi padre se convirtió en... bueno, ya sabes cómo es. Y no pude quedarme para ver cómo se convertía en alguien que apenas reconocía. Siempre había sido un monstruo, pero cuando ella murió, se convirtió en una bestia. Así que me fui. Esa parecía la única manera de acallar el ruido.

—¿Por qué el ejército? —pregunté suavemente, sin querer presionar demasiado pero necesitando saber.

—Parecía la única forma de escapar —admitió—. Después de que ella muriera, mi padre no fue el mismo, como ya mencioné. Todo lo que le importaba era el negocio y el poder. No había espacio para el duelo en nuestra casa y no había lugar para respirar. Pensé que tal vez si me iba, podría encontrar algún tipo de paz.

Me incliné ligeramente hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. —¿Y la encontraste?

—¿Paz? —Soltó una risa amarga—. No. Pero encontré un propósito. El ejército me dio estructura y disciplina. Me hizo olvidar, al menos por un tiempo.

Quería extender la mano a través de la mesa y tomar la suya, decirle que no tenía que cargar ese peso solo. Pero no lo hice. En cambio, me quedé en silencio, dejando que sus palabras flotaran en el aire.

—¿Y tú? —preguntó, su mirada fija en la mía—. Tú también desapareciste, Mirella. Durante cinco años. ¿Qué pasó?

Su pregunta me golpeó más fuerte de lo que esperaba. Bajé la mirada a mi plato, sintiéndome de repente expuesta. —La vida pasó —dije, con la voz apenas por encima de un susurro—. El negocio de mi padre se estaba desmoronando, y tuve que intervenir. No tuve elección.

—Esa no es toda la historia —presionó, su tono suave pero firme—. Tú siempre fuiste la que se quedaba, Mirella. ¿Qué te hizo irte? Escuché sobre el incidente en tu boda con mi padre, cómo

llegó un hombre enmascarado, el video que mi padre reprodujo. La Mirella que yo conocía aun así se habría quedado. ¿Por qué te fuiste?

Dudé, con la verdad en la punta de la lengua. ¿Cómo podía decirle que me fui porque no podía soportar el vacío que había creado? Quería hablar del desconocido, el hombre del que me había enamorado y que había cambiado mi vida en una noche, y cómo había jugado a ser héroe y perdido su vida tratando de salvarme. Quería decirle que cada rincón de esta ciudad me recordaba a él, a nosotros, a lo que nunca tuvimos.

—No importa —dije finalmente, forzando una sonrisa—. Estamos aquí ahora, ¿no?

No parecía convencido, pero no insistió más. En su lugar, extendió la mano por encima de la mesa y tomó la mía. Su tacto era cálido y firme, y me provocó un escalofrío por la espalda.

—Perdimos mucho, Mirella —murmuró en voz baja—. Pero algunas cosas no cambian.

Mi corazón dio un vuelco al oír sus palabras. Lo miré, realmente lo miré. Por un momento, fue como si volviéramos a ser niños, cuando la vida era más sencilla y antes de que el dolor, la ambición y la traición nos separaran.

—¿Aún crees que soy esa chica? —pregunté, tratando de aligerar el ambiente.

Sonrió, esta vez de verdad.

—Sé que lo eres.

Oírlo hablar así me oprimió el pecho. El Sergio que yo conocía de pequeña era intrépido, siempre dispuesto a proteger a quienes le importaban. Pero ahora, sentado aquí, parecía un hombre que había cargado con demasiado durante mucho tiempo.

—Ni siquiera te despediste. Quizás te despediste de la chica que solías conocer —susurré.

Alzó la mirada bruscamente, con un destello de arrepentimiento en su rostro.

—Lo sé. Y lo siento. Debí habértelo dicho, pero no sabía cómo. Eras mi mejor amiga, Mirella. No quería admitir que me estaba derrumbando.

Se me hizo un nudo en la garganta y me obligué a mantener la compostura.

—No tenías que ser perfecto, Sergio. Lo habría entendido. Habría estado ahí para ti, igual que tú siempre has estado ahí para mí. Esta vez, yo habría sido quien te bajara del árbol.

Extendió la mano por encima de la mesa, rozando la mía de nuevo.

—Ahora lo sé. Pero en ese momento, creía que estaba haciendo lo correcto. Y luego la vida siguió su curso, y pensé que habías seguido adelante.

Seguir adelante. Si supiera lo lejos que estaba eso de la realidad.

—Te eché de menos —admití, con la voz apenas por encima de un susurro—. Más de lo que me di cuenta hasta que volviste, hasta que te vi hace unas noches.

Sus dedos se entrelazaron con los míos, y el calor de su tacto me provocó un escalofrío por la espalda.

—Yo también te eché de menos. Incluso cuando intentaba convencerme de que no era así.

El aire entre nosotros se volvió denso, cargado de algo no dicho. Su pulgar acarició mis nudillos, un movimiento suave pero deliberado que hizo que mi corazón se acelerara.

—Sergio...

Se inclinó hacia delante, con la mirada fija en la mía.

—No sabes cuántas veces he pensado en este momento, en nosotros sentados aquí como si nada hubiera cambiado. Como si aún fuéramos esos niños que se cuidaban mutuamente.

No podía respirar. La forma en que me miraba y cómo su pulgar acariciaba suavemente el dorso de mi mano... era demasiado y a la vez no era suficiente. Quería apartarme, romper la tensión, pero no podía. Me sentía atraída hacia él de una manera que desafiaba la lógica.

—Sergio... —Mi voz era apenas audible.

Se inclinó más, esta vez acortando la distancia entre nosotros. Su mirada bajó a mis labios, y supe lo que se avecinaba. Mi corazón se aceleró, y todo pensamiento racional se desvaneció.

Sentí que mi pulso se aceleraba, la atracción entre nosotros era innegable.

—Ya no somos esos niños, Sergio.

—No —dijo suavemente, su voz cargada de anhelo—. Pero tal vez aún podamos encontrar un pedazo de lo que perdimos.

No aparté mi mano. Si acaso, apreté la suya con más fuerza. La distancia entre nosotros parecía reducirse, su rostro a centímetros del mío. Su aliento era cálido contra mi piel, sus ojos buscando en los míos permiso.

No lo detuve cuando se acercó más. Mi corazón latía con fuerza, cada nervio de mi cuerpo vivo de anticipación. Sus labios estaban tan cerca, a solo un suspiro...

Justo cuando nuestros labios estaban a punto de encontrarse, el sonido de alguien aclarándose la garganta destrozó el momento.

—Siento interrumpir —dijo Ryan, de pie en el borde de la mesa con una sonrisa incómoda—. Pero el cargamento está aquí. Antes de tiempo.

Me aparté de golpe, retirando mi mano de la de Sergio como si me hubieran pillado haciendo algo malo. Mis mejillas ardían y no pude mirar a Ryan a los ojos.

Sergio frunció el ceño, apretando la mandíbula.

—¿Qué quieres decir con antes de tiempo?

—Recibí una llamada. Van adelantados. Tenemos que movernos.

Me forcé a mantener una expresión neutral aunque mi mente iba a mil por hora.

—Me reuniré con vosotros abajo en un minuto.

Ryan asintió y se dio la vuelta para irse, ya hablando por su auricular.

Sergio me miró, su expresión era una mezcla de frustración y algo más profundo.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —dije rápidamente, empujando mi silla hacia atrás—. Solo necesito un momento.

No insistió más, aunque sus ojos se demoraron en mí mientras me levantaba. Caminé hacia el baño, cada paso pesado por el recuerdo de lo que casi sucedió.

Una vez dentro, cerré la puerta con llave y me apoyé en el lavabo, exhalando bruscamente. Mi reflejo me devolvía la mirada, y apenas reconocí las mejillas sonrojadas y los ojos abiertos de par en par.

Recomponte, Mirella. No es momento de perder el foco.

Agarré mi teléfono y marqué a Enzo.

—El plan ha cambiado —dije en cuanto contestó—. El cargamento se ha adelantado. Tenemos que movernos rápido.

Su voz era calmada, como siempre.

—¿Cuál es tu posición?

—Te lo haré saber cuando tenga el objetivo a la vista. Estate preparado.

—Siempre lo estoy.

—Genial —replicó, su tono destilando sarcasmo—. ¿Cuál es el plan? Con este cambio, ¿necesitamos improvisar algo?

—Ya se me ocurrirá algo. Espera mi orden —dije, con la mente a toda velocidad.

—¿Y Sergio? —preguntó intencionadamente.

Cerré los ojos, agarrando el borde del lavabo.

—No es el enemigo, Enzo.

—Tampoco es tu aliado —me recordó Enzo—. No lo olvides.

—No lo haré —prometí, aunque las palabras sonaron huecas.

Porque en el fondo, no estaba segura de creerlas.

Colgué, me eché agua fría en la cara antes de salir. Sergio me esperaba junto al ascensor, con una expresión indescifrable.

—¿Lista? —preguntó, con un tono cortante.

Asentí, mi voz firme.

—Siempre.

Mentí. Estaba lejos de estar lista porque, después de los últimos minutos, no estaba segura de si, cuando empezaran a volar las balas, me quedaría paralizada o sería capaz de actuar.

CAPÍTULO DOCE

SERGIO

Estaba a punto de suceder. Solo unos minutos más y podría respirar.

Me encontraba frente a los compradores en el almacén abandonado, un lugar que había elegido por su distancia del pueblo y sus múltiples salidas. Era una táctica que había aprendido en este negocio. El número de salidas en un lugar a veces determina si saldrás con vida. Mantuve mi voz calmada y firme. No parecían del tipo confiado, y francamente, no estaba de humor para mimarlos.

Esto era un negocio, y en este momento, no se podía confiar en nadie. Ni siquiera en tu propia sombra. Eché un vistazo a Mirella. Parecía imperturbable. Ciertamente sabía cómo manejarse en una situación tensa. Ni siquiera dejaba entrever esa actitud de *"Es mi primera vez"*. La mayoría de los novatos en el juego lo hacen.

—El cargamento está aquí —dije con firmeza, señalando hacia las cajas apiladas contra la pared —. Calidad premium, exactamente por lo que están pagando.

El comprador principal, un hombre delgado con una cicatriz que le recorría la mejilla, dio un paso adelante. Su mirada se desvió hacia las cajas y luego volvió a mí.

—No pagamos por palabras. Veámoslo.

Ryan estaba de pie a mi lado, su mano temblando cerca de su funda. Mirella estaba detrás de mí, callada pero presente, y podía sentir sus ojos sobre mí. Había estado lanzándole miradas furtivas todo el día, y cada vez, me descolocaba un poco.

—Ábranla —ordené a uno de mis hombres, manteniendo mi voz uniforme. La tapa de la caja más cercana fue removida, revelando lo que estábamos vendiendo.

El comprador se acercó, inspeccionando el contenido. No habló por un momento, pero su expresión no revelaba nada.

—No está mal —dijo finalmente.

No me permití relajarme.

—"No está mal" no paga las cuentas. ¿Tenemos un trato o no?

Miró a su compañero, un hombre de cuello grueso que no había dicho una palabra desde que llegamos. Intercambiaron un asentimiento.

—Lo tomaremos. La transferencia está lista.

Antes de que pudiera responder, un sonido débil llegó a mis oídos: el crujido de la grava fuera del almacén. Mis instintos se activaron inmediatamente. Algo no estaba bien.

Miré a Ryan. Él también lo había escuchado.

—Mantente alerta —murmuré en voz baja. Él asintió. Podría no ser nada, pero era mejor que nos mantuviéramos en alerta.

—Vamos a concluir esto... —Estaba a punto de terminar cuando todo se desató.

El primer disparo sonó como un trueno, y los compradores se lanzaron a cubierto, gritando maldiciones. Agarré a Mirella sin pensar, tirándola hacia abajo detrás de una pila de cajas mientras las balas comenzaban a volar.

—Quédate aquí —le dije con firmeza.

Sus ojos abiertos se encontraron con los míos, pero asintió, presionándose contra la madera. Me volví hacia el caos, mi arma ya en la mano.

—¡Ryan, toma la izquierda! —grité.

Ryan ya se estaba moviendo, devolviendo el fuego a las sombras fuera del almacén. Mis hombres estaban revueltos, algunos respondiendo al fuego, otros gritando órdenes. Era un caos, pero mi atención estaba dividida entre la emboscada y Mirella.

Otra ráfaga de disparos impactó contra las cajas, y la escuché jadear detrás de mí.

—¡Mantente agachada! —grité, manteniendo mi voz firme.

No respondió, pero podía sentir su tensión desde donde estaba. Los atacantes se estaban acercando, sus siluetas se hacían más claras en la tenue luz del almacén.

—¿Quiénes demonios son estos tipos? —gruñó Ryan mientras se agachaba detrás de un pilar.

—No importa —contesté bruscamente, apuntando y disparando—. ¡Solo mantenlos lejos de nosotros!

Mi pecho se tensó cuando me di cuenta de que algunos de los atacantes se dirigían hacia Mirella. No había tiempo para pensar.

—¡Cúbreme! —le grité a Ryan antes de echar a correr hacia ella.

Sin perder un segundo, me lancé cuando llegué a ella. Uno de los atacantes la agarró del brazo, intentando sacarla de detrás de las cajas.

—¡Suéltala! —rugí, disparando un tiro que dio en el blanco. El hombre se desplomó y levanté a Mirella de un tirón.

—¿Estás bien? —exigí, agarrándola por los brazos.

Ella asintió temblorosa, pero sus ojos se dirigieron hacia el caos.

—Sergio, el cargamento...

—¡Al diablo con el cargamento! —la interrumpí—. Tú eres lo que importa.

No esperé a que discutiera. Rodeándola con un brazo, la arrastré hacia una salida lateral. El tiroteo detrás de nosotros era implacable, pero seguí moviéndome, protegiéndola lo mejor que pude.

Salimos a la noche, el aire frío golpeándonos como una bofetada. Me volví hacia Mirella, examinándola en busca de heridas.

—Estás bien —dije, más para tranquilizarme a mí mismo que a ella—. Estás bien.

Estaba temblando, pero asintió.

—Estoy bien.

Ryan salió tambaleándose un momento después, su rostro contorsionado por la ira.

—¡Se llevaron el cargamento!

—Que se lo queden —murmuré, aún sosteniendo a Mirella cerca.

Ryan me miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Estás bromeando. Ese cargamento valía...

—No me importa lo que valía —respondí bruscamente. Mi voz era más dura de lo que pretendía, pero no me importaba—. Estamos vivos. Eso es lo que importa.

Ryan murmuró algo entre dientes, paseando con frustración, pero lo ignoré. Mi atención estaba en Mirella.

Sus ojos se encontraron con los míos, y por un momento, todo lo demás se desvaneció. Ella estaba a salvo. Eso era todo lo que necesitaba.

****

El viaje de regreso a la hacienda de Don Carlos fue sofocantemente silencioso. Ryan estaba furioso en el asiento delantero, Mirella sentada a mi lado, silenciosa como una sombra, y yo agarraba el volante tan fuerte que me dolían los nudillos. El trato fallido se repetía en bucle en mi cabeza: los disparos, el caos y el momento en que elegí a Mirella sobre el cargamento. No importaba lo justificado que me sintiera; Don Carlos no lo vería así. El hombre al que llamaba padre nunca lo entendería.

Entramos en el camino de entrada, la mansión se cernía sobre nosotros como un padre desaprobador. Ryan cerró de golpe la puerta del coche y se alejó maldiciendo. Mirella me siguió adentro, su presencia era un peso reconfortante que no sabía que necesitaba.

En el momento en que entramos en la oficina de don Carlos, su furia me golpeó como un tren de carga. Caminaba de un lado a otro detrás de su escritorio, con la cara roja y los puños apretados.

—Perdiste el cargamento —escupió, con voz fría—. ¿Tienes idea de lo que me ha costado?

Enfrenté su mirada, obligándome a mantener la calma.

—No fue exactamente una negociación pacífica. Nos tendieron una emboscada.

—¿Una emboscada? —Golpeó con la mano el escritorio—. Tenías hombres. Tenías armas. Y aun así, lo perdiste todo.

Sus palabras dolían, pero me negué a ceder.

—Di prioridad a las vidas sobre la mercancía. Mis hombres salieron con vida, y Mirella también.

Él se burló, su mirada se desvió brevemente hacia ella antes de volver a fijarse en mí.

—Eres incompetente. Confié en ti para esto, y fallaste.

Sentí que Mirella se movía a mi lado y, antes de que pudiera detenerla, dio un paso adelante.

—Don Carlos, Sergio me salvó la vida. La situación fue...

—Basta —la interrumpió bruscamente—. Esto no se trata de ti, Mirella. Se trata de que él no hizo su trabajo. Le di un solo maldito trabajo, pero viene aquí con alguna estupidez sobre que todas las vidas importan.

Sus mejillas se sonrojaron y retrocedió, apretando los puños. Odiaba verla despreciada así, pero sabía que era mejor no presionar a don Carlos cuando estaba tan enojado.

—Encontraré la manera de recuperar el cargamento —dije entre dientes.

—Más te vale —me gruñó, con voz gélida—. No quiero excusas. Quiero resultados. Y si no estás a la altura de la tarea, házmelo saber. No quiero responsabilidades.

Con eso, salió furioso de la habitación, dejando un silencio sofocante a su paso.

Exhalé, liberando finalmente la tensión de mis hombros. Mirella estaba de pie en la esquina, su expresión era una mezcla de preocupación y frustración.

—No tenías que intervenir —le dije, con voz más suave ahora.

Ella se cruzó de brazos.

—No podía quedarme ahí parada mientras te destrozaba.

No respondí, demasiado cansado para discutir. En su lugar, me dirigí a mi habitación, cerrando la puerta detrás de mí.

****

Estaba sentado al borde de mi cama, mirando el leve rasguño en mi brazo del caos anterior. No era mucho, pero el ardor era un recordatorio del lío del que acababa de salir. Hubo un golpe en la

puerta y, antes de que pudiera responder, Mirella entró.

—Deberías cerrar tu puerta con llave —dijo, sosteniendo un pequeño botiquín de primeros auxilios.

—No me estoy escondiendo de nadie —respondí, recostándome contra el cabecero.

Se acercó y puso el botiquín sobre la cama.

—Déjame ocuparme de eso.

—Está bien.

—Deja de ser tan terco.

Su tono no dejaba lugar a discusiones, así que extendí mi brazo, con cuidado de no darle el brazo con el tatuaje. No estaba seguro si aún recordaría sus manos recorriendo sobre él aquella noche, pero no podía arriesgarme. Se arrodilló a mi lado, su toque era gentil mientras limpiaba la herida. La observé trabajar, la forma en que fruncía el ceño en concentración, la suave curva de sus labios.

—Gracias —dije en voz baja.

—¿Por qué?

—Por intervenir antes. Por esto. —Señalé mi brazo—. Por... estar aquí.

Me miró, su expresión suavizándose.

—Yo debería agradecerte a ti. Me salvaste allá.

Negué con la cabeza, dejando escapar una risa sin humor.

—Ni siquiera lo pensé. Cuando vi que te agarraban, el cargamento dejó de importar.

Su mano se detuvo por un momento antes de continuar.

—¿Por qué?

Su mano se quedó quieta en mi brazo y colocó el vendaje sobre la herida. No respondí. No sabía

cómo decirle todo lo que sentía, cómo ella era el mundo para mí y cómo elegiría con gusto a ella por encima del maldito mundo.

Eso sería decir demasiado. Podría asustarla. En su lugar, elegí no decir nada. Ella observó gentilmente mi silencio, y cuando vio que no estaba dispuesto a responder, habló.

—No eres tu padre. Has construido tu propia vida y tu propio legado. Eso vale más que cualquier cargamento.

Sus palabras me impactaron más de lo que esperaba. Extendí la mano, encontrando la suya.

—Siempre supiste qué decir.

Sus mejillas se sonrojaron e intentó retroceder, pero la retuve.

—Eres más que una amiga, Mirella —solté antes de poder detenerme, con voz baja—. Siempre has sido más.

Esta vez no se alejó. En cambio, se inclinó ligeramente, sus ojos escrutando los míos.

—Debería irme —susurró.

—Quédate —dije, la palabra saliendo antes de que pudiera detenerla de nuevo. Había algo en Mirella que me hacía sentir vulnerable. Con ella, me sentía lo suficientemente seguro como para expresar mis pensamientos internos. Me sentía seguro de compartir mis luchas sin miedo a ser juzgado—. Por favor —añadí.

Dudó. Pude sentir cómo su resolución se derretía y luego asintió. Me moví, haciéndole espacio en la cama. Se acostó a mi lado y, por un momento, solo nos quedamos ahí, el silencio entre nosotros reconfortante.

La rodeé con un brazo, acercándola más.

—Preguntaste por qué te elegí a ti sobre el cargamento.

Inclinó la cabeza para mirarme, sus ojos grandes y curiosos.

—El cargamento puede reemplazarse —susurré, mi voz saliendo un poco temblorosa—. Tú no. Si tuviera que elegir de nuevo, te elegiría a ti cada vez.

Sus labios se entreabrieron ligeramente, su mirada suavizándose.

—Eso es... mucho decir.

—Es la verdad —respondí. No era mucho decir. Era la verdad. Era exactamente cómo me hacía sentir.

Apoyó su cabeza en mi pecho, su mano descansando sobre mi corazón.

—Gracias por decirlo.

Le di un beso en la coronilla. —Y lo dije en serio. Recibiría una bala por ti, Mirella. Sin dudarlo.

Su agarre se estrechó y, por primera vez en años, sentí una paz que nunca pensé que encontraría.

CAPÍTULO TRECE

SERGIO

Sentí que mis pulmones se desinflaban mientras el aire salía de ellos, lento y entrecortado.

Me encontré de pie en el centro de la habitación. No estaba bien iluminada, y todos los bordes eran tan tenues que apenas podía distinguir dónde me encontraba, pero sabía exactamente dónde estaba.

Estaba en casa, una en la que no había puesto un pie en años pero que nunca podría olvidar: la cocina de mi infancia. El fuerte olor a pan quemado y colonia barata flotaba en el aire. Mi madre estaba de pie junto a la encimera, de espaldas a mí, tarareando una melodía que me había perseguido durante tanto tiempo como podía recordar.

—Mamá —la llamé, pero mi voz fue engullida por la habitación. Ella no se dio la vuelta. Sus movimientos eran lentos, casi mecánicos, mientras cortaba pan con un cuchillo que brillaba demasiado bajo la tenue luz.

Me acerqué, mis botas raspando contra el suelo, pero ella ni se inmutó. Extendí la mano para tocar su hombro, y ella se giró bruscamente, con el cuchillo aún en la mano. Su rostro estaba pálido, sus ojos hundidos con una tristeza que no podía soportar.

—No estabas allí —susurró, su voz quebrándose como cristal roto—. Me dejaste con él.

—No, no lo hice. Yo... —Mi garganta se tensó. Las palabras no salían.

—Te escapaste, Sergio. Pensaste que irte arreglaría todo, pero no fue así. Mírame. —Hizo un gesto hacia su pecho, y la sangre se filtró a través de su vestido, extendiéndose como tinta sobre papel.

Retrocedí tambaleándome, mis manos temblando. —No pude salvarte. Era un niño, ¿qué podría haber hecho?

—Podrías haberte quedado —espetó, su voz elevándose. El cuchillo cayó al suelo con un estruendo ensordecedor—. Podrías haber luchado por mí.

Su cuerpo se desplomó en el suelo, y por más rápido que me moviera, no pude atraparla. Mis manos se extendieron, pero la habitación se retorció y giró, alejándola de mí.

—¡Mamá! —grité, pero la oscuridad la engulló por completo.

Me sobresalté, jadeando en busca de aire, luchando por respirar, mi pecho agitándose como si hubiera estado corriendo durante kilómetros. Mi mano se disparó instintivamente, agarrando el borde de la cama mientras intentaba orientarme. La habitación estaba tenue, la única luz provenía de la luna que se filtraba a través de las cortinas.

—Sergio. —La voz de Mirella era suave, sacándome de los restos de la pesadilla.

Giré la cabeza, y ella estaba allí, sentada a mi lado, su cabello cayendo en ondas desordenadas alrededor de su rostro. Debió haberse quedado dormida después de atender mi herida. Le había pedido que se quedara, pero no estaba seguro de cuándo nos habíamos quedado dormidos los dos. Su presencia era reconfortante, pero mi pulso aún estaba acelerado.

—Solo fue un sueño —me aseguró, su mano rozando mi brazo. Debí haberla despertado por la forma en que me sobresalté al salir de mi estado de sueño.

Negué con la cabeza, las imágenes aún vívidas. —No fue solo un sueño.

Sus cejas se fruncieron y se acercó más. —¿Quieres hablar de ello?

No respondí de inmediato. Hablar de mi madre se sentía como reabrir una herida que nunca había sanado realmente. Pero la preocupación en sus ojos rompió algo dentro de mí.

—Ella me culpaba —dije finalmente, mi voz apenas por encima de un susurro—. Por irme. Por no poder salvarla.

La mano de Mirella descansó sobre mi hombro, su toque cálido y firme. —Sergio, eras un niño. No había forma de que pudieras detener lo que pasó. Además, ella murió antes de que te fueras del pueblo. Estuviste con ella hasta el final.

—Lo sé —dije, aunque las palabras sonaban huecas—. Pero eso no detiene la culpa. La dejé sola para lidiar con mi padre. Podría haberme enfrentado más a él cuando la trataba tan mal frente a mí. Podría haberla salvado del monstruo que es. Ella no se merecía eso.

Mirella se acercó más, su mano moviéndose hacia mi mejilla. Su toque era suave, y me encontré

inclinándome hacia él sin pensarlo. —No puedes cargar con esa culpa para siempre —dijo—. No fue tu culpa.

La miré, realmente la miré. Sus palabras eran un bálsamo para una herida que no sabía cómo sanar. El sueño me había estado persiguiendo durante años, y por primera vez, no me permití sumergirme en sentimientos de culpa. Sus palabras me recordaron y me aseguraron cosas que ya sabía pero que no me permitía creer.

—Gracias —respondí, mi voz más firme ahora.

Ella sonrió levemente, su pulgar acariciando mi mejilla. —No tienes que agradecerme.

La miré de reojo, su figura volviéndose más clara en la tenue luz. Era hermosa incluso en la oscuridad. Sus manos en mis mejillas enviaron escalofríos y ondas eléctricas por mis huesos, sacudiendo mi propio núcleo y esencia. Derritiendo toda voluntad de luchar contra los impulsos con los que había estado batallando desde que la vi entrar en la gala con ese vestido días atrás. No sé qué me pasó, pero me incliné, mis labios rozando los suyos suavemente al principio. Ella no se apartó, y la tensión que se había estado acumulando entre nosotros durante semanas finalmente estalló. Mis labios se enroscaron suavemente en los de ella mientras mis manos acunaban la parte baja de su espalda, atrayéndola con suavidad hacia mí. Sus labios presionaron contra los míos, y pude saborear el dulce sabor a cerezas y bayas al igual que años atrás, su suave palma aún en mis mejillas se deslizó hacia los bordes ásperos cerca de mi mandíbula.

El beso se profundizó, y sentí sus dedos deslizarse desde mi mandíbula hasta mi cabello, acercándome más. Mi mano se movió hacia su cintura, y la sentí estremecerse bajo mi toque. No era solo un beso, era una explosión, una liberación de todo lo que habíamos estado conteniendo.

Sus labios eran suaves, cálidos y sabían ligeramente a miel mezclada con cerezas. Incliné la cabeza, profundizando el beso mientras mi otra mano se deslizaba de nuevo hacia la parte baja de su espalda, atrayéndola completamente contra mí. Ella dejó escapar un suave gemido contra mi boca, y fue todo lo que había soñado desde aquella noche. Ella hizo otro pequeño sonido en el fondo de su garganta, y esta vez, me volvió loco.

Rompí el beso por un momento, mi frente apoyada contra la suya mientras trataba de recuperar el aliento. —Mirella —susurré, su nombre sonando como una plegaria en mis labios.

Ella no respondió. Simplemente me atrajo de nuevo, sus manos agarrando mis hombros. El ritmo aumentó, y pude sentir que algo se rompía entre nosotros. La deseaba, y podía notar que ella me

deseaba tanto como yo a ella. Mis dedos encontraron el borde de su vestido, y comencé a deslizarlo por su hombro, mis labios trazando un camino por su cuello.

—Sergio, espera.

Su voz era tranquila pero firme, y me detuve inmediatamente, apartándome para mirarla.

Sus mejillas estaban sonrojadas. Sus labios estaban hinchados por el beso, pero sus ojos contenían una mezcla de emociones: deseo, confusión y algo que no pude identificar del todo.

—No podemos hacer esto —dijo, su voz temblando ligeramente.

Tragué saliva con dificultad, mi pecho oprimiéndose. —¿Hice algo mal?

Ella negó con la cabeza, sus manos alisando su vestido. —No es eso. Es solo que... esto fue un error. No deberíamos estar haciendo esto.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, pero asentí, forzándome a dar un paso atrás. —Lo siento —dije, con la voz ronca.

Ella se puso de pie, sus manos inquietas a los costados. —Debería irme.

Extendí la mano, rozando la suya. —Mirella, espera.

Ella se detuvo pero no me miró. —Buenas noches, Sergio.

Y entonces se fue, dejándome solo con los ecos del beso y el arrepentimiento que le siguió. Me levanté. Quería correr tras ella para confesarle todos los secretos que le había ocultado y decirle que yo era el hombre con quien había compartido una noche años atrás. Pero no se sentía correcto. Me acerqué a la ventana y la vi subir a su coche abajo y marcharse. No miró atrás. Volví a mi escritorio, hundiéndome ahora en el arrepentimiento. Quizás había hecho demasiado. Ella no estaba lista, y yo había presionado demasiado.

—¡Mierda! —maldije en voz alta. Tomé mi teléfono, queriendo marcar su número, pero me detuve de ir por ese camino. Estaba seguro de que necesitaba tiempo para procesar todo esto.

Me apoyé contra el borde de mi escritorio, mirando mi teléfono como si tuviera todas las respuestas a mi vida desastrosa. Mi cabeza era un lío confuso de culpa, frustración y, por supuesto, Mirella. Ese beso seguía reproduciéndose en mi mente, una y otra vez, como una

canción que no puedes dejar de tararear incluso cuando quieres.

La pantalla se iluminó mientras marcaba el número de Ryan. El tipo siempre tenía algo sarcástico o brutalmente honesto que decir. Pero ahora mismo, necesitaba eso. Necesitaba hablar con él y sacar a Mirella de mi mente. El tono de llamada pareció una eternidad antes de que su voz áspera finalmente se escuchara.

—¿Sigues vivo o Don Carlos finalmente terminó el trabajo?

Exhalé una risa seca, frotándome la nuca. —Apenas. Pero digamos que no estoy llamando para hablar de mi salud.

—Debí haberlo imaginado —murmuró Ryan—. Bien, suéltalo. ¿Cómo estás después de que Carlos te destrozara?

—Soy un desastre —admití, paseando por la habitación ahora—. Está furioso por el cargamento, lo entiendo. Pero no puedo seguir haciendo esto, Ryan. ¿Estar bajo su pulgar? Es asfixiante. Quiero salir, ahora más que nunca.

El tono de Ryan cambió, desapareciendo el humor. —Sergio, ya hemos hablado de esto. ¿Quieres salir? Bien, pero será mejor que vayas con cuidado. En el segundo que Don Carlos huela tu plan, estás tan bueno como muerto. No deja que nadie se vaya, especialmente no su hijo.

—Lo sé —dije, con frustración burbujeando en mi pecho—. Pero estoy trabajando en algo. Estoy reuniendo el personal que necesito, construyendo conexiones fuera de su alcance. Solo... no puedo seguir viviendo así.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Ryan—. Estás caminando por una línea muy delgada, amigo. Un paso en falso y terminarás en una zanja en algún lugar. Probablemente en una de las zanjas de Carlos, además.

Dejé de pasear, apoyándome contra la pared mientras mi mente se desviaba hacia la emboscada. —Eso ni siquiera es lo peor, Ryan. ¿El cargamento siendo interceptado? Fue demasiado limpio. Sabían cada movimiento que íbamos a hacer, incluso con los cambios de último minuto. Hay una rata en nuestro equipo, estoy seguro.

Ryan soltó un silbido bajo. —No te equivocas. Fue demasiado preciso. ¿Crees que alguien está filtrando información al otro bando?

—Absolutamente —dije, la certeza en mi voz sorprendiéndome incluso a mí—. Y necesito que averigües quién es. No me importa lo que cueste, no dejes piedra sin voltear. Encuentra a la rata.

Ryan se quedó callado por un momento antes de hablar. —Sabes... Mirella es la incorporación más reciente al grupo. Podría ser ella.

Me quedé helado, el pensamiento golpeándome como un puñetazo inesperado. —¿Mirella? —repetí, con incredulidad goteando de mi voz—. Ella no es una rata, Ryan. No tiene la capacidad de hacerle daño ni a una mosca, mucho menos de sabotear toda una operación.

—Ella es la única cara nueva, Sergio. Vale la pena considerarlo.

—No —repliqué firmemente—. Sé cómo se ve, pero he pasado suficiente tiempo con ella para saber que no es ese tipo de persona. Si la conocieras, dirías lo mismo.

Ryan soltó un suspiro. —Estás defendiéndola con mucha fuerza, amigo. Solo digo, mantén los ojos abiertos. La confianza es algo peligroso en nuestro mundo.

Terminé la llamada poco después, mi mente dando vueltas con las palabras de Ryan. ¿Mirella, una traidora? No, no cuadraba. Ella no era una fría calculadora. Era... bueno, Mirella. La chica que atendió mi herida con una gentileza que no había sentido en años. La que me miraba como si fuera más que solo el peón de mi padre.

Aun así, la duda se infiltró como una picazón que no podía rascar. ¿Podría estar equivocado sobre ella? ¿Podría el beso, su amabilidad, su presencia... podría ser todo una actuación?

—No —murmuré para mí mismo, sacudiendo la cabeza—. Basta, Sergio. No seas idiota.

Me pasé la mano por el pelo. Mirella no era la rata. No podía serlo.

Quienquiera que fuera, lo encontraría. Y cuando lo hiciera, desearía nunca haberse cruzado conmigo.

CAPÍTULO CATORCE

MIRELLA

—*Buen trabajo allá afuera* —el mensaje de texto de Enzo iluminó mi pantalla—. *Lo hiciste genial. ¿Quién diría que eras tan buena actriz?*

Llegó otro mensaje, y guardé el teléfono en mi bolso. No quería seguir leyendo.

¿Todo había sido una actuación? ¿Todo?

Cerré la puerta de mi casa, apoyándome contra ella mientras exhalaba profundamente. Mi corazón no había dejado de latir aceleradamente desde que dejé a Sergio. El beso. Se repetía en mi mente como una vieja película que no podía apagar: sus labios sobre los míos, su mano acariciando mi mejilla, la forma en que me miraba como si yo fuera lo único que importaba en el mundo. Presioné mis dedos contra mis labios, sintiendo el fantasma de su toque.

¿Qué estoy haciendo?

Permitirme sentir algo por Sergio no era parte del plan. De hecho, era peligroso. Sin embargo, aquí estaba, pensando en él, preguntándome si estaba bien y si su herida aún le dolía. ¿Seguiría teniendo pesadillas? ¿Estaría pensando en mí también?

Caminé hacia la cocina, tratando de distraerme. El sonido de mis pasos resonaba en el silencioso apartamento. Alex estaba en su habitación, probablemente jugando con sus coches o dibujando. Él era mi todo, mi razón para hacer todo esto. Pero por mucho que amara a mi hijo, no podía sacudirme la soledad que se colaba en mi vida como un invitado no deseado.

Abrí la nevera, sacando verduras para picar para la cena. Me había quedado dormida en la habitación de Sergio, y cuando me fui, me di cuenta de que apenas eran las seis. Había pensado que era tarde por la tormenta que él había despertado en mí, y mi mente se negaba a quedarse en silencio. Sergio no debía importar. Él era solo... Sergio... el hijo de Don Carlos. Un hombre atrapado en un mundo de poder y sangre. Alguien que nunca podría pertenecerme realmente, no de la manera que yo quería.

Y sin embargo, no podía negar lo que sentía cuando me acercaba a él o cuando su voz se

suavizaba al pronunciar mi nombre.

Sacudí la cabeza, agarrando la tabla de cortar con más fuerza de la necesaria. —Basta —murmuré entre dientes. Este no era el momento de perder el enfoque. Tenía un plan y no podía dejar que las emociones lo arruinaran todo. Mi padre seguía desaparecido. El extraño que me dio a Alex se había ido por culpa de Don Carlos, y me quedé con más preguntas que respuestas. Si me acercaba demasiado a Sergio, podría perder todo por lo que había trabajado.

Pero, ¿y si él es diferente? ¿Y si...?

—¡Mamá! —la voz de Alex interrumpió mis pensamientos, aguda y llena de energía. Corrió hacia la cocina, sus pequeños pies golpeando contra el suelo de baldosas.

Forcé una sonrisa, volviéndome hacia él. —¿Qué pasa, mi amor?

Sostenía un dibujo, un colorido desorden de formas y líneas. —¡Hice esto para ti!

Me agaché a su nivel, tomando el papel de sus manos. —Vaya, Alex, esto es increíble. ¿Esa soy yo?

Asintió, señalando una figura de palitos con cabello amarillo brillante. —Esa eres tú. Y ese soy yo —señaló una figura más pequeña que sostenía la mano de la primera.

—¿Y qué es esto? —pregunté, señalando un gran círculo rojo sobre nosotros.

—Ese es el sol. Estamos en el parque.

Le revolví el pelo, riendo suavemente. —Es perfecto. Lo colgaré en la nevera después de cenar.

Sonrió, su sonrisa desdentada iluminando la habitación. Alex tenía una manera de hacer que todo se sintiera un poco más brillante, incluso cuando mis pensamientos eran oscuros.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

Asintió vigorosamente. —¿Podemos comer espaguetis?

—Espaguetis serán —dije, sacando una caja de pasta.

Mientras cocinaba, Alex se sentó en el suelo a mi lado, jugando con sus coches de juguete. Hacía ruidos de motor, narrando una elaborada carrera entre su coche rojo y el azul. No pude evitar

observarlo, maravillándome de cuánta alegría traía a mi vida.

—¿Quién va ganando? —pregunté, revolviendo la salsa en la estufa.

—¡El rojo! Es súper rápido. Pero el azul es astuto. Podría ganar al final.

—Suena intenso —bromeé, mirándolo por encima del hombro.

—¡Lo es! Pero no te preocupes, mamá. Te diré quién gana.

Cenamos juntos en la pequeña mesa junto a la ventana. Alex hablaba sin parar sobre su día, su tiempo con Dahlia y sus grandes planes para convertirse en superhéroe cuando creciera. Estaba un poco parlanchín hoy, en contraste con su yo más reservado. Escuché, riendo de sus ocurrencias, sintiendo una sensación de paz.

Después de cenar, jugamos al escondite. A Alex le encantaba esconderse en el mismo lugar —detrás del sofá— pero sus risitas siempre lo delataban.

—¿Dónde está Alex? —llamé, fingiendo buscar debajo de la mesa.

—¡No sé! —gritó, tratando de contener la risa.

Miré detrás del sofá, fingiendo sorpresa. —¡Aquí estás!

Estalló en carcajadas, lanzando sus brazos alrededor de mi cuello. —¡Me encontraste, mamá!

—Por supuesto que lo hice —dije, abrazándolo fuertemente—. Eres mi persona favorita para encontrar.

Seguimos jugando durante la noche, y noté que Alex se frotaba los ojos más de lo habitual. Parecía más callado también, volviendo a su estado predeterminado, su energía desvaneciéndose.

—¿Te sientes bien? —pregunté, poniendo una mano en su frente.

—Estoy bien —murmuró, evitando mi mirada.

Fruncí el ceño, apartando su cabello oscuro de su rostro. Su temperatura parecía normal, pero algo en su comportamiento me preocupaba.

—Vamos a acostarte, ¿de acuerdo?

Asintió, su pequeña mano deslizándose en la mía mientras lo llevaba a su habitación.

Lo arropé con sus mantas, alisándolas sobre su pequeño cuerpo. Sus ojos ya estaban medio cerrados, pero sostenía mi mano, su agarre firme.

—¿Mamá?

—¿Sí, mi amor?

—¿Te quedarás aquí hasta que me duerma?

—Siempre —susurré, inclinándome para besar su frente.

Me senté junto a su cama, tarareando suavemente hasta que su respiración se volvió regular. Cuando estuve segura de que estaba profundamente dormido, cerré su puerta y regresé al silencio de la sala. Mis pensamientos se desviaron hacia Sergio, el calor de su tacto y la intensidad en sus ojos; los ojos que me recordaban al amor que una vez había perdido.

Suspiré, hundiéndome en el sofá. Mi vida ya era bastante complicada. ¿Añadir a Sergio a la mezcla? Ese era un riesgo que no estaba segura de poder tomar. Pero por más que lo intentara, no podía evitar desearlo.

Me acomodé para dormir, pero no pude conciliar el sueño. El beso que Sergio y yo habíamos compartido antes aún persistía en mi mente, haciéndome sentir cosas que no quería admitir. No debería haber dejado que sucediera, pero no podía negar cuánto lo había deseado. No era solo el beso, era todo lo que él representaba. Seguridad. Fortaleza. Pero también peligro, en más de un sentido. Mi corazón ya había pasado por suficiente, y no estaba segura de que pudiera soportar otra paliza, especialmente de un hombre como él.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por un leve ruido proveniente de abajo. Fruncí el ceño, me puse una bata y cogí mi teléfono antes de bajar. Cuando llegué a la cocina, encontré a Dahlia apoyada en la encimera, con una cuchara a medio camino de su boca, atrapada en el acto de devorar un tazón de helado.

—¿En serio? —Crucé los brazos, intentando parecer severa—. ¿Comiendo a medianoche, Dahlia?

Me dio una mirada de falsa culpabilidad.

—No me juzgues. Ha sido un día largo, y esta es mi terapia —señaló la cuchara hacia mí—. ¿Quieres un poco?

Negué con la cabeza.

—No, gracias. No estoy de humor para helado.

—Vaya, Mirella no está de humor para dulces. Esto es serio —dejó la cuchara y me miró de cerca—. ¿Qué está pasando? Parece que llevaras el peso del mundo sobre tus hombros. Enzo me dijo que la emboscada salió bien. Deberías estar feliz.

Dudé. Dahlia no era solo mi asistente. Había estado aquí durante años, y aunque no intentara hacerlo obvio, la consideraba una amiga, alguien en quien podía confiar cuando las cosas se sentían demasiado pesadas. Y ahora mismo, me estaban aplastando.

—Es Sergio —admití, sentándome en un taburete junto a la isla—. No sé qué me pasa. Un momento me digo a mí misma que debo mantenerme enfocada, y al siguiente, estoy dejando que me bese.

Sus ojos se abrieron ligeramente, pero no parecía sorprendida.

—Ah. El famoso Sergio. Enzo me habló de él y de cómo estaba preocupado por el hecho de que ustedes dos crecieron juntos —sonrió con picardía—. Entonces, ¿cómo fue?

Gemí, enterrando mi cara entre mis manos.

—Dahlia, esto no es gracioso.

—No me estoy riendo. Solo tengo curiosidad. No eres exactamente del tipo que besa y cuenta —me dio un suave codazo—. Vamos, suéltalo. ¿Fue bueno?

—¿Bueno? —resoplé—. Fue increíble, ¡ese es el problema! No puedo permitirme sentir esto por él. No puedo darme ese lujo.

Dahlia se apoyó en la encimera, cruzando los brazos.

—¿Por qué no? Claramente está interesado en ti, y por lo que he visto, tú también estás interesada en él. ¿Qué te detiene?

—Todo —mi voz se quebró ligeramente, y desvié la mirada—. Mi padre sigue desaparecido. Se supone que debo encontrarlo, no distraerme. Y luego está Alex... y el pasado —se me hizo un nudo en la garganta—. ¿Y si dejo entrar a Sergio y él también se va? Todos los que me importan parecen desaparecer eventualmente.

Su expresión se suavizó.

—Mirella, has pasado por mucho, y entiendo por qué tienes miedo. Pero no puedes dejar que tu miedo te controle para siempre. Y no lo conozco, pero tengo la sensación de que es un buen tipo para que te saque de tu juego de esta manera —bromeó con un guiño y una sonrisa aún jugando en su rostro.

Tragué saliva.

—No es tan simple. Y no olvidemos que todavía estoy fingiendo con su padre.

—El amor nunca lo es —dijo suavemente—. Pero mereces ser feliz. Y tal vez Sergio sea parte de esa felicidad.

Antes de que pudiera responder, mi teléfono vibró en la encimera. Lo cogí, mi estómago se hundió ligeramente cuando vi el nombre de Sergio en la pantalla.

—Mirella, necesitas estar aquí temprano mañana —su voz sonó tensa y directa—. Mi padre quiere vernos.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? ¿Qué es tan urgente?

Hubo una pausa antes de que respondiera.

—Hemos confirmado que fue El Cuervo quien interceptó nuestro cargamento.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Cómo pudo haberse enterado? ¿Qué más sabe? Mierda.

—¿El Cuervo? ¿Estás seguro?

—Sí —respondió Sergio con certeza, su tono cortante—. Vamos a ir tras ella. Mi padre quiere que pague por lo que ha hecho.

Apreté más el teléfono.

—¿Y qué significa eso, exactamente?

—Significa que necesitas estar aquí. Esto ya no se trata solo del cargamento —su voz se suavizó ligeramente—. Solo estate preparada.

La línea se cortó antes de que pudiera hacer más preguntas. Me quedé mirando el teléfono, con la inquietud asentándose en mi pecho como una piedra. ¿Por qué tengo que estar allí? ¿Habrán descubierto mi tapadera?

¿Qué más no me está diciendo?

Dahlia me observaba con preocupación grabada en su rostro.

—¿Qué pasa?

—El padre de Sergio —respondí en voz baja—. Está planeando algo. Y tiene que ver con El Cuervo.

Sus cejas se fruncieron.

—¿Crees que es seguro para ti involucrarte? ¿No deberías hablar primero con Enzo sobre esto?

Suspiré, frotándome las sienes.

—No lo sé. Pero no tengo mucha opción.

Dahlia puso una mano en mi hombro.

—Solo ten cuidado, ¿de acuerdo? Pase lo que pase, no pierdas de vista lo que es importante para ti.

Asentí, aunque mi mente ya estaba dando vueltas. Había intentado mantener mis dos mundos separados, y ahora, con El Cuervo en la imagen, las cosas estaban a punto de complicarse aún más.

Pero la pregunta sigue en pie.

¿Sabe Sergio que yo soy El Cuervo?

CAPÍTULO QUINCE

SERGIO

El sol apenas había salido cuando Mirella llegó a la mansión, sus tacones resonando contra el suelo de mármol como una cuenta regresiva hacia los problemas. Se veía impresionante. Demasiado impresionante, si era honesto. Su vestido rojo le quedaba como si hubiera sido diseñado con el pecado en mente, y su cabello estaba recogido justo lo suficiente para mostrar su cuello, un cuello en el que había pasado demasiado tiempo pensando desde anoche.

La estaba esperando en el vestíbulo, fingiendo revisar unos papeles, pero lo único que podía hacer era mirarla fijamente. El beso que habíamos compartido se sentía como una marca en mi piel, y estaba desesperado por mencionarlo. Solo una vez, para ver si la había dejado tan desconcertada como a mí.

—Llegaste temprano —hice una mueca, tratando de sonar casual, aunque mi voz salió más áspera de lo que pretendía.

—Quería estar preparada —respondió, alisando la falda de su vestido como si no fuera nada, como si no supiera exactamente cuánto me estaba desestabilizando.

—Deberíamos hablar —comencé, dando un paso más cerca—. Sobre lo de ayer.

Sus ojos se encontraron con los míos, tranquilos y firmes. Pero había algo cauteloso detrás de ellos.

—No hay nada de qué hablar. Está en el pasado.

¿En el pasado? ¿Hablaba en serio?

—Mirella, no puedes simplemente...

—Sí puedo —me interrumpió, su tono firme pero no cruel—. Es mejor así.

¿Mejor para quién? Porque seguro que no es mejor para mí. Quería insistir, decirle que no fue solo un beso, pero antes de que pudiera, el sonido de pasos pesados resonó por el pasillo. Mi padre estaba esperando, y si llegábamos tarde, no importaría lo que ninguno de nosotros sintiera

sobre anoche.

Caminamos hacia su oficina en silencio. Quería decirle todo lo que sentía. Pero, ¿qué diferencia haría ahora? Al entrar, Don Carlos estaba sentado detrás de su enorme escritorio, sorbiendo su café como un rey inspeccionando su corte.

—Llegan tarde —murmuró sin levantar la vista, aunque no era cierto. Le gustaba decir cosas así solo para mantener a la gente nerviosa.

—Buenos días a ti también, padre —saludé secamente, tratando de no sonar amargado, tomando asiento frente a él.

Mirella me siguió, sentándose con la espalda recta y las manos cruzadas en su regazo como si estuviera audicionando para ser santa. Era impresionante, realmente, lo compuesta que se veía, considerando la tormenta en la que se había metido.

—Confío en que ambos durmieron bien —dijo mi padre, sus ojos brillando con algo que no me gustó.

—Bien —respondí rápidamente, esperando avanzar con las cosas.

Mirella asintió, manteniendo su respuesta corta.

—Sí, gracias.

Su mirada se desplazó hacia ella, aguda y calculadora.

—Eso es interesante. Podría jurar que te vi saliendo de la mansión aproximadamente una hora después de que me dijeras que te ibas a casa cuando saliste de mi oficina ayer.

Mi estómago se hundió. Mirella y yo intercambiamos una mirada rápida, pero ninguno de los dos la dejó prolongarse. No podía saberlo. ¿O sí?

—Yo... —comenzó Mirella, su voz firme a pesar de la trampa que él acababa de tender—. No me sentía bien después de todo lo que pasó. El cargamento robado, el peligro... me sentía abrumada. Fui a despejarme en la habitación de invitados y debo haberme quedado dormida. No me di cuenta de cuánto tiempo había pasado.

Su explicación fue impecable, y la entregó con una calma que habría enorgullecido a cualquier

mentiroso experimentado. Mi padre la miró fijamente por un largo momento, su expresión indescifrable, antes de finalmente asentir.

—Ah, por supuesto. Las mujeres pueden ser débiles cuando se trata de esas cosas. Emocionales. Frágiles. Es natural.

Mis manos se cerraron en puños bajo la mesa. Podía sentir el calor subiendo por mi pecho, y estaba a un segundo de decirle exactamente dónde podía meterse sus opiniones anticuadas. Pero entonces, Mirella rio, un sonido ligero y fácil que de alguna manera disipó la tensión.

—Tiene toda la razón —dijo, con un tono juguetón—. Las mujeres podemos ser criaturas tan delicadas. Gracias a Dios por hombres fuertes como usted para guiarnos.

Fue una jugada magistral. Convirtió su insulto en un cumplido, desarmándolo completamente. Odiaba que funcionara, pero no podía negar que era impresionante.

Mi padre rio entre dientes, claramente complacido consigo mismo.

—Sí, bueno, es bueno ver que entiendes tu lugar.

Me mordí la lengua tan fuerte que probé sangre. Mirella me lanzó una mirada rápida, sus ojos diciendo *déjalo pasar*. Por ahora, lo hice.

—Basta de cortesías —continuó mi padre, inclinándose hacia adelante—. Hemos confirmado que fue El Cuervo quien interceptó el cargamento. Ha sido una espina en mi costado por demasiado tiempo, y quiero que se encarguen de ella. Ustedes dos harán lo que sea necesario para derribarla y recuperar lo que es mío.

La habitación quedó en silencio. La postura de Mirella no cambió, pero pude ver la tensión en su mandíbula. El Cuervo no era solo una rival, era un fantasma, imposible de atrapar. Esta no iba a ser una tarea sencilla.

—Nos encargaremos —respondí, manteniendo mi voz uniforme.

—Más les vale —gruñó mi padre, su tono no dejaba lugar a discusión—. No tolero el fracaso. Ya fallaron una vez cuando dejaron que se escapara con el cargamento. Dos veces sería inexcusable.

Al salir de la oficina, solté un suspiro que no me había dado cuenta que estaba conteniendo. Mirella caminaba a mi lado, su rostro tranquilo pero sus ojos distantes.

—Estuviste increíble allí dentro —le dije, diciendo cada palabra en serio—. Rápida pensando con la historia de la habitación de invitados.

—He tenido práctica —bromeó ligeramente, pero había un peso en sus palabras que me hizo preguntarme cuánta práctica había tenido realmente.

—Sobre lo que dijo... —dudé—. Sabes que está equivocado, ¿verdad? No eres débil.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa cansada.

—Lo sé. Pero a veces es más fácil dejar que la gente piense que lo eres. Te subestiman de esa manera.

Asentí, entendiendo más de lo que quería admitir. Ambos teníamos nuestras máscaras, nuestras formas de sobrevivir en un mundo que no permitía la debilidad. Pero mientras la veía caminar delante de mí, fuerte e inquebrantable a pesar de todo, no pude evitar pensar que era la persona más fuerte que había conocido.

*****

El motor ronroneaba suavemente mientras conducíamos hacia el siguiente pueblo, el sol de la mañana pintaba el cielo con franjas de oro y rosa. Mirella estaba sentada a mi lado, mirando por la ventana, su rostro indescifrable. No era el silencio habitual entre nosotros, ese tipo en el que la tensión colgaba tan espesa que podías cortarla. Este se sentía... reflexivo, como si ella estuviera armando algo en su mente.

Finalmente, rompió el silencio.

—Sergio, a ti no te importa el negocio de tu padre. No realmente. Entonces, ¿por qué estás tan empeñado en derribar a El Cuervo?

Sus palabras me sorprendieron. Tenía una manera de ir directa al grano, sin rodeos. Apreté el volante con más fuerza, debatiendo si esquivar su pregunta o decirle la verdad. Pero esta era Mirella; me descubriría si intentaba evadir la cuestión.

—No es por él —dije después de una pausa—. Me importa un bledo su imperio. Si ardiera por completo mañana, no derramaría ni una lágrima. Me importaría una mierda.

Ella giró la cabeza hacia mí, con curiosidad brillando en sus ojos.

—¿Entonces por qué?

—Por ellos —gesticulé vagamente hacia la ventana—. Las familias, los trabajos, la gente atada a este lío. El negocio de mi padre, legal o no, pone comida en la mesa de mucha gente. Si dejamos que El Cuervo y otros como ella lo destruyan, ellos son los que sufrirán. No mi padre. No yo.

Se quedó callada, dejando que mis palabras se asentaran. Podía sentir cómo me estudiaba, despojando las capas que normalmente mantenía bajo llave.

—Pero no es solo eso —continué, con la voz más suave ahora—. He estado pensando en formas de mejorarlo. Hacerlo más seguro. Legalizar tanto como pueda. No soy ingenuo, nunca será completamente limpio. Pero no tiene que ser el baño de sangre que es ahora.

—¿Crees que tu padre aceptaría eso? —preguntó, escéptica pero no desdeñosa.

Resoplé.

—Ni de coña. Él se nutre del caos y el miedo. Pero no estará al mando para siempre.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—Así que tú eres el futuro del imperio, ¿eh? ¿El niño de oro con un corazón de oro?

—No iría tan lejos —sonreí—. Quizás solo un corazón manchado intentando no podrirse por completo.

Se rio de eso, un sonido que se sentía como la luz del sol atravesando nubes de tormenta. Por un momento, la tensión se alivió, y me permití disfrutar del momento. Pero en el fondo, sabía que no duraría. No con el lugar al que nos dirigíamos.

Al entrar en el pueblo, aparqué el coche frente a una cafetería. Mirella miró alrededor, frunciendo el ceño.

—¿Es aquí? —preguntó.

—No, pero estamos cerca. Se sabe que El Cuervo visita un restaurante en particular aquí. Si está en la ciudad, es ahí donde la encontraremos. —Eché un vistazo a su atuendo: un vestido sencillo pero elegante que era adecuado para la mayoría de las ocasiones, pero no para esta—. Sin embargo, necesitarás algo más llamativo. No se mostrará ante cualquiera.

Sus cejas se alzaron.

—¿Me estás diciendo que vamos de compras?

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo —sonreí con suficiencia, ya imaginando cómo reaccionaría ante la experiencia.

*****

La boutique era uno de esos lugares que olía a perfume y dinero, donde todo era carísimo pero valía la pena. Mirella entró como si fuera la dueña del lugar, y yo la seguí, sonriendo por la facilidad con la que dominaba la sala.

—Estás disfrutando demasiado de esto —murmuró mientras una vendedora revoloteaba a su alrededor, sosteniendo vestidos como ofrendas a una reina.

—Vivo para momentos como este —bromeé, apoyándome en un perchero de trajes—. La gran Mirella, fuera de su elemento.

Ella agarró un vestido de lentejuelas del perchero y lo levantó, mirándome por encima de la tela.

—¿Crees que estoy fuera de mi elemento? Observa y aprende, Sergio.

Lo que siguió fue un torbellino de tela, color y el ingenio afilado de Mirella. Cada vestido que se probaba parecía diseñado para volverme loco. Hubo uno en particular, un modelo negro con un escote pronunciado, que casi me hizo olvidar cómo respirar.

—¿Qué te parece? —preguntó, girando frente al espejo.

No pude hablar por un momento. Tenía la garganta seca y mi cerebro trabajaba horas extra para mantener mis pensamientos apropiados.

—Está... bien.

Sonrió con suficiencia, claramente viendo a través de mí.

—¿Solo bien?

—No me presiones —bromeé, apartándome antes de delatarme por completo.

Cuando nos fuimos, ella llevaba varias bolsas y yo había gastado una cantidad ridícula de dinero. No es que me importara. La forma en que se reía mientras caminábamos de vuelta al coche valía cada céntimo.

De vuelta en el hotel, la acompañé a su habitación, cargando las bolsas como una especie de chófer sobrepagado. Ella abrió la puerta y, cuando se giró para agradecerme, algo cambió en el ambiente. Las bromas juguetonas que habíamos compartido antes se desvanecieron, reemplazadas por algo más intenso.

Sus ojos se encontraron con los míos y, por un momento, ninguno de los dos se movió. Mi mirada bajó a sus labios y, antes de que pudiera detenerme, me incliné, dejando caer la bolsa en el umbral. Quería luchar con todas mis fuerzas, pero no pude. La atracción era más fuerte que mi resistencia.

En el momento en que nuestras bocas se tocaron, fue como si se rompiera una presa. Sus labios eran suaves y cálidos, y sabían ligeramente al café que había bebido antes, pero aún podía saborear las cerezas en ellos. Siempre sabía a cerezas. Me acerqué más, mi mano encontrando la curva de su cintura. Ella no se apartó. En cambio, sus brazos rodearon mi cuello, atrayéndome más cerca.

Sus labios persistieron en los míos. Atraje su lengua con la mía juguetonamente, pero lo suficiente para profundizar el beso, volviéndolo urgente. Mi corazón se aceleró mientras sus dedos se enredaban en mi cabello, y me perdí completamente en ella. Su aroma, su tacto; era embriagador, como nada que hubiera sentido antes. Cada parte de mí gritaba por llevar esto más lejos, por olvidarme del mundo exterior y simplemente quedarme aquí con ella.

Pero entonces la realidad volvió a golpearme. Mirella no era mía. No realmente. Se suponía que iba a casarse con mi padre, y por mucho que odiara eso, era la verdad.

Me aparté, con la respiración agitada. Sus labios estaban ligeramente hinchados, sus mejillas sonrojadas, y me miraba con una mezcla de confusión y anhelo que casi me destroza.

—No deberíamos... —comencé, aunque las palabras se sentían como una mentira.

Ella asintió, aunque no parecía convencida.

—Lo sé.

Di un paso atrás, poniendo espacio entre nosotros antes de hacer algo de lo que no pudiera retractarme.

—Vístete. Volveré por ti en veinte minutos.

Y luego me fui, cerrando la puerta tras de mí antes de que pudiera cambiar de opinión.

CAPÍTULO DIECISÉIS

MIRELLA

La habitación quedó en silencio después de que Sergio se marchó, pero mi corazón no. Latía tan fuerte que estaba segura de que todo el piso podía oírlo. Me quedé mirando la puerta cerrada por un momento, tratando de ordenar mis pensamientos, pero se negaban a asentarse.

La verdad era que si Sergio hubiera querido ir más allá, no lo habría detenido. No, lo deseaba tanto como él me deseaba a mí, quizás más. Ese beso me dejó sintiéndome como si estuviera en llamas, y la idea de extinguirlo ahora parecía imposible. Pero yo no era solo Mirella. También era Raven, y Raven no perdía el control.

Aun así, estar en este pueblo de nuevo despertó algo en mí, algo que no había sentido en años. Era el mismo lugar al que había venido cuando pensé que mi padre había muerto. Y cuando el padre de mi hijo murió frente a mí, me mudé aquí para enterrar mi dolor y recomponer mi vida.

Saqué mi teléfono y desplacé por las fotos que mantenía ocultas. Una llamó mi atención: una imagen de un pequeño restaurante con contraventanas azules y un acogedor patio. Mi padre solía llevarme allí cuando era niña. Sonreí al recordar su risa estruendosa mientras me contaba historias tontas sobre platos de pasta demasiado grandes para que yo los terminara. Después de su "muerte", comencé a ir allí todos los sábados, sola, como una forma de sentirme cerca de él. Se convirtió en un ritual, un lugar para respirar. Con el tiempo, se convirtió en mi santuario.

En ese entonces, aún no era Raven. Era solo Mirella: rota, perdida y tratando de sobrevivir. El pueblo me acogió de maneras que no esperaba. Me dio a Enzo y Dahlia, las dos personas que se convirtieron en mi familia.

Conocí a Enzo por primera vez en medio de una tormenta. Estaba parada fuera de un mercado, empapada hasta los huesos y maldiciéndome por no haber revisado el clima. Mi coche se había averiado y estaba atrapada con una bolsa de compras y sin plan. Enzo se detuvo en una vieja camioneta, asomándose por la ventana con un paraguas en una mano y una sonrisa que podría rivalizar con el sol.

—¿Necesitas un aventón, bella? —su voz era cálida, burlona.

Dudé.

—Podrías ser un asesino en serie por lo que sé.

—¿Acaso parezco un asesino en serie? —levantó el paraguas como si fuera prueba de sus buenas intenciones.

—Para ser justos, normalmente no lo anuncian —respondí, pero ya estaba caminando hacia la camioneta.

El viaje fue corto, pero para cuando me dejó, habíamos cubierto todo, desde la mejor pizza del pueblo hasta por qué él pensaba que la piña no pertenecía a ella. Me entregó una tarjeta de presentación antes de marcharse, diciendo:

—Si alguna vez necesitas algo, llámame.

Una semana después, lo hice. Y ese fue el comienzo de nuestra asociación.

Dahlia llegó unos meses después. Estaba en el restaurante un sábado, sentada en mi rincón habitual con un libro, cuando una joven con un vestido rojo brillante irrumpió, pareciendo que estaba a punto de llorar. El camarero trató de decirle que el lugar estaba completamente reservado, pero le hice un gesto y le dije que la dejara sentarse conmigo.

Ella dudó, sus ojos alternando entre mí y la silla vacía.

—¿Estás segura? No quiero molestar.

—Me vendría bien la compañía —dije, y no era mentira.

Se sentó y terminamos hablando durante horas. Me contó sobre su ruptura complicada, sus sueños de abrir una panadería y cómo sentía que no encajaba en ninguna parte. Le conté un poco sobre mí, lo suficiente para que supiera que no estaba sola.

Para cuando terminamos el postre, le había ofrecido un trabajo como mi asistente.

—Estás loca —dijo, riendo, pero aceptó el trabajo de todos modos.

Ahora, años después, yo seguía aquí, y ellos también. Mi teléfono vibró, devolviéndome al presente. Miré la pantalla: Enzo. Le había enviado un mensaje antes.

—Déjame adivinar —dijo en cuanto contesté—. Quieres algo.

—Necesito que reserves todo el restaurante para esta noche —dije, anticipando ya sus objeciones.

—¿Por qué? ¿Qué estás tramando?

—Voy a ir. No como Mirella. Como Raven.

Hubo una pausa, seguida de una brusca inhalación.

—¿Has perdido la cabeza? Es una idea terrible.

—Sé lo que estoy haciendo, Enzo.

—No, no lo sabes —espetó—. Estás caminando hacia una trampa, ¿y para qué? ¿Nostalgia?

—No es solo nostalgia —respondí, con voz firme—. Ese lugar... es importante para mí. Y si voy a enfrentar lo que sea que venga, necesito hacerlo como Raven. Sin esconderme. Sin fingir ser un fantasma.

—Mirella —su tono se suavizó, pero la preocupación seguía ahí—. Esto ya no se trata solo de ti. Piensa en lo que está en juego.

—Lo estoy haciendo —dije, aunque una parte de mí sabía que tenía razón—. Pero necesito esto. Confía en mí.

Hubo un largo silencio antes de que suspirara.

—Está bien. Pero si esto sale mal, no esperes que te saque del apuro.

Sonreí a pesar de mí misma.

—Siempre me sacas del apuro.

—Sí, bueno, uno de estos días me vas a deber más de lo que puedo cobrar.

Colgamos y me recosté en mi silla, soltando un suspiro que no me había dado cuenta que estaba conteniendo. Esto no se trataba solo del restaurante o los recuerdos ligados a él. Se trataba de reclamar una parte de mí misma que había enterrado demasiado profundo.

El golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. Por un momento, consideré fingir que no estaba allí, pero Sergio no era del tipo que simplemente se iba. Otro golpe, más firme esta vez, seguido de su voz.

—Es hora, Mirella.

Suspiré, arrastrándome hacia la puerta. Cuando la abrí, el rostro de Sergio cambió, suavizándose como si estuviera leyendo mi vacilación antes de que pudiera hablar.

—No voy a ir —murmuré, con los brazos cruzados para ocultar lo inquieta que me sentía—. Prefiero quedarme aquí. Sola.

Sus cejas se juntaron, confusión y tal vez un indicio de dolor cruzando su rostro.

—¿Es por el beso? —su voz se bajó lo suficiente para hacer que mi pecho se apretara—. Porque si es así, lo siento.

—No es...

Me interrumpió.

—No debería haberte besado. Es solo que... —hizo una pausa, pasándose una mano por el pelo —. Me resulta difícil mantenerme alejado de ti. Pero si quieres que lo haga, lo haré.

No esperaba eso. Una parte de mí quería reírse de lo serio que se veía, pero la otra parte, la que no estaba del todo lista para enfrentarlo, sintió una punzada de culpa.

—No se trata del beso, Sergio —dije, suavizando mi tono—. Solo... necesito algo de espacio. Eso es todo.

—Espacio —repitió, casi como si no me creyera—. ¿De mí o de todo esto?

Dudé.

—De todo.

Me estudió por un momento, con la mandíbula tensa como si quisiera discutir pero se estuviera conteniendo.

—Bien —dijo finalmente, dando un paso atrás—. Si eso es lo que quieres, te daré espacio. Pero

que sepas que no me iré lejos.

Lo vi alejarse, con los hombros tensos. La puerta se cerró con un clic y me apoyé contra ella, exhalando lentamente. No estaba segura si me sentía más aliviada o decepcionada. Tal vez ambas cosas.

Pero no había tiempo para pensar en ello. Si no iba con Sergio, aún iría. Sola.

Pensé en lo que Enzo había dicho sobre los riesgos y lo que estaba en juego. No se equivocaba. Pero tampoco entendía lo que ese restaurante significaba para mí, lo que significaba demostrarle a Don Carlos que Raven no le tenía miedo. Él podría pensar que Mirella sí, pero no Raven. No era solo un lugar para demostrar algo. Era un recordatorio de quién era yo antes de que el mundo me quebrara y de quién podría ser de nuevo.

El vestido que elegí era elegante y negro como la medianoche, ajustándose como una segunda piel. No era solo ropa; era una armadura. La tela brillaba tenuemente bajo la luz, un toque sutil que me hacía sentir como un fantasma deslizándose en la noche. Sobre él, me puse una larga capa con capucha que ensombrecía mi rostro.

Luego vino la máscara. Era delicada, cubriendo todo mi rostro con plumas negras que se abrían en los bordes. Oculto en su interior había un modulador de voz, algo que el amigo de Dahlia había diseñado para mí años atrás. Cuando hablara, profundizaría y distorsionaría mi voz, dándole a Raven su sonido característico: bajo, suave y ligeramente amenazador.

Finalmente, el sombrero. Tenía un ala ancha con un velo de red negra que caía justo sobre mi máscara, añadiendo otra capa de misterio. Cuando me vi en el espejo, apenas me reconocí. La mujer que me devolvía la mirada no era Mirella. Era alguien completamente diferente.

Raven.

Me puse la capucha y sentí una familiar oleada de poder. Mirella podría haber sido insegura, vacilante. Pero ¿Raven? Ella no dudaba. Actuaba. Y esta noche, tenía un propósito.

El fresco aire nocturno me recibió al salir sigilosamente de la habitación. Los pasillos estaban silenciosos, con ese tipo de silencio que hace que cada paso parezca más ruidoso de lo que es. Evité las salidas principales, tomando las escaleras laterales que llevaban a una puerta trasera. No era la primera vez que me escabullía, y no sería la última.

Afuera, las sombras se alargaban, y me moví entre ellas como si perteneciera allí. En cierto modo, así era. Las calles de este pueblo me habían visto en mi punto más bajo, y ahora me verían en mi momento más fuerte.

Llegué al coche que Enzo había enviado por mí. El conductor no hizo preguntas ni siquiera me miró cuando me deslicé en el asiento trasero. Esa era la belleza de ser Raven. La gente no quería saber quién eras. Solo querían mantenerse fuera de tu camino.

Mientras el coche rodaba por las calles, volví a pensar en Sergio. En cómo sus labios se demoraron sobre los míos, en cómo sus manos habían agarrado mi cintura como si temiera que desapareciera. Estaba tratando de descifrarme, intentando alcanzar las partes de mí que no estaba lista para mostrarle. Aún no. Tal vez nunca.

Pero entonces, pensé en cómo me había mirado cuando le dije que necesitaba espacio, como si estuviera dispuesto a dar un paso atrás aunque le doliera. Ese tipo de contención no era fácil, no para alguien como Sergio.

El coche se detuvo frente al restaurante. Mi restaurante. Al que había estado viniendo durante años, escondiéndome a plena vista. Ajusté mi máscara, bajando el velo para asegurarme de que mi rostro estuviera oculto.

Esta noche no se trataba de recuerdos o sentimentalismos. Ni siquiera se trataba de Sergio o su padre.

Se trataba de mí. Raven.

Salí del coche, mi capa ondeando ligeramente con la brisa, y me dirigí hacia la puerta. Enzo había hecho lo que le pedí. El restaurante estaba oscuro, salvo por el cálido resplandor de las velas en las ventanas. Vacío, justo como me gustaba.

Empujé la puerta para abrirla, y el familiar aroma a ajo y pan recién horneado me envolvió. Por un momento, volví a ser solo Mirella, una niña sentada en una mesa con su padre, riendo sobre historias sin importancia.

Pero eso fue hace mucho tiempo.

Ahora, era alguien completamente diferente.

CAPÍTULO DIECISIETE

SERGIO

La idea de dejar a Mirella atrás no me sentaba bien. La odiaba. Quería hablar con ella. Quería que habláramos de nuestros sentimientos, pero eso no era lo que ella quería. Me había pedido espacio y se lo había dado, pero cada instinto en mí me decía que me quedara. El hotel era seguro y confiaba en el personal, pero confiaba más en Ryan.

—Ryan, necesito que te quedes aquí —dije, viendo cómo se le tensaba la mandíbula.

Ryan se cruzó de brazos.

—¿Estás seguro de esto? Preferiría estar allá fuera, cubriéndote las espaldas.

—Estoy seguro. Solo voy a vigilar el restaurante hoy. Luego, podemos volver y planear una estrategia. Primero necesito saber con quién estoy tratando —expliqué con firmeza—. Ryan, por favor. Ella es importante para mí. Si algo le sucede...

Asintió antes de que pudiera terminar, suavizando su expresión.

—Entendido. Me quedaré. Pero me debes una.

Sonreí con suficiencia.

—Añádelo a la cuenta.

Salí del hotel y entré en el coche que me esperaba. No podía deshacerme de la sensación inquietante en la boca del estómago. Mirella estaría segura aquí. Tenía que estarlo.

El restaurante era exactamente como lo había esperado: tranquilo, oscuro y emanando exclusividad. Si Raven quería causar una impresión, lo estaba haciendo condenadamente bien. Mis instintos me decían que mantuviera un perfil bajo, así que aparqué calle abajo y esperé, vigilando la entrada.

Los minutos se arrastraban. No pasaba nada. Nadie entraba ni salía. Era como si el lugar estuviera congelado en el tiempo.

Estaba a punto de dar la noche por terminada cuando una sombra se movió cerca de la entrada trasera. Un hombre alto vestido de negro caminó directamente hacia mi coche y se detuvo justo antes de la ventanilla del pasajero. La bajé, manteniendo mi mano cerca del arma a mi costado.

—La Raven desea almorzar con usted —dijo, con tono neutral.

Levanté una ceja.

—¿Almorzar? ¿Está seguro de eso?

—Ella le espera dentro.

El hombre no ofreció más información, y yo no estaba de humor para hacer preguntas. Esto podría ser fácilmente una emboscada, pero rechazarlo no era una opción. No si quería respuestas, no cuando quería recuperar los cargamentos.

Salí del coche y lo seguí hacia la entrada, manteniendo mis pasos lentos y deliberados. Mi mente corría, repasando todos los escenarios posibles. ¿Estaría sola? ¿Armada? ¿Era esto una trampa?

El interior del restaurante era elegante pero discreto. La luz de las velas parpadeaba en cada mesa, proyectando suaves sombras contra las paredes. El lugar estaba vacío, salvo por una figura sentada en la esquina.

Era difícil no notarla. Vestida completamente de negro, llevaba una máscara que le cubría el rostro por completo, con diseños detallados grabados en el material. La máscara ni siquiera revelaba sus ojos, pero fue la voz la que me desconcertó.

—Señor Sergio, aprecio su puntualidad, aunque nunca recibí un aviso sobre una reunión —dijo, su voz suave pero mecánica, alterada lo suficiente para hacerla irreconocible.

Saqué la silla frente a ella y me senté, entrecerrando los ojos.

—Me esfuerzo por complacer.

Hubo una pausa antes de que hablara de nuevo.

—Complacerme no era parte del juego, pero aprecio el esfuerzo.

No pude evitar la sonrisa burlona que tiró de mis labios.

—Encantador. ¿Siempre se esconde detrás de máscaras y modificadores de voz, o solo tengo suerte?

Su postura no cambió, pero pude sentir el peso de su mirada a través de la máscara.

—La precaución no es lo mismo que esconderse, señor Sergio. Seguramente, un hombre como usted lo entiende.

—Precaución —repetí, reclinándome en mi silla—. Y yo que pensaba que esto era solo un almuerzo.

—Lo es —dijo, señalando la mesa vacía—. Aunque encuentro la conversación mucho más satisfactoria que la comida.

—Bien —dije—. Porque no tengo hambre.

Inclinó ligeramente la cabeza, y me pregunté si había tocado un nervio.

—Entonces saltémonos las formalidades —dijo, con voz firme—. ¿Por qué está aquí?

Me encogí de hombros, manteniendo mi expresión neutral.

—Curiosidad. Además, robó mi cargamento, eso no fue amable.

—¿Robé? —se burló—. Esa es una acusación muy grave. Espero que tenga pruebas para respaldar su osadía.

—No es precisamente sutil, Raven. La gente habla.

—La gente también habla de usted, señor Sergio. Pero dudo que pierda el sueño por ello.

Tenía razón, pero no iba a admitirlo.

—De acuerdo. Entonces, ¿cuál es la verdadera razón por la que me invitó aquí? Si quisiera verme muerto, ya lo estaría. Y si quisiera negociar, no necesitaría todo esto —hice un gesto hacia su máscara.

—Tal vez simplemente disfruto de la compañía —dijo, su tono ligero pero indescifrable.

—¿Ah, sí? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia adelante—. Porque no puedo decir si

está coqueteando o tramando algo.

—Quizás ambas cosas —bromeó sin perder el ritmo.

Me reí, sacudiendo la cabeza.

—Eres algo especial, ¿lo sabías?

—Eso me dicen —dijo—. Pero no estamos aquí para intercambiar cumplidos, ¿verdad?

—No —admití, mi tono volviéndose serio—. No lo estamos. Vayamos al grano. ¿Qué quieres, y existe un mundo en el que lleguemos a un acuerdo y me entregues mi cargamento, o tengo que emboscarte también?

No respondió de inmediato. En su lugar, se reclinó en su silla, juntando las puntas de sus dedos enguantados frente a ella. El silencio se prolongó, y me forcé a permanecer quieto, a no reaccionar.

Cuando finalmente habló, su voz era calmada pero deliberada.

—Lo que quiero, señor Sergio, es control. El tipo de control que su padre ha arrebatado a demasiadas personas. El tipo de control por el que estoy dispuesta a luchar.

No me inmute, aunque sus palabras me golpearon más fuerte de lo que esperaba.

—¿Y crees que lo conseguirás reuniéndote conmigo o robando nuestro cargamento?

—Quizás —dijo—. O quizás solo quería ver al hombre detrás de la reputación.

—¿Y? —pregunté, levantando una ceja.

—No eres lo que esperaba —dijo ella simplemente.

—¿Bueno o malo?

—Ambos.

No pude evitar reírme.

—Estás llena de sorpresas, Raven.

—Tú también —susurró ella.

Su voz, distorsionada como estaba, aún transmitía una extraña clase de confianza. No era solo la máscara o las palabras que elegía. Era la forma en que se comportaba y cómo controlaba la habitación sin mover un dedo.

La observé. Algo en ella me resultaba familiar, aunque no podía ubicarlo exactamente. La forma en que inclinaba la cabeza, cómo sus dedos enguantados golpeaban suavemente contra la mesa... era como si lo hubiera visto todo antes.

—Sabes —dije, inclinándome hacia adelante otra vez—, para alguien a quien le gusta el control, me estás dando muy poco con lo que trabajar aquí.

—¿Eso crees? —preguntó ella, con un tono casi divertido.

—Sí —dije—. Y tampoco creo que esa sea tu voz real.

Por primera vez, ella dudó, solo por una fracción de segundo. Fue sutil, pero estaba ahí.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó.

Sonreí, dejando que el silencio se prolongara por un momento antes de responder.

—Llámalo intuición.

Ella no respondió de inmediato, pero pude notar que había tocado una fibra sensible. Cualquiera que fuese el juego que estaba jugando, no iba a dejarla ganar tan fácilmente.

Cuanto más tiempo pasaba sentado frente a ella, más sentía que me estaba metiendo en algo que no podía definir exactamente. Esto no era lo que esperaba. Se suponía que Raven era despiadada y calculadora, una sombra en la noche. En cambio, aquí estaba, hablando con una calma y una elegancia refinada que parecían fuera de lugar en un mundo lleno de disparos y traiciones.

Y sin embargo, no estaba fuera de lugar en absoluto. Era impactante. Ella era impactante.

—Hablemos del cargamento —dije, inclinándome hacia adelante, mis dedos tamborileando suavemente en el borde de la mesa—. ¿Por qué llevárselo? Sabes que eso es una declaración de guerra.

Ella inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera sopesando su respuesta. La forma en que se movía era deliberada, casi teatral. Cada gesto, cada pausa, parecía calculada, pero no era fría. Era fascinante.

—No es personal —dijo finalmente, con voz suave y uniforme—. Es solo negocios.

—Esa es la respuesta cliché —repliqué—. Vamos, dame algo mejor. Sorpréndeme.

Sus dedos golpearon suavemente contra la mesa, un ritmo sutil que coincidía con la calma en su voz.

—Usted es un hombre inteligente, señor Sergio. Seguramente habrá aprendido a estas alturas que en los negocios, la emoción es una desventaja.

Me reí, sacudiendo la cabeza.

—Estás evadiendo la pregunta.

—¿Lo estoy haciendo? —dijo ella, con un toque de diversión en su tono.

—Sí, lo estás haciendo.

Ella se reclinó ligeramente, y por un momento, el parpadeo de una vela captó el borde de su máscara. Los diseños en ella brillaron tenuemente, dándole una cualidad casi etérea.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo de repente.

Me tomó por sorpresa. No estaba acostumbrado a ser objeto de curiosidad.

—¿Una pregunta?

—Sí —dijo, inclinando la cabeza de nuevo—. A menos que le asuste responder.

Me reí suavemente.

—Está bien, adelante.

—Si se le diera la oportunidad de ser alguien más, alguien que no fuera el hijo de una familia mafiosa despiadada, ¿quién sería?

Parpadeé, desconcertado. No era el tipo de pregunta que esperaba de ella. Diablos, no era el tipo de pregunta que esperaba de nadie.

—¿Quién sería yo? —repetí, ganando tiempo.

—Sí —dijo ella, con voz firme—. Si pudiera despojarse del título, del poder, de la violencia, ¿quién es usted debajo de todo eso?

Me recliné en mi silla, cruzando los brazos sobre el pecho. Era una pregunta simple en la superficie, pero su peso era grande. ¿Quién sería yo? No había pensado en eso en años.

—Tal vez un bombero —dije después de un momento.

Su cabeza se inclinó de nuevo, un movimiento que rápidamente se estaba volviendo familiar.

—¿Un bombero?

—Sí —dije, encontrando su mirada, o al menos donde imaginaba que estaría su mirada detrás de esa máscara—. Siempre me ha fascinado la idea de rescatar a la gente. Correr hacia el peligro cuando todos los demás están huyendo.

Ella guardó silencio por un momento, y me pregunté si había dicho algo ridículo. Luego habló, su voz llevando una nota de genuina admiración.

—Qué noble.

Me reí suavemente.

—¿Noble? No estoy seguro de eso.

—Rescatar a personas en peligro —dijo ella—. Es una ambición desinteresada. Rara en un mundo como el nuestro.

—Es justo —respondí, inclinándome hacia adelante de nuevo—. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí. Si no fueras Raven, ¿quién serías?

Sus manos enguantadas se quedaron quietas, y por primera vez, sentí que la había tomado por

sorpresa. Fue sutil, apenas perceptible, pero estaba ahí.

—Hubo un tiempo —comenzó lentamente— en que no era Raven.

Levanté una ceja, intrigado.

—¿Qué eras entonces?

—Perdida —respondió simplemente—. Pero alguien una vez me preguntó quién preferiría ser. Y así, me convertí en lo que preferiría ser.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de significado. La estudié, tratando de armar el rompecabezas que me estaba ofreciendo.

—¿Y ahora? —pregunté—. ¿Es esto quien quieres ser?

Su postura no cambió, pero había una fuerza silenciosa en su silencio. No era una negativa a responder, era una respuesta en sí misma.

—Eres algo especial —rompí el silencio después de un momento—. No conozco a mucha gente que pueda hacerme cuestionar las cosas. Tienes un talento para ello.

—Gracias —respondió ella, con un tono educado pero no desdeñoso.

La conversación podría haber terminado ahí, pero yo no estaba listo para dejarla ir. Había algo en ella, algo que no podía identificar del todo pero que no quería soltar.

—¿Puedo preguntarte una cosa más?

—Eso depende —su voz teñida de una broma juguetona, un toque de diversión en su tono—. ¿Lo harás educadamente?

Sonreí con suficiencia. —Si debo hacerlo.

Ella hizo un gesto leve con la mano como diciendo *adelante*.

Me incliné hacia adelante, bajando ligeramente la voz. —Muéstrame el rostro detrás de la máscara.

Por primera vez, su compostura flaqueó, solo por una fracción de segundo. Fue tan sutil que la

mayoría de la gente no lo habría notado. Pero yo sí.

—¿Por qué? —preguntó ella, su voz aún alterada pero con un deje de curiosidad.

—Porque quiero saber quién es realmente La Raven.

CAPÍTULO DIECIOCHO

MIRELLA

—Porque quiero saber quién es realmente La Cuervo.

Cuervo. Yo no era la chica que huyó, que dejó atrás un corazón roto y preguntas que no sabía cómo responder.

La pregunta es, ¿quién es realmente La Cuervo?

Sergio me miraba fijamente desde el otro lado de la habitación, sus ojos buscando algo que nunca encontraría a menos que yo quisiera.

—Me pediste ver quién soy realmente —comencé, con voz tranquila pero decidida—. No puedo mostrarte mi rostro. No puedo arriesgarme a eso. Pero puedo mostrarte partes de mí.

Su ceño se frunció y sus labios se apretaron en una fina línea, pero asintió.

—Tomaré lo que me des.

Ese era Sergio: implacable pero paciente de una manera que me desarmaba cada vez.

Lo guié fuera del restaurante hacia las tranquilas calles de Montclair. El pueblo no estaba concurrido. Estaba silencioso, demasiado silencioso. Casi cambié de opinión, pero navegué entre las sombras, guiándolo lejos de miradas indiscretas. No preguntó adónde íbamos, pero podía sentir cómo crecía su curiosidad.

Nos detuvimos en un mirador apartado, el tipo de lugar que se sentía como un secreto aunque no lo fuera. Las luces se extendían ante nosotros, brillando como estrellas atrapadas en una red de acero y concreto.

—Este fue uno de los primeros lugares a los que vine cuando dejé mi pueblo natal —dije, midiendo mis palabras.

Sergio se acercó, su mirada alternando entre mí y la vista.

—¿Por qué aquí?

—Me recordaba algo que perdí —respondí—. Y algo que quería encontrar de nuevo.

No elaboré más, y él no insistió. En cambio, se apoyó en la barandilla, sus anchos hombros recortados contra el resplandor del horizonte. No se daba cuenta de cuánto destacaba, cómo su mera presencia exigía atención incluso cuando trataba de mezclarse con el fondo.

—Vengo aquí para recordar quién era —añadí—. Y para recordarme quién necesito ser.

Me miró entonces, sus ojos suavizándose de una manera que hizo que mi estómago diera un vuelco.

—Eso es algo muy profundo.

Me encogí de hombros, apartándome antes de que su mirada me desarmara por completo.

—Es la verdad.

No nos quedamos mucho tiempo. La noche tenía más que mostrarle, o mejor dicho, yo tenía más que mostrarle.

El bar estaba escondido en un callejón, el tipo de lugar que solo los locales conocían. Dentro, la atmósfera era cálida y acogedora, llena del sonido de charlas en voz baja y jazz suave. Elegí un reservado en la esquina, y Sergio se deslizó frente a mí.

—No pareces del tipo que bebe —hizo una mueca, su voz casi burlona y halagadora al mismo tiempo. Me miraba con curiosidad mientras pedía un agua con gas.

—Tienes razón —respondí casualmente, viendo al camarero colocar su whisky en la mesa—. Pero no juzgo a quienes lo hacen.

Tomó un sorbo, sin apartar sus ojos de los míos.

—Estás llena de sorpresas.

La comisura de mis labios se curvó hacia arriba.

—Ya lo has dicho esta noche, pero debo confesar que tú también lo estás.

No sabía por qué, pero me sentía más cómoda hablando con Sergio como La Cuervo que como la simple Mirella. Tal vez porque hablar con él como La Cuervo revelaba una parte de mí que él no conocía, pero aceptaba.

Él se rio, un sonido profundo y genuino.

—¿Cómo es eso?

—No eres lo que esperaba —admití. No esperaba que estuviera tan cómodo alrededor de La Cuervo. Considerando que se suponía que era una enemiga que robó su cargamento.

—¿Y qué esperabas?

—Alguien más frío. Más despiadado.

Se reclinó, haciendo girar su bebida.

—Puedo serlo cuando es necesario.

—Estoy segura de que puedes —repliqué, inclinando la cabeza—. Pero eso no es todo lo que hay en ti, ¿verdad? Hay algo más profundo —hice una pausa por una fracción de segundo antes de añadir—. O alguien.

Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por algo más serio.

—No. No lo es.

Lo observé de cerca, esperando que dijera más. Y entonces lo hizo.

—Hay alguien —comenzó, su voz más baja ahora—. Alguien que se me mete bajo la piel de maneras que no sé cómo describir.

Mi pecho se apretó, pero mantuve mi expresión neutral.

—Continúa.

—Es complicada —continuó, sus ojos fijos en el líquido ámbar de su vaso—. Terca y frustrante como el infierno. Pero también es brillante y amable de maneras que ni siquiera se da cuenta.

Mis dedos se curvaron contra el borde de la mesa, ocultos bajo los guantes negros. Sabía que

estaba hablando de mí, Mirella.

—Tiene esta forma de hacer que todo lo demás se desvanezca —dijo, su voz volviéndose más suave—. Cuando estoy con ella, nada más importa. Ni el negocio, ni el peligro, nada.

Tragué saliva con dificultad, mi garganta repentinamente seca.

—Suena extraordinaria.

—Lo es —declaró, mirándome con una intensidad que me dificultaba respirar—. Pero no importa. No creo que ella sienta lo mismo.

La sinceridad en su voz me atravesó como una cuchilla. Por un momento, olvidé que llevaba una máscara. Olvidé que él no sabía que era yo quien estaba sentada frente a él.

—¿Ella sabe lo que sientes? —pregunté, mi voz más firme de lo que me sentía.

—Es complicado —respondió en voz baja, pasándose una mano por el pelo.

Me incliné ligeramente hacia adelante, suavizando mi voz.

—No dejes que lo sea.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente.

—¿Qué quieres decir?

Dudé, eligiendo mis palabras cuidadosamente.

—A veces, nos contenemos porque tenemos miedo de lo que podría pasar si somos honestos. Pero si te importa tanto como dices, no pierdas el tiempo. Díselo. Demuéstraselo.

No sé por qué diría algo así sabiendo cómo jodería mi vida si me lo dijera, pero en este momento, estaba hablando desde el corazón.

Me estudió durante un largo momento, y me pregunté si podía escuchar la verdad en mis palabras.

—Eres buena en esto —dijo finalmente, una pequeña sonrisa tirando de las comisuras de su boca —. Dando consejos.

—He tenido práctica —dije, reclinándome.

Su sonrisa se ensanchó y dejó su copa. —Esto ha sido agradable. Inesperado, pero agradable.

Asentí, sintiendo una punzada de decepción cuando se puso de pie. Quería seguir hablando con él como Raven. No quería volver a ser Mirella y ocultarle esta parte de mí.

—Tengo que irme —dijo, con un tono apologético pero firme.

Sabía adónde iba: de vuelta a Mirella. De vuelta a mí.

—Ha sido agradable. Sé que la próxima vez que nos veamos, puede que no sea tan pacífico, pero por lo que vale, es solo negocios —añadió. Pude escuchar la sinceridad en su voz mientras se levantaba y me hacía un breve gesto con la cabeza.

—Buen viaje —mi voz apenas fue un susurro, observándolo mientras se alejaba.

En el momento en que lo perdí de vista, me escabullí por la salida trasera. Si iba a ganarme hasta el hotel, tendría que esforzarse mucho. Conozco todos los atajos de esta ciudad, y no había manera de que me ganara de vuelta al hotel.

****

La puerta de mi habitación de hotel se sentía más solemne de lo habitual. Me apoyé contra ella, tratando de calmar mi respiración. Apenas había llegado a mi habitación y me había cambiado apresuradamente cuando escuché pasos.

Sabía quién estaba al otro lado. Lo sabía porque lo sentí antes incluso de abrir la puerta. Sergio.

Una parte de mí no quería responder. ¿La otra parte? Dolía. Dolía por la forma en que me miraba, la forma en que me hacía sentir como la Mirella que había enterrado hace tanto tiempo.

En el momento en que abrí la puerta, pareció estallar con colores en mi corazón, encendiendo la parte de mí que había intentado ocultar. Podía sentirlo en mi piel. Sergio estaba allí, sus ojos, oscuros y llenos de algo entre anhelo y contención, se encontraron con los míos. Por un momento, ninguno de los dos habló.

Su camisa estaba ligeramente desacomodada, y su cabello despeinado de esa manera encantadoramente descuidada. Su mirada me clavó, haciendo que se me cortara la respiración.

Era dolorosamente consciente de mi camisa ligeramente arrugada. El botón superior estaba desabrochado, revelando apenas un atisbo de piel. Sus ojos se detuvieron allí por un momento antes de volver a los míos. Fue sutil, pero lo vi. Lo sentí.

—Mirella —finalmente habló con voz ronca, mi nombre suave y bajo en sus labios. Mi pulso se aceleró.

—Hola —logré decir, mi voz apenas un susurro.

—Maldita sea. —Las palabras se le escaparon como si hubiera perdido alguna batalla interna, y antes de que pudiera procesarlo, su mano estaba en mi cintura, empujándome hacia adentro.

La puerta se cerró detrás de nosotros, y al momento siguiente, sus labios estaban sobre los míos. Al principio fue suave, casi incierto, pero cuando no me aparté, su lengua estaba rodeando la mía, reclamándome de la manera más impresionante posible. Era electrizante, emocionante y estimulante mientras su boca se familiarizaba con cada detalle de la mía.

Cada nervio de mi cuerpo pareció despertar bajo su tacto.

Sus manos estaban en mi cintura, acercándome hasta que no quedó ni un centímetro de espacio entre nosotros. Dejé escapar un pequeño jadeo mientras sus labios se movían contra los míos, su aliento cálido e intoxicante.

La tensión que había estado cociéndose a fuego lento entre nosotros estalló.

Mis manos se deslizaron por su pecho, mis dedos trazando las duras líneas de sus músculos. Él gimió un sonido bajo que me debilitó las rodillas, y me aferré a él, necesitando su fuerza para mantenerme en pie.

Inclinó la cabeza, profundizando el beso, sus manos recorriendo la parte baja de mi espalda, rozando la piel desnuda donde mi top se había subido. Me envió escalofríos por la columna, y no pude evitar el suave gemido que se me escapó.

—¿Tienes idea de lo que me haces, Mirella? —murmuró contra mis labios, su voz ronca y llena de necesidad.

—Sergio —susurré, apenas capaz de pensar más allá de la sensación de sus manos en mis caderas y sus labios recorriendo mi cuello, dejando un rastro de fuego a su paso. Sus manos ahuecaron mis senos, y me doblé bajo su tacto.

Me presioné contra él, sintiendo su corazón latiendo al ritmo del mío. Cada beso, cada caricia, se sentía como una presa rompiéndose. Nos movimos juntos como si fuéramos las únicas dos personas en el mundo. El resto no importaba.

Pero entonces, mi teléfono vibró. Un ruido agudo y discordante que me devolvió a la realidad. Era una llamada telefónica que no quería revisar porque quería quedarme en el momento.

Sergio me miró, inclinando la cabeza para besarme cuando mi teléfono volvió a vibrar.

¡Mierda!

Nos quedamos congelados, sin aliento y enredados, mientras el sonido atravesaba la neblina. Era mi teléfono otra vez, e inmediatamente supe que tenía que revisarlo esta vez. Lo alcancé de mala gana, mis manos temblando mientras lo revisaba. Había una llamada perdida de Dahlia seguida de un mensaje.

Alex tiene fiebre, lo llevo al hospital, decía el mensaje. Fue enviado varias veces por Dahlia. Apreté el teléfono con fuerza, el pánico corriendo por mí como agua fría.

—¿Mirella? —La voz de Sergio me trajo de vuelta, su preocupación evidente.

Forcé una sonrisa temblorosa. —No es nada —dije rápidamente—. Solo una emergencia que tengo que manejar.

Frunció el ceño, acercándose. —¿A esta hora? ¿Qué está pasando?

—Es personal —respondí. Mi voz fue más cortante de lo que pretendía. Pero estaba tratando de ocultar la tormenta que se gestaba dentro de mí. Su expresión se suavizó, pero la preocupación en sus ojos permaneció.

—Déjame ayudar —ofreció, extendiendo la mano como para estabilizarme.

Negué con la cabeza y me alejé de su alcance. —No. Lo tengo bajo control.

Suspiró, la frustración parpadeando en su rostro.

Me mordí el labio, la culpa royéndome mientras agarraba una chaqueta y zapatos. —Solo necesito ocuparme de esto.

No dijo nada mientras me deslizaba junto a él, pero podía sentir sus ojos sobre mí, llenos de preguntas que no estaba lista para responder. Mientras caminaba por el pasillo, mi pecho dolía. Odiaba mentirle, pero necesitaba estar en cualquier lugar menos aquí ahora mismo.

Pero Alex me necesitaba, y ahora mismo, eso era lo único que importaba.

CAPÍTULO DIECINUEVE

MIRELLA

El teléfono vibró en mi mano, el mensaje resplandecía como un cartel de neón en la oscuridad. Las palabras de Dahlia eran breves y concisas: *Alex no está bien. La fiebre subió. Está en el hospital.*

Lo envió de nuevo cuando no respondí.

Voy en camino, respondí simplemente.

Mi corazón se retorció. Alex. Mi bebé. Mi todo. Las palabras se sentían como clavos martillados en mi pecho.

Me quedé allí en el pasillo, las sombras jugando en las paredes mientras mi mente corría. ¿Cómo podría volver lo suficientemente rápido? Sergio me había traído en coche, así que no tenía vehículo para regresar. Los alquileres que Enzo había arreglado solo hacían viajes locales. Solo el vuelo tomaría horas, y alquilar un jet privado levantaría demasiadas preguntas. Podría llamar a mis hombres, los hombres de Raven. Me llevarían allí en tiempo récord, pero eso significaría exponerme. La máscara se caería, y una vez que lo hiciera, no habría vuelta atrás.

—A la mierda —murmuré, pasando el pulgar por los contactos de mi teléfono. Dudé sobre el número encriptado. Una llamada, una orden, y estaría en el aire antes de que nadie pudiera pestañear. Un riesgo que estaba dispuesta a tomar por mi hijo.

Pero entonces, una voz profunda interrumpió mis pensamientos.

—Sea lo que sea que esté pasando, estoy aquí.

Me giré bruscamente. Sergio estaba al pie de la escalera, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo. No se suponía que estuviera allí. No se suponía que me viera así, vulnerable y asustada.

Su mirada se suavizó mientras se acercaba.

—Parece que el mundo se te vino encima.

Así era. Apenas podía respirar bajo su peso.

—Necesito que me lleves de vuelta a Nueva York —solté de repente—. Ahora.

No preguntó dónde, por qué, ni qué estaba pasando. Sergio no era así. En cambio, asintió una sola vez.

—Vamos.

No dijimos mucho mientras subíamos a su coche. El elegante interior negro zumbaba con el suave ronroneo del motor mientras acelerábamos por las calles vacías. Mi mente era un torbellino. El resplandor de la ciudad pasaba borroso, pero todo lo que podía ver era el rostro de Alex: sus ojos soñolientos y hermosos, su tímida sonrisa, sus pequeñas manos siempre buscando las mías.

La voz de Sergio interrumpió mis pensamientos.

—¿A dónde vamos?

—No vamos a casa. Primero al Hospital Saint Memorial —respondí.

—No parecía una emergencia doméstica. Solo pregunté para estar seguro —hizo una pausa y me dio una media sonrisa preocupada—. Estás pálida —añadió, mirándome brevemente antes de volver a concentrarse en la carretera—. Sea lo que sea, es serio.

Por un momento, quise discutirle. Pero tenía razón. Alex era lo primero. Siempre.

Cuando llegamos al hospital, no esperé a que Sergio aparcara correctamente. Salí del coche y crucé las puertas de cristal antes de que él siquiera apagara el motor. La sala de pediatría olía a antiséptico y lágrimas, el zumbido de las luces fluorescentes se sumaba a la atmósfera estéril.

Dahlia me encontró a mitad de camino, su rostro era una máscara de preocupación.

—Está estable —me aseguró rápidamente, pero su tono no fue suficiente para borrar mi miedo —. El médico está con él ahora.

Asentí y pasé junto a ella apresuradamente. La vista de Alex acostado en esa cama de hospital casi me destrozó. Se veía tan pequeño, su piel pálida contra las sábanas blancas y crujientes.

—Mami está aquí —susurré en su oído, tomándolo en mis brazos. Su pequeño cuerpo se amoldó al mío como una pieza de rompecabezas faltante, su cabeza descansando sobre mi hombro.

—Mami —dijo Alex con voz débil, casi inaudible, pero lo escuché. Me dolía verlo en ese estado y no poder hacer nada al respecto.

Podía sentir los ojos de Sergio sobre mí cuando entró en la habitación momentos después, observando desde la puerta como una sombra silenciosa. No me importaba. Mi mundo se redujo a Alex, el subir y bajar de su pecho, el calor de sus pequeñas manos.

El médico tenía un portapapeles en la mano, su rostro tranquilo pero serio.

—No hay nada de qué preocuparse —explicó—. Solo es una reacción al cambio de clima. Es común entre los niños de su edad.

¿Común? No había nada común en la forma en que mi corazón se apretaba de miedo. Pero asentí, agradeciéndole antes de besar la frente de Alex.

Cuando me volví, Sergio seguía allí, apoyado contra la pared. Su rostro era indescifrable, pero había algo en sus ojos, algo no dicho pero pesado.

—¿Es tu hijo? —La pregunta salió en voz baja, casi vacilante. Su voz temblaba lo suficiente para que lo notara.

Me quedé helada. Las palabras pendían entre nosotros como una espada suspendida por un hilo. Mi mente buscaba desesperadamente una respuesta, una forma de mantener la verdad enterrada. No podía arriesgarme a exponer a Alex a esta parte de mi mundo. No quería que nadie supiera de él todavía, considerando la doble vida que llevaba como Mirella y Raven.

Lo llevé aparte, bajando la voz para que Alex no escuchara.

—No es mío —mentí, las palabras sabían amargas en mi lengua—. Es el hijo de Dahlia, mi asistente. Pero es como de la familia para mí.

La expresión de Sergio se suavizó, pero pude notar que no estaba completamente convencido. Aun así, no me presionó. En su lugar, volvió a mirar a Alex, su mirada persistente.

Lo siguiente que supe fue que estaba junto a la cama de Alex, agachándose para que sus ojos estuvieran al mismo nivel.

—Hola, campeón —dijo, su voz cálida y acogedora—. Nos diste un buen susto, ¿eh?

Alex, generalmente tímido y reservado con los extraños, me sorprendió al sonreír débilmente.

—Estoy bien ahora.

—Bien —dijo Sergio, revolviendo ligeramente el cabello de Alex—. Tienes que mantenerte fuerte, chico. Hay mucha gente que se preocupa por ti.

Me quedé allí, observándolos interactuar, y mi pecho se apretó por una razón completamente diferente. Alex no se acercaba a la gente fácilmente. Era cauteloso y callado, como yo. Pero con Sergio, era como si un muro se hubiera derrumbado.

Sergio se quedó al lado de Alex, hablando con él de todo y nada: sus animales favoritos, los juguetes que le gustaban y si creía que los dinosaurios podrían vencer a los robots en una pelea. Alex se rio con esa última. El sonido era ligero y contagioso.

—Dinosaurios —declaró Alex—. Son más fuertes.

Sergio sonrió.

—Chico listo.

Los observé, mi corazón doliendo de una manera que no podía describir exactamente. Había algo natural en la forma en que se relacionaban, como si se conocieran desde siempre.

Alex bostezó, sus párpados cayendo, y supe que pronto se quedaría dormido. Me acerqué, poniendo una mano en el hombro de Sergio.

—Gracias —murmuré.

Él me miró, algo indescifrable brillando en sus ojos.

—¿Por qué?

—Por esto. Por estar aquí.

No respondió, pero la mirada que me dio decía lo suficiente.

Cuando Alex finalmente se quedó dormido, Sergio y yo salimos al pasillo. La atmósfera estaba

cargada de palabras que no queríamos decir y acciones que no nos atrevíamos a expresar. El silencio era casi asfixiante.

—Se te dan bien los niños —dije, rompiendo el silencio.

—Son más fáciles de entender que los adultos —respondió, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

Quería decir más, explicar el vínculo que él y Alex habían compartido tan fácilmente, pero las palabras se me atascaron en la garganta.

En su lugar, simplemente caminé a su lado. No podía quitarme la sensación de que las mentiras que había dicho esta noche me alcanzarían tarde o temprano. Pero por ahora, Alex estaba a salvo, a salvo de mi mundo, y tenía la intención de mantenerlo así el mayor tiempo posible.

****

Entrar en la oficina de Don Carlos siempre se sentía como entrar en la guarida de un león. Hoy no era diferente. El aire era distinto, considerando la jugada que había hecho. Sabía que habría consecuencias, y la manera en que sus ojos oscuros se fijaron en mí cuando entré me provocó un escalofrío inmediato por la espalda.

La puerta se cerró tras de mí, y me mantuve erguida, negándome a dejarle ver la ansiedad que bullía bajo la superficie.

—Has desperdiciado suficiente de mi tiempo, Mirella —ladró, haciéndome un gesto para que me sentara. No me moví—. ¿Te importaría explicar por qué tu pequeño viaje se acortó?

Mantuve mi voz uniforme. —Mi asistente tuvo una emergencia familiar. Necesitaba asegurarme de que todo estuviera manejado.

Su risa fue dura, cortante. —¿Abandonaste la misión por algún asistente? ¿Crees que esto es una obra de caridad, Mirella?

—Yo estoy... —intenté explicar antes de que me interrumpiera.

—Tienes mucho descaro —dijo, con un tono frío y cortante.

Me mantuve firme, juntando las manos para evitar que temblaran. —Me disculpo por acortar el

viaje, pero fue inevitable. Mi asistente...

—Tuvo una emergencia familiar. Sí, lo escuché —se reclinó en su silla, exhalando una bocanada de humo—. ¿Crees que me importa una mierda los problemas personales de tu asistente?

Apreté la mandíbula, manteniendo mi voz calmada. —No era mi intención causar ningún problema...

—Ahórratelo —me interrumpió, haciendo un gesto despectivo con la mano—. No espero mucho de ti, Mirella. Eres una mujer, después de todo. Esto —gesticuló alrededor de la habitación— no es tu mundo. Nunca lo será.

El desprecio dolió, pero no dejé que se reflejara en mi rostro. Se reclinó, mirándome como un depredador observando a su presa.

—Nuestro compromiso es este fin de semana —dijo, su tono cambiando a algo burlonamente dulce—. No harás ninguna tontería como la última vez, ¿verdad?

Forcé una sonrisa. —Por supuesto que no.

—Más te vale —me advirtió, su voz convirtiéndose en un gruñido—. O me aseguraré de que te arrepientas.

El peso de sus palabras quedó suspendido en el aire, pero no respondí. Cualquier cosa que dijera solo alimentaría su fuego.

Me estudió un momento más antes de inclinarse hacia adelante, con los dedos entrelazados. —Hay algo más.

Me quedé helada. ¿Era esto? ¿Me había descubierto?

—Tu padre —dijo, observándome atentamente—. ¿Alguna vez mencionó una caja fuerte?

Fruncí el ceño, fingiendo confusión. —¿Una caja fuerte?

—Sí, una caja fuerte —su tono era agudo y cortante—. No es una caja fuerte cualquiera, Mirella. Contiene cosas... cosas importantes. ¿Alguna vez te habló de ella?

Negué con la cabeza, mi expresión cuidadosamente neutral. —No. Nunca mencionó nada

parecido.

Don Carlos se reclinó, su mirada estrechándose como si pudiera ver a través de mí. —Si me estás mintiendo, Mirella...

—No lo estoy —dije rápidamente, mi voz firme—. No le mentiría.

Por un momento, la habitación quedó en silencio, la tensión lo suficientemente espesa como para cortarla. Luego hizo un gesto despectivo con la mano.

—Lárgate —me gruñó—. He desperdiciado suficiente tiempo contigo.

No necesité que me lo dijera dos veces. Me di la vuelta y salí, manteniendo la cabeza alta aunque mi corazón latía aceleradamente.

Una vez que estuve a salvo fuera de su oficina, mi mente comenzó a correr. Una caja fuerte. Por supuesto. Todo tenía sentido ahora.

Fui atando cabos mientras me dirigía de vuelta a mi casa, cada detalle encajando en su lugar como piezas de un rompecabezas. Mi padre siempre había sido meticuloso y cuidadoso. Había mantenido registros: nombres, activos, tratos. Lo había oído hablar de ello una vez, cuando era adolescente.

Lo había llamado seguro.

Y ahora sabía por qué Don Carlos lo mantenía con vida. La caja fuerte no era solo una colección de secretos, era poder. Contenía todo. Nombres de criminales de alto rango, activos que valían más de lo que podía imaginar, y registros de cada trato turbio en el que Don Carlos había participado. Y si eso no fuera suficiente, aparentemente contenía llaves y códigos de acceso a cosas mucho más peligrosas: armas nucleares, bombas, sistemas de IA.

Si Don Carlos pusiera sus manos en esa caja fuerte, no solo sería poderoso. Sería imparable.

Mi padre siempre había estado un paso por delante, siempre pensando en el panorama general. Pero ahora, ese panorama general era un objetivo en su espalda.

—Maldita sea —murmuré entre dientes.

Por esto Don Carlos estaba tan obsesionado con mantenerme cerca. Era por esto que aún no

había matado a mi padre. Era por esto que estaba tan obsesionado con atarme a él a través de este compromiso. Pensaba que yo sabía algo y creía que yo podría llevarlo hasta la caja fuerte.

Yo no sabía dónde estaba. Pero ahora tenía que averiguarlo, no para Don Carlos, sino por mi padre y por todos los demás que podrían ser destruidos si esa caja fuerte caía en las manos equivocadas.

Las mentiras, el peligro, la cuerda floja imposible por la que caminaba. Pero una cosa estaba clara: no podía dejar que Don Carlos ganara.

En algún lugar, mi padre estaba vivo, mantenido prisionero por lo que sabía y lo que había creado.

Y que me condenaran si dejaba que ese monstruo se llevara a él o su legado.

CAPÍTULO VEINTE

MIRELLA

El antiguo estudio de mi padre me pareció tan excéntrico al entrar, cerrando la puerta silenciosamente tras de mí. El polvo flotaba en el aire, atrapando los débiles rayos de luz que se filtraban por la pequeña ventana agrietada. El aroma a pintura al óleo y barniz aún permanecía, trayendo destellos de recuerdos de infancia: sus manos firmes, el suave zumbido de la música jazz y el sonido de su pincel deslizándose por el lienzo.

Ahora, la habitación se sentía extraña, casi embrujada.

Mis zapatos resonaban contra el desgastado suelo de madera mientras me adentraba en el estudio, escudriñando cada rincón en busca de alguna señal de la caja fuerte. Habían pasado años desde la última vez que la había abierto. Demonios, ni siquiera estaba segura de recordar cómo llegar a ella. Pero si contenía los secretos que Don Carlos buscaba, tenía que encontrarla. Todos pensaban que mi padre guardaba la caja fuerte escondida en algún almacén fuera de la ciudad, pero mi padre era el tipo de hombre al que le encantaba pasar desapercibido.

Me detuve frente a una vieja estantería, mis dedos recorriendo los lomos de libros de arte y diarios. En algún lugar detrás de este estante estaba la caja fuerte. Mi padre siempre decía que el mejor lugar para esconder algo valioso era a plena vista.

—Bien, papá, pero podrías haberlo hecho más fácil —murmuré, apartando la estantería. Esta gruñó en protesta, el peso poniendo a prueba cada gramo de fuerza que tenía.

Finalmente cedió, revelando una pequeña caja fuerte de acero empotrada en la pared. Mi corazón se aceleró mientras me arrodillaba frente a ella, quitando la capa de polvo que se había asentado sobre el teclado.

—Muy bien, Mirella. Piensa —me susurré a mí misma.

La contraseña. ¿Cuál era de nuevo?

Cerré los ojos, intentando extraer el recuerdo de los recovecos de mi mente. Me había dicho que era algo simple, algo que nunca olvidaría. Y entonces me golpeó.

La fecha de la muerte de mi madre.

Mis dedos se cernieron sobre el teclado por un momento antes de introducir los números. La caja fuerte emitió un pitido y, por una fracción de segundo, pensé que me había equivocado. Pero entonces, hubo un suave clic y la puerta se abrió.

Dentro, todo estaba tal como lo recordaba. Una pequeña pila de archivos, algunas unidades USB y un diario encuadernado en cuero yacían perfectamente ordenados. La meticulosidad de mi padre seguía intacta, incluso después de todos estos años.

Saqué primero el diario, hojeando sus páginas. Nombres, fechas, transacciones: todo estaba allí. Cada trato que había hecho, cada activo que había adquirido. Pero no se trataba solo del dinero. Esto era un mapa hacia el poder.

Entonces lo vi. Una nota separada deslizada entre las páginas, detallando códigos de acceso a algo mucho más peligroso. Claves para armas, archivos encriptados sobre redes criminales y prototipos de IA capaces de cosas que no quería imaginar.

Con razón Don Carlos quería esto.

Agarré mi teléfono y marqué a Enzo.

Contestó al primer tono.

—Mirella. ¿Qué pasa?

Solté un suspiro tembloroso.

—Encontré la caja fuerte. Don Carlos mantiene vivo a mi padre porque quiere lo que hay dentro.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—¿Qué hay dentro?

—Todo. Nombres, activos y... —dudé, mirando de nuevo el diario—. Acceso a cosas que podrían hacerlo imparable. Armas nucleares. IA avanzada. Bombas.

Enzo soltó un silbido bajo.

—Por eso ha estado tan desesperado. No solo busca el control. Busca la dominación.

—Exactamente —dije—. Esto lo reduce todo, ¿no? Si sabemos lo que quiere, podemos rastrear sus movimientos. Probablemente ya haya contactado con alguien que pueda ayudarlo a descifrar estos archivos o acceder a las armas.

El tono de Enzo cambió, volviéndose agudo y enfocado.

—Eso es bueno. Me da una pista. Empezaré a investigar sus transacciones recientes y veré si se ha puesto en contacto con alguien con experiencia en este tipo de tecnología. Mantén el contenido a salvo, Mirella. Si llega a oler que has accedido a la caja fuerte...

—Lo sé —interrumpí—. Matará a mi padre. O algo peor.

La línea quedó en silencio por un momento antes de que Enzo hablara de nuevo.

—Mirella, ¿estás bien?

Me reí, aunque salió más amargo de lo que pretendía.

—Estoy genial, Enzo. Mi vida es un circo y yo soy la payasa haciendo malabares con secretos, mentiras y alguna que otra amenaza de muerte. ¿Qué podría estar mal?

Su risa fue seca pero cálida.

—Eres más fuerte de lo que crees. Solo aguanta. Te llamaré cuando tenga algo.

Terminé la llamada y me senté sobre mis talones, mirando fijamente el contenido de la caja fuerte. El peso de todo ello me oprimía, pero no podía dejarlo ver. Ni a Enzo. Ni a Sergio. Ni a nadie.

Metí los archivos y las unidades USB en mi bolso, dejando atrás el diario. Cuanto menos llevara, menos probabilidades habría de que alguien se diera cuenta.

Me puse de pie, mi mirada se desvió hacia una vieja pintura apoyada contra la pared. Era una de las obras inacabadas de mi padre, un retrato de una joven con ojos penetrantes. Mis ojos.

Siempre decía que lo había pintado para mí, para recordarme que era más fuerte de lo que creía.

—Bueno, papá —murmuré—, más te vale tener razón. Porque esto se va a poner mucho peor antes de mejorar.

Empujé la estantería de vuelta a su lugar, limpiándome las manos en los vaqueros. Ya no había vuelta atrás.

Don Carlos puede pensar que tiene todas las cartas, pero me ha subestimado.

Y ese será su mayor error.

Seguía mirando fijamente el cuadro que había dejado sin terminar años atrás. Los ojos en el lienzo parecían seguirme como si mi yo más joven estuviera juzgando cada uno de mis movimientos. Suspiré y sacudí la cabeza. No había tiempo para sentimentalismos, no cuando Don Carlos me pisaba los talones y la vida de mi padre pendía de un hilo.

El sonido de una risita me sacó de mis pensamientos. No era una risita cualquiera. Era la de Alex, ese tipo de risa que solo emitía cuando estaba verdaderamente feliz. Era débil, pero reconocería su risa incluso dormida. Era algo poco común, como el sol después de una tormenta, y me tomó por sorpresa. Le habían dado el alta anoche, y yo había salido antes de que él despertara hoy.

Me quedé paralizada por un momento, escuchando. Venía de la sala de estar, acompañada por el suave murmullo de otra voz. Mi corazón se aceleró mientras me dirigía por el pasillo.

Lo que vi me dejó clavada en el sitio.

Allí estaba Sergio, sentado con las piernas cruzadas en el suelo con Alex. Estaban rodeados de figuras de acción, coches y un dinosaurio de plástico que había conocido días mejores. Sergio estaba haciendo unos ruidos ridículos de rugidos mientras Alex se agarraba la barriga.

La escena era perfecta.

Por un segundo, me permití imaginar cómo sería si Sergio fuera el padre de Alex, si fuéramos simplemente una familia normal, libre de mentiras y peligros. Si los tres pudiéramos sentarnos en este suelo, jugando con dinosaurios de juguete sin preocuparnos por el peso del mundo aplastándonos. Pero eso era una fantasía, y no tenía tiempo para fantasías.

Era evidente que Alex aún estaba débil porque no corrió hacia mí para darme el abrazo habitual de la mañana, que habría ido seguido de múltiples besos por mi parte.

Me aclaré la garganta, cruzando los brazos mientras entraba en la habitación.

—¿Qué haces aquí, Sergio?

Sergio levantó la mirada, una sonrisa juguetona se extendió por su rostro.

—Vamos, Mirella. Es un nuevo día. Anímate, solo vine a jugar con Alex.

Miré a Alex, no pude evitar sonreír ante su entusiasmo a pesar de que su cara estaba pálida y apenas hablaba, pero mantuve mi atención en Sergio.

—Esto no es un parque de juegos, Sergio. Y tú no eres una niñera. Así que, de nuevo, ¿por qué estás aquí?

Se puso de pie, sacudiéndose los vaqueros pero sin perder la sonrisa.

—Tenemos una misión —se alejó de Alex y me empujó hacia una esquina lejos del alcance del oído de Alex.

Alcé una ceja.

—¿Una misión? ¿Vamos a asaltar un castillo o a robar un banco? Porque pareces demasiado relajado para cualquiera de las dos cosas.

Se rio y se acercó más, bajando la voz.

—Es importante, Mirella. Pero pensé en pasar un tiempo con este niño antes de meternos en ello. Es un pequeño tipo genial.

Mi estómago se retorció. No sabía que Alex era mío, y tenía que mantenerlo así.

—Oh, qué noble por tu parte.

La expresión de Sergio no cambió, pero sus ojos se movían entre Alex y yo como si intentara unir las piezas.

—Se te da bien —dije, desviando la atención—. Mejor de lo que esperaba.

Se encogió de hombros.

—A los niños les caigo bien. ¿Qué puedo decir? Soy encantador.

Alex tiró de la mano de Sergio, mirándolo con ojos grandes.

—¿Te quedas a desayunar?

Sergio se agachó, revolviendo el pelo de Alex.

—Ojalá pudiera, amiguito. Pero tengo que ocuparme de cosas de mayores.

Alex hizo un puchero, y por un momento, me sentí culpable por alejar a Sergio. Pero la mirada que Sergio me dirigió, mitad diversión, mitad curiosidad, me devolvió a la realidad. Quería alejar a Sergio lo más posible de Alex. No podía arriesgarme a que Alex me llamara mamá, lo que debería haber hecho si no fuera por lo débil que estaba, y eso lo había hecho estar más callado de lo habitual.

—Muy bien —dije, caminando hacia la puerta y haciéndole un gesto para que me siguiera—. Hablemos de esta misión tuya. Alex, pórtate bien, ¿vale? Volveré pronto. Ve a buscar a Dahlia arriba.

Alex se despidió con la mano mientras guiaba a Sergio al pasillo.

Una vez que estuvimos solos, Sergio se apoyó contra la pared, recuperando su sonrisa.

—Estás nerviosa.

—¿Por qué?

—Porque he pasado tiempo con Alex.

Crucé los brazos, mirándolo fijamente.

—Estoy nerviosa porque eres impredecible, Sergio. Y no tengo tiempo para sorpresas. Además, no estoy segura de si a Dahlia le parece bien —mis palabras estaban llenas de mentiras, y me odiaba más a medida que salían de mi boca.

Se acercó más, bajando la voz.

—Relájate, Mirella. No estoy aquí para descubrir tus secretos —bromeó—. Todavía no, al menos.

Mi pulso se aceleró, pero mantuve una expresión neutral.

—Vayamos al grano. ¿Cuál es esta misión?

Se enderezó, su actitud juguetona desvaneciéndose.

—Don Carlos quiere reunirse esta noche. Algo sobre asegurar ese cargamento y atar cabos sueltos.

—¿Y me necesitas porque...?

—Porque eres la única con quien puedo hablar. Creo que deberíamos dejar ese cargamento en paz por ahora. Raven nos estaría esperando. Y porque no confío en él ni un pelo.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo.

—De acuerdo. Pero tú conduces. Y ni se te ocurra hacer ruidos de dinosaurio por el camino.

Sergio se rio, dirigiéndose hacia la puerta.

—No prometo nada.

Lo seguí afuera. No podía quitarme de la cabeza la imagen de él con Alex. Era demasiado perfecta y demasiado fácil. Y para alguien como yo, lo perfecto y fácil era peligroso.

CAPÍTULO VEINTIUNO

SERGIO

La carretera se extendía frente a nosotros, iluminada solo por el tenue resplandor de la luna. Mirella estaba sentada a mi lado, callada y concentrada, con las manos fuertemente entrelazadas en su regazo. Podía sentir la tensión que irradiaba de ella como el calor de un fuego. No era propio de ella estar tan callada, y eso me inquietaba más de lo que quería admitir.

Metí la mano debajo de mi asiento y saqué una pistola, ofreciéndosela.

—Toma esto.

Ella la miró y luego a mí, entrecerrando los ojos.

—No estoy planeando meterme en un tiroteo esta noche.

—Nadie lo planea. Por eso la necesitas. Por si las cosas se ponen feas.

Dudó, pero finalmente tomó el arma, metiéndola en la cintura de sus vaqueros.

—Más te vale que no nos maten, Sergio.

Sonreí con suficiencia.

—Algún día tendrás que confiar en mí.

No respondió, pero su silencio fue más elocuente que cualquier palabra. Mirella no confiaba fácilmente, y yo no iba a fingir que me lo había ganado.

Cuando llegamos al punto de entrega, el aire se sentía más pesado. Estaba demasiado silencioso, demasiado quieto. Mis instintos me gritaban, pero aparté la inquietud. Un trabajo era un trabajo.

El comprador ya estaba allí, flanqueado por cuatro hombres que parecían más tanques que humanos. Mirella se quedó un poco atrás de mí, su rostro tranquilo pero sus ojos escaneando el área como un halcón.

—Venimos por el cargamento —dije, manteniendo un tono neutral.

El comprador, un hombre delgado con un cigarrillo colgando de los labios, sonrió.

—Qué cosa curiosa con los cargamentos... pueden volverse caros.

Me tensé.

—Acordamos un precio.

—Los precios cambian —dijo, sacudiendo la ceniza al suelo.

No pasé por alto el sutil asentimiento que les dio a sus hombres. Se movieron, llevando las manos hacia sus armas. La mano de Mirella rozó la mía, una señal pequeña, casi imperceptible.

Estaban a punto de traicionarnos.

—¡Agáchate! —grité, agarrando a Mirella y tirándola al suelo mientras estallaba el tiroteo.

Los siguientes momentos fueron un borrón de caos. Las balas silbaban a nuestro alrededor, rebotando en el metal y estrellándose contra las cajas. Mirella sacó la pistola que le había dado y empezó a disparar sin vacilar.

Derribé a uno de los guardias pero me quedé sin balas antes de poder recargar.

—¡Me quedé sin munición!

—¡Solo llega al cargamento! —La voz de Mirella era aguda, autoritaria—. ¡Yo te cubro!

Dudé.

—No he llegado tan lejos para perderte, Mirella.

—¡Muévete, Sergio! ¡Puedo manejar esto!

No tuve tiempo de discutir. Corrí hacia las cajas, esquivando balas y usando la cobertura dispersa a mi favor. Alcancé a uno de los hombres, lo derribé al suelo y le arrebaté el arma. Con su pistola en la mano, disparé dos tiros rápidos, eliminando a los otros cercanos.

Al voltearme hacia Mirella, me quedé helado.

No solo se las estaba arreglando, estaba luchando como alguien que llevara toda la vida

haciéndolo. Se movía con precisión, y cada una de sus acciones era calculada y eficiente.

Uno de los guardias, un hombre el doble de su tamaño, se abalanzó sobre ella. Mirella lo esquivó con facilidad, agarrando su muñeca y torciéndola hasta que soltó el arma. Antes de que pudiera reaccionar, le dio un codazo en la cara y lo remató con un disparo en el pecho.

Otro hombre la atacó por detrás. Ella giró, se agachó bajo su golpe y le clavó la rodilla en el estómago. Mientras él retrocedía tambaleándose, lo desarmó y le metió dos balas sin pestañear.

Me quedé allí, atónito.

Esta no era la Mirella que yo recordaba. La chica que se sonrojaba cuando la pillaban escapándose de la casa de su padre. La chica que siempre parecía tener la cabeza en las nubes o la que se quedaba atrapada en los árboles.

No, esta Mirella era una fuerza de la naturaleza. Feroz. Imparable.

Cuando el último de los guardias cayó, ella se volvió hacia mí, erguida con el arma aún en la mano. Su pecho subía y bajaba con cada respiración, pero no había miedo en sus ojos. Solo determinación.

Por un momento, no supe qué decir. No estaba seguro de saber quién era ella.

Pasó junto a mí, dirigiéndose hacia el cargamento.

—¿Qué miras, Sergio? Terminemos con esto.

La seguí en silencio, con la mente dándome vueltas. Mirella siempre había sido un enigma, pero ahora se sentía como un laberinto. Cada vez que creía tenerla descifrada, me mostraba otra faceta de sí misma.

Para cuando volvimos al coche, aún no había dicho una palabra.

Ella lo notó.

—¿Qué pasa? ¿Te comió la lengua el gato?

Negué con la cabeza, arrancando el motor.

—Estás llena de sorpresas, eso es todo.

Se rio, un sonido corto y sin humor.

—Llámalo instinto de supervivencia.

El viaje de regreso fue silencioso, pero mis pensamientos eran todo lo contrario. Mirella no era la chica ingenua que yo creía. Era más fuerte, más resistente y mucho más peligrosa de lo que jamás había imaginado. Esto no era solo instinto de supervivencia ante el peligro. Por la forma en que se movía, ella era el depredador, no la presa.

Y aun así, no podía decidir si eso me asustaba o me impresionaba.

Cuando llegamos a su casa, la observé mientras salía del coche. Apenas había llegado a la puerta cuando sonó su teléfono.

—¿Qué pasa, Enzo?

Mis oídos se aguzaron al oír el nombre, y entrecerré los ojos.

Ella se volvió, notando que yo seguía sentado allí.

—Lo siento, ha surgido algo urgente y tengo que irme ahora. Puedes irte, Sergio.

Sin esperar una respuesta, desapareció en el garaje y salió en otro coche a toda prisa, dejándome solo con más preguntas que respuestas.

¿Quién demonios era Enzo? ¿Y qué más estaba ocultando Mirella? Decidí pasar a saludar a Alex y ver cómo estaba antes de irme.

La risa de Alex llenó la habitación antes de que yo entrara. Esa risa... tenía una manera de atravesar el ruido en mi cabeza, penetrando en algo más suave dentro de mí. No era un sonido que escuchara a menudo, no de un niño como él.

Entré en la sala y lo vi arrodillado en la alfombra, rodeado de un ejército disperso de pequeños soldados de juguete y un camión de bomberos rojo brillante que parecía haber recibido más de unos cuantos golpes. Tan pronto como Alex me notó, sus ojos se iluminaron y corrió hacia mí con los brazos extendidos.

—¡Has vuelto! —gritó como si yo fuera su superhéroe favorito.

Antes de darme cuenta, se había aferrado a mis piernas en un abrazo que me hizo tambalear un poco. Para ser tan pequeño, tenía un agarre fuerte.

—¡Vaya, chico, vas a tirarme! —me reí, dándole unas palmaditas en su pelo oscuro y desordenado—. ¿Qué estás haciendo, eh? ¿Librando una guerra aquí?

Alex retrocedió, sonriendo.

—Solo estoy jugando. ¿Quieres ayudarme? ¡Puedes ser el capitán!

Era difícil decir que no a una cara como esa, así que me agaché y recogí uno de los maltratados soldados. Pero mientras me acomodaba, algo me inquietó. La habitación estaba silenciosa... demasiado silenciosa para una casa con Alex en ella. ¿Estaba solo aquí? ¿Dónde estaba Dahlia?

—¿Dónde está tu mamá? —pregunté, tratando de sonar casual.

Alex se encogió de hombros, ocupado organizando su ejército en dos líneas ordenadas.

—Salió.

Me puse tenso.

—¿Salió? ¿Y te dejó solo?

Ni siquiera levantó la vista, completamente imperturbable.

—No, Dahlia está aquí. Está haciendo el almuerzo en la cocina.

—¿Dahlia? —repetí, frunciendo el ceño. El nombre sonaba mal—. ¿Te refieres a tu mamá?

Alex hizo una pausa, inclinando la cabeza como si le hubiera hecho la pregunta más tonta del mundo.

—No, Dahlia está aquí. Está en la cocina.

Lo miré fijamente, tratando de entender lo que acababa de decir. La forma en que lo dijo, tan natural, me produjo una oleada de confusión.

Mirella era protectora con Alex, quizás incluso demasiado. Lo había visto y sentido. Nunca lo dejaba fuera de su vista a menos que estuviera con alguien en quien confiara completamente.

Ella decía que Dahlia era su madre. Entonces, ¿por qué él llamaba a Dahlia por su nombre en lugar de "mamá"? No tenía sentido, y cuanto más lo pensaba, más me daba vueltas la cabeza.

Antes de que pudiera presionarlo más, Alex agarró mi manga.

—¡Mira! ¡El capitán está listo!

Me entregó otro soldado de juguete, y me forcé a concentrarme en el momento. Seguí el juego, dejando que Alex dirigiera la batalla mientras mi mente corría en una docena de direcciones diferentes.

Unos minutos después, el sonido de pasos llamó mi atención. Dahlia entró en la habitación, secándose las manos con un paño de cocina. Sus ojos se posaron en mí y su expresión se endureció instantáneamente.

—¿Qué haces aquí, Sergio?

Antes de que pudiera responder, Alex se me adelantó. Se volvió hacia Dahlia con una gran sonrisa.

—¡El amigo de mamá vino a jugar conmigo!

Su rostro palideció, y por una fracción de segundo, vi algo parpadear en sus ojos. ¿Pánico? ¿Tal vez culpa? Fuera lo que fuese, desapareció casi tan rápido como había aparecido.

El tono de Dahlia era severo pero suave.

—Alex, ¿por qué no vas a lavarte las manos? El almuerzo está casi listo.

Alex dudó, mirando de un lado a otro entre nosotros, pero finalmente se levantó y se dirigió al baño.

Tan pronto como estuvo fuera del alcance del oído, Dahlia cruzó los brazos y me fulminó con la mirada.

—No deberías estar aquí.

—Estaba revisando a Alex —dije, manteniendo la voz calmada—. Dijo que estabas en la cocina. No me di cuenta de que Mirella no estaba en casa. —Mentí, tratando de ver si podía hacer que

Dahlia cometiera un desliz y me ayudara a entender la confusión que se estaba gestando dentro de mí.

Su mandíbula se tensó.

—Tenía cosas que hacer. Yo estoy aquí. Eso es todo lo que importa.

Me apoyé en el marco de la puerta, sin moverme ni un centímetro.

—¿Cuál es el asunto, Dahlia? ¿Por qué te llama por tu nombre como si fueras la niñera? ¿Qué está pasando?

No respondió de inmediato. En su lugar, me miró como si estuviera decidiendo si yo valía la pena el problema.

Finalmente, arrojó el paño de cocina sobre el mostrador.

—No es asunto tuyo, Sergio. Ahora, si has terminado de hacer preguntas, puedes irte.

Sus palabras no me dolieron, pero su tono sí. Esta era la primera conversación que tenía con Dahlia, y no era amistosa. Había una finalidad en ella que me hacía sentir como si me estuvieran excluyendo de algo importante. Y odiaba esa sensación.

—Bien —murmuré, apartándome del marco de la puerta—. Me voy.

Pero mientras salía, mi mente era un torbellino.

Algo no estaba bien.

Alex no era un niño cualquiera, y Mirella no era solo otra persona en su vida. Era demasiado cuidadosa, demasiado protectora, demasiado reservada. Y la forma en que Alex hablaba de ella, la forma en que llamaba a Dahlia por su nombre... no encajaba.

Piezas de un rompecabezas que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba tratando de resolver empezaron a encajar.

Mirella siempre había sido un misterio para mí. Podía ser dulce y suave en un momento y fría y distante al siguiente. Ocultaba cosas... cosas grandes. Había visto destellos de los muros que mantenía, pero esto se sentía diferente.

Conduje de vuelta en silencio, repitiendo la conversación con Alex en mi cabeza. La forma en que dijo "el amigo de mamá" se me quedó grabada como un eco que no podía sacudirme.

Mirella estaba protegiendo a Alex de algo... o de alguien.

Pero, ¿de qué?

Y, más importante aún, ¿por qué?

Cuando llegué a casa, mi pecho se sentía oprimido por las preguntas sin respuesta. Sabía una cosa con certeza: Mirella no era la chica ingenua que solía conocer. Estaba ocultando algo, y fuera lo que fuese, no era pequeño.

Por primera vez en años, no estaba seguro de si realmente la conocía en absoluto.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

SERGIO

La puerta de mi habitación se cerró con un clic tras de mí, y me apoyé contra ella, soltando un suspiro que no me había dado cuenta que estaba conteniendo. Mi mente aún daba vueltas. Mirella, la dulce y suave Mirella, acababa de desarmar y disparar a dos hombres como si lo hubiera estado haciendo toda su vida. Y luego estaba Alex, llamando a Dahlia por su nombre como si no fuera su madre. Nada tenía sentido, y cuanto más lo pensaba, más sentía que me habían entregado el guion de una obra que no entendía.

Me froté la cara con la mano y alcancé mi teléfono. Había una persona en quien confiaba para ayudarme a descifrar esto. Marqué a Ryan, mi mano derecha en todo lo importante, y en la mayoría de las cosas ilegales.

—Ven a mi habitación —dije tan pronto como contestó—. Ahora.

No pasó mucho tiempo antes de que Ryan entrara, con su habitual sonrisa arrogante. Se apoyó en el borde de mi escritorio, con los brazos cruzados.

—¿Qué te tiene tan alterado? Parece que hubieras visto un fantasma.

No perdí tiempo con cortesías.

—Es Mirella. Algo no cuadra.

Eso le borró la sonrisa de la cara.

—¿No cuadra? ¿Cómo?

Empecé a caminar de un lado a otro, las palabras saliendo más rápido de lo que podía organizarlas.

—Fui a ver a Alex hoy. Corrió hacia mí como lo haría cualquier niño, pero luego llamó a Dahlia por su nombre. No "mamá". Solo Dahlia. Cuando pregunté, dijo que su madre no estaba en casa. Luego Mirella... ni siquiera estaba en casa.

Ryan arqueó una ceja.

—Vale, es raro, pero ¿quizás el niño está confundido? Ya sabes cómo son los niños. ¿No dijiste que tenía fiebre alta o algo así?

Dejé de caminar y me giré para mirarlo.

—No es solo eso. Ella no es quien finge ser. Fuimos a una misión para asegurar un cargamento antes, y ella... luchó como una profesional. Derribó a hombres que le doblaban el tamaño sin siquiera pestañear. Y no eran movimientos al azar, sabía exactamente lo que hacía. Como si lo hubiera hecho cien veces antes.

Ryan silbó por lo bajo.

—¿Me estás diciendo que Mirella, la de "Oh, no, no puedo matar ni a una mosca", derribó a hombres entrenados?

—Lo hizo —dije, con la voz más dura de lo que pretendía—. Y no fue solo suerte. Fue metódica, rápida y calmada. Demasiado calmada.

Ryan inclinó la cabeza, considerándome.

—¿Crees que está ocultando algo?

—No lo creo. Lo sé. —Me pasé una mano por el pelo, la frustración creciendo—. Y voy a averiguar qué es. Necesito que investigues su pasado, especialmente después de que dejó Nueva York. Usa tus contactos, tus redes, lo que sea. Necesito respuestas.

Ryan no se movió, su expresión indescifrable.

—¿Estás seguro de esto? ¿Y si te equivocas?

—No me equivoco —dije con firmeza—. Hay algo que no me está contando, y necesito saber qué es. Además... —Dudé, luego decidí ser sincero—. He estado construyendo mi propia red dentro del imperio de mi padre. En silencio. Si tengo razón sobre Mirella, esto podría ser más grande de lo que pensamos.

Los ojos de Ryan se abrieron de par en par.

—¿Estás construyendo una red a espaldas de Don Carlos? ¿Estás loco? Pensé que cuando lo mencionaste antes, era algo pequeño solo para obtener información interna, no una red completa. Si se entera...

—Sé lo que pasa si se entera —espeté—. Pero no voy a quedarme sentado y dejar que controle mi vida. Estoy construyendo algo para mí, algo independiente. No quiero ser su marioneta para siempre.

Ryan suspiró, frotándose la nuca.

—Tienes agallas, te lo concedo. Pero Sergio, estás jugando con fuego. Tu viejo no lo pensará dos veces antes de meterte una bala si te ve como una amenaza.

—Entonces, me aseguraré de que nunca lo descubra hasta que yo quiera que lo haga —dije, con voz baja y firme—. ¿Estás conmigo o no?

Ryan me miró a los ojos, su expresión seria.

—Estoy contigo. Solo ten cuidado, tío.

Se levantó y se dirigió a la puerta.

—Dame un par de horas. Veré qué puedo averiguar.

Después de que se fue, el silencio en mi habitación se sintió opresivo. Me senté en el borde de mi cama, mirando a la nada. Mis pensamientos se desviaron hacia mi padre, Don Carlos, el hombre que había construido un imperio sobre el miedo y la sangre. Sabía qué tipo de hombre era. Despiadado. Calculador. Y completamente sin misericordia.

¿Podría derribarlo si llegara el caso? ¿Podría apretar el gatillo contra mi propio padre?

El pensamiento me revolvió el estómago, pero sabía la respuesta. Si se trataba de él o yo, haría lo que tuviera que hacer. La supervivencia no dejaba espacio para sentimentalismos.

Todavía estaba perdido en mis pensamientos cuando Ryan regresó alrededor de una hora después, con una carpeta en la mano. La arrojó sobre el escritorio y me hizo un gesto para que me sentara.

—Vas a querer oír esto —dijo, con un tono sombrío.

Me incliné hacia adelante, con el corazón acelerado.

—¿Cómo conseguiste esto tan rápido?

Ryan sonrió con suficiencia, pero no llegó a sus ojos.

—Tengo un tipo que tiene gente que trabaja encubierta en grandes organizaciones, personas que actúan como espías para los competidores. Le pagué lo suficiente para que hablara.

¿Su organización? Las palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

—¿Qué organización?

Ryan abrió la carpeta y hojeó las páginas.

—Mirella no es quien crees que es. Tiene una red, Sergio. Una grande. Y no es solo una jugadora de poca monta. Ella es El Cuervo.

La habitación giró por un segundo, y tuve que agarrarme al borde del escritorio para mantenerme estable.

—¿El Cuervo? ¿Me estás diciendo que Mirella, mi Mirella, es la mente maestra detrás de una de las redes más peligrosas que existen?

Ryan asintió, su expresión sombría.

—Ha estado interpretando este papel, fingiendo ser ingenua, dulce e inocente. Pero en realidad, está dirigiendo una de las operaciones subterráneas más grandes que he visto jamás. Tiene conexiones en todas partes: contrabando, inteligencia y tráfico de armas. Lo que se te ocurra, ella está metida en ello. Su jefe de operaciones es un ex sicario llamado Enzo.

Me desplomé en la silla, mi mente acelerada. Mirella. El Cuervo. Las piezas empezaban a encajar, pero la imagen que formaban era algo para lo que no estaba preparado.

Ryan me observó cuidadosamente.

—¿Cuál es el plan, Sergio? ¿Quieres que siga investigando, o la confrontamos?

Negué con la cabeza, todavía procesando todo.

—No. Todavía no. Si me ha estado ocultando esto, hay una razón. Necesito averiguar cuál es su objetivo final antes de hacer un movimiento.

Ryan dudó y luego asintió.

—Solo no dejes que esto te tome por sorpresa. El Cuervo no es alguien con quien se juegue a la ligera.

Mirella había estado fingiendo todo este tiempo. La mujer que creía conocer llevaba una máscara, y debajo de ella había alguien mucho más peligrosa... y mucho más intrigante.

*****

Estaba sentado en mi coche frente a la casa de Mirella, mis dedos tamborileando sobre el volante. Mi mente era un torbellino de preguntas, dudas y revelaciones que no me dejaban en paz. Mirella. El Cuervo. Eran la misma persona. Todo encajaba ahora, como piezas de un rompecabezas que se unían. Los momentos que había descartado como coincidencias ahora gritaban por atención.

La familiaridad que había sentido al hablar con El Cuervo. Las repentinas ausencias de Mirella en momentos críticos. La forma en que parecía saber cosas que nadie más sabía. Y Enzo... ese nombre. Oír a Ryan decirlo me había transportado a aquel momento en que Mirella, con tanta naturalidad, había contestado una llamada y dicho: —Enzo, estaré allí pronto—. Ella no tenía idea de que yo había captado ese desliz.

Apreté el volante con más fuerza. ¿Cómo pude haber sido tan ciego? Todo este tiempo, ella había estado llevando una doble vida, haciéndome creer que era solo una mujer común atrapada en circunstancias extraordinarias. Pero ahora, conociendo su secreto, no podía culparla. Yo tampoco era del todo honesto. Ni siquiera podía decirle que yo era el hombre enmascarado, el extraño que la había salvado hace tantos años. Ambos estábamos enredados en mentiras.

Aun así, esto no podía esperar. Necesitaba hablar con ella y confrontarla. Tenía que saber por qué me lo había ocultado y si sospechaba algo sobre mis propios secretos.

Respirando hondo, salí del coche y caminé hasta la puerta. Se abrió antes de que pudiera llamar, y allí estaba ella, de pie con una blusa sencilla y vaqueros, luciendo tan discreta como siempre.

—¿Sergio? —Su voz era tranquila, pero sus ojos me recorrieron, agudos y calculadores. Ya me

estaba evaluando, como lo haría El Cuervo.

—Necesitamos hablar —dije—. Es importante.

Me estudió por un momento antes de hacerse a un lado.

—Pasa. Podemos hablar en el estudio.

La casa estaba silenciosa, casi inquietantemente. Mientras la seguía por el pasillo, mis pensamientos corrían. ¿Cuál sería el mejor enfoque? ¿Debería ser directo o ir con calma? Una parte de mí quería exponerlo todo, pero otra dudaba. ¿Y si la asustaba? ¿Y si confrontarla de manera demasiado brusca la hacía cerrarse?

El estudio era acogedor, con una iluminación cálida y estanterías cubriendo las paredes. Mirella me indicó que me sentara, pero me quedé de pie, con las manos en los bolsillos para evitar que se agitaran. Ella se apoyó contra el escritorio, con los brazos cruzados, esperando que hablara.

—He estado pensando —comencé, con la voz firme a pesar de la tormenta en mi interior—. Sobre ti. Sobre todo.

Sus cejas se fruncieron ligeramente, un destello de confusión cruzando su rostro.

—Sergio, ¿de qué se trata esto?

Me acerqué, mis ojos fijos en los suyos.

—Siempre has sido buena guardando secretos, ¿verdad?

Se tensó, apenas perceptiblemente, pero lo noté. El más mínimo cambio en su postura.

—¿Qué quieres decir?

Sonreí, pero sin humor.

—Mirella. ¿O debería llamarte El Cuervo?

CAPÍTULO VEINTITRÉS

MIRELLA

Últimamente, las acciones de Sergio han sido extrañas. No es el tipo de extrañeza donde notas pequeños hábitos como olvidar sus llaves o estar callado durante la cena. No, esto era un tipo diferente de extrañeza. Era calculado y cuidadoso, casi como si estuviera ocultando algo. No me sentaba bien.

Cada vez que lo miraba, algo me inquietaba. Sus movimientos, su presencia, incluso la forma en que me besaba... todo se sentía familiar. Demasiado familiar. No era solo un déjà vu. Era como ver una sombra parpadear en la pared y darte cuenta de que era la tuya propia.

No podía sacudírmelo de encima, especialmente cuando recordaba sus palabras durante esa misión.

—*No he llegado tan lejos para perderte.*

La cadencia, el tono... reflejaban los del desconocido. El desconocido que me había salvado, el que me perseguía en momentos tranquilos cuando bajaba la guardia.

El pensamiento era absurdo, pero no me dejaba en paz.

Cuando me reuní con Enzo en mi oficina del centro después de dejar a Sergio, no estaba contento.

—Estoy cerca de encontrar a tu padre —dijo, paseando por la habitación como un lobo enjaulado —. ¿Quieres que me detenga por esto? ¿Para espiar a Sergio?

—Sí, pero no que te detengas. Es solo un trabajo secundario —respondí sin dudar.

—Mirella —gruñó, pellizcándose el puente de la nariz—. ¿Sabes lo que estás pidiendo? Dividir la atención ahora podría costarnos caro.

Me mantuve firme.

—He trabajado contigo el tiempo suficiente para saber que puedes manejar más de una cosa a la

vez. Necesito respuestas, Enzo.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Qué es lo que te tiene tan nerviosa sobre Sergio?

Dudé, debatiendo cuánto compartir. Finalmente, dije:

—Durante la misión, la forma en que se movía, cómo disparaba... era familiar. Demasiado familiar. Y sus palabras, Enzo... me recordaron al desconocido del que te hablé.

Enzo se quedó inmóvil. Su silencio me inquietó.

—¿Crees que es él?

—No lo sé —admití, con voz queda—. Eso es lo que me asusta.

Con un profundo suspiro, Enzo asintió.

—Está bien. Pero no digas que no te lo advertí si esto retrasa el panorama general.

Cuando regresé a casa más tarde ese día, Dahlia me estaba esperando en la sala de estar. Su rostro tenía esa expresión de preocupación que siempre llevaba cuando algo le molestaba, pero no sabía cómo decirlo.

—¿Alex está bien? —pregunté, mirando instintivamente por encima de su hombro.

Ella asintió.

—Está bien. Pero Sergio estuvo aquí antes.

Mi corazón se saltó un latido.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Quería ver a Alex. Jugaron juntos un rato.

Esa sospecha que me carcomía se retorció más profundamente en mis entrañas.

—¿Y?

La expresión de Dahlia se tensó.

—Alex le dijo que yo estaba en la cocina preparando el almuerzo, y Sergio pareció inquieto. Como si estuviera uniendo las piezas.

Mi mente corría.

—¿Qué más dijo Alex?

Dahlia dudó.

—Me llamó por mi nombre. No "Mamá".

Cerré los ojos y solté un lento suspiro. Por supuesto que Alex haría eso. Había empezado a llamarme "Mamá" desde que empezó a hablar.

Todavía estábamos hablando cuando escuché el sonido de neumáticos crujiendo en la grava afuera. Mi pecho se tensó mientras miraba por la ventana. Era el coche de Sergio.

Dahlia captó la expresión en mi rostro y tocó mi brazo.

—Llevaré a Alex arriba.

Asentí, preparándome. Cuando Sergio llamó, abrí la puerta y le indiqué que me siguiera al estudio.

No perdió el tiempo con cortesías.

—He estado pensando —comenzó, su voz calmada pero impregnada de algo afilado—. Sobre ti. Sobre todo.

Me crucé de brazos, tratando de parecer indiferente.

—Sergio, ¿de qué se trata esto?

Se acercó, sus ojos fijos en los míos.

—Siempre has sido buena guardando secretos, ¿verdad?

La pregunta me atravesó. Me obligué a permanecer quieta, pero mi pulso era un tambor en mis

oídos.

—¿Qué quieres decir?

Sonrió, una curva fría y sin humor en sus labios.

—Mirella. ¿O debería llamarte El Cuervo?

El aire pareció abandonar la habitación. Mi respiración se entrecortó antes de que pudiera evitarlo, y mis dedos se aferraron al borde del escritorio. Intenté controlar mi expresión, mantener cualquier apariencia de compostura, pero sabía que el destello de conmoción en mis ojos ya me había traicionado.

Los ojos de Sergio estaban fijos en los míos, agudos e implacables, como si pudiera ver a través de cada muro que alguna vez hubiera construido.

—Basta de mentiras, Mirella —su voz era baja, pero el peso de sus palabras cayó como un trueno—. Has estado dando vueltas a mi alrededor, pero ya no más. He pasado semanas observando, uniendo todas las piezas, y ahora te veo por quien realmente eres.

No me estremecí, aunque cada nervio de mi cuerpo me gritaba que corriera. Mi voz era firme, pero apenas.

—Estás siendo ridículo. No sé de qué estás hablando.

Dio un paso más cerca, cerrando la distancia entre nosotros.

—No te hagas la tonta. Los juegos, las máscaras, la doble vida... no me engañas.

Juntó las manos bruscamente, el sonido resonando en la habitación como un disparo de advertencia.

—Eres El Cuervo, Mirella. No nos insultes a ambos negándolo.

Mi pecho se tensó, pero mantuve mi rostro calmado.

—No sabes nada sobre mí. Crees que sí, pero no es así.

Di un paso atrás, tratando de recuperar el control, pero él avanzó, igualando mis pasos. Su presencia era abrumadora, llenando la habitación como una nube de tormenta.

—¿Ah, no? —su voz se suavizó, tornándose peligrosamente tersa, pero sus ojos permanecieron duros—. Sé que eres fuerte. Sé que eres brillante. Y sé que eres mucho más peligrosa de lo que quieres que nadie crea. No eres la chica ingenua que desesperadamente quieres que la gente crea que eres.

Su mano se extendió, apartando un mechón de cabello de mi rostro. Su toque era suave, casi tierno, pero la intensidad en su mirada ardía.

—Y sé esto —dijo, bajando la voz—, esta es la verdadera tú.

Aparté su mano de un manotazo, más para romper el hechizo que estaba lanzando que por otra cosa. Mi respiración era irregular y mis pensamientos corrían desbocados.

Apreté los puños, el peso de sus palabras presionándome.

—¿Crees que lo sabes todo, no? ¿Crees que lo has descifrado todo?

—No lo creo. Lo *sé*. —Su confianza era enloquecedora, y la forma en que me miraba, como si fuera a la vez un rompecabezas que había resuelto y un secreto que aún no había descubierto, me daban ganas de gritar.

—¿Entonces qué estás esperando? —lo desafié, dando un paso más cerca, alzando la voz—. Si estás tan seguro, dilo. Di lo que sea que viniste a decir.

Se inclinó con su rostro a centímetros del mío.

—Tú eres El Cuervo, Mirella, la mujer misteriosa, el enigma, la sombra que ha estado acechando el submundo durante años. —Su voz bajó a un susurro, pero llevaba el peso de un grito—. Admítelo.

No estaba adivinando, él *sabía*. La negación estaba en la punta de mi lengua, pero me la tragué. Mi silencio fue respuesta suficiente.

Sus ojos brillaron triunfantes.

—Lo sabía —murmuró, casi para sí mismo.

—No sabes nada —espeté, desesperada por recuperar el control—. No sabes por lo que he pasado, lo que he hecho.

—Entonces dímelo. —Se acercó más, su voz teñida de curiosidad y algo más que no pude identificar—. Cuéntamelo todo. Explícame por qué me has estado mintiendo desde el día que regresaste.

Crucé los brazos, tratando de protegerme del peso de sus palabras.

—No mentí. Simplemente no te lo conté todo. Hay una diferencia.

Su risa fue amarga, cortante.

—Ahórrate la semántica. Has estado guardando secretos, Mirella. Grandes secretos. Te sentaste frente a mí en una mesa como El Cuervo. ¿Y para qué? ¿Para protegerte, o es que estás tan acostumbrada a esconderte que ya no sabes cómo ser honesta?

—Eso es rico viniendo de ti, alguien que esconde su verdadero yo de su padre, hablándome a mí de honestidad —repliqué, con la voz temblando de furia. Su mandíbula se tensó, y por un momento, pensé que había tocado una fibra sensible. Pero entonces sonrió de nuevo, esa sonrisa enloquecedora e irritante.

—Esto no se trata de mí —dijo, con voz suave pero firme—. Se trata de ti. De por qué no pudiste confiar en mí.

—No confío en nadie —dije, con la voz apenas por encima de un susurro.

Se acercó más, sus ojos ardiendo en los míos.

—Tal vez ese sea el problema.

Su mano acunó mi mejilla, y odié cómo mi cuerpo reaccionó a su toque, cómo mi piel se calentó bajo su palma. Debería haberme alejado, pero no pude.

—Necesitas dejar de presionar, Sergio. Me está volviendo loca —susurré, la admisión escapándose antes de que pudiera detenerla.

—Bien —dijo, su voz baja y áspera—. Porque tú me estás volviendo loco. Me estoy volviendo loco solo de pensar en ti.

Aparté su mano, forzándome a poner algo de distancia entre nosotros.

—No tienes derecho a hacer esto —dije, con la voz temblando—. No tienes derecho a entrar aquí, acusarme de mentir, y luego actuar como si te importara y lo supieras todo.

—Pero sí me importa —respondió, su voz suave pero feroz—. Ese es el problema. Me importa demasiado.

El peso de sus palabras me golpeó como un tren de carga. Abrí la boca para responder, pero no salió ningún sonido.

—Mirella —dijo, acercándose más, su voz una mezcla de enojo y desesperación—. No he llegado tan lejos para perderte. No ahora. No después de todo.

La forma en que lo dijo, cómo su voz se quebró en la última palabra, fue demasiado. Mi pecho dolía, y mis ojos ardían con lágrimas contenidas.

—No puedo hacer esto —susurré, apartándome de él.

—Mirella, ¿no puedes ver que no me importa si eres Mirella o El Cuervo? Todo lo que me importa eres tú. Esa es la única verdad que conozco —dijo, su voz endureciéndose.

Me volví hacia él, mis ojos ardiendo.

—A veces la verdad no es siempre blanca o negra. Hay tonos de gris, Sergio.

Por primera vez, su confianza flaqueó. Su sonrisa desapareció, y algo brilló en sus ojos, algo que se parecía mucho a la culpa.

El silencio entre nosotros era ensordecedor. Quería odiarlo por desenredarme sin previo aviso, apartarlo, pero no podía. No cuando su presencia era lo único que me mantenía con los pies en la tierra.

—Sergio —dije, mi voz apenas por encima de un susurro—. ¿Por qué estás haciendo esto? Conoces el riesgo, ¿no?

Su mirada se suavizó mientras cerraba la distancia entre nosotros, y por un momento, pensé que podría decir algo más. En su lugar, solo dijo:

—Porque no puedo perderte.

No tuve tiempo de responder antes de que sus labios chocaran contra los míos. El sabor de sus labios era como un incendio forestal, feroz y consumidor. Sus manos se movieron a mi cintura, acercándome más como si no pudiera soportar la idea de cualquier distancia entre nosotros.

Jadeé contra su boca, y él aprovechó la oportunidad. Acarició mi cabello y presionó, su lengua ya enroscada en la mía, provocándola de una manera que encendió el fuego en mi corazón. Mis manos encontraron el camino hacia sus hombros, mis dedos aferrándose a la tela de su camisa mientras me rendía a la abrumadora sensación de él.

—Sergio —suspiré mientras sus labios se deslizaban de mi boca a mi mandíbula, luego al punto sensible justo debajo de mi oreja.

—Dilo otra vez —murmuró contra mi piel, su voz un gruñido bajo que debilitó la fibra de mi ser —. Di mi nombre otra vez.

—Sergio —susurré, y sus manos se apretaron en mi cintura en respuesta, ahuecando firmemente mis nalgas con su palma y apretándolas suavemente hasta hacerme retorcer, su nombre escapando de mis labios como una plegaria.

Se apartó lo justo para mirarme, sus ojos oscuros de deseo.

—Dime que pare —dijo, su voz ronca, pero había una vulnerabilidad allí, una vacilación.

Negué con la cabeza, mis manos deslizándose para acunar su rostro.

—Ni se te ocurra.

Eso era todo el permiso que necesitaba. En un rápido movimiento, me elevó del suelo, y envolví mis piernas alrededor de su cintura instintivamente. Me llevó al sofá de mi estudio, sus labios nunca abandonando los míos, la urgencia entre nosotros creciendo con cada segundo que pasaba.

Me recostó, sus manos alcanzando la lámpara lateral junto al sofá, apagándola.

Me sentí segura y completamente expuesta al mismo tiempo. Sus manos recorrían mi cuerpo, y sus labios firmemente cerrados sobre los míos. Me acomodé con gracia, permitiéndole desvestirme, deslizando mi vestido hacia arriba. Sostuvo el vestido sobre mi rostro, y me besó, con la tela de algodón entre nuestros labios.

Me retorcí, intrigada y desesperada por su tacto. Su mano ahuecó mis senos, y jadeé, una

sensación hormigueante de excitación recorriéndome.

Suavemente, levantó el vestido sobre mi cabeza en un fluido movimiento. Sus ojos me recorrieron, y la forma en que me miraba como si yo fuera lo único en el mundo calmó mis demonios.

—Eres perfecta —dijo, y la sinceridad en su voz me hizo sentir como si pudiera desmoronarme.

No respondí. No podía responder. Las palabras parecían inadecuadas.

—Eres increíble —dijo, su voz espesa de emoción mientras sus labios encontraban el hueco de mi garganta—. ¿Tienes idea de lo que me haces?

Sergio dejó sus marcas por todo mi cuello. Deslizó su lengua desde mi cuello y se detuvo, con su cabeza enterrada en mi pecho. Cerré los ojos. Cada toque encendía un fuego bajo mi piel, y no pude evitar arquearme hacia él, necesitando más, suplicando silenciosamente por su tacto. Sostuvo uno de mis senos y amasó mi pezón entre sus dedos, su boca en el otro pezón. Gemí fuertemente y sentí un goteo húmedo entre mis piernas.

Tiré de su camisa, necesitando sentir su piel contra la mía. Él accedió, quitándosela y arrojándola a un lado, revelando un cuerpo esculpido como si hubiera sido tallado en piedra. Mis dedos trazaron las líneas de sus músculos, maravillándome con su fuerza y calidez.

—Me estás volviendo loca, con todo lo que me haces —logré bromear, aunque mi voz estaba sin aliento.

Él se rio, el sonido bajo e intoxicante, antes de volver a bajar, sus labios capturando los míos en un beso que esta vez fue más lento y deliberado. No era solo deseo. Era algo más profundo, algo que me aterrorizaba incluso mientras me consumía.

Nuestros cuerpos se movían juntos, una sinergia que se sentía tan natural como respirar. Instintivamente, mis piernas se abrieron de par en par, anhelando su toque. Besó lentamente mis piernas y se detuvo, sus ojos consumidos por el deseo.

—Quiero hacerte cosas indescriptibles —declaró, con una mirada ardiente en sus ojos.

Se movió hacia abajo, y sentí su aliento a solo centímetros de enterrarse entre mis muslos. Esperé, anticipando. Deslizó su lengua dentro, y dejé escapar un fuerte gemido, mi mano aferrándose a su cabello. Deslizó su lengua dentro y fuera de mi humedad, una de sus manos

acariciando suavemente mi clítoris, la otra en mi pezón. Estallidos de luz destellaron en mis ojos mientras mis piernas comenzaban a temblar por la sensación que amenazaba con quemar todos los sentidos de mi cuerpo.

Sergio sonrió mientras me calmaba. Me recogió en sus brazos y me acostó sobre su pecho.

—¿Qué fue eso? —pregunté incrédula, asombrada por toda la experiencia.

Él se rio ligeramente, su mano acariciando mi piel desnuda. —Algo para volverte completamente loca.

—¿Ah, sí? —pregunté, riendo—. ¿Crees que eres el único con ideas locas?

Él se rio, sus ojos brillando ante el desafío. —¿Quieres mostrarme las tuyas?

Solté una risita y extendí mis manos hacia su longitud erecta. Escuché un bajo gemido escapar de sus labios. Me senté y pasé mis manos por toda la longitud de su dureza y observé sus ojos fijarse en mí, tratando de controlar la tortura a la que lo estaba sometiendo.

Besé la punta de su virilidad, luego tragué toda su longitud en mi boca, acariciando y empujando, mi lengua moviéndose arriba y abajo en empujes rítmicos. Sergio agarró mi cabello, sus ojos suplicándome que lo liberara. Sonreí y aumenté el tempo, castigándolo deliberadamente.

—Ruégame —lo desafié, mi lengua apretando la cabeza de su dura longitud.

—Por favor —suplicó.

Sonreí y me senté sobre él con mis ojos fijos en los suyos. Lentamente, lo guié dentro, entre mis muslos húmedos y comencé a mover mi cintura, empujando dentro y fuera de él. Sergio no pudo soportar la tortura. Agarró mi cintura y embistió dentro de mí, sus ojos ardientes, una línea contorsionada en su frente. Salió y se arrodilló detrás de mí. Me incliné, permitiéndole acceso para tomarme desde atrás, esperando urgentemente y deseosa de él. Rápidamente, se guió dentro de mi vagina; la mera sensación de su erección dentro de mí me hizo gemir. Sin palabras, empujó dentro y fuera de mí, aumentando su tempo con cada embestida.

Juntos, nos cabalgamos mutuamente; para cuando alcanzamos el crescendo, no estaba segura de dónde terminaba yo y dónde comenzaba él.

Después, mientras yacíamos enredados juntos en el sofá, nuestras respiraciones mezclándose en

el silencio. Apartó un mechón de cabello de mi rostro y sonrió, una sonrisa real y genuina que suavizó sus facciones de una manera que no había visto antes.

—He esperado una eternidad para tenerte así de nuevo —susurró Sergio en mis oídos, pero mis párpados ya estaban tan pesados, el sueño amenazando con consumirme.

¿Qué quiere decir con *así de nuevo*? Mis ojos se cerraron.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

MIRELLA

Desperté con la calidez de la luz del sol que se filtraba a través de las cortinas. Habíamos dormido toda la noche en este sofá.

Por un momento, todo se sentía en paz. Mi cabeza descansaba contra el brazo del sofá, y podía escuchar el leve sonido de la respiración constante de Sergio a mi lado. Su brazo estaba envuelto protectoramente alrededor de mi cintura, su calor penetrando en mi piel. Era la primera vez en mucho tiempo que despertaba sintiéndome segura.

Con cuidado, me deslicé fuera de su abrazo, tratando de no molestarlo. Alcancé mi vestido en el suelo, poniéndomelo lo más silenciosamente que pude. La visión de Sergio —con su cabello despeinado y su rostro relajado— me hizo detenerme. ¿Cómo podía un hombre como él, tan reservado, verse tan tranquilo? Tocó algo dentro de mí, algo que no quería examinar demasiado de cerca.

Me acerqué para despertarlo, con mi mano flotando sobre su hombro. Al inclinarme, mis ojos captaron algo en su brazo. Un tatuaje, audaz e inconfundible, se asomaba desde su brazo. Mi respiración se entrecortó. Era el mismo tatuaje —el diseño intrincado, el nombre *Jacqueline*. Mi estómago se hundió mientras las piezas comenzaban a encajar, cada una más afilada que la anterior.

Jacqueline. La madre de Sergio.

Yo había visto este tatuaje antes. Lo conocía muy bien.

Mi corazón se aceleró, la sangre rugiendo en mis oídos. Tropecé hacia atrás, golpeando el borde de la mesa de café con un ruido sordo. El sonido sobresaltó a Sergio, despertándolo. Parpadeó adormilado, una sonrisa perezosa extendiéndose por su rostro cuando me vio.

—¿Mirella? —Su voz era baja, ronca por el sueño, pero apenas la registré. Mis ojos estaban clavados en su brazo, y mi pecho se apretó.

Señalé el tatuaje, mi mano temblando.

—Tu... tu tatuaje —Las palabras salieron de mí, apenas coherentes—. Tú eres... tú...

Su sonrisa se desvaneció. Sus ojos siguieron mi mirada hasta su brazo, y en ese segundo, lo vi —el destello de comprensión, el pánico que cruzó por su rostro.

—Déjame explicarte... —Balanceó sus piernas fuera del sofá, apresurándose a sentarse, pero di un paso atrás, negando con la cabeza.

—No —Mi voz se quebró, pero no pude detener el torrente de palabras—. Tú... Sergio, eres *él*. Eres el desconocido. La máscara, la voz, ¡eras tú todo el tiempo!

Se puso de pie, estirándose hacia mí, pero me alejé más. Mi corazón latía con fuerza, mis pensamientos girando fuera de control.

—¡Me has estado mintiendo todo este tiempo! ¡Hablando de secretos, de confianza, cuando has estado guardando el más grande de todos! —Estaba divagando, paseando por la habitación como si de alguna manera eso pudiera ayudarme a procesar lo que estaba sucediendo—. Me salvaste. Desapareciste, tú... —Mi voz se quebró, la ira y la confusión enredándose—. ¡Me dejaste creer que estabas muerto!

—No fue así —comenzó, con las manos levantadas en un gesto tranquilizador. Todavía estaba sin camisa, su tatuaje mirándome fijamente como una acusación—. Mirella, necesitas calmarte.

—¿Calmarme? —Solté una risa amarga, lanzando mis manos al aire—. Me mentiste, Sergio. ¿Tienes idea de lo que me hiciste pasar? Tú... —Mi voz se elevó, y apunté un dedo en su dirección—. Llevabas una máscara. Te acostaste conmigo, luego moriste como algún héroe trágico. ¡Y ahora estás aquí, actuando como si fueras solo... solo Sergio!

—Soy Sergio —dijo firmemente, dando un paso cauteloso hacia mí—. El desconocido, la máscara... sí, era yo. Pero no mentí para herirte.

—Oh, bueno, eso lo arregla todo —repliqué con sarcasmo, mi voz goteando veneno—. No tenías la intención de lastimarme. ¡Así que está bien que hayas destrozado mi vida y me hayas hecho cuestionar todo lo que creía saber! Te lloré, maldita sea —Estaba paseando de nuevo, mis manos gesticulando salvajemente mientras trataba de liberar la tormenta que se acumulaba dentro de mí.

Se pasó una mano por el pelo, claramente frustrado.

—Mirella, escúchame. No fue solo un juego. Yo...

—¡No te atrevas a intentar justificar esto! —Lo interrumpí, girando para enfrentarlo—. Viniste aquí ayer, todo virtuoso, interrogándome sobre secretos y honestidad. ¡Y todo el tiempo, estabas sentado sobre esto! —Hice un gesto hacia su brazo, mi voz temblando.

Su mandíbula se tensó, y exhaló bruscamente.

—Tenía razones para lo que hice.

—¿Razones? —Me reí, pero sonó hueco—. ¿Qué razones podrían posiblemente justificar esto, Sergio? Me manipulaste, tú... —Mi voz se quebró de nuevo, el peso de todo presionándome—. Me hiciste sentir que podía confiar en ti. Como si fueras la única persona en la que podía confiar. Y ahora... —Me callé, mi garganta apretándose.

—Nunca quise lastimarte —dijo en voz baja, su voz suplicante. Dio un paso más cerca, pero levanté una mano para detenerlo.

—No —advertí, mi voz temblando—. No te acerques más.

Se quedó inmóvil, sus manos cayendo a sus costados.

—Mirella, por favor. Déjame explicarte.

—No quiero tus explicaciones —respondí bruscamente—. Quiero la verdad. Toda la verdad, Sergio. No más medias verdades, no más secretos. ¿Quién eres? ¿Qué más estás ocultando?

—Mirella, siempre he sido real contigo. El desconocido, Sergio... ambos soy yo. Nunca mentí sobre cómo me sentía o sobre lo que significas para mí.

—No —Mi voz se quebró, las lágrimas picando en mis ojos—. No digas eso. No tienes derecho a jugar la *carta de los sentimientos* aquí.

—No estoy jugando a nada —dijo, su tono afilado ahora—. ¿Crees que esto fue fácil para mí? ¿Ver cómo sufrías, sabiendo que no podía decirte la verdad sin ponerte en más peligro?

—¿Peligro? —Repetí, mi voz elevándose—. ¡Tú eres el peligro, Sergio! Mentiste. Fingiste una maldita muerte. ¿Para qué? ¿Con qué fin...

—¡Para salvarte! —espetó, su voz cortando la mía—. Mirella. Una y otra vez. Y lo haría todo de nuevo si eso significara mantenerte a salvo.

Mi pecho dolía, mi mente corriendo mientras trataba de reconciliar al hombre que estaba frente a mí con el que creía conocer.

Señalé su brazo de nuevo, mi voz temblando.

—Ese tatuaje. Jacqueline. Tu madre. Siempre lo has cubierto. ¿Por qué no me lo dijiste desde entonces?

Su mirada se suavizó, pero su mandíbula permaneció tensa.

—Porque sabía que este momento llegaría. Y sabía que me odiarías por ello.

—¿Odiarte? —Me reí amargamente, las lágrimas derramándose—. Ni siquiera te conozco, Sergio.

—Me conoces —insistió, su voz feroz—. Me conoces mejor que nadie. Y no importa cuánto intentes negarlo, sabes que siempre he estado de tu lado.

Mi mente volvió a aquella noche, las manos del desconocido sobre mí, sus palabras susurradas, y la forma en que me hizo sentir viva cuando todo lo demás se estaba desmoronando.

—Siempre he tenido sentimientos por ti —su voz era firme, pero su expresión estaba tensa, como si se estuviera conteniendo por un hilo.

Las palabras me golpearon como una bofetada. Me congelé a mitad de paso, volteándome para mirarlo de frente. —¿Qué?

—Desde que éramos niños —dijo, su tono más suave ahora, casi vacilante—. Siempre te he amado. Y cuando escuché... —Se detuvo, pasándose una mano por el pelo como si no supiera cómo continuar.

—¿Cuando escuchaste qué? —Mis brazos estaban cruzados firmemente sobre mi pecho, pero mi voz había perdido algo de su filo.

—Cuando escuché que mi padre iba a casarse contigo.

Eso fue todo. Mi compostura se rompió como una ramita. Solté una risa aguda, aunque no había nada gracioso en todo esto. —¿Así que decidiste que la mejor manera de manejar tus sentimientos de toda la vida era aparecer con una máscara y seducirme?

Su mandíbula se tensó, y me miró como si quisiera explicar pero no supiera cómo. —No se trataba de seducción —dijo finalmente—. Solo... quería recordarte lo que teníamos cuando éramos más jóvenes. Quería hacerte sentir algo de nuevo, algo real.

—¿Algo real? —repetí, mi voz goteando incredulidad—. ¿Te refieres a algo tan real como el hecho de que no me dijiste quién eras? ¿Que me dejaste pensar que eras un extraño?

—No sabía cómo reaccionarías si venía como yo mismo —dio otro paso adelante, y esta vez, no retrocedí. Solo lo miré fijamente, con los brazos aún cruzados, mis uñas clavándose en mi piel—. No habíamos hablado en años, Mirella. Después de la forma en que me fui, no estaba seguro si siquiera querrías verme. La máscara... era más fácil.

Solté otra risa, esta aún más áspera que la primera. —Más fácil. Más fácil que simplemente aparecer como tú. Así que en su lugar, pensaste: "Oye, simplemente apareceré como un extraño enmascarado y esperaré que se fugue conmigo".

Él hizo una mueca, pero no lo negó.

—¿Qué tan ingenua crees que soy, Sergio? ¿Realmente pensaste que simplemente haría una maleta y dejaría mi vida por un tipo con máscara?

—No —admitió, su voz baja—. Pero tenía que intentarlo. No podía simplemente dejarte casarte con él.

Parpadeé, tomada por sorpresa. —¿Así que por eso me salvaste en la boda? ¿Para evitar que me casara con tu padre?

Su mirada encontró la mía, firme e inquebrantable. —Sí. Esa mañana, escuché lo que planeaba hacerte, cómo quería deshonrarte y humillarte frente a todos. No podía dejar que eso sucediera. Vine tan rápido como pude, pero para cuando llegué allí...

—Entonces te dispararon —mi voz era apenas un susurro ahora, el recuerdo pasando por mi mente como un mal sueño.

Él asintió. —Después, escapé. Ryan me ayudó. Intenté encontrarte, pero te habías ido.

Negué con la cabeza, tratando de procesar todo. —Deberías haberte quedado lejos.

—Mirella... —su voz era suave, suplicante—. No me agrada mi padre más que a ti. Todo lo que

hace es por poder y control. Volví porque quería derribarlo. Ha lastimado a demasiadas personas, y no podía dejar que te lastimara de nuevo.

Lo miré fijamente, mi corazón latiendo con fuerza. Sus palabras colgaban en el aire entre nosotros, pesadas y sofocantes. Quería creerle. Quería creer que lo había hecho todo por mí, que sus intenciones habían sido puras. Pero el peso de sus mentiras me presionaba, haciendo imposible respirar.

—¿Por qué no me dijiste nada de esto cuando regresé? —mi voz se quebró, y odié lo vulnerable que sonaba.

—Lo intenté —dijo, su voz tensa—. Pero estabas comprometida con él de nuevo, y la situación era... complicada.

—¿Complicada? —Reí amargamente—. ¿Crees que eso justifica algo de esto? ¿Crees que hace que esté bien seguir mintiéndome, seguir fingiendo?

—No estaba fingiendo —dijo firmemente, acercándose más—. Todo lo que he hecho, todo lo que he dicho, fue real. Mis sentimientos por ti son reales, Mirella. Siempre han sido reales.

Cerré los ojos, negando con la cabeza. —No sé si puedo creerte. ¿Quién sabe qué más estás ocultando?

Dio otro paso más cerca, sus manos alcanzando las mías. —Por favor. No hagas esto. He cometido errores, pero todo lo que he hecho ha sido por ti.

Aparté mis manos, dando un paso atrás. Mi pecho se sentía como si se estuviera derrumbando, el peso de sus palabras presionándome como una piedra.

—No puedo hacer esto, Sergio —dije, mi voz apenas por encima de un susurro.

—Mirella —su voz estaba rota ahora, desesperada—. Por favor. No dejes que él gane. No dejes que te aleje de mí.

—No se trata de él —mi voz tembló, pero me obligué a mirarlo a los ojos—. Se trata de ti. Se trata del hecho de que ambos hemos estado guardando secretos y no podemos confiar el uno en el otro.

—Puedes —dijo con urgencia, sus manos apretándose en puños a sus costados—. Puedes confiar

en mí. Te lo demostraré. Solo dame una oportunidad.

Negué con la cabeza, las lágrimas corriendo por mi rostro. —No puedo, tengo mucho que perder.

—Te amo —dijo, su voz quebrándose.

Las palabras me atravesaron como un cuchillo, pero no cambiaron nada. Me sequé las lágrimas, obligándome a mantenerme erguida.

—Voy a casarme con tu padre —dije, las palabras sabiendo a ceniza en mi boca.

Sus ojos se ensancharon, el shock evidente. —No lo dices en serio.

—Sí lo digo —mi voz era firme ahora, incluso cuando mi corazón se hacía pedazos—. Se acabó, Sergio.

La expresión en su rostro era una que nunca olvidaría: dolor, traición e incredulidad, todo en uno. Pero no me permití pensar en ello. Me di la vuelta, obligándome a irme antes de que pudiera cambiar de opinión.

CAPÍTULO VEINTICINCO

SERGIO

—Se acabó, Sergio.

El aire frío mordió mi piel al salir del apartamento de Mirella. Mi pecho se sentía vacío, como si hubiera dejado mi corazón atrás en esa habitación con ella. Quería quedarme, abrazarla, decirle que nada de esto importaba mientras nos tuviéramos el uno al otro. Pero sí importaba, para ella.

Me pasé una mano por el pelo, la frustración arremolinándose en mi estómago. ¿Cómo habíamos llegado a esto? Estaba tan seguro de que una vez que supiera la verdad, ella entendería, al igual que yo lo hice sobre ella siendo El Cuervo. Que vería que yo era el mismo Sergio que la había adorado desde que éramos niños. El mismo chico que la bajó del árbol.

Pero ya no era ese chico, ¿verdad? Y esto no es lo mismo que ella ocultando que es El Cuervo.

Le había mentido. Sobre mi identidad, sobre todo. No porque quisiera lastimarla —Dios, preferiría morir antes que hacer eso— sino porque no sabía cómo llegar a ella de otra manera. Mirella tampoco era la misma chica de la que me había enamorado. Ahora era más fuerte y cautelosa. Y tal vez tenía razón en serlo.

Aun así, escucharla decir que se casaría con mi padre. Eso me destrozó.

Llegué a mi coche y me apoyé en el capó, mirando al cielo. El sol me guiñaba, indiferente a mi angustia. Qué irónico. El mundo seguía girando, el sol seguía brillando, y aquí estaba yo, desmoronándome.

—Se casará con él —murmuré, con voz amarga—. Sobre mi cadáver, preferiría morir.

No me importaba lo que costara. La recuperaría. Tenía que hacerlo.

Cuando finalmente volví a la finca, la mansión se alzaba como una fortaleza oscura, tan fría y poco acogedora como el hombre que la gobernaba. El coche de mi padre aún estaba estacionado en la entrada circular, lo que significaba que estaba en casa. Genial. Justo lo que necesitaba.

Entré en silencio, esperando evitarlo. Pero al pasar por el estudio, escuché su voz, baja, afilada e

inconfundible. No era inusual que estuviera ladrando órdenes temprano por la mañana, pero algo en su tono me hizo detenerme.

—...no confío en ella —estaba diciendo.

Me quedé helado con la mano en la barandilla.

—No es tan inocente como pretende ser —continuó—. ¿La emergencia con el hijo de su asistente? Una excusa conveniente, ¿no crees? Justo cuando teníamos un cargamento que salvar, un cargamento que Sergio perdió por su culpa. Demasiado conveniente.

Mi estómago se revolvió. Mirella. Estaba hablando de ella.

Otra voz respondió, más calmada pero igualmente firme.

—Es posible que realmente tuviera una emergencia, Don Carlos. Aún no tenemos pruebas sólidas.

—No necesito pruebas para oler a una rata —espetó mi padre—. Aceptó este compromiso con demasiada facilidad. ¿Una mujer como ella, accediendo a casarse conmigo sin pelear, sin persuasión de su padre como antes? No. Está ocultando algo. ¿Y dónde estuvo durante esos cinco años que desapareció, eh? ¿Por qué volvió de repente? ¿Qué busca?

Mi pecho se tensó mientras me acercaba más a la puerta, esforzándome por escuchar.

—¿Quiere que investigue más a fondo? —preguntó el otro hombre.

—Por supuesto que sí —ladró Don Carlos—. Quiero cada detalle de su vida. Dónde estuvo, con quién estuvo, qué está ocultando. Y lo quiero para ayer. Así que ponte a ello. Si me está mintiendo...

Se interrumpió, pero su significado era claro.

La otra voz bajó, demasiado baja para que yo pudiera captar su respuesta, pero la risa aguda de mi padre siguió.

—Bien. Veamos qué tan inocente es realmente Mirella.

No necesitaba escuchar más. Me alejé de la puerta, con la mente acelerada.

La había descubierto.

No sabía qué encontraría ni hasta dónde llegaría, pero sabía una cosa con certeza: Mirella estaba en peligro. Y no podía quedarme de brazos cruzados y dejar que él la arruinara.

Mi corazón latía con fuerza mientras me dirigía de vuelta a mi coche, la voz de mi padre resonando en mi cabeza.

«¿Dónde estuvo durante esos cinco años?»

Yo sabía la respuesta. Se estaba convirtiendo en El Cuervo. Si yo pude descubrir su secreto, él también podría. Cualquier secreto que tuviera, era suyo para contar, no de él para explotar.

Arranqué el motor, decidido a detenerlo sin importar qué.

—No dejaré que te haga daño, Mirella —murmuré para mí mismo mientras conducía lo más rápido que podía.

Los neumáticos chirriaron cuando salí del camino de entrada, dirigiéndome de vuelta a la única persona que no podía soportar perder.

Aparqué frente a la casa de Mirella por segunda vez ese día. Mis manos agarraban el volante con fuerza. El sonido de la voz de mi padre aún resonaba en mi cabeza, afilada y amenazante.

Cerré la puerta de un golpe detrás de mí y subí los escalones. Afortunadamente, Dahlia me había dejado entrar cuando le dije que era un asunto de vida o muerte y que Mirella estaba en peligro. La casa estaba en silencio, ese tipo de quietud que hacía que mi pulso se acelerara. Probé el pomo. No estaba cerrado con llave.

La voz de Mirella me llegó, baja y tranquilizadora, seguida de la inconfundible risita de un niño.

—Te leeré el resto mañana, Alex. Ahora, a tu habitación —murmuró.

Mis pies se congelaron a medio paso. Alex. El nombre me golpeó como un tren de carga, y antes de que pudiera procesarlo, escuché la pequeña voz responder.

—Está bien, mamá.

Mamá.

El aire abandonó mis pulmones mientras retrocedía tambaleándome hacia las sombras. Mil imágenes pasaron por mi mente, recuerdos que no había unido hasta ahora. La forma en que Mirella lo protegía, la vacilación cada vez que le preguntaba de quién era el niño, y cómo él había llamado a Dahlia por su nombre; tenía mis sospechas, pero esto era la prueba. Los ojos del niño eran del mismo tono que los míos.

¿Cómo había estado tan ciego? Sus ojos, eran los míos.

La puerta del pasillo crujió, y Alex salió con pasos ligeros, aferrado a un oso de peluche. Me miró, inclinando ligeramente la cabeza, y me dedicó una sonrisa antes de rodear mis piernas con sus brazos.

—Hola. Has vuelto —dijo suavemente, su voz curiosa pero sin miedo.

—Hola —logré decir, con la garganta seca.

—¿Me has traído otro dinosaurio?

Mi pecho se tensó. Mirella apareció detrás de él, su rostro pálido como un fantasma cuando me vio allí de pie. Sus ojos se movieron hacia Alex y luego de vuelta a mí.

—Alex, cariño, ve con Dahlia —dijo, su voz tranquila pero firme.

—Pero quiero jugar con él...

—Ahora —insistió ella.

Dudó por un momento antes de asentir, lanzándome una última mirada curiosa mientras se alejaba.

La habitación quedó en silencio, el aire entre nosotros cargado. Mirella se cruzó de brazos, con expresión cautelosa.

—¿No te irás hasta que te lo explique, verdad?

Me acerqué, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

—Alex te llamó mamá.

Ella se estremeció, un movimiento minúsculo, pero fue suficiente.

—He estado ciego, sí, pero no soy estúpido. ¿Es mío? Es decir, ¿pertenece al desconocido?

Sus labios se separaron como si fuera a negarlo, pero luego los cerró. Mirella suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—Sí, Sergio. Es tuyo.

El mundo se inclinó sobre su eje. Sentí que me flaqueaban las rodillas, pero me obligué a mantenerme erguido y concentrado.

—Nunca me dijiste que era tu hijo. ¿Fue porque sabías que yo era el desconocido? ¿Por qué? —dije con voz temblorosa.

—No lo sabía —espetó ella, con un tono lo suficientemente afilado como para cortar el cristal—. No hasta hoy. No hasta... —Su mirada se desvió hacia mi brazo, hacia el tatuaje que lo había desvelado todo—. Hasta que me di cuenta de que tú eras el desconocido.

—¿Por qué me dijiste que era el hijo de Dahlia?

Ella alzó las manos, exasperada.

—¡Porque no quería que se viera envuelto en esta vida! En mi vida. ¿Tienes idea de lo que es cargar con el peso de esa decisión? ¿Saber que si tomaba la decisión equivocada, él podría estar en peligro?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Respiré hondo, tratando de procesar todo.

—¿No confiabas lo suficiente en mí como para protegerlo si supiera que era tuyo?

—No se trata de confianza —dijo ella, con la voz más suave ahora, casi suplicante—. Se trata de la realidad. Mira el mundo en el que vivimos, Sergio. ¿De verdad crees que es seguro para él formar parte de él? Mira todas las mentiras y secretos que hemos estado guardando. ¿Es esa la vida que queremos para él?

Me pasé una mano por la cara, tratando de entenderlo todo.

—Es mi hijo, Mirella. Merezco ser parte de su vida.

Sus ojos se suavizaron por un momento antes de que se endureciera.

—Ahora no. No con todo lo que está pasando. Es demasiado complicado.

—¿Complicado? —me burlé—. ¿Crees que me importa lo complicado? Le disparé a mi propio padre por ti. Lo volvería a hacer sin dudarlo. Pero ni siquiera me das la oportunidad de demostrar que puedo protegerlo, de demostrar que puedo ser un padre para él.

Ella se estremeció ante mis palabras, pero no me detuve.

—¿Crees que mantenerlo alejado de mí es la solución? ¿Qué pasará cuando empiece a hacer preguntas, Mirella? ¿Cuando quiera saber quién es su padre?

—Me ocuparé de eso cuando llegue el momento —dijo ella, con la voz temblorosa—. Ahora mismo, mi prioridad es mantenerlo a salvo.

La habitación volvió a quedarse en silencio. Di un paso atrás, negando con la cabeza.

—No quiero que sigamos discutiendo, y no voy a renunciar a él ni a nosotros —dije en voz baja —. Pero ahora mismo, necesitas saber algo. Mi padre te está investigando. Te está investigando. No confía en ti y está buscando trapos sucios.

Su rostro palideció aún más, su bravuconería desmoronándose ligeramente.

—¿Qué está haciendo qué?

—Lo escuché hablando con un investigador en el pasillo esta mañana cuando llegué a casa. Sabe lo del hijo de la asistente y no se cree tu historia. Está sospechando, Mirella, y no va a parar hasta descubrirlo todo.

Ella me miró fijamente, con los ojos muy abiertos, los labios entreabiertos, pero sin que saliera ninguna palabra. Se quedó allí, mirándome, con el shock evidente en sus ojos.

—Tienes que dejar el juego que estés jugando —le advertí—. Porque si él descubre la verdad, no serás solo tú quien salga herida. Alex también estará en peligro.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

MIRELLA

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como humo: —Porque si él descubre la verdad, no serás solo tú quien salga lastimada. Alex también estará en peligro.

Aún podía escuchar la voz de Sergio y ver la desesperación en sus ojos. Tenía razón, por supuesto, pero ¿qué otra opción me quedaba? Mi mente parecía una tormenta, agitada, salvaje e implacable. Había demasiado en juego. Podía ver que el camino por delante era peligroso, pero era el único que quedaba por tomar.

Esta noche era la fiesta de compromiso que Don Carlos había mencionado. Una pequeña celebración, la llamó, como si su peso no presionara cada hueso de mi cuerpo. Pero para mí no era solo una fiesta de compromiso. Era una oportunidad. Mi oportunidad.

Me volví hacia Sergio. No se había movido, su expresión dividida entre la ira y el dolor. —Necesito hacer esto.

—No tienes que hacerlo —respondió, con voz baja pero enérgica—. Crees que debes, pero hay otras formas, Mirella. Déjame ayudarte.

Sus palabras eran casi una súplica, pero negué con la cabeza. —Esto no es solo por mi hijo, Sergio. Necesito hacerlo por mi padre.

Parpadeó, la confusión inundando su rostro. —¿Tu padre?

—Sí.

—Hablas como si estuviera vivo —dijo lentamente, como si intentara encajar piezas que no encajaban—. Mirella, tu padre está muerto.

—Eso es lo que todos piensan —interrumpí, forzándome a mantener la calma, a permanecer firme, incluso cuando mi voz temblaba—. Pero no lo está. Tengo fuentes, Sergio. Está ahí fuera en algún lugar. Don Carlos lo tiene como rehén, y voy a encontrarlo.

Su asombro era algo vivo escrito en su rostro. —¿Por qué no me lo dijiste?

—Necesitaba estar segura —respondí simplemente, mis palabras tranquilas pero firmes—. Tenía que saber dónde radica tu lealtad.

Retrocedió como si lo hubiera golpeado. —¿Dónde radica mi lealtad? Mirella, ¿crees que te traicionaría? ¿Después de todo?

—Trabajas para Don Carlos, y él es tu padre —le recordé—. Tu mundo es peligroso. Si él siquiera sospechara...

—Mi lealtad siempre ha sido contigo —interrumpió Sergio, con la voz ronca, los puños apretados como si se estuviera conteniendo—. ¿No lo entiendes? Quemaría este mundo entero por ti, Mirella.

El fuego en sus palabras ablandó algo en mí, pero no podía permitirme flaquear. No ahora. —Te creo —susurré—, pero esto es algo que necesito hacer por mí misma.

Negó con la cabeza, pasándose una mano por el pelo, la frustración emanando de él en oleadas. —Déjame encontrarlo por ti. Dame tiempo, Mirella. Puedo hacerlo.

—¿Crees que tengo tiempo? —repliqué, mi voz elevándose antes de que pudiera evitarlo—. Don Carlos ya sospecha de mí. Está investigando mi pasado. Si no actúo ahora, lo descubrirá todo, y entonces perderé mi oportunidad. Tengo que moverme rápido, Sergio.

—Estás caminando directamente hacia el fuego —murmuró, mirándome como si pudiera hacerme cambiar de opinión—. No tienes que hacer esto.

—Sí, tengo que hacerlo —respondí—. Sé que tienes buenas intenciones, pero mi decisión está tomada.

Me miró entonces, realmente me miró, su expresión indescifrable. El silencio se extendió largo entre nosotros antes de que finalmente hablara. —No me estoy rindiendo, Mirella. Ni contigo, ni con esto.

—Por ahora —respondí suavemente—, solo quédate al margen. Eso es todo lo que te pido.

Exhaló bruscamente, como si hubiera perdido alguna pelea invisible. —Está bien. Respetaré tus deseos. Pero prométeme algo: si necesitas ayuda, si tropiezas aunque sea un poco, me llamas. Sin dudarlo.

—Lo prometo —dije, las palabras sintiéndose más pesadas de lo que deberían.

Se acercó, y su mirada se fijó en la mía. Por un momento, pensé que podría decir más, pero en su lugar, se inclinó y me besó en la frente, suavemente, como si fuera una despedida, como si temiera que pudiera desaparecer. No me aparté.

Cuando se fue, la habitación se sintió más fría y vacía, y por un largo momento, me quedé sola en el silencio. Mis manos temblaban mientras sacaba mi teléfono y marcaba a Enzo.

Contestó al segundo timbre. —Hola, Raven. ¿Qué sucede?

—Don Carlos me tiene en la mira —dije, yendo directo al grano—. Me está investigando. No cree una palabra de lo que he dicho de nuevo.

—Por supuesto que no. Es un bastardo paranoico —murmuró Enzo—. Sabías que esto era un riesgo, Mirella.

—Lo sé —respondí, estabilizando mi voz—. Pero eso no es todo. Está buscando más: quién soy, dónde he estado. Si descubre sobre Alex...

Enzo maldijo por lo bajo. —Eso no va a pasar. Te dije que tengo pistas, y voy a investigarlas esta noche. Creo que estoy cerca.

—Bien —dije, tratando de sonar esperanzada incluso cuando la tensión se anudaba en mi pecho —. Porque esta noche es la fiesta de compromiso. La usaré como oportunidad para revisar el estudio de Don Carlos. Si hay algo sobre mi padre, dónde podría estar, lo encontraré allí.

—Mirella, eso es peligroso.

—Es mi única oportunidad —respondí—. No la desperdiciaré.

Enzo hizo una pausa, su silencio pesado. —Ten cuidado, Raven. No hagas nada demasiado peligroso.

—No lo haré —le aseguré—. Tú solo concéntrate en tu pista.

Al terminar la llamada, solté un suspiro que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Podía sentir la presión de la noche presionando sobre mí, pero no tenía el lujo de dudar de mí misma. Este era el único camino a seguir.

Caminé por el pasillo hacia la habitación de Alex, deteniéndome cuando lo vi sentado en la alfombra, su cabeza descansando en el regazo de Dahlia. Ella estaba pasando suavemente sus dedos por su cabello.

—¡Mamá! —llamó Alex, viéndome. Se puso de pie rápidamente, corriendo hacia mí y rodeándome con sus pequeños brazos.

Besé la parte superior de su cabeza, inhalando su cálido y dulce aroma. —Mi amor.

Dahlia me sonrió, sus ojos suaves y comprensivos.

—Cuídalo esta noche —dije, apartando un mechón de cabello de la cara de Alex—. Por favor.

Dahlia asintió, su expresión volviéndose seria. —Siempre.

Miré a mi hijo una última vez, memorizando cada detalle de su rostro perfecto, antes de presionar un beso en su frente. —Te amo, Alex. Sé bueno con Dahlia.

—Lo seré —murmuró somnoliento.

Mientras me enderezaba, me encontré de nuevo con la mirada de Dahlia. —Mantenlo a salvo —susurré.

—Lo haré —repitió, su voz firme.

Y con eso, me di la vuelta, dejando un pedazo de mi corazón atrás.

*****

El salón de baile rebosaba de opulencia: candelabros dorados, cortinas carmesí, suelos de mármol pulidos hasta brillar como espejos. El tipo de lugar que se sentía más como una jaula dorada que como una celebración. Mi reflejo bailaba por el suelo mientras me paseaban del brazo de Don Carlos como un trofeo recién ganado. Él sonreía con esa sonrisa fría y ensayada, susurrando cortesías a hombres de traje y mujeres cargadas de joyas, su agarre en mi cintura lo suficientemente firme como para recordarme que no estaba allí por elección.

—¿No es impresionante? —resonó la voz de Don Carlos, teñida de suficiencia mientras me presentaba a otro asociado más—. Mi prometida, Mirella.

Mi sonrisa era tan falsa como los collares de diamantes alrededor de los cuellos de sus invitados. Mi piel ardía bajo sus miradas, sus ojos recorriéndome como buitres. No pertenecía a este lugar, y sin embargo me había forzado a entrar en esta guarida de lobos, con el corazón retumbando con cada segundo que pasaba. Escaneé la sala, fingiendo admirar la decoración. Buscaba a Sergio, con una mezcla de esperanza y temor de que apareciera.

Pero él no estaba aquí.

Aun así, había una sensación que no podía sacudirme. Me llevaba de vuelta a la noche en que conocí al extraño, sin saber que era Sergio disfrazado. El recuerdo destelló en mi mente: su voz, sus ojos, la forma en que me había atraído como una polilla a la llama. Y ahora, como Sergio, nada había cambiado. Siempre había gravitado hacia él. Siempre lo había amado, incluso cuando no sabía que era él.

—Mirella, ¿estás bien? —la voz de Don Carlos me devolvió bruscamente al presente.

—Yo... —balbuceé, fingiendo confusión mientras miraba la copa de vino en mi mano. Sin pensarlo dos veces, tropecé lo suficiente como para que la bebida se derramara sobre mi vestido —. ¡Oh, no! Soy tan torpe.

Don Carlos frunció el ceño, molesto pero disimulándolo bien.

—Ve a limpiarte.

—Gracias —murmuré, ya alejándome.

No miré atrás mientras me movía entre la multitud, serpenteando hacia el pasillo como una sombra. Mis tacones resonaban contra el mármol, cada paso rápido y calculado. Cuando llegué a la puerta de su despacho, me detuve lo justo para asegurarme de que nadie me observaba antes de deslizarme dentro.

La habitación estaba más oscura de lo que esperaba, con un leve aroma a cuero y humo flotando en el aire. El escritorio se alzaba imponente en el centro, su superficie apilada con papeles y libros de contabilidad. No perdí tiempo abriendo cajones y hojeando archivos. Mis manos temblaban mientras escaneaba documentos, buscando cualquier cosa. Un nombre, una ubicación, una señal de que mi padre estaba vivo.

Nada.

Los segundos pasaban. Mi respiración se aceleraba mientras la desesperación arañaba mi garganta. Tenía que haber algo aquí. Tenía que...

Mi teléfono vibró en mi bolso, sobresaltándome tanto que casi tiro una lámpara del escritorio. Me apresuré a contestar.

—¿Enzo?

—Mirella —la voz de Enzo llegó a través de la línea, sin aliento y frenética. Mi corazón se hundió—. Era una trampa. Me han descubierto.

—¿Qué? —susurré, la habitación girando por un segundo.

—No era una pista, era una emboscada —jadeó. Podía oírlo corriendo, el sonido de la grava crujiendo bajo sus pies—. Sabían que yo venía. Estoy intentando...

Un fuerte chasquido resonó por la línea. Un disparo.

La llamada se cortó.

—¿Enzo? —Mi voz se quebró mientras susurraba su nombre en el silencio—. ¡Enzo!

Me quedé paralizada, el teléfono aún aferrado en mi mano, mis oídos zumbando con el eco fantasma del disparo. Mi garganta se sentía apretada, y mi pecho parecía que iba a colapsar. Enzo. No podía pensar. No podía respirar.

Me giré, lista para correr, lista para hacer algo, pero la puerta se abrió antes de que pudiera moverme.

Don Carlos entró.

Me miró por un largo momento, su rostro tallado en piedra, sus ojos oscuros y mortales.

—Pensé que podrías intentar esto.

Mi corazón golpeaba contra mis costillas mientras retrocedía instintivamente.

—Yo... me perdí...

—No insultes mi inteligencia —me interrumpió, su voz baja y pareja, lo que de alguna manera lo

hacía aún más aterrador.

Mis rodillas se sentían débiles, pero me mantuve en pie. Tenía que pensar, tenía que salir.

—Solo estaba...

—Basta —Don Carlos dio otro paso adelante, su presencia llenando la habitación como una nube de tormenta—. Sé lo que estás haciendo, Mirella.

—No lo sabes —repliqué, mi voz temblando mientras intentaba mantenerme firme.

—Oh, pero sí lo sé —sonrió, pero era el tipo de sonrisa que me helaba la sangre—. Sé que has estado buscando a tu padre. Sé que has estado escabulléndote a mis espaldas. Sé que eres El Cuervo, y sé sobre tu hijo.

El mundo se inclinó bajo mis pies.

No.

Todo dentro de mí se quedó quieto. Un terror frío se acumuló en mi estómago mientras sus palabras se hundían. Él sabía. Sabía sobre Alex. Sabía sobre todo.

La sonrisa de Don Carlos se ensanchó, pero sus ojos estaban vacíos.

—Vendrás conmigo ahora, Mirella. Si no lo haces, tu padre y tu hijo morirán. Los tengo conmigo.

Sentí que el suelo se desvanecía bajo mis pies, pero no podía dejarlo ver. Mis manos se cerraron en puños a mis costados mientras me obligaba a mantenerme erguida y mirarlo a los ojos.

—Estás mintiendo —logré decir, aunque mi voz apenas se sostenía.

—¿Realmente quieres ponerme a prueba? —su voz bajó, suave y escalofriante—. Ambos sabemos de lo que soy capaz.

Por primera vez, no tenía palabras. Nada que devolverle. Porque sabía que no estaba mintiendo.

*****

El almacén olía a óxido, aceite y decadencia, un lugar apropiado para sueños destrozados y

desesperación. Don Carlos caminaba delante de mí. Sus hombres nos flanqueaban, sus rostros duros e inflexibles. Mis manos temblaban, pero las entrelacé con fuerza, tratando de reunir el valor que me quedaba.

La sala en la que entramos era cavernosa y inquietantemente silenciosa, salvo por el débil goteo de agua en algún lugar entre las sombras. Lo vi casi de inmediato.

Mi padre.

Estaba desplomado contra la pared del fondo, encadenado y frágil, su piel pálida y demasiado estirada sobre su cuerpo. Su cabeza colgaba baja, pero cuando entramos, la levantó débilmente. Sus ojos hundidos se encontraron con los míos, y por un momento, los años se desvanecieron. No era Mirella, El Cuervo. Era solo Mirella, su hija.

—¡Papi! —Mi voz se quebró mientras corría hacia él, las cadenas en mis muñecas tintineando ruidosamente.

Los guardias no me detuvieron, aunque uno resopló como si le divirtiera la patética reunión. Mi padre usó la poca fuerza que tenía para abrir sus brazos, y caí en ellos tanto como las cadenas me lo permitieron. Su tacto era débil, tembloroso, pero era suficiente.

—Lo siento —susurró, su voz ronca, apenas audible—. Por todo esto. Por todo.

Las lágrimas quemaban mis ojos, pero las contuve, negándome a dejarlas caer.

—No tienes nada de qué disculparte.

Pero no estaba segura de creerlo.

—Qué tiernos se ven ustedes dos —interrumpió Don Carlos, su tono rebosante de burla—. Qué conmovedora reunión. Casi me hace lamentar lo que viene a continuación.

Me separé de mi padre y me volví para enfrentarlo, con la mandíbula tensa. Ordenó a sus hombres que me encadenaran cerca de mi padre, y obedecieron. No me molesté en luchar.

—No tiene que hacer esto.

—Oh, pero sí tengo que hacerlo. —Se acercó, con una sonrisa tan afilada como una navaja—. ¿Creíste que podías burlarme, Mirella? ¿Que no descubriría quién eres? ¿De verdad pensaste que

no tenía hombres en cada rincón del mundo?

Mi corazón se hundió, pero mantuve mi rostro neutral. No podía dejar que viera cuánto me perturbaban sus palabras.

—Deje ir a mi padre. No le sirve de nada —dije, manteniendo mi voz firme.

Don Carlos se rio, el sonido haciendo eco en las paredes.

—Buen intento. Pero, verás, él es el chantaje perfecto. Al igual que tu hijo.

Mi estómago se retorció. La mención de Alex hizo que mi pecho se apretara de pánico. Cerré los puños, clavándome las uñas en las palmas para mantenerme centrada.

—Deje a mi hijo fuera de esto —dije, con la voz más cortante ahora.

Alzó una ceja, casi divertido.

—Eso depende de ti. Tienes algo que quiero, Mirella. Algo que me has estado ocultando todo este tiempo. La ubicación de la caja fuerte. Dime dónde está y quizás, solo quizás, dejaré vivir a tu padre y a tu hijo.

Mi corazón latía con fuerza. Sabía exactamente a qué se refería. Si le decía dónde estaba, todos estaríamos prácticamente muertos. Pero si no lo hacía...

—No sé de qué está hablando —dije, ganando tiempo.

Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por un frío cálculo.

—No me insultes, Mirella. Te estoy dando una opción. Dímelo, o empezaré con tu padre. Y luego con tu hijo.

La habitación se sintió más fría. Miré a mi padre, que sacudió débilmente la cabeza, formando con los labios la palabra no.

—Incluso si supiera dónde está —comencé, fingiendo una calma que no sentía—, ¿qué le impediría matarnos de todos modos?

Don Carlos se apoyó contra el escritorio, su postura relajada pero sus ojos agudos.

—¿De verdad crees que desperdiciaría todo este tiempo y esfuerzo solo para matarte? No, Mirella. Quiero lo que hay en esa caja fuerte. Y una vez que lo tenga, tal vez, si te portas bien, te dejaré vivir. Después de todo, odiaría lastimar a alguien a quien... —Hizo una pausa, su mirada recorriéndome—. ...aprecio.

Sus palabras me dieron escalofríos.

—¿Apreciar? —Solté una risa hueca—. Tiene una manera curiosa de demostrarlo.

Me ignoró, su voz adquiriendo un tono más suave, casi nostálgico.

—Me recuerdas a ella, ¿sabes? Jacqueline.

La mención de su nombre me hizo ponerme tensa.

—Era hermosa. Feroz. Igual que tú. —Sonrió con suficiencia, aunque hubo un destello de algo en sus ojos, algo casi humano—. La amaba. Pero el amor no siempre salva a las personas, ¿verdad?

—¿Qué está diciendo? —Mi voz era más baja ahora, mi pulso acelerado.

—La maté e hice que pareciera que murió por la enfermedad —dijo simplemente, como si estuviera confesando algo tan mundano como romper un jarrón—. No porque quisiera, sino porque tenía que hacerlo. Ella tomó decisiones. Y esas decisiones... —Hizo un gesto vago como si la respuesta fuera obvia—. No me dejaron otra opción.

Lo miré fijamente, con una mezcla de asco y horror hirviendo en mi pecho.

—Es un monstruo.

—Y sin embargo, aquí estás —respondió, su sonrisa volviendo—. A mi merced.

Mi mente corría, tratando de encontrar una salida, una manera de mantenerlo hablando. Pero antes de que pudiera decir algo, su teléfono vibró. Lo sacó, mirando la pantalla antes de contestar.

—Sergio —saludó, su voz cálida y acogedora, un marcado contraste con la amenaza que acababa de soltar—. ¿A qué debo el placer?

Puso la llamada en altavoz, sus ojos fijos en mí mientras la voz de Sergio llenaba la habitación.

—Oí que atrapaste a El Cuervo —dijo Sergio, su tono casual pero teñido de algo afilado.

Don Carlos se rio entre dientes.

—Oíste bien. Está aquí mismo.

Mi respiración se entrecortó mientras miraba el teléfono, confusión y esperanza arremolinándose dentro de mí. Sergio no me traicionaría. No podía.

—Ya era hora —continuó Sergio. Sus palabras fueron como una puñalada en mi pecho—. Mirella pensó que era lista, pero la superamos en astucia.

Parpadeé, la habitación dando vueltas por un momento. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué estaba pasando?

Mi garganta se cerró, formándose un nudo que no podía tragar. La voz de Sergio, la que siempre me había hecho sentir segura, ahora era algo extraño, frío.

Había pensado que era lista. Pero ahora, no estaba segura de qué pensar en absoluto.

CAPÍTULO VEINTISIETE

SERGIO

Ryan caminaba de un lado a otro en mi oficina, con el teléfono fuertemente agarrado en su mano. Su habitual calma había sido reemplazada por agitación, lo que significaba malas noticias. Me recliné en mi silla, tratando de mantener mi concentración aguda a pesar de la energía inquieta que arañaba mi pecho.

—Me estás volviendo loco, Ryan. O te sientas o me dices qué está pasando.

Ryan se detuvo, se volvió hacia mí y exhaló bruscamente.

—¿El contacto que me pediste que llamara? Encontró algo. Es sobre el padre de Mirella.

Me senté erguido, la tensión en mis hombros volviéndose aguda.

—¿Dónde?

—Lo han mantenido en uno de los almacenes de Don Carlos. Durante años, Sergio —la voz de Ryan era tensa y cortante, como si estuviera conteniendo la ira.

La noticia me golpeó más fuerte de lo que esperaba. Años. Mirella había estado buscando, esperando, y Don Carlos —no, ese bastardo— lo había tenido todo el tiempo. Mis dedos se cerraron en puños, la sangre rugiendo en mis oídos.

—Dame todo lo que sepas sobre ese almacén —mi voz era baja y calmada, pero podía sentir la tormenta gestándose dentro de mí.

Ryan dudó, moviéndose incómodamente.

—Eso no es todo. Mi fuente dice algo más.

Lo miré fijamente.

—Suéltalo.

La mandíbula de Ryan se tensó.

—Don Carlos podría saber que Mirella es El Cuervo.

Las palabras fueron un golpe al estómago. Mi mente se quedó en blanco por un segundo antes de que la ira me devolviera el enfoque. Me puse de pie, la silla raspando ruidosamente contra el piso de madera.

—Esto es malo, muy malo.

Ryan negó con la cabeza.

—Aún no lo sabemos, pero Don Carlos está coordinando un ataque contra sus hombres. Se está moviendo rápidamente, lo que significa...

—Lo que significa que Mirella está en problemas —terminé por él.

Me pasé una mano por el pelo, caminando ahora porque sentarme ya no era una opción. Esto no era una coincidencia. Don Carlos era demasiado calculador para eso. Mirella había estado jugando un juego peligroso durante mucho tiempo, pero si realmente sabía quién era ella, esto no se trataba solo de venganza, se trataba de control.

Me volví hacia Ryan.

—Llama a tu contacto. Que investigue más a fondo. Quiero ojos sobre cada uno de los hombres de Don Carlos antes de que termine la hora.

Ryan asintió, ya marcando. Agarré mi teléfono del escritorio, mis pensamientos girando mientras desplazaba mis contactos. Mirella no estaba en casa. Debe estar en el compromiso, y no estaba contestando su teléfono antes. Ese vacío en mi estómago se hizo más profundo.

—¿Dónde está? —murmuré para mí mismo, mi pulgar flotando sobre un número que no había llamado en semanas.

Ryan levantó la mirada.

—¿Crees que está en el compromiso?

—Si no está allí, está en algún lugar peor —dije secamente—. Y necesito saberlo, ahora.

Presioné llamar. La línea sonó dos veces antes de que una voz familiar contestara. Era uno de

mis aliados, alguien que había sido obligado a llevarse bien con Don Carlos pero nunca se había doblegado realmente ante él.

—¿Está ella allí? —No me molesté con cortesías.

El aliado hizo una pausa lo suficientemente larga como para irritarme.

—¿Quién?

—Sabes quién.

—No —respondió con cuidado—. No la he visto en un rato. ¿Por qué?

Esa respuesta no me tranquilizó. De hecho, confirmó lo que ya temía. Mirella no se perdería este evento a menos que algo —o alguien— se lo impidiera.

Me apoyé contra el escritorio, bajando la voz.

—Escúchame. ¿Están tú y tus hombres listos?

No respondió inmediatamente, y casi podía oírlo sopesando mis palabras. Había reglas en este juego, y las alianzas eran frágiles. Hacer esa pregunta significaba que estaba revolviendo el caldero.

—¿Por qué preguntas?

Di una risa sin humor.

—Porque estoy cansado de fingir que no estamos todos asfixiándonos bajo la bota de Don Carlos. Y sé que tú también lo estás.

El silencio se alargó. Podía sentir el peso de ello, los años de amargura y resentimiento silencioso. Hombres como Don Carlos gobernaban a través del miedo, pero el miedo solo funcionaba hasta que la gente no tenía nada más que perder.

—Dime que estás listo —insistí, mi voz firme ahora.

El aliado exhaló, lento y pesado.

—Siempre hemos estado listos para salir de las garras de ese tirano.

Apreté el teléfono con más fuerza, mi pulso finalmente empezando a calmarse. Bien. Por fin.

—Nos movemos cuando yo lo diga —dije, con acero en mi tono—. Mantente alerta, y no confíes en nadie fuera de tus hombres. Te llamaré cuando sea el momento.

La línea se cortó, y bajé el teléfono, mi mente ya corriendo con los siguientes pasos.

Ryan me observaba cuidadosamente.

—¿Están dentro?

—Están dentro —me enderecé, exhalando lentamente mientras reprimía la rabia que hervía bajo mi superficie calmada—. Mirella está en peligro, Ryan. Don Carlos está apretando el nudo, y necesito encontrarla antes de que termine el trabajo.

Ryan se frotó la cara con una mano.

—Sergio, estás caminando hacia una trampa. Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé —solté y luego suavicé mi tono—. Pero ¿qué opción tengo? El padre de Mirella apenas se mantiene con vida, y ahora Don Carlos podría tenerla a ella también. Si me quedo aquí sin hacer nada, bien podría entregárselos yo mismo.

Ryan suspiró pero no discutió más. Me conocía demasiado bien a estas alturas.

Me moví hacia la puerta, agarrando mi chaqueta en el camino.

—Llama a los hombres. Quiero que cada recurso que tengamos se centre en encontrar a Mirella. Sin excusas.

Ryan asintió, ya sacando su teléfono.

—¿Qué vas a hacer tú?

Me detuve con la mano en el pomo de la puerta.

—Voy a recordarle a Don Carlos que nadie toca lo que es mío.

Y si tenía que quemar todo su imperio hasta los cimientos para hacerlo, que así sea.

*****

La casa de Mirella parecía una zona de guerra. Muebles volcados, vidrios rotos y señales de lucha en cada rincón de la sala de estar. Caminé con cuidado sobre los restos de lo que solía ser un jarrón, buscando cualquier cosa que pudiera decirme qué había pasado aquí. Mi corazón latía con fuerza, y no solo por el desorden. Estaba demasiado silencioso. El tipo de silencio que te pone los dientes de punta y hace que se te erice el vello de la nuca. Sabía que Mirella no estaría aquí, pero vine a buscar a Dahlia y Alex.

Ni Alex. Ni Dahlia. Ese vacío en mi estómago, el que había estado tratando de ignorar desde la llamada de Ryan, ahora era un abismo en toda regla.

Me agaché cerca de la mesa de café rota, recogiendo un pequeño oso de peluche. Pertenecía a Alex. Nunca iba a ningún lado sin él.

—Maldita sea —murmuré entre dientes, apretando el juguete en mi mano.

Esto no era aleatorio. No era un robo o algún matón callejero irrumpiendo. No, esto tenía el sello de Don Carlos por todas partes.

Me enderecé, lanzando el oso al sofá. El tiempo no estaba de mi lado. Si Don Carlos se los había llevado, no podía darme el lujo de quedarme sentado jugando al detective.

Alcancé mi teléfono, mis dedos temblando ligeramente mientras marcaba el número que conocía de memoria. El número de mi padre.

Sonó dos veces antes de que contestara, su voz suave y autoritaria como siempre.

—Sergio. ¿A qué debo el placer?

Forcé una sonrisa en mi tono.

—Escuché que atrapaste a El Cuervo.

Don Carlos se rio entre dientes.

—Escuchaste correctamente. Está aquí mismo.

Mi corazón casi se saltó un latido, pero logré mantenerlo estable.

—Ya era hora. Mirella pensó que era lista, pero le ganamos en astucia.

Hice una pausa. Conocía demasiado bien a mi padre para saber que si quería que me dejara entrar, necesitaba venderle este papel.

—Comencé a sospechar de ella hace algún tiempo —empecé, manteniendo mi voz firme y cuidadosa—. Pequeñas cosas aquí y allá. Reuniones perdidas. Llamadas extrañas. Pero no tenía pruebas.

—¿Y ahora?

Dejé escapar una risa corta y sin humor.

—Ahora sé que tienes razón sobre ella. ¿El Cuervo, padre? Es posible.

Hizo un sonido de aprobación, el tipo de sonido que solía hacer cuando sacaba sobresaliente en un examen de niño. Me irritó.

—Así que finalmente has empezado a usar ese cerebro tuyo —dijo.

Me tragué el insulto y continué.

—Pensé en aprovechar esta oportunidad para demostrarte mi valía. Déjame manejarlo, padre. Déjame encargarme de Mirella.

La línea se quedó en silencio de nuevo, y por un momento, pensé que había presionado demasiado. Luego, su voz se escuchó, afilada y decisiva.

—¿Quieres probarte a ti mismo, Sergio?

—Sí.

—Bien. Ven al viejo almacén en Westchester. Te daré la dirección.

Apenas me contuve de suspirar de alivio. En su lugar, agarré un bolígrafo del suelo y garabateé la dirección que me soltó en el dorso de mi mano.

—Considera esto una prueba —añadió, su tono goteando condescendencia—. No me decepciones.

La línea se cortó y bajé el teléfono, mirando fijamente la dirección en el papel como si pudiera combustionar en mi palma.

Una prueba. Eso es lo que él pensaba que era esto. Los juegos de mi padre siempre habían sido crueles, pero esto no se trataba de probarme a mí mismo ante él. Se trataba de Mirella, Alex, Dahlia... y de sacarlos con vida.

Me guardé el teléfono en el bolsillo y eché un último vistazo a la habitación, buscando alguna pista que pudiera haber pasado por alto. Pero la casa no me dio nada, solo más preguntas que respuestas.

Me dirigí a la puerta, y mil pensamientos luchaban por espacio en mi cabeza. ¿En qué condiciones los encontraría? ¿Mirella seguiría viva siquiera? Y Alex... mi hijo.

El pensamiento de él en manos de Don Carlos era suficiente para hacer que mi sangre hirviera. Mi padre siempre había sido despiadado, pero ¿ir tras un niño? Eso era un nuevo nivel de bajeza, incluso para él.

Salí afuera. Mi coche estaba estacionado calle abajo, y mientras caminaba hacia él, hice una promesa silenciosa.

Esto termina esta noche.

De una forma u otra, los iba a recuperar. Y si mi padre pensaba que yo estaba jugando su juego, estaba a punto de llevarse una desagradable sorpresa.

*****

El aire dentro del almacén era frío y siniestro. De ese tipo que te eriza la piel y hace que cada respiración se sienta como un riesgo. Don Carlos se erguía, su figura a contraluz por la bombilla parpadeante del techo. Su voz cortó el silencio mientras se giraba hacia el Sr. Gallo, quien estaba encadenado junto a Mirella.

—Elige, viejo —ordenó Don Carlos—. Tu hija o la ubicación de la caja fuerte.

El rostro del Sr. Gallo estaba pálido, sus facciones marcadas por el agotamiento y el dolor. Pero sus ojos... ardían con algo feroz. Conocía esa mirada. La desesperación de un padre. La había visto antes, hace años, en un espejo.

—¡Te dije que no le digas nada! —La voz de Mirella rompió la quietud. Sus brazos tiraban de las cadenas que la sujetaban, pero era inútil. Su fuerza, aunque feroz, no era suficiente para romper el acero.

Me mantuve en silencio, apoyado contra una viga de soporte oxidada, el arma en mi mano sintiéndose más pesada a cada segundo. Los ojos de mi padre se dirigieron hacia mí, observando y esperando. Poniéndome a prueba. Mantuve mi expresión neutral, incluso fría. Sin travesuras, sin emociones, sin gestos delatores. Traté de evitar el contacto visual con Mirella porque no quería arriesgarme a romper el personaje.

La voz del Sr. Gallo se quebró cuando finalmente habló.

—Está detrás de la estantería. En mi estudio.

Los ojos de Mirella se abrieron con incredulidad.

—¡No! No puedes...

La risa de Don Carlos fue aguda, cortando el ambiente de la habitación.

—¿Detrás de una estantería? —Sacudió la cabeza, paseando lentamente—. Todo este tiempo... bajo mis narices. Qué divertido. Supongo que te sobrestimé, Gallo. Demasiado obvio. Demasiado simple.

Pude sentir el cambio en la habitación cuando Don Carlos dejó de pasear. Su mirada se posó en mí, con un destello de malicia en sus ojos. Hizo un gesto hacia los prisioneros con un ademán casual.

—Una vez que mis hombres confirmen que la caja fuerte está allí, Sergio, mátalos a todos.

Me enderecé, mi corazón acelerado, aunque mantuve mi rostro ilegible.

—¿A todos ellos?

—Sí, a todos —espetó—. Ya no me son de utilidad.

Asentí, apretando mi agarre alrededor del arma. El almacén se sentía demasiado silencioso, demasiado quieto. Los ojos de Mirella se encontraron con los míos, y por un momento, no hubo más que desesperación silenciosa entre nosotros. Ella no suplicó ni rogó. Pero sus ojos... hacían

la pregunta que no podía decir en voz alta.

Di un paso adelante, el sonido de mis botas haciendo eco en el concreto. Don Carlos estaba de espaldas a mí ahora mientras le ladraba órdenes a uno de sus hombres para que preparara su coche para ir a revisar la caja fuerte.

Este era mi momento.

El primer disparo resonó, el sonido ensordecedor en el espacio confinado. Don Carlos se tambaleó hacia adelante, agarrándose el brazo, su rostro retorcido de shock. Antes de que pudiera girarse, el segundo disparo le dio en la pierna, y se desplomó en el suelo.

La habitación estalló en caos.

Don Carlos me miró, su mano presionada contra su brazo sangrante, su expresión una mezcla de dolor e incredulidad.

—¿Qué... qué estás haciendo?

—Esto se acaba —dije, acercándome—. Tu reinado de terror termina aquí.

Su voz se tornó fría y sus ojos se entrecerraron.

—¿Crees que esto cambia algo? ¡Hombres! ¡Mátenlo!

Nadie se movió.

La mirada de Don Carlos recorrió la habitación, la confusión colándose en sus facciones. Sus hombres permanecían inmóviles, con las armas bajas. Uno a uno, retrocedieron, su lealtad cambiando ante sus propios ojos.

—He dicho que lo maten —les ladró, pero nadie se movió.

—Ellos también están cansados de tu reinado, padre.

La comprensión se dibujó en su rostro.

—Tú... ¿los has estado reclutando? —Su voz estaba teñida de incredulidad, casi una risa.

Me agaché frente a él, sacando algo de debajo de mi abrigo. Una máscara. La máscara que había

usado durante aquella boda. La dejé caer al suelo frente a él, permitiendo que aterrizara a sus pies.

Sus ojos se agrandaron, su respiración irregular.

—No puede ser...

—Oh, sí que puede —dije, con voz baja—. Fui yo ese día. Yo fui quien te disparó. Y ahora lo he hecho de nuevo. Solo que esta vez, no estoy huyendo. Esta vez, estoy terminando lo que empecé.

Don Carlos intentó levantarse, pero sus fuerzas le fallaban.

—¿Crees que eres mejor que yo, Sergio? —Su voz se quebró de ira—. Eres igual que yo.

—No —dije, de pie sobre él—. No soy nada como tú. Y me aseguraré de que te pudras el resto de tu miserable vida.

Saqué mi teléfono y marqué. La llamada fue rápida y el mensaje breve.

—Pueden venir a recogerlo ahora. Westchester. Envíen a todos.

Los ojos de Don Carlos se abrieron de par en par cuando la realización lo golpeó.

—¿Llamaste a la policía?

—Disfruta la prisión, padre.

El sonido de las sirenas se hizo más fuerte en la distancia, cortando el pesado silencio.

Me volví hacia Mirella y su padre, que aún estaban encadenados. El rostro de Mirella era ilegible, y sus emociones eran una tormenta que no podía descifrar. Me moví rápidamente, liberándolos a ambos de sus ataduras.

En el momento en que Mirella quedó libre, agarró mi brazo, su voz temblando.

—Alex. Dahlia. ¿Dónde están?

Le di una pequeña sonrisa.

—Están a salvo. Ryan los tiene en la otra habitación.

El alivio inundó su rostro, sus hombros se hundieron mientras exhalaba.

El Sr. Gallo, aún débil pero de pie, agarró mi brazo.

—Gracias —dijo, su voz cargada de gratitud.

Asentí, pero mi mente ya estaba en otra parte. Esto aún no había terminado. Todavía había una última cosa que necesitaba hacer.

La policía llegó momentos después, invadiendo el almacén y poniendo a Don Carlos bajo custodia. Me lanzó una mirada fulminante mientras se lo llevaban, pero sus amenazas cayeron en oídos sordos.

Lo vi marcharse, y todo se sintió ligero. Años de dolor, años de abuso, años de culpa y años de angustia se desvanecieron.

Sentí paz, una paz que venía con la justicia. Me aseguraría de que nunca volviera a ver el exterior de una celda. Por Mirella. Por Alex. Por Jacqueline. Por todos nosotros.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

MIRELLA

La casa estaba más silenciosa de lo que había estado en semanas, pero había un rumor de vida que llenaba el aire. No era el tipo de quietud a la que me había acostumbrado, el silencio sofocante de estar a solas con mis pensamientos. Esto era diferente. Era el tipo de calma que llegaba después de las tormentas. Pesada, pero viva.

Me apoyé en el marco de la puerta de la habitación de Alex, observando cómo Dahlia se sentaba con él, mostrándole cómo doblar papel en lo que supuse que se suponía que eran animales. La risa de Alex era fuerte y sin restricciones, un sonido que creo que nunca había escuchado antes.

—Eres terrible en esto —se burló Alex, sosteniendo un trozo de papel arrugado.

Dahlia le lanzó un ceño fruncido dramático. —¡Se supone que es un cisne! ¡Usa tu imaginación, chico!

Sonreí. Dahlia había mantenido a Alex a salvo cuando llegaron los hombres de Don Carlos, sin apartarse de su lado. Había hecho más de lo que podría haberle pedido, más de lo que yo misma podría haber hecho.

Estaba acostumbrada a hacer las cosas por mi cuenta y a librar mis batallas sola. Era una lección que la vida me había impuesto una y otra vez. Sin embargo, aquí estaba, rodeada de personas que lo habían arriesgado todo por Alex y por mí. Dahlia, magullada pero inquebrantable, sentada con las piernas cruzadas en el suelo como si nada hubiera pasado. Ryan seguía caminando de un lado a otro abajo, la tensión en sus hombros apenas disminuía incluso ahora. Enzo caminaba como si sus heridas no fueran nada, aunque yo sabía que la bala lo había rozado.

Todos se habían esforzado por asegurarse de que estuviéramos a salvo. Y Sergio... Sergio había hecho lo que yo creía imposible. Había derrocado a Don Carlos.

Aún no sabía cómo sentirme al respecto. Agradecida no era suficiente. Abrumada estaba más cerca, pero incluso eso no lo abarcaba del todo.

—¿Mamá?

La voz de Alex interrumpió mis pensamientos. Estaba de pie ahora, mirándome con esos ojos grandes y curiosos. Entré en la habitación, mi mano instintivamente acariciando su cabello.

—¿Estás bien, mamá?

—Lo estoy —dije, aunque el peso de todo aún descansaba pesadamente sobre mis hombros—. Y tú también lo estás.

Sonrió, mostrando el hueco entre sus dientes. —Dahlia dice que puedo hacer un cisne mejor que ella.

—Probablemente puedas —bromeé, ganándome un jadeo de fingida ofensa de Dahlia.

—Traidora —murmuró, pero su sonrisa la delató.

Todavía había mucho por hacer. Pero por ahora, quería que Alex tuviera este momento, esta ligereza.

Más tarde, cuando estaba acurrucado, lo llevé a conocer a su abuelo.

Habíamos instalado el hospital improvisado en la sala de estar. Había sido su deseo: nada de hospitales, nada de habitaciones blancas y estériles. Solo el hogar. Los médicos iban y venían, haciendo lo que podían. Las enfermeras se quedaban, manteniéndolo cómodo, pero ahora era su hogar.

Mi padre parecía mayor de lo que recordaba, no solo en años sino en desgaste. Cinco años de cautiverio le habían robado mucho, pero había vida en sus ojos que no había estado allí antes.

Cuando llevé a Alex a la habitación, la expresión de mi padre se suavizó de una manera que nunca había visto antes.

—¿Es él? —Su voz era suave, casi reverente.

—Este es Alex —dije, poniendo una mano en el hombro de Alex.

Alex dudó por un momento, luego dio un paso adelante, su habitual bravuconería flaqueando bajo el peso del momento. —¿Eres mi abuelo?

—Lo soy —dijo mi padre, su voz quebrándose ligeramente—. No pensé que tendría la

oportunidad de conocerte.

Alex inclinó la cabeza, estudiándolo como solo un niño podía hacerlo. Luego sonrió. —No eres tan aterrador como dice mamá.

Solté una carcajada, negando con la cabeza. —Nunca dije eso.

—No tenías que hacerlo —respondió Alex, ganándose una risa de mi padre.

Por primera vez en años, lo vi sonreír. Una sonrisa real y genuina. Acercó a Alex, su mano temblando mientras le revolvía el pelo.

—Tienes su fuego —dijo suavemente—. Eso es bueno. Lo necesitarás.

Alex se inclinó hacia él sin dudarlo, y sentí que algo dentro de mí se aflojaba.

Más tarde, cuando Alex había vuelto a su habitación, mi padre y yo nos sentamos en la tranquilidad del hospital improvisado. Las máquinas emitían pitidos suaves a nuestro alrededor, pero se sentía casi pacífico.

—Pensé que iba a morir en ese almacén —dijo, con voz baja—. Durante años, pensé que así terminaría: solo y olvidado.

—No estás solo —dije, con voz firme.

Asintió lentamente, con los ojos húmedos. —Estoy agradecido, Mirella. Por ti. Por Alex. Por esta oportunidad que pensé que nunca tendría.

Nos sentamos en silencio por un momento antes de que volviera a hablar. —Necesito pedirte disculpas.

—No tienes que...

—Sí tengo que hacerlo —interrumpió, con tono resuelto—. Por forzarte a ese matrimonio con Don Carlos. Pensé que estaba asegurando nuestro futuro, pero lo único que hice fue encadenarte a un monstruo.

No sabía qué decir. Las palabras se me atascaron en la garganta.

—Pensé que estaba haciendo lo mejor —continuó—. Pero ahora veo lo equivocado que estaba.

Veo el peso que has cargado debido a mis decisiones.

Alcancé su mano, apretándola con fuerza. —Te perdoné hace mucho tiempo, Papi. Lo único que quería era recuperarte. Eso era lo único que me importaba.

Me miró, su expresión suavizándose. —¿Y ahora?

—Ahora, simplemente me alegro de que estés aquí —dije, con voz apenas por encima de un susurro.

Su agarre en mi mano se apretó. —Te lo compensaré, Mirella. Lo juro.

—No tienes que hacerlo —dije, con una pequeña sonrisa en los labios—. Pero si realmente quieres, puedes empezar dejando que Alex te enseñe a doblar un cisne. Al parecer, es un experto.

Se rio, el sonido llenando la habitación de una manera que la hacía sentir un poco más cálida.

*****

El sonido de la puerta principal abriéndose me sacó de mis pensamientos. Mi pulso se aceleró mientras caminaba hacia el pasillo, y allí estaba él. Sergio. Sus hombros estaban caídos, su rostro cansado pero vivo. Me miró y, antes de que pudiera decir algo, cruzó la habitación y me estrechó entre sus brazos.

No me había dado cuenta de cuánto necesitaba el peso de su abrazo. El calor de alguien que había visto cada parte fea de mí y aun así se había quedado.

Mis manos se aferraron con fuerza a la parte trasera de su camisa mientras hundía mi rostro en su pecho. Las lágrimas llegaron rápidas, calientes y sin previo aviso. No era el tipo de llanto que viene con sollozos o jadeos por aire. Era más silencioso que eso. Solo un flujo constante de emoción que ya no podía contener.

Me abrazó con más fuerza, su barbilla descansando ligeramente sobre mi cabeza. —No tienes que decir nada —murmuró—. Haría esto y más por ti.

Me aparté, mirándolo a través de ojos borrosos. —No sé cómo agradecerte, Sergio.

Su mano rozó mi mejilla, limpiando una lágrima. —No tienes que hacerlo.

Pero sí tenía que hacerlo. Él había sido mi salvavidas durante todo esto, incluso cuando no me había dado cuenta.

Nos movimos al sofá, y yo doblé mis piernas debajo de mí mientras él se sentaba cerca, su cuerpo inclinado hacia el mío. Parecía que quería decir algo, pero las palabras parecían atascadas.

—Solo dilo —le insté suavemente, mi voz aún temblorosa—. Lo que sea.

Sus hombros subieron y bajaron con un profundo suspiro. —Te debo una disculpa, Mirella. Una verdadera. Por todo.

—No me debes...

—Sí que te la debo —me interrumpió, sus ojos fijos en los míos—. Debería haberte dicho quién era en el momento en que te vi de nuevo. No hay excusa para eso. Pensé que la máscara te protegería, pero lo único que hizo fue construir un muro entre nosotros.

Hizo una pausa, pasándose una mano por el pelo. —Pensé que mantener la distancia haría las cosas más fáciles, y que, tal vez, te mantendría a salvo. Pero era una mentira que me decía a mí mismo porque tenía miedo. No sabía si me perdonarías por ser parte de su mundo.

Su voz se quebró ligeramente en la última palabra, y mi pecho dolió.

Extendí la mano, mis dedos rozando los suyos. —No te culpo por la máscara, Sergio. De verdad que no. Es lo que mantuvo a Don Carlos ciego a lo que estabas haciendo. Y al final, fue exactamente lo que necesitábamos para derribarlo.

Negó con la cabeza. —Eso no lo hace correcto.

—No, no lo hace —admití—. Pero nada de esto ha sido blanco o negro, ¿verdad? Ambos hemos tomado decisiones que creíamos que eran las mejores, incluso cuando no lo eran.

Sus cejas se fruncieron. —¿Qué quieres decir?

Solté un lento suspiro, mi mano retrocediendo para descansar en mi regazo. —Digo que yo tampoco soy una santa. Mentí sobre no ser la madre de Alex. Oculté quién era yo como El Cuervo. Me dije a mí misma que era para protegerlo, pero si soy honesta, parte de ello fue porque no confiaba completamente en ti.

Su expresión vaciló, y me apresuré a continuar.

—No fue por nada que hicieras, Sergio. Nunca me diste una razón para dudar de ti. Fui yo y mi miedo. Mi hábito de mantener a la gente a distancia porque era más seguro así.

El silencio se sintió como si ambos estuviéramos ordenando las piezas de nosotros mismos que no nos habíamos atrevido a enfrentar antes.

Alcanzó mi mano, sus dedos envolviéndose alrededor de los míos. —No más máscaras —dijo firmemente—. Ni para ti. Ni para mí. No más esconderse, Mirella. No más pretender que somos algo diferente a lo que somos.

—¿Y qué somos? —pregunté, mi voz apenas por encima de un susurro.

Su pulgar acarició el dorso de mi mano. —Somos dos personas que han pasado por el infierno y han vuelto, y seguimos de pie. Juntos. Si eso no vale la pena luchar, no sé qué lo vale.

Sentí que mis labios temblaban mientras asentía. —No más máscaras —repetí—. De ahora en adelante, seremos transparentes en todo, incluso cuando sea difícil.

—Especialmente cuando sea difícil —estuvo de acuerdo, con una pequeña sonrisa tirando de la comisura de su boca.

Mis ojos escudriñaron los suyos, buscando la trampa, la vacilación, pero no había ninguna. Él estaba totalmente comprometido, y por primera vez en mucho tiempo, yo también lo estaba.

—Te amo, Mirella —dijo, las palabras saliendo firmes y seguras.

Se sintió como si todo en mí se detuviera por un momento, el peso de sus palabras asentándose sobre mí. Alcé la mano, acunando su rostro.

—Yo también te amo, Sergio.

Dejé que esas palabras se asentaran en mí, cálidas y reconfortantes. Pero había algo más, algo que no podía posponer por más tiempo. —Sergio —comencé, mi voz entrecortándose ligeramente—, ¿estás listo para conocerlo? A Alex, quiero decir.

Inclinó la cabeza, sus ojos suavizándose de una manera que hizo que mi pecho doliera. —¿Listo? —repitió, su voz tranquila—. He estado esperando este momento desde el día que me enteré.

Nada me haría más feliz.

Por un segundo, no pude respirar. Su respuesta me golpeó con tanta ternura que solo pude asentir, tragando el nudo en mi garganta.

Me levanté del sofá, haciéndole un gesto para que me siguiera. Mi corazón latía con fuerza mientras caminábamos por el pasillo, cada paso sintiéndose más pesado con la emoción. En la puerta de Alex, me detuve, mi mano suspendida sobre el picaporte.

—Sergio —susurré, mirándolo—. Es un poco tímido al principio, pero una vez que se acostumbra, tiene el corazón más grande. Es inteligente también. Más inteligente que yo la mayoría de los días.

Sergio sonrió, su expresión llena de algo que no pude nombrar del todo. —Parece que lo heredó de su madre.

Negué con la cabeza, mis labios curvándose hacia arriba a pesar del nerviosismo que burbujeaba en mi pecho. Empujando la puerta lentamente, me asomé. Alex estaba despierto ahora, sentado con las piernas cruzadas en la cama, frotándose el sueño de los ojos.

—Hola, cariño —dije, entrando—. Hay alguien aquí que quiere conocerte.

Alex parpadeó mirándome, luego a Sergio, que se había detenido justo dentro de la puerta. Me miró, su pequeño rostro emocionado. —¡Tío!

Me senté en el borde de la cama, pasando una mano por su cabello despeinado. —Cariño, él no es tu tío —dije suavemente, mi voz firme pero llena de significado—. Él es... bueno, él es tu padre.

Los ojos de Alex se agrandaron, sus pequeñas manos aferrándose con fuerza a la manta. —¿Mi papá? —Su voz apenas era un susurro, llena de asombro y cautela a la vez.

Sergio se arrodilló en el suelo, poniéndose a la altura de los ojos de Alex. —Sí, campeón —dijo suavemente—. Soy tu papá. Y he estado esperando mucho tiempo para decírtelo.

Alex lo miró fijamente, sus ojos moviéndose entre Sergio y yo. —¿De verdad eres mi papá?

Sergio asintió. —Lo soy. Y si estás de acuerdo, me gustaría conocerte. Tal vez podríamos hacer algunas cosas divertidas juntos. Como... podríamos jugar con dinosaurios como el otro día, y

escuché que eres muy bueno dibujando.

El agarre de Alex en la manta se aflojó ligeramente. —Lo soy —dijo, con un pequeño toque de orgullo colándose en su voz—. Puedo dibujar cualquier cosa, incluso los dinosaurios.

Sergio sonrió, sus ojos iluminándose. —Eso es genial. Tendrás que mostrarme alguna vez. Tal vez podamos dibujar uno juntos.

Los labios de Alex se movieron, casi como si estuviera tratando de no sonreír, pero no pudo evitarlo. —Vale —dijo tímidamente.

La calidez en la expresión de Sergio fue suficiente para derretir cualquier miedo que me quedara. Extendió la mano con cuidado, como si no quisiera asustar a Alex. —¿Puedo estrecharte la mano? —preguntó.

Alex dudó, luego extendió lentamente su pequeña mano. Cuando sus manos se encontraron, sentí que las lágrimas volvían a brotar.

—Tienes un agarre fuerte —dijo Sergio, con un tono juguetón pero lleno de admiración—. Creo que podrías ser más fuerte que yo.

Alex soltó una risita, su timidez desvaneciéndose un poco. —Imposible. Tú eres mucho más grande.

Sergio se rio, su pulgar rozando ligeramente los nudillos de Alex antes de soltarlo. —Grande no siempre significa fuerte, ¿sabes? Pero creo que tú tienes ambas cosas.

Los observé, mi corazón lleno de una manera que no había estado en años. Durante mucho tiempo, solo habíamos sido Alex y yo, nuestro pequeño mundo construido sobre una fuerza tranquila y un amor feroz. Ahora, viendo a Sergio arrodillado allí, cada una de sus palabras y gestos llenos de cuidado, supe que nuestro mundo acababa de hacerse un poco más grande.

Alex inclinó la cabeza, mirando a Sergio con curiosidad. —¿Te gusta la pizza?

Sergio se inclinó, bajando la voz como si fuera un secreto. —¿Gustarme? Me encanta. Especialmente con mucho queso.

La sonrisa de Alex creció. —¡A mí también! Pero sin aceitunas. Las aceitunas son asquerosas.

—De acuerdo —dijo Sergio, con expresión seria—. Nada de aceitunas. Nunca.

Me reí suavemente, limpiándome los ojos. —Parece que ustedes dos se van a llevar muy bien.

Sergio me miró, su mirada llena de gratitud y algo más profundo. —Yo también lo creo.

Alex se movió en la cama, acercándose más a Sergio. —¿Quieres ver mis dibujos de dinosaurios ahora?

Sergio asintió, su rostro iluminándose. —Me encantaría.

Alex se bajó rápidamente de la cama para agarrar su cuaderno de dibujo, y yo me quedé atrás, observándolos. Mi corazón se hinchó mientras el peso de años de miedo e incertidumbre se levantaba, pieza por pieza.

Por primera vez en mucho tiempo, todo se sentía bien.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

MIRELLA

La puerta hizo un suave clic al cerrarla tras de mí, con la respiración tranquila de Alex aún resonando en mis oídos. La casa estaba ahora en silencio, reconfortante y pesada a la vez. Me giré para encontrar a Sergio ya cerca, tan cerca que podía sentir su calor rozándome.

Su voz surgió baja, un susurro que me provocó un estremecimiento.

—Te deseo esta noche, toda tú.

Mi corazón se atragantó, cada músculo de mi cuerpo tensándose al oír esas palabras. Su mirada me clavó en el sitio, oscura y firme, escrutando mi rostro en busca de algo que no podía nombrar. Sentí que se me cortaba la respiración cuando sus labios se curvaron en una lenta sonrisa conocedora, una que me hizo flaquear las rodillas. Él lo sabía. Siempre lo sabía.

No me moví cuando su mano se alzó, sus dedos rozando la curva de mi mejilla. Era un toque tan suave y tierno, y aun así llevaba todo el peso de lo que acababa de decir. Mi piel se calentó bajo su palma, un dolor familiar creciendo dentro de mí mientras me sostenía allí, como si fuera algo sagrado. Su pulgar rozó mi labio inferior, apenas un toque, pero suficiente para hacerme estremecer.

—Tú también lo quieres —murmuró, su voz más áspera esta vez, más segura.

No pude responder, al menos no con palabras. Asentí en su lugar, apenas perceptible, pero suficiente para él. Su otra mano encontró mi cintura, su palma presionándome, acercándome hasta que estuve completamente contra él. Cada centímetro de mí se sentía como si ardiera, mi pulso retumbando en mis oídos.

Sergio se inclinó, sus labios cerniéndose justo sobre los míos. La anticipación casi me deshizo. Su aliento acarició mi piel mientras susurraba:

—Quiero hacerte el amor esta noche.

Las palabras me deshicieron por completo. Fueron pronunciadas con tal honestidad cruda que mi corazón se encogió, y apenas pude mantenerme en pie bajo su peso. No había vacilación, ni

ocultamiento, solo él y lo que quería, lo que queríamos.

—Di que sí, Mirella —susurró, su voz un poco áspera, sus labios rozando los míos al hablar—. Di que eres mía esta noche.

Levanté la mirada hacia sus ojos, esos ojos que siempre me habían visto y amado, sin importar quién fuera yo o lo que cargara. Y allí, en ese momento, no me quedó ni una duda.

—Sí —susurré, la palabra saliendo como un suspiro.

La sonrisa que se extendió por su rostro fue lenta.

—Te haré el amor de todas las formas posibles esta noche.

Sus palabras se asentaron sobre mí, cálidas y reconfortantes. Me apoyé en él, descansando mi frente contra su pecho. Su latido era constante, y podía perderme en él.

Cuando levanté la mirada, su rostro estaba tan cerca del mío que podía sentir el calor de su aliento. Sus ojos escrutaron los míos y luego, lentamente, se inclinó, capturando mis labios en un beso.

No fue apresurado ni exigente. Fue suave como los primeros rayos de sol rompiendo sobre el horizonte. Sus labios se movieron contra los míos con una ternura que me deshizo.

Me dejé hundir en él, mis brazos envolviéndose alrededor de su cuello. Sus manos encontraron mi cintura, anclándome como si temiera que me escapara.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respirábamos con dificultad. No estaba segura de poder contenerme.

—Sergio —murmuré, mi voz inestable.

Se apartó lo justo para mirarme.

—¿Qué pasa?

—No quiero contenerme más —mi confesión se sintió cruda, pero era la verdad—. No quiero ir sobre seguro.

Su mirada se suavizó y acunó mi rostro entre sus manos.

—No tienes que hacerlo. Yo te tengo.

La sinceridad en su voz me deshizo. Me incliné, encontrando sus labios de nuevo, esta vez con más urgencia. Sus manos se apretaron en mi cintura y me acercó más.

Sostuvo mi rostro con ternura, sus ojos escaneando mi cara como si memorizara cada detalle.

—Eres tan hermosa —dijo, su voz ronca.

Sentí un rubor trepar por mi cuello, pero no aparté la mirada.

—Tú también lo eres.

Él rio, bajo y profundo, antes de tirar de mí hacia sus brazos de nuevo. Sus manos se deslizaron por mi espalda, trazando la curva de mi columna. Mis dedos se abrieron camino hasta su cabello, tirando suavemente mientras nuestros besos se profundizaban.

Lentamente, sentí su mano buscando la manera de sentir mi piel desnuda. Bajó la cremallera de mi vestido negro, y me aparté de él, sensualmente consciente de sus ojos sobre mí, devorando cada centímetro de mi piel. La ropa cayó, pieza por pieza, hasta que no hubo nada entre nosotros más que piel y la carga eléctrica que parecía vibrar en el aire.

El toque de Sergio era reverente, sus manos explorando cada centímetro de mí como si estuviera descubriendo algo sagrado. Lo imité, mis manos recorriendo los duros planos de su pecho y las líneas de sus hombros.

Caminó hasta mi tocador e hizo espacio en él. Me levantó, y yo rodeé su cuerpo con mis brazos y piernas. Sergio me colocó suavemente sobre la mesa y dio unos pasos hacia atrás.

—No puedo saciarme de ti, Mirella —confesó Sergio, con una sonrisa compungida en los labios.

Me quedé sentada en la mesa, con los ojos fijos en él. Apretó suavemente mis senos con una mano y me besó profundamente, sus labios explorando la profundidad de los míos. Envolví su espalda con mis piernas y lo atraje hacia mí.

—Te amo, Mirella —dijo Sergio, con los ojos cerrados, su voz sincera y necesitada.

—Yo también te amo, Sergio —confesé, sin reservas.

Sergio besó mi frente, mis párpados y la base de mi cuello. Su lengua se deslizó hasta mis pezones erguidos, ansiosos por su contacto. Atrapó mis pezones con sus labios y los mordisqueó suavemente. Vi las estrellas, gimiendo, necesitando más.

Deslizó sus dedos en mi mar profundo, sus labios en mi pezón y sus dedos dentro, embistiendo, ganando impulso. Cerré los ojos, momentáneamente perdida en el placer que recorría mi ser. Añadió otro dedo con delicadeza, entrando y saliendo, sus dedos explorando mi punto de placer. Sujeté su cabeza y me estremecí bajo el puro placer que fluía dentro de mí.

Sergio hizo una breve pausa, sus ojos oscuros y brillantes. Se inclinó y besó mi clítoris, sus dedos aún trabajando en mi interior.

—¡Oh, Dios mío! —grité, perdida en las cosas que me estaba haciendo.

Usó su lengua para acariciar suavemente mi clítoris mientras seguía embistiendo con sus manos. Cerré los ojos y me retorcí en un placer orgásmico mientras mi cuerpo se agitaba, derramando cálida humedad por toda la mesa. Sergio me recogió en sus brazos y me depositó suavemente en la cama. Sonrió con picardía, y podría jurar que parecía demasiado inocente para las cosas que me estaba haciendo.

Acarició su miembro y separó lentamente mis piernas. Lo observé guiarse hacia el charco de humedad entre mis piernas. Cara a cara, nos miramos fijamente mientras embestía dentro y fuera de mí.

Era lento y deliberado, y cada movimiento era un testimonio de la conexión que compartíamos.

—Mirella —susurró mi nombre como una plegaria, su voz cargada de emoción.

—Sergio —respondí con suaves jadeos y promesas murmuradas.

Me besó profundamente, y abrí más mis piernas, necesitando más de él. Me rodeó con sus brazos y comenzó a embestir profundamente dentro de mí. Vi estrellas y gemí con fuerza, gritando su nombre mientras me embestía con más ímpetu, cada empuje golpeando el punto de mi placer más profundo.

Dos veces me había hecho llegar al clímax. Decidí darle el viaje de su vida. Me coloqué encima de él y extendí mis manos sobre su pecho musculoso, sonriendo y acariciando sus pezones.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, sus ojos suspicaces pero emocionados por lo que estaba

haciendo.

—Devolviendo el favor —murmuré seductoramente.

Posé mis labios en sus pezones y comencé a succionar lentamente. Lo oí jadear, y sonrió mientras cerraba los ojos. Tenía mis labios en sus pezones y lentamente moví mis manos para acariciar su virilidad endurecida.

—¿Qué me estás haciendo? —susurró Sergio, su voz espesa.

Intentó sujetarme, pero levanté su mano para que acariciara mis senos, y con mis ojos fijos en los suyos, guié su miembro dentro de mí. Lentamente, comencé a mover mi cintura, embistiendo hacia dentro y hacia fuera. Lo sentía dentro mientras cada empuje daba de lleno en mí. Cerré los ojos y aumenté el ritmo de cada embestida con una urgencia febril.

—Ohhh... —grité, mi voz un sonido distante en mis oídos mientras colores de placer nublaban mis sentidos.

Sergio sujetó mi cintura y embistió con igual fuerza, cada uno de nosotros perdido en el placer que estallaba a través de nosotros.

Necesitaba más de él dentro de mí. Lo quería profundamente dentro. Rápidamente me coloqué a cuatro patas, suplicando silenciosamente por más.

Sergio deslizó uno o dos dedos dentro y fuera un par de veces y lentamente entró con su hombría. Entraba y salía, provocándome, queriendo que rogara. No me importaba. A estas alturas, no tenía vergüenza.

—¿Cuánto me deseas, nena? —me provocó. Su voz ronca se sentía como combustible añadido al fuego de placer que ardía dentro de mí.

—Te deseo, Sergio —supliqué—, mucho, muchísimo.

—¿Ah, sí? —siguió provocando—. Entonces déjame dártelo.

Sergio sujetó mis manos juntas por encima de mi cabeza como la prisionera que era y embistió profundamente. Luego, giró su miembro de lado a lado. Lo sentí golpeando los puntos más dulces dentro de mí. Mordí la almohada para ahogar los gritos de placer atrapados en mi garganta y me agité mientras aumentaba el ritmo de cada embestida. Lo sentí quedarse quieto

con unos espasmos de placer, y con un suspiro de satisfacción, me envolvió en sus brazos.

Parpadeé, sorprendida, con los dedos de los pies hormigueando por las secuelas de lo que acabábamos de hacer. No podía creer que Sergio me hubiera hecho llegar una y otra vez con él. Cada aventura se sentía nueva y emocionante. Yacíamos enredados el uno en el otro, la habitación llena del sonido de nuestra respiración. El brazo de Sergio estaba sobre mí, sus dedos trazando patrones perezosos en mi piel.

—No puedo creer que hayamos hecho todo eso —confesé, con los ojos abiertos de asombro.

Sergio se rió, su voz baja e intoxicantemente sexy.

—Hay mucho más de donde vino eso.

Le golpeé el pecho juguetonamente y me reí.

—¿No te cansas?

—¿De ti? —preguntó con fingida sorpresa—. Nunca, Mirella. Contigo, puedo hacer esto todo el día.

Ambos nos reímos, aún enredados el uno con el otro. Tenía tanto que agradecer, y este momento se sentía como un lugar al que siempre amaría volver con Sergio.

—Te amo —dijo en voz baja, rompiendo el silencio.

Me giré para mirarlo, mi corazón hinchándose ante la vulnerabilidad en su expresión.

—Yo también te amo.

Su sonrisa era suave y cálida. Me atrajo más cerca, presionando un beso en mi frente.

Apoyé mi cabeza en su pecho, escuché el suave latido de su corazón y sentí sus manos acariciar mi cabello enredado. Sentí el arrullo reconfortante del sueño apoderarse de mí, y mientras me sumergía lentamente en sus acogedores brazos, me sentí en paz y segura.

Todo sobre Sergio se sentía íntegro. Me sentía completa.

EPÍLOGO

Nueve meses. Han pasado nueve meses desde que mi vida dio un vuelco y las sombras de mi pasado fueron arrastradas a la luz. Don Carlos fue encerrado y condenado a tres cadenas perpetuas consecutivas. Sergio, contra todo pronóstico, había logrado convertir la mayor parte del negocio en algo respetable, bueno, tan respetable como se puede ser en un mundo como el nuestro. Un mundo donde "limpio" y "seguro" no significaban inocente. Pero lo mantuvimos tan seguro como pudimos, por nosotros, por Alex y por el futuro.

Enzo todavía se empeñaba en recordarme su "heroica experiencia cercana a la muerte" en cada oportunidad que tenía, agarrándose dramáticamente el costado donde la bala lo había rozado. Se había recuperado bien, aunque sospechaba que el dramatismo era más para beneficio de Dahlia que otra cosa. Dahlia, por supuesto, ponía los ojos en blanco pero le seguía el juego. Algunas cosas nunca cambian.

Esta noche, sin embargo, nada de eso importaba. Por una vez, el peso de nuestras vidas —el peligro, las cicatrices— se sentía lejano. Sergio había planeado algo, algo tan fuera de lo común que me ponía nerviosa. Había estado hermético al respecto durante días, solo dando pistas con esa insufrible media sonrisa suya.

—Confía en mí, Mirella —me había dicho esa mañana—. Te va a encantar.

Y de alguna manera, lo hacía.

El restaurante al que me llevó tenía vistas a la bahía. Era tranquilo e íntimo, el tipo de lugar donde el mundo parecía detenerse solo para ti. Me senté allí, observándolo al otro lado de la mesa mientras me sonreía como si tuviera el secreto de todo.

—Deja de mirarme así —murmuré, jugueteando con el tallo de mi copa de vino.

—¿Así cómo?

—Como si supieras algo que yo no.

Él se rio, reclinándose en su silla. —Tal vez lo sepa.

Típico. Siempre me deja adivinando.

No fue hasta que llegó el postre que noté algo extraño. Uno por uno, la gente comenzó a entrar: Enzo, Dahlia, mi padre, incluso Alex tomado de la mano de Ryan. Parpadeé, confundida, mientras los veía tomar sus lugares a nuestro alrededor, sus rostros llenos de anticipación.

—¿Qué está pasando? —pregunté, con la voz apenas por encima de un susurro.

Y entonces Sergio se puso de pie, su silla raspando suavemente contra el patio de piedra. Mi corazón se me atascó en la garganta mientras caminaba hacia mí, sacando algo de su bolsillo.

Oh no.

Oh sí.

Se detuvo justo frente a mí, sus ojos oscuros cálidos y firmes al encontrarse con los míos. Lentamente, se arrodilló.

—Mirella —dijo, su voz rica y tranquila, aunque podía ver sus dedos temblar ligeramente—. Desde el momento en que irrumpiste de nuevo en mi vida, supe que nunca volvería a ser el mismo. Eres fuerza y fuego, terquedad y gracia, y todo lo que no sabía que necesitaba.

Las lágrimas ya me quemaban los ojos, y mi mano se disparó para cubrir mi boca.

Abrió una pequeña caja de terciopelo, revelando un anillo tan hermoso que me quitó el aliento. —Mirella, ¿quieres casarte conmigo?

No fue el anillo ni las palabras lo que me deshizo. Fue la mirada en su rostro: esperanzada, segura y tan llena de amor que derribó cada muro que jamás había construido.

Asentí rápidamente, las lágrimas derramándose mientras reía entre sollozos. —Sí, Sergio. ¡Sí, por supuesto!

Deslizó el anillo en mi dedo, y cuando se puso de pie para tomarme en sus brazos, el mundo desapareció. No escuché los aplausos ni los silbidos de Enzo. Todo lo que sentí fue a Sergio, sus brazos firmes a mi alrededor y su corazón latiendo junto al mío.

Por primera vez en mucho tiempo, me permití creerlo. Esto era real. Y era nuestro.

El día de la boda fue surrealista. Se sentía como algo salido de un sueño, o tal vez incluso de una película, donde todo era perfecto y nada podía salir mal. Mi padre me llevó por el pasillo, su brazo firme y estable bajo el mío. Me miró con tanto orgullo como si de alguna manera me hubiera convertido en la mujer que siempre esperó que fuera. No siempre me había sentido así a sus ojos, pero hoy, en este momento, lo vi: su amor, su perdón y su esperanza para mi futuro.

Ryan estaba al frente, su rostro irradiando alegría por nosotros. Dahlia, Enzo y Alex se reunieron a su lado, cada uno desempeñando un papel en la belleza del día. Apenas podía creer que estuviera sucediendo. Las personas que más importaban estaban aquí, apoyándonos y presenciando el comienzo de un nuevo capítulo. El momento se sentía sagrado y como si todo por lo que había pasado —todo lo que habíamos sobrevivido— hubiera llevado a este segundo perfecto.

Sergio me esperaba en el altar, sus ojos enfocados en los míos mientras caminaba hacia él. El mundo pareció desvanecerse mientras lo miraba. Pensé en todo lo que habíamos superado, los secretos que habíamos guardado, las máscaras que usamos, las mentiras y la verdad. Pero sobre todo, pensé en cómo me había salvado, no solo una vez, sino innumerables veces. Hoy, en este momento, finalmente estábamos aquí juntos, listos para decir las palabras que lo cambiarían todo.

Llegué a él, y tomó mis manos entre las suyas, el calor de su tacto anclándome. Había una ternura en sus ojos, un amor que había crecido a lo largo de los años a través de lo bueno y lo malo. Lo sentí en mi pecho, hinchándose hasta que no podía respirar.

Ambos estábamos nerviosos, se notaba. Pero también podía ver la calma detrás de sus nervios, la silenciosa confianza de que estábamos tomando la decisión correcta. Los votos, sin embargo, no fueron lo que esperaba.

Sergio se mantuvo erguido, su voz firme mientras comenzaba. —Mirella, desde el momento en que te conocí, supe que eras especial. Eras la chica a la que ayudé cuando estabas atrapada en un árbol, y yo era el chico que no podía sacarte lo suficientemente rápido. Te he amado desde entonces, y te sigo amando. Eres la única mujer que he amado, la que siempre amaré, pase lo que pase.

Mi corazón se estremeció. Sus palabras eran como un bálsamo para mi alma, sanando todo lo que había estado roto. Me había amado durante tanto tiempo, incluso cuando yo no lo sabía.

Sergio hizo una pausa por un momento, sus ojos brillantes. —Haría cualquier cosa por ti. Y así es como sé que lo que tenemos es real. Lo que tenemos es algo que nunca morirá, sin importar lo que la vida nos depare.

Yo estaba llorando ahora, mi rostro húmedo por las lágrimas, pero no importaba. Porque la verdad estaba ahí en la crudeza de sus palabras. Él había hecho más que solo recibir una bala por mí. Me había dado un amor que no sabía que merecía, un amor que siempre había estado ahí, incluso cuando estábamos en lados opuestos.

Cuando llegó mi turno de hablar, lo miré, sintiendo el peso de todo lo que quería decir pero no podía encontrar las palabras. En su lugar, comencé con la verdad.

—La gente siempre bromea sobre recibir una bala por alguien. Es algo que escuchas todo el tiempo, pero he aprendido que no es solo una broma. Sergio realmente lo hizo. Literalmente recibió una bala por mí, y fue entonces cuando supe que me había enamorado de él. Pero ¿sabes qué? Esa no fue la primera vez. La primera vez que me enamoré de él fue cuando estaba atrapada en ese árbol. No sabía quién era, pero sabía que nunca lo olvidaría. Poco sabía que el chico que me ayudó era el mismo hombre que más tarde lo arriesgaría todo por mí.

Me sequé los ojos y tomé un respiro tembloroso. —Y aunque llevaba una máscara, literal y figurativamente, siempre gravitaba hacia él. Sabía que era el indicado. Era el único que me entendería siempre, y lo hizo. Siempre lo ha hecho.

Las palabras se sentían tan pequeñas comparadas con la enormidad de lo que estaba tratando de expresar. Pero sabía que no importaba cuánto intentara explicar, no capturaría la profundidad de lo que sentía. Porque lo que Sergio me había dado era un amor que no necesitaba palabras. Estaba en cada acción, cada sacrificio y cada sonrisa.

—Yo también te he mentido —continué, mi voz más baja ahora—. Me di cuenta de que no importaba cuánto intentara protegerte o esconderme de ti, siempre fuiste con quien estaba destinada a estar. Y ahora confío en ti. Siempre he confiado en ti, incluso cuando no quería admitirlo.

Para cuando terminé, ambos estábamos llorando. La multitud a nuestro alrededor estaba en silencio, excepto por los suaves sollozos que venían de Dahlia y Alex.

Lo único que importaba era que Sergio y yo estábamos aquí, finalmente libres de las máscaras, las mentiras y la distancia.

El sacerdote nos miró, su voz calmada. —Mirella, Sergio, ¿os tomáis el uno al otro como marido y mujer legítimos, para amaros y cuidaros, en lo bueno y en lo malo, por el resto de vuestras vidas?

—Sí, quiero —dijimos ambos en perfecta armonía.

En el momento en que las palabras salieron de mis labios, sentí como si el mundo cambiara. Ya no había más dudas. No más miedo. Solo amor.

—Os declaro marido y mujer —dijo el sacerdote con una sonrisa, y las siguientes palabras que escuché fueron seguidas por una ola de alegría que me envolvió—. Podéis besar a la novia.

Sergio se inclinó con una sonrisa, y sus labios se encontraron con los míos, sus manos descansando en la parte baja de mi espalda, atrayéndome suavemente. Me sumergí en su toque y en su sabor. Sabía a cerezas. Y en ese beso, todo lo que habíamos pasado —el dolor, la lucha, la angustia— se desvaneció. Éramos solo nosotros. Solo amor. Por fin éramos libres.

Cuando nos separamos, vi la sonrisa de Sergio, y no pude evitar reír a través de mis lágrimas. —Lo hicimos —susurré.

—Lo hicimos —susurró él de vuelta.

Y desde ese momento, supe que no había vuelta atrás. Nos teníamos el uno al otro. Estábamos en casa. E íbamos a vivir felices para siempre juntos como UNO SOLO.

FIN.